



## V Literatura.



INDISPENSABLE es, previamente al estudio de las obras artísticas é industriales debidas á la mano de los antiguos americanos, fijar nuestra atención en las manifestaciones de su pensamiento, para establecer un lazo que una su personalidad con los productos de sus facultades intelectuales.

En éstos se manifiestan sus más internas disposiciones; en su florecimiento literario, abarcando bajo este concepto desde los rudimentarios cantos populares de júbilo ó tristeza, hasta aquellas composiciones elaboradas ya artísticamente, que sólo alcanzan los pueblos superiores, es donde podremos hallar los monumentos que nos pongan en contacto con lo más íntimo de su pensamiento y lo más constante de su natural carácter.

Refiriéndonos á los días de la invención del Nuevo Mundo para estudiar sus manifestaciones artísticas de la palabra, tal cual se encontraban en aquel tiempo, tendremos que aplicar nuestra atención tanto á lo que hoy llamamos el *folk lore* propio de las tribus más atrasadas é inciviles, como á la verdadera literatura, alcanzada en buen grado de relativo mérito por las más cultas que aparecieron como poseedoras de la superior civilización americana.

El canto de guerra; el coro popular acompañado del baile; el himno religioso, de adoración al sol ó al ídolo más venerado,

es propio y se encuentra hasta entre las gentes de rudimentaria cultura en el suelo americano; pero esto mismo, perfeccionado y avalorado por la inspiración poética, lírica, épica y hasta dramática, sólo lo vemos florecer entre aquellos otros pueblos superiores, que nos han de admirar también con sus monumentos arquitectónicos y sus artes suntuarias.

Fácilmente se comprende que aquellas tribus más degradadas, que aquellas gentes que hemos visto llevar una vida completamente nómada, y que al despertar ignoraban dónde se entregarían al sueño á la noche siguiente, habrían de ofrecer escasos ejemplos de producción poética: de aquí la falta absoluta entre ellos de tradiciones ni recuerdos que se relacionen con la estética del pensamiento en casi todas las razas del extremo Sur y Oriente, allí donde hemos visto los pueblos más primitivos é inferiores americanos; nos es, pues, extraño que D. José H. Figueira, en su libro sobre *Los Primitivos habitantes del Uruguay*, califique en el cuadro sinóptico de su estado social á los *charruas* y *minuanes* de gentes «sin danzas, ni fiestas, ni cantos, ni instrumentos músicos», sin nada, en fin, que amenizase de algún modo su existencia miserable, al igual por esto que las restantes tribus más inferiores.

De otras menos salvajes, de aquellas que componen la gran masa de población en los continentes americanos, han llegado hasta nosotros restos de su inspiración popular, cantos y recitados, que toman su origen, sin duda, en antiquísimos modelos fielmente conservados por la tradición oral entre ellos.

Los géneros literarios no podían, sin embargo, ser allí muy numerosos, ni abarcar más de lo que sus necesidades, apenas sociables, requerían, quedando como todo lo popular en estado rudimentario. Poco valor adquieren sus cantos religiosos, los primeros en tomar la forma métrica en todos los pueblos, para adaptarse á los salmodias del culto; de los guerreros vemos mayor desarrollo; las canciones romancescas, que deben al recuerdo heroico su inspiración, adquieren más importancia, sin faltar géneros en prosa, como la oratoria, considerando todos ellos cual ser superior á la persona dotada de natural elocuencia.

La forma de estas manifestaciones aun primitivas del pensamiento, es siempre ruda y poco variada, pero préstale esto mismo cierto interés, como todo lo que deja vislumbrar posteriores florecencias derivadas de sana y vigorosa cepa.

Pocas muestras de cantos y salmodias religiosas nos han dejado las primitivas razas americanas, pero podemos asegurar que las endechas funerarias han prevalecido entre todas ellas, llegando á obtener en alguna la forma de verdaderas recitaciones poéticas. En el libro de los ritos de los Iroqueses se encuentran ejemplares de éstas. Tales hombres, que tanto pertenecen por su historia á la América pré como á la post-colombina, han dejado muestras muy valiosas de su estro poético en sus cantos, traducidos por Mr. Horatio Hale y comentados por Brinton (1) que cree contengan las auténticas tradiciones, vivas entre ellos desde antes de la conquista. Allí podemos conocer muchas de sus ceremonias, cantos, plegarias, fórmulas y arengas, transmitidas con esmero de generación á generación.

Del tupí también nos quedan abundantes cuentos mitológicos, coleccionados en número de más de ciento por el Doctor Couto Magalhaes, habiendo recogido aún más el profesor Charles F. Hartt.

Pero el canto por excelencia de estas gentes aborígenes, extendido con pequeñas variantes por todas ellas y ampliado después entre las más cultas, es el que Fernández de Oviedo nos dió á conocer primeramente por su nombre de *areito*, del verbo *arauak*, recitar, con que ha sido después siempre designado. Este cantar, tan semejante á los infantiles nuestros, coreados en rueda que repite el verso dictado por el que lleva la voz cantante, fué el más entonado por las gentes americanas. Los cantos de Dakota recogidos por Riggs, los de Chippeway de los californianos, y tantos otros, son verdaderas especies de areitos, al igual de los oídos por Oviedo en la isla Española (2).

(1) Tomo II de su *Library of aboriginal American Literature*.

(2) V. Fernández de Oviedo.—*Historia Natural y General de las Indias*, tomo I, pág. 27.

Los mismos veremos más exornados entre los aztecas, quichés, mayas y tantos otros pueblos de superior cultura, formando el recitado de sus bailes más solemnes tradicionales ó religiosos, en los que se dibujan ya las formas dramáticas.

En el Yucatán el *pochot*, muy vivo, era el baile de los novios y el *zayio tapir*, más reposado, lo ejecutaban los viejos llevando en la mano un ramo ó palma. A las fiestas de Quetzalcohalt, que se celebraban en Cholula, la ciudad más adoradora de este numen, animaban mucho los cantos y bailes populares, y entre los peruanos ocupaban también estas canciones preferente lugar en muchos casos. A su tradición debemos, sin duda, las estrofas llamadas *yaravies* de Quito (1) en sus variedades de *masalla* ó nupciales, cantados por los padres de los recién casados á manera de consejos, y los *albalitos* con que los amigos despertaban á los novios al día siguiente de la boda, más otros de distintas clases.

Pero donde el *Folk Lore* encuentra hoy mayores riquezas arcaicas es entre los pueblos del Arizona, tan dados á la celebración de fiestas, amenizadas todas con pintorescos bailes y canciones, que obtienen un valor mágico en las ceremonias religiosas, y para cuya trascripción se han utilizado ya los adelantos del fonógrafo (2). Tales cantos, al igual que sus ritos, revisten un carácter védico marcado; como muestra veamos el de la lluvia entre los Sia:

Hen'-na-ti xi-wan-na

He' äx xi-wan-na

Pur'-tu-wix-ta xi-wan-na

Kow'-mots xi-wan-na

Ka'-char xi-wan-na

que podemos traducir: Nubes cual máscaras blancas pasad por el pueblo: Nubes regando pasad por el pueblo: Relámpago pasa por el pueblo: Arco iris pasa por el pueblo: La lluvia caiga por el pueblo.

(1) Recogidos por D. Marcos Jiménez de la Espada, presentados al Congreso de Americanistas de Madrid de 1884 y publicados en pentagrama por D. José Ynzenga.

(2) Véanse algunos en el *Journal of American Ethnology and Archeology*. Vol. I, pág. 65.

Véase otro de estilo aún más védico que viene á decir: Sacerdotes del pruche del Norte: sacerdotes (ó dioses) del pino del Este: dioses del roble del Sur, dioses del álamo del Oeste: dioses del cedro del zenid: dioses del roble del nadir: enviad todos vuestros pueblos á trabajar para nosotros y que las aguas de los seis grandes manantiales del mundo impregnen á nuestra madre la tierra para que nos dé los frutos de su ser (1).

Aún pudiéramos dar mucha mayor extensión al estudio de estas manifestaciones del *Folk Lore* americano; si á las dichas añadimos las imprecaciones al comienzo de todo trabajo; las fórmulas con carácter piadoso empleadas en el ejercicio de las profesiones, diferentes y propias de cada una, como los conjuros de los parteras aztecas al lavar los niños recién nacidos; las fórmulas para espantar los animales dañinos ó contrarrestar la mala ventura, para neutralizar las fortuitas coincidencias, y tantas otras, comprenderemos cómo en la antigua América la superstición dominó á todos los espíritus y cómo la ignorancia apeló á tan pueriles medios contra toda malandanza (2).

Entre los pueblos más adelantados encontramos ya manifestaciones de carácter y redacción completamente literaria; los más amplios horizontes de su existencia y la necesaria perfección de los cantares primitivos, les hacen aplicarse al cultivo de muy distintas direcciones de su pensamiento, dibujándose ya entre ellos con bastante separación los diversos géneros literarios. El himno religioso, el canto guerrero, el legendario, de amor, elegíaco, báquico y hasta el teatro, se manifiestan y cultivan por casi todos ellos, mostrando además atención y respeto grande á la oratoria, á las ciencias y á la consignación histórica de sus empresas.

Los hombres de letras adquieren entonces gran estima;

(1) *Annual Report of the Bureau of Ethnology*, 1889-90, pág. 123.

(2) Veáanse los curiosos exorcismos y conjuros que trae el P. Hernando Ruiz de Alarcón en su tratado de las *Supersticiones, costumbres etc.* (1629) publicados en el tomo V de los *Anales del Museo Nacional de México*.

recompénsanse con crecidas sumas sus servicios; ocupan asalariadas plazas en los templos y los palacios; los *Holpop* ó directores de los cantos conservaron el respeto popular por mucho tiempo después de la conquista, y los oradores obtuvieron siempre la admiración de sus dotes y escalaron por ellas elevados puestos.

Al repasar á la ligera estas manifestaciones literarias, tenemos que empezar necesariamente por los Toltecas, que siempre aparecen abriendo la marcha de la civilización en el Nuevo Mundo. Entre ellos encontramos la noticia del libro más antiguo americano, aunque la pérdida del original primitivo haya sido lamentada por todos los autores. Titulábase tal obra el *Teomoxlti*, ó sea el libro divino, ó de las diversas cosas de Dios, especie de *Sutra* americano, debido, según Alba Ixtlixochitl (1), al astrólogo Huenatzin, muerto de edad de casi trescientos años, «el cual antes de morir juntó todas las historias que tenían los Toltecas desde la creación del mundo hasta en aquel tiempo y las hizo pintar en un libro muy grande, en donde estaban pintadas todas sus persecuciones y trabajos, prosperidades y buenos sucesos, Reyes y señores, leyes y buen gobierno de sus pasados, sentencias antiguas y buenos ejemplos, templos, ídolos, sacrificios, ritos y ceremonias que ellos usaban, Astrología, Filosofía, Arquitectura y demás Artes, así buenas como malas, y un resumen de todas las cosas de ciencia, sabiduría, batallas prósperas y adversas y otras muchas cosas; é intituló este libro llamándolo *Teomoxlti*, que bien interpretado quiere decir *diversas cosas de Dios y libro divino*,» y añade: «los naturales llaman ahora á la Sagrada Escritura *Teomoxlti*, por ser casi del mismo modo, principalmente en lo de las persecuciones y trabajos de los hombres». Debió ser este *libro divino*, esta *biblia* y enciclopedia de todo el saber de las gentes emigrantes, veneradísimo y acatado por cuantas conservaron la memoria de su origen extranjero, y en él podemos considerar compendiada la sustancia de la cultura americana precolombina. Convienen ciertos datos para suponerlo traducido á otros dialectos, pues

(1) *Historia Tolteca*, tomo I, pág. 31.

según Humboldt, existía ejemplar de él en el Yucatán en lengua maya, y Boturini también nos dice que tenía otro en nahualt, ilustrado con figuras y símbolos, y con versión española, de paradero hoy desgraciadamente ignorado. No creemos, pues, desposeído de algún fundamento el suponer que debió proporcionar aquella obra conceptos para el *Popol Vuh* en quiché (1) y para algunos del *Chilan Balam* en maya, pues en todos ellos existen ideas semejantes, que hacen entrever un común origen. Aunque nos falten otras memorias no debieron limitarse á esto los productos literarios de los fundadores de Tula: todavía se habla de leyes vueltas á poner en vigor por sus descendientes los Reyes Acolhuas ó de Tezcucó, en cuyo imperio encontramos un frondoso renacimiento de la cultura, al que van unidos los nombres de los más eximios vates americanos.

La invasión Chichimeca implantó antes su dominio entre los pueblos del Anahuac, dando lugar á un imperio del que se enorgullecían descender muchos de aquellos mejicanos, entre ellos Alba Ixtlilxochitl, cuyas memorias fueron recopiladas por este célebre historiador, conforme á los anales de los autores «que se decían el uno Cemilhuitzin y el otro Quauhquechol» como explícitamente declara el mismo (2), transmitiéndonos así tan importantes nombres.

Entendemos hallarse suficientemente esclarecido que las dos grandes estirpes que se disputaron la posesión del Anahuac, fueron la de los toltecas y los chichimecas, ó *mecas* en general: los cultos emigrantes y los bárbaros invasores; estos últimos destruyeron en su primer empuje el imperio de los toltecas, que, renaciendo luego con el nombre de Acolhuas en Tezcucó, consiguen de nuevo un gran florecimiento literario, gracias principalmente, á los superiores dotes de su gran Rey Nezahualcoyólt.

Presentásenos este soberano como la más interesante figura

(1) El abate Brasseur de Bourbon suponía ser los dos primeros libros del *Popol Vuh* una traducción literal del Teoamoxtili.

(2) *Historia Chichimeca*, II, cap. 29.

de la América precolombina. Despojado del trono de sus padres por los bárbaros tepanecas, perseguido y errante, pero al cabo victorioso restaurador de su reino, imprime á todos sus actos y dichos aquel superior criterio de su genio ilustrado por la propia experiencia. El pensamiento de la inestabilidad en las cosas humanas preside á todas sus determinaciones; cuéntase que al construir sus más suntuosos palacios hizo dejar pendientes de las vigas las cuerdas con que las habían trasportado «para que pudieran llevarlas mejor los que más tarde habrían de destruirlos», y así las llegó á ver Alba Ixtlilxochitl. A la inauguración de estas fastuosas moradas se cantaron himnos compuestos por el propio Monarca.

En el Xompancuicatl, ó *canto de la primavera*, que se entonaba en los convites y fiestas inaugurales de sus palacios, había uno que empezaba: Tlaxoconcaquican hami Nezahualcoyotzin, etc..... y que Alba nos trascribe en los siguientes términos: Oid lo que dice el rey Nezahualcoyotzin, con sus lamentaciones sobre calamidades y persecuciones que han de padecer sus reinos y señoríos. Ido que seas de esta presente vida á la otra, ¡oh Rey Yoyontzin!, vendrán tiempos en que serán deshechos y destrozados tus vasallos, quedando todas tus cosas en las tinieblas del olvido: entonces de verdad, no estará en tu mano el señorío y mando, si no en la de Dios. Y *entró dijo* (1) entonces serán las aflicciones, las miserias y persecuciones que padecen tus hijos y nietos; y llorosos se acordarán de tí, viendo que los dejastes huérfanos en servicio de otros extraños en su misma patria Acolihuacan; porque en esto vienen á parar los mandos, imperios y señoríos, que duran poco y son de poca estabilidad. Lo de esta vida es prestado, que en un instante lo hemos de dejar como los otros lo han dejado; pues los señores de Zihuapantzin, Acolnahuatcatzin y Quauhtzontezoma, que siempre te acompañaban, ya no los ves en estos breves gustos.

Otro notable canto profético de inauguración fué el que compuso en la del templo mayor de Tezcucó al ídolo Huitzilo-

(1) Sin duda errata.

pochtli; entonces dijo: «En tal año como éste, se destruirá este templo que ahora se extrema. ¿Quién se hallará presente? ¿Será mi hijo ó mi nieto? Entonces irá á disminución la tierra y se acabarán los señores; de suerte que el maguey siendo pequeño y sin sazón, será talado; los árboles siendo pequeños darán fruto y la tierra defectuosa siempre irá á menos: entonces la malicia, deleites y sensualidad, estarán en su punto, dándose á ellos desde su tierna edad los hombre y las mujeres y unos y otras se robarán las haciendas. Sucederán cosas prodigiosas, las aves hablarán, y en este tiempo llegará el árbol de la luz y de la salud y sustento. Para librar á nuestros hijos de estos vicios y calamidades, haced que desde niños se den á la virtud y trabajos (1).»

Mucho se ha discutido sobre la autenticidad y fiel traducción de los cantos del soberano acolhua, pero aunque las versiones que han llegado á nosotros, gracias á D. Fernando de Alba y á Granados y Gálvez, no sean rigurosas traducciones literales, siempre habrá que creer en el concepto general de tales elegías, pues sus pensamientos y estilo poético nos dan aún suficiente idea de su carácter, sin que haya nada que se oponga á la aceptación de su pasada existencia.

Las predilecciones literarias del insigne Emperador influyen poderosamente en el verdadero florecimiento literario que ocurre en su reinado: en sus leyes y en las descripciones de sus palacios, se hace referencia al Consejo de músicas y ciencias «donde se guardaban las leyes convenientes á este Consejo». Veitia nos cuenta que al celebrado en Tezcuco, cuando regía el trono Acolhua el sabio Emperador Nezahualcoyotl, acudían las tres cabezas de la federación, en ciertos días del año, á oír cantar las proezas heroicas antiguas y modernas para instruirse en toda su historia (2): citan también todos los autores el caso del Sr. de Otampan, que, acusado de traición, preparó su defensa en verso, con cuyas bellezas, con-

(1) *Historia Chichimeca*, II, cap. 47.

(2) En la obra original de Pomar se hallan algunos de estos cantos, aún sin traducir.

movido el Emperador, otorgóle todo su perdón. Aún se cuenta como ejemplar de elegía la despedida del anciano general Quauh-Quahu-Izia de su joven esposa, al cabo mujer de Nezahualcoyolt, por muerte de su marido en campaña, caso por el cual ha sido llamado el Emperador Acolhua, el David americano.

El florecimiento literario de los tezcucanos no fué sólo poético; las producciones en prosa obedecieron también á las necesarias aplicaciones para su vida, ya complicada. Las leyes ú ordenanzas del gran Emperador fueron objeto de esmerada redacción, y de sus archivos históricos nos hablan á cada paso sus historiadores, desgraciadamente destruidos cuando la conquista, aunque se salvaron algunos de sus volúmenes, como el *libro de los tributos*, donde aparecen perfectamente determinadas las distintas producciones con que cada región contribuía al fisco en especies.

No se distinguen tan claros entre los acolhuas los recuerdos del teatro, de los que veremos en breve manifestaciones completas entre otras gentes, pero aún notamos al final de aquellos tiempos á las gentes chichimecas recibiendo por contacto con los civilizados nahuas su cultura y prestándonos algún destello de su estro, como el llamado *Canto de Mercaderes*, que, según Alba, decía: «¡Oh naciones Acolhuas! yo soy aquel Chichimeco que fui prosiguiendo con mi rodella triste y pensativo adonde tengo de ir á perderme ó volver con bien, aunque con trabajos y guerras. Llegué á la provincia de Tlapalan, etc.»

El genio literario de los nahuas no se apagó por completo con la conquista: aún destelló dirigiéndose principalmente á sus recuerdos y á ellos debimos las mejores noticias sobre su pasado, pues como dice Alba..... «Autores son de todo lo referido y de lo demás de su vida y hechos los Infantes de México, Ilzoatzin y Inhcozcatzin, y otros poetas é históricos en los anales de las tres cabezas de esta Nueva España, y en particular de los anales que hizo el Infante Quanklatzaucilotzin, primer señor del pueblo de Chiauktla, que comienzan desde el año de su nacimiento hasta el tiempo del gobierno del Rey Nezahualpiltzintli, y asimismo se halla en las relaciones que

escribieran los Infantes de la ciudad de Tezeuco, D. Pablo, D. Toribio, D. Hernando Pimentel y Juan de Pomar, hijos y nietos del Rey Nezahualpitzinli de Tezeuco y asimismo el Infante D. Alonso Axayacatzin....»

Pero quien nos presenta más palpable la mezcla de ambas razas pobladoras de la comarca de la gran laguna, son los aztecas: los antiguos mexicanos nos ofrecen la más completa amalgama de elementos cultos y salvajes que se puede hallar en el Nuevo Mundo; tantas instituciones, recuerdos y tradiciones encontramos en ellos derivados de las ciencias toltecas, como resabios y arraigadas notas de salvajismo imborrable, lo que se refleja claramente en su producción literaria, abundantísima y más completa en sus géneros que las que hemos visto hasta ahora.

Desde luego, los himnos tenían que jugar importante papel en sus ceremonias religiosas, y nada menos que de veinte nos daba cuenta el P. Sahagun en el índice del libro segundo de su gran obra, sensiblemente suprimidos después en el texto, y que debían corresponder al interesante epigrafe de *Cantares que se hacían en honra de los Dioses en los templos y fuera de ellos* (1).

Estos eran: El cantar que se decía en las fiestas de los dioses Witzlopuchtli, Haluc Feteunina, Chimalpanecatli, y Tlaltecamanotli, Ixquoianhgui ó dios del fuego (Agni), Miscoutli, Suchipilli, Luchiquetzal, Amimit, Otumteutli, dios de los Otomies; Aiopectli, Cioacoutli, el de la fiesta de los ocho años; el de la fiesta de Xippe, de Chicomaoutli, de Totochti, dios del vino de Atlaoa; Macuitzuchitl y Yacatecutli, dios de los mercaderes, representado por sus bastones de viaje (2).

Estos debían ser los cantos cuya composición y conservación corría á cargo de los *cuicapaqui*, ó compositores de himnos divinos en los templos, por los que recibían crecidos sueldos, y estos debían ser los que al decir del incomparable Sahagun

(1) Algunos de ellos parece ha llegado á poseer en su colección el Sr. Chavero.

(2) M. S. de la Academia de la Historia.

enseñaban á los hijos de los nobles entregados al Cahuecac ó colegio sacerdotal ó sean «los versos de canto para cantar que se llamaban cantos divinos, los cuales versos estaban escritos en sus libros por caracteres» (1). *Cuicani* llamaban al poema, del verbo *cuica*, cantor y *cuica-paqui* á los poetas, es decir hacedores de cantos.

Brinton nos da la lista de las especies de cantos que debieran tener los aztecas, deducida de las citas de los distintos autores, según las cuales aquellos serían (2):

El *malahuamicatl*, ó canto de ocasión, ó del hecho reciente.

El *xopancuicatl*, ó canto recordatorio, ó conmemorativo.

El *tencuicatl*, ó canto de alabanza personal, ó encomiástico.

El *xochicuicatl*, ó canto de las flores.

El *icnocuicatl*, ó canto de conmiseración, verdadera elegía.

El *noteuicuicaliztli*, ó el canto de mi señor.

En la misma obra nos presenta veintisiete composiciones últimamente descubiertas, interesante muestra de lírica nahual, algunas otomies, y entre ellas la más valiente de *Huezotzinco*, ó *elegía del esclavo*, recitada en casa del Gobernador de Azcapozalco, D. Diego León, en 1591, al compás del tambor que sabía tañer D. Francisco Plácido (3). Si bien se descubre en ellas una redacción á raíz de la conquista, aún se ve en todas destellar el estilo de los vates precolombinos. También fueron objeto de inspiración elegiaca los *miccacuicatl*, ó cantos funerarios, entonados en las exequias mortuorias en elogio del difunto, tanto más encomiásticos cuanto mayor era la categoría del honrado. Acompañadas todas aquellas canciones de la música y el baile tuvieron que someterse al necesario metro para conseguir el ritmo, obtenido por la cantidad de las sílabas, que en nahual fueron, en razón á sus vocales largas, breves, intermedias y sincopadas (de *saltito*). Para el acompañamiento musical contaron con pocos recursos los

(1) Sahagun, *Historia*, libro III, pág. 8.<sup>a</sup>

(2) *Ancient Nahual Poetry*, por G. Brinton.—Filadelfia, 1887, página 14.

(3) Brinton.—*Ancient Nahual poetry*, pág. 22.

antiguos americanos; sus instrumentos consistieron principalmente en el *teponaztli*, ó bronco tambor de madera ahuecado; el *huehueltl*, ó alto timbal con parche de piel, el *hapauhuimztl*, ó tambor bajo, obteniendo la nota aguda por medio de pitos, ocarinas y sonajas (1).

El comienzo de las fiestas para la inauguración de un *teocalli*, ó templo, era anunciado al amanecer por el ruido de todos los instrumentos; el *tecziztli*, gran caracol, ó bocina de hueso blanco, de pavoroso sonido; el *tlapanhuehueltl* ó gran timbal; los *ayacachtli* ó sonajas; los turgones *ayotl* y los *chicahuazlitl* ó cuernos de venado violentamente raspados, formaban un ruido infernal, anunciando que en aquel templo iban á comenzar los sacrificios.

En los casos de guerra el gran *huehueltl* del principal *teocalli* daba el toque de arrebato, que conmovía al oírlo á todos los habitantes de la ciudad, y ya en campaña servíanse para las señales del caracol marino, entre ellos usual, dando la de combate el *Tlacatecuchitli* con un timbrado tamborcito de oro que llevaba á las espaldas.

Las danzas entre los americanos fueron siempre el obligado complemento de sus solemnidades religiosas, por lo que entraba como constituyente de su educación el aprendizaje de éstos y otros bailes. A la escuela establecida en el Cuicayan acudían por *calpullis* los mozos y las mozas de la ciudad.

Larguísimo sería enumerar los distintos bailes con que celebraban sus fiestas los pueblos antiguos americanos; entre los aztecas el más solemne era el *mitote* en la plaza del gran templo, bailado por todas las clases sociales, transmitiéndonos Sahagun preciosas noticias sobre otros areitos, «que algunas veces por pasatiempo el señor cantaba y deprendía». En ellos dibújase ya la acción dramática, según lo que dice acerca de la casa de los cantores y los atavíos del areito, que por su exactitud y fiel pintura merece lo transcribamos; dice así: «Había otra sala que se llamaba *Micoacalli*; en este lugar se juntaban todos

(1) V. sobre cromática de estos instrumentos la nota de Mr. H. T. Cresson, inserta por Brinton en su *Ancien*, etc. pág. 26.

los cantores de México y Tlaltelolco, aguardando que les mandase el señor si quería bailar y probar ú oír algunos cantares de nuevo compuestos y tenían á la mano, aparejados todos los atavíos del areito, atambor y atamboril, con sus instrumentos para tañer el atambor y unas sonajas que se llaman *ayacachtli*, *tetzilacatl* y *omichicaoatztl*, y flautas con todos los maestros tañedores, cantores y bailadores, y los atavíos del areito para cualquier cantar. Si mandaba el señor que cantasen los cantares de *Vexotzincanitl* ó *Anaoacaiutl*, así los cantaban y bailaban con atavíos del areito *Vexotzinconitl* ó *Anaoacaiutl*; y si el señor mandaba á los maestros y cantores que cantasen y bailasen el cantar que se llama *cuextecaiutl*, tomaban los atavíos del areito conforme al cantar, y se componían sus cabelleras y máscaras pintadas, con narices agugereadas y cabellos bermejos, y traían la cabeza ancha y larga, como lo usan los *Cuestecas* y traían los mantos tegidos á manera de red, de modo que los cantores tenían muchas y diversas maneras de atavíos, de cualquier areitos para los cantores y bailes.» El cantar más generalizado que para estos casos debió existir, hubo de ser el que Alba Ixtlilxochril nos trae en su texto original y traducido, diciéndonos ser «el que casi en todos los más de los pueblos de esta Nueva España, en donde se usa hablar la lengua mexicana, lo cantan sus naturales en sus fiestas y convites, ser las tres cabezas de la Nueva España los Reyes de México, Tezcuco y Tlacopan, que significa conforme á su verdadero sentido:

»Dejaron memoria en el universo los que ilustraron el imperio de México y á quien Acolhuacan, los reyes Nezahualcoyotzin y Motecuhzo-matzin, y en Tlacopan Totoquihuatzin; de verdad que será empresa eternizar vuestra memoria (por lo bien que juzgasteis y registeis) en el trono y tribunal de Dios, erizador de todas las cosas, etc.»

Con ellos se ve dibujarse entre los aztecas las representaciones dramáticas y aunque no haya llegado á nosotros ninguna obra de este género mejicana, como las veremos entre otros, no podemos dudar de su representación, pues en los patios de los templos y en el sitio más principal de

la ciudad, existían lugares apropiados para las farsas y vistosas pantomimas que con gran regocijo de sus espectadores se representaban, á la par de los juegos, en las fiestas religiosas, allí tan abundantes, siendo entre ellos el más divertido, de agilidad y exposición, el llamado del volador, que hacían en honor de Xiuhcutli ó dios del fuego, cuya mejor descripción debemos á Boturini, inédita hasta que el Sr. Chavero la publicó en su primer tomo de *México á través de los siglos* (1) y en la que se da cierto simbolismo cíclico-religioso á su ejecución, sin faltar otros ejercicios gimnásticos, como el de la tranca y los zancos.

Pero no se limitaban al canto y baile las manifestaciones del estro mexicano; el conceptismo de las sentencias y los chistes esmaltaban su conversación, llegando al más abundante formulismo y á las obligadas recitaciones, que se repetían en todos los casos solemnes.

No tenemos que insistir en que recitaban de memoria oraciones á sus dioses y que tenían discursos y formularios para muchos de sus actos públicos. Las imprecaciones al dios Tezcatlipoca, antes de comenzar las batallas, nos constan por Sahagun á este tenor: «.....Oh señor humildísimo, señor de las batallas, emperador de todos, cuyo nombre es *Tezcatlipoca*, invisible é impalpable; suplicoos que á aquel ó aquellos que permitiéredes morir en esta guerra, sean recibidos en la casa del sol en el cielo, con amor y honra, y sean colocados entre los valientes y famosos que han muerto en la guerra.....»

El mismo autor trae muchos de los razonamientos por ellos hechos, como, por ejemplo, el de los padres al entregar sus hijos á los sacerdotes del Calmecac para su educación. Todo el libro VI de su inapreciable *Historia*, que titula: «De las oraciones con que oraban á sus dioses y de la Retórica y Filosofía moral y Teología», se puede considerar como un completísimo tratado de retórica azteca, dándonos, además, cuenta de otros razonamientos tan curiosos como el que «uno de los mercaderes viejos hacia al que estaba de partida, para ir á

(1) V. pág. 795.

mercadear á provincias longinuas ó extrañas cuando era primera vez» (1) y «otro que los mismos decían á los que otras veces habían ido á mercadear lejos», sin olvidar en el capítulo 41 del libro 6.º muchos de aquellos adagios y frases de frecuente uso por la gente mexicana.

Pero dejando el Anahuac y bajando á las regiones centrales, encontramos allí las muestras más elevadas de aquel exuberante espíritu poético. Los mayas, que tan adelantados se nos presentan en todos las artes, no podían por menos de proporcionarnos monumentos valiosísimos literarios, y en sus más principales debemos fijarnos un instante.

Ocupan preferente lugar entre ellos los repetidos ejemplares de los que se han llamado libros del Chilán Balam, ó de la ciencia de los sacerdotes (*chilan*, interpretación, bocalización; *balam*, tigre, nombre de una clase de sacerdotes de los espíritus protectores, en una palabra; expresión del oráculo).

De estos libros hubo numerosos ejemplares, aun después de la conquista española, trascriptos ya en caracteres latinos, y conservados á gran recaudo por los indígenas hasta principios de este siglo, distinguiéndose unos de otros por el nombre del pueblo en que se conservaban, de los que Brinton cita hasta 16, como el libro del Chilán Balam de Nabula, de Chumayel, de Kana, de Mani, de Oxkatzcab, de Ixil y otros. Cada uno de ellos se puede considerar como un tesoro histórico del pasado de estas ciudades.

Las crónicas mayas publicadas por Brinton formando el primer tomo de su *Library of aboriginal American Literature* fueron extraídas de estos curiosísimos tratados, constituyendo primitivos anales que alcanzan en su pasado hasta el siglo III de nuestra Era. Tanto en esto como en su parte profética astrológica se notan ciertas afirmaciones que pudieran relacionarlos con aquel primitivo gran libro de los toltecas, el Teoamastli al principio citado.

Los libros Chilán Balam son preciosísimos bajo todos con-

(1) Libro IV, pág. 17.

ceptos; urge una colección y traducción completa de ellos, de la que debemos de esperar las soluciones más provechosas sobre la historia de sus redactores. Ilustrados con curiosos signos y hasta con retratos, quizás nos proporcionen algún día la luz deseada para la interpretación de los catunes mayas, aún tan indescifrados (1).

Acerca del alto nivel alcanzado por la cultura maya no tenemos que insistir. Ninguno de los otros pueblos la elevaron tanto, apareciendo según distintos testimonios muy cultivada hasta la geografía y corografía, habiendo llegado á nosotros los nombres de Natzin Yaban, Nahau-Pech y Ah-kukil-Chel, como de profundos sabios entre ellos.

Aunque las citas de sus poemas son frecuentes, no poseemos lastimosamente originales; mas no podían faltar entre ellos himnos y cantos religiosos, como lo atestiguan las mismas pinturas de sus templos que nos los presentan cantando y tañendo diversos instrumentos, y de sus bailes y farsas al son del *tunkul*, que así llamaban ellos al *teponastli*, nos dan razón clara el P. Landa y Cogolludo.

De sus vecinos los Cakchiquel, contamos con el *Tepan Atilan*, ó memorial histórico de esta tribu (2); pero en la contigua región de los quichés, en Guatemala, es donde se han hallado los modelos de literatura indígena más dignos de especial estudio.

Los ejemplares que disfrutamos de la literatura quiché son valiosísimos.

En la parte histórica y científica tenemos el denominado

(1) Al final del trabajo de Brinton se dice haber sido extractadas algunas recetas de estos libros en un volumen, con el título de *El libro del Judío*, añadiendo que ningún arqueólogo ha podido descubrir quién fuera este Médico Judío: á nuestro entender mal pudiera descubrirse, porque creemos ser tal epígrafe una mala manera de escribir la palabra Indio, poniendo en su lugar Judío, cosa facilísima en el copista. El título que se quiso poner al volumen debió ser, pues, *Libro del Indio*.

(2) Vol. VI de la *Library of aboriginal American Literature*, por Brinton.

Popol-Vuch ó libro nacional de los quichés, como algunos quieren, especie de Chilán Balam de los de Guatemala, transcrito en caracteres latinos á principios del siglo XVI por algún aplicado indio amante de sus tradiciones «después de haber sido promulgada la palabra de Dios y dentro del Cristianismo,» como explícitamente manifiesta.

Encontrados en el pueblo de Santo Tomás de Chichicastesango fueron traducidos primeramente con relativa exactitud por el P. Francisco Ximénez, á principios del pasado siglo (1): más tarde, en 1861, el abate Brasseur de Bourbou los vertió, á su modo, al francés, asegurando ser sus dos primeros libros una traducción literal del Teomoxtlí de los Toltecas. De las cuatro partes que contiene, las dos primeras se refieren á las ciencias poseídas por los sabios quichés, y las dos últimas á las tradiciones y anales de aquellas gentes hasta la conquista por los españoles.

Muy preferidos por los quichés de Oxtum fueron los *sustotes* ó bailes con cierta acción dialogada, de los que nos da especial cuenta Fuentes y Guzmán en su *Recordación Florida* (2), pero la valiosa colección literaria quiché adquiere toda su importancia con el ejemplar tan completo del género dramático titulado el *Rabinal Achi*. Nuestro célebre y tan citado abate lo dió á conocer primeramente, pero revistiendo su descubrimiento de tales formas novelescas que perjudicó al crédito de tan peregrina obra, callando por su parte lo que debía haber comenzado por manifestar, cual era, que existía un manuscrito original del drama, en poder del propio dueño, que después lo ha mostrado á cuantos han tenido interés en su estudio.

(1) Así determiné transuntar de *verbo ad verbum*, dice el P. Ximénez, todas las historias como las traduje en nuestra lengua castellana, de la lengua quiché, en que las hallé escritas desde el tiempo de la conquista, que entonces, como dicen, las redujeron de su modo de escribir al nuestro, pero fué con tanto sigilo, y se conservó entre ellos con tanto secreto, que ni memoria se hacía entre los recónditos antiguos de tal cosa.

(2) V. pág. 40-41.

Sin fiarnos tampoco de la traducción francesa, diremos que el desarrollo de su acción ostenta las formas genuinas teatrales, siendo perfectamente representable. El Príncipe Rabinal Achi trae ante el Rey Hobtop al cautivo Canek, con sus doce guardias, los seis águilas y los seis tigres: vencido en la pelea no lo ha sido, sin embargo, en su orgullo, por lo que dirige á Rabinal, y al Rey después, altaneras frases preguntándoles si desean su humillación ante ellos. A poco si cuesta caro al Monarca su respuesta afirmativa, pues á no sujetar los presentes al fiero vencido, diera éste tremendo golpe con su maza sobre la real cabeza del que en otro tiempo había sido su prisionero.

¡Oh rey Hobtop, dice el ahora cautivo; es cierto que fui cruel contigo; la envidia roía mi corazón: pero antes de morir concédeme gozar de tu munificencia! Otórgale el Rey esta gracia, y no se queda corto por cierto en sus peticiones; primeramente quiere beber en la real copa y comer en el real plato; luego vestir el manto real; luego dar un beso en la boca virgen á la hija del rey y, por último, un año de vida para marchar á sus montañas y despedirse de los suyos: menos esto último, por razones fáciles de comprender, todo lo demás se le concede. Canek, sin embargo, aún parece intentar huir, pero volviendo á la escena y despidiéndose de su arco, de su escudo, de su maza de guerra y de su hacha de armas, entregóse, siempre altanero, á los verdugos de Hobtop, que le dan muerte.

El drama, aunque perfectamente representable, más que tal es una serie de escenas entre guerreros, cuyo interés estriba en la figura del cacique vencido. No deja de haber en éste cierta grandeza; pero lo que más se la da es, sin duda, su genuino carácter indio; la valentía en las frases, la brillantez de las comparaciones y cierta bella plasticidad escénica le prestan no escaso valor literario; pero aún encontraremos producciones dramáticas más completas.

En la vecina región de Nicaragua, desarróllase también una literatura de la que contamos con peregrinas maestras; la lírica y el teatro en Nicaragua nos proporciona la divertida

comedia con baile del Güegüence ó del *viejo ratón* (1), sin duda derivación del género precolombino, chispeante y burlesco, en la que rebosa el humor y los conceptos que mueven á risa.

Este charlatán y picaresco personaje tiene dos hijos; el uno digna obra de su padre; el otro impertinente censor de las faltas domésticas. Desterrados de la provincia por el Gobernador, logran escapar al castigo, gracias á la astucia y charlatanería del viejo, seduciendo, además, el bástago genuino de su padre, á la hija del Gobernador.

Como se ve, el Güegüence es el personaje astuto y socarrón de la escena americana; algo de nuestro *Cristobita*, que aparecía, sin duda, entre los antiguos nicaragüenses, ejecutando siempre semejantes fechorías y diciendo chistes y desvergüenzas. Estas y otras composiciones literarias debieron ser las escritas en aquellos preciosos libros de piel de venado, de que nos habla Oviedo y otros.

De sus areitos y mitotes nos han dejado cumplida noticia varios autores: Fernández de Oviedo nos describe, como los más vistosos por sus adornos, tintes y máscaras, los hechos al final de la recolección del cacao, bailando en torno del mástil de los voladores (2), al igual que hemos visto en Méjico.

No faltan tampoco en el continente Sur manifestaciones del ingenio indiano, ni prácticas literarias, aunque en parecida forma á los que dejamos consignados. En Venezuela, según Fernández de Oviedo, se cantaban los *caquitos* á la muerte de algún señor ó cacique, llorándolo durante la vela estrepitosamente, y loando en aquel cantar cuanto bueno hizo en su vida (3). Los guerreros colombianos de Tauja, ó los panches, pasábanse una luna cantando al sol é implorando de él que les diera la victoria; pero donde vemos destellar de nuevo el genio poético de los antiguos americanos es en el poderoso imperio de los Incas, con más intensidad en algunos géneros de lo que hemos visto hasta ahora.

(1) Tomo III de la *Library of Aboriginal American Literature*, por D. G. Brinton.

(2) V. libro XLIII, cap. XI, de su *Historia General y Natural*.

(3) Fernández de Oviedo, libro XXV, cap. IX.

Sin faltarles tampoco los cantos religiosos, los mitotes y areitos, y las relaciones épico-histórico de sus más heroicos señores, al tenor de lo que venimos exponiendo, despiertan más singular interés por la aparición de un drama entre ellos, el mejor quizá representado por pueblos y que nos ofrece las formas más completas de este género.

La obra se titula *Ollanta*, nombre del protagonista, y su acción responde perfectamente al concepto que de una, dramática, podemos exigir.

El guerrero Ollanta, oficial de bajo grado en el ejército, procura enamorar y es correspondido por Cussi Coyller, hija del Inca.

Un fruto de amor resulta de sus secretas entrevistas, y Cussi, deseando reparar la falta, confiésala a su padre el Inca, pidiéndole la venia, para unirse a su amante en matrimonio. El orgulloso Rey rechaza a su hija y trata de castigar al seductor; pero reuniendo éste a sus amigos ataca al Rey, con alguna fortuna al principio. Cussi Coyller es reducida a prisión, separándola de su hijo, y las cosas marchan muy mal para los amantes cuando el Inca muere. El sucesor vence al sublevado Ollanta, que es traído cautivo a la ciudad; pero como el nuevo Inca no tenía rencor contra él ni su amada, le perdona por haber sido valiente, haciéndole además entrega de Cussi y del tierno niño. Un gracioso que constantemente está diciendo chistes, ameniza con ellos el desarrollo de la acción. Tal es el excelente drama, por el que los peruanos nos dejaron un ejemplar valioso, de sus poéticas disposiciones.

Ahora bien: examinando en conjunto la literatura propiamente dicha americana precolombina, podremos obtener algunas deducciones sobre sus caracteres y orígenes. Aunque bastante secundaria, por lo que de ella resta, debemos suponer que no pecó de pobre ni escasa; sus himnos y cantos religiosos no tienen nada que envidiar a los védicos y sanscritos, y su drama *Ollanta* es mejor, más humano y completo que todo lo conocido del género en el Asia, aunque participe de muchos de sus caracteres.

Es verdad que no encontramos aquellos inmensos poemas

narrativos de la India, ni aquella abundancia, más exuberante que excelente, de su producción literaria; pero téngase en cuenta que tales modelos quizá no habían sido redactados en la época de la emigración de los asiáticos a la América (1) y que la destrucción, sensiblemente innegable, de sus textos precolombinos, fué enorme a raíz de la conquista.

En aquellos poderosos reinos de Sian, Cambodje y otros orientales asiáticos, tenemos memorias fidedignas de que, hasta el siglo VII de nuestra Era, no obtuvieron ejemplares del Mahabharata y otros poemas de la India. Existe una inscripción, descubierta en los confines de los Laos, grabada para conmemorar la traída de la India y donación a un templo, por el Rey Somaçarman, de ejemplares del Ramayana, Puranas y Mahabharata, para que se leyeran al público (2); y las memorias de la influencia de la India entre sus vecinos los de Campa, no alcanzan más atrás del siglo III de J. C.

A esta época corresponde también el principio de la literatura entre los drávidas, al punto de verificarse poco más tarde la redacción entre ellos del *Quilappadigaram* y el *Quindamani* (3) y tantos otros cuentos que forman hoy su abundante imitación ariana, extendiéndose después por todo el extremo oriental la influencia más ó menos inmediata de la producción sanscrita, que entonces redactaba sus monumentales obras.

Entre ellas se incluyen sus composiciones para la escena, y digno de atención es que en el drama *Ollanta* aparezcan aplicados estrictamente los principios que rigen al teatro indio. Este drama, que por su argumento y desarrollo supera, por cierto, a los conocidos de la India, presenta como aquellos el necesario término feliz de la acción, tiene constante papel la figura del gracioso y ejerce el sacerdote en los personajes

(1) No debemos dejar de consignar nuestra creencia, de que conforme a los últimos estudios, y según frase del eminente indianólogo Mr. Senart, «ninguna obra de literatura sanscrita puede ser anterior al siglo III de nuestra Era.»

(2) V. *Journal Asiatique*, 1888, tomo II, pág. 69.

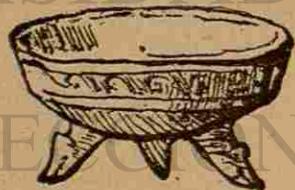
(3) V. *Reveu de Línquistique*, 1889, pág. 1.\*

grande influencia, como un recuerdo del indispensable brahman indio.

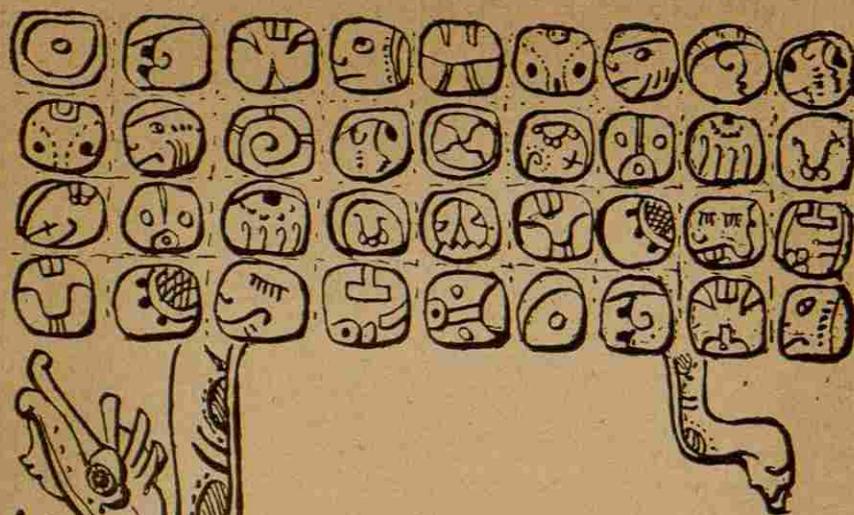
Obsérvase también entre algunos pueblos americanos el deseo de conservar á su modo sus memorias, el cuidado de sus anales y cronologias, más propio del espíritu búdhico que del brahmánico, empeñado éste siempre en dejar lo pasado envuelto en las vaguedades del tiempo indeterminado, ó en la insignificancia de lo terreno, comparado con lo infinito divino. A los Chilán Balam podemos llamar *las crónicas cingalesas*, ó del budhismo, en la antigua América.

Las crónicas budhistas cingalesas, ó de Ceilán, son el faro de la historia para el mundo oriental asiático; en Sian y Cambodge, á donde también se sobrepone el budhismo, hallamos igual tendencia, y en América, donde quiera que domine el espíritu de Quetzalcoatl, observaremos el mismo cuidado en coleccionar sus anales y no abandonar al olvido sus memorias.

Mucho esperamos también para la solución de estas cuestiones del desciframiento de los antiguos libros de los Lolos, recientemente descubiertos, aunque no leídos todavía, los que seguramente nos han de proporcionar soluciones importantísimas, sobre el estado del Oriente asiático en los primeros siglos de nuestra Era (1). Entretanto, sin avanzar más en la síntesis de la literatura americana precolombina, por falta aún de datos para ello, consignaremos, que del interés que despierta su estudio, podrá esperarse la solución de su enlace con otras literaturas, como necesariamente ha de ocurrir, para que no quede rota por algún lado, la cadena de las manifestaciones del humano pensamiento.



(1) Véase *Journal Asiatique*, 1892, tomo I, pág. 250.



VI

### Epigrafía y paleografía.



AS entrando en el estudio de la técnica lograda por aquellos hombres, corresponde examinar sus antigüedades, ya se refieran á los productos cuyo destino es la satisfacción de las necesidades de la vida, ya pertenezcan á un orden más desinteresado de ideas, elevándose hasta las regiones estéticas.

De las primeras que debemos tratar, como lazo de unión con su pensamiento, es de aquellas por las que pretendieron perpetuarlo, valiéndose de medios gráficos que suplieran con la fijeza de sus trazos la momentaneidad de la palabra hablada.

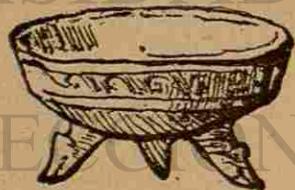
No pudo alcanzar ésta tan exacta transcripción entre ellos como entre nosotros, pero el pensamiento, de que es signo, obtuvo por los antiguos americanos expresión más ó menos vaga, llegando, en sus últimos tiempos, á cierto grado de fonetismo.

grande influencia, como un recuerdo del indispensable brahman indio.

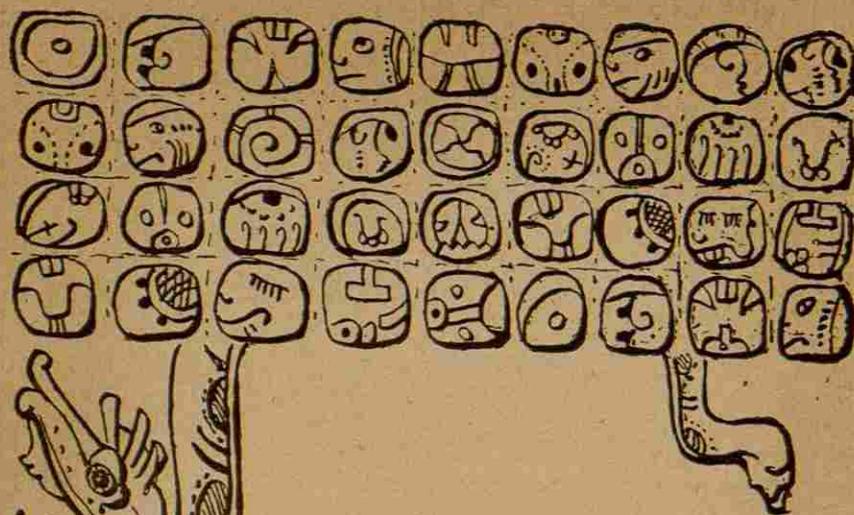
Obsérvase también entre algunos pueblos americanos el deseo de conservar á su modo sus memorias, el cuidado de sus anales y cronologias, más propio del espíritu búdhico que del brahmánico, empeñado éste siempre en dejar lo pasado envuelto en las vaguedades del tiempo indeterminado, ó en la insignificancia de lo terreno, comparado con lo infinito divino. A los Chilán Balam podemos llamar *las crónicas cingalesas*, ó del budhismo, en la antigua América.

Las crónicas budhistas cingalesas, ó de Ceilán, son el faro de la historia para el mundo oriental asiático; en Sian y Cambodge, á donde también se sobrepone el budhismo, hallamos igual tendencia, y en América, donde quiera que domine el espíritu de Quetzalcohalt, observaremos el mismo cuidado en coleccionar sus anales y no abandonar al olvido sus memorias.

Mucho esperamos también para la solución de estas cuestiones del desciframiento de los antiguos libros de los Lolos, recientemente descubiertos, aunque no leídos todavía, los que seguramente nos han de proporcionar soluciones importantísimas, sobre el estado del Oriente asiático en los primeros siglos de nuestra Era (1). Entretanto, sin avanzar más en la síntesis de la literatura americana precolombina, por falta aún de datos para ello, consignaremos, que del interés que despierta su estudio, podrá esperarse la solución de su enlace con otras literaturas, como necesariamente ha de ocurrir, para que no quede rota por algún lado, la cadena de las manifestaciones del humano pensamiento.



(1) Véase *Journal Asiatique*, 1892, tomo I, pág. 250.



VI

### Epigrafía y paleografía.



AS entrando en el estudio de la técnica lograda por aquellos hombres, corresponde examinar sus antigüedades, ya se refieran á los productos cuyo destino es la satisfacción de las necesidades de la vida, ya pertenezcan á un orden más desinteresado de ideas, elevándose hasta las regiones estéticas.

De las primeras que debemos tratar, como lazo de unión con su pensamiento, es de aquellas por las que pretendieron perpetuarlo, valiéndose de medios gráficos que suplieran con la fijeza de sus trazos la momentaneidad de la palabra hablada.

No pudo alcanzar ésta tan exacta transcripción entre ellos como entre nosotros, pero el pensamiento, de que es signo, obtuvo por los antiguos americanos expresión más ó menos vaga, llegando, en sus últimos tiempos, á cierto grado de fonetismo.

Prescindiendo de aquellas obscuras tribus, entre las que nunca aparece el deseo de perpetuar memoria alguna, encontramos los sistemas primitivos á ello conducentes, en las de cultura rudimentaria, cuando pretendían fijar la atención de los demás, por ciertos signos, trazados sobre los objetos naturales; signos indescifrables, sin la ayuda de su interpretación, transmitida oralmente de los unos á los otros.

A éstas parecen corresponder aquellas representaciones tan frecuentes en el suelo americano, ya grabadas ó sólo pintadas sobre las rocas, conocidas bajo el nombre de glifos ó pictografías; escenas por lo general de caza, ó cuanto más de lucha, que no parecen pretender la consignación perpetua de un hecho memorable, sino simplemente la representación de un suceso, repetido con frecuencia ante los ojos de los que así manifestaban sus artísticas disposiciones.

Otras hay en que pudiéramos ya suponer el intento de determinar el número, según sus series de puntos ó líneas; en otras, cierto rigor geométrico, en la disposición de los signos y figuras, nos hacen presumir la idea del simbolismo.

Forman el cuerpo de esta simplicísima epigrafía innumerables de representaciones, grabadas ó pintadas en las rocas y las cuevas, abundantes en Nuevo-Méjico, Arizona y Colorado, encontrándose asimismo en los *Mound-Builders* y *Cliff-Dwellers*.

También se extienden por el centro, citándose como notables las de Nicaragua, Oajaca y Sonora, apareciendo como las más complicadas las de Colombia, Amazonas y Guayanas; abundantes en el Brasil y regiones orientales de la América meridional, tampoco faltan en Chile y el Perú. Su arte y estilo, aunque presente diferentes caracteres, según la mano que los trazara, acusa en todos, sin embargo, igual estado de inexperiencia, y su estudio es todavía tan incipiente é incompleto que sólo nos proporciona la certeza, de que ni comprendemos su sentido, si es que alguno tienen, ni contamos aún con datos suficientes para su clasificación y desciframiento, intentado con más ingenio que fortuna.

Entre los pueblos más cultos hallamos ya otros procedi-

mientos algo complicados para la conservación y transmisión de sus memorables hechos á otras generaciones, de lo que algunos se cuidaran muy especialmente. Las citas sobre tales procedimientos y medios abundan en nuestros autores clásicos, por las que vemos á los antiguos americanos, no sólo ejercitando la transmisión oral, sino también disponiendo verdaderos libros, en los que apuntaban cuanto al objeto creían oportuno. «Había entre los mejicanos (dice el anónimo autor de la *Epístola proemial de un fraile menor al Sr. Conde de Benavente*) (2), personas de buena memoria que retenían y sabían contar y relatar todo lo que se les preguntaba, y desto yo topé con uno, á mi ver harto hábil y de buena memoria, el cual, sin contradicción de lo dicho, con brevedad, me dió noticia y relación del principio y origen de estos naturales, según su opinión y libros entre ellos más auténticos.»

Estos recitadores de historias, romances y cantares, existían no sólo con carácter popular, sino como funcionarios disciplinados y colegiados, á los que les era exigido el cumplimiento de su cargo con celo y exactitud, especialmente entre aquellos más escasos de medios gráficos de expresión, como acontecía á los peruanos, cuyos *quipos* nunca pudieron llegar á ser más que aparatos de auxilio mnemotécnico. Fernando de Santillana, en su *Relación* (3), nos manifiesta que lo que dice lo toma «de los indios viejos, por personas que saben su lengua y son antiguos y han tratado y conversado entre los dichos naturales..... por no tener esta gente ninguna escritura ni carácter y ser ellos gente varia, y sus relaciones en algunos casos diferentes. Los que tienen memoria de las cosas antiguas es por algunos cantares, en que se relatan los hechos pasados, y han venido aprediéndolo de unos en otros; y también tienen su memoria por los *quipos*, que son unas cuerdas de lana de muchos colores, y por la forma de los nudos, etc.....»

(1) Todo el *Annual Report of the Bureau of Ethnology* de 1889-90 está dedicado al estudio de las pictografías americanas.

(2) Colección de documentos inéditos para la historia de España.

(3) Véanse las *Tres Relaciones* publicadas por el Ministerio de Fomento,

El insigne Cieza de León nos enseña lo propio, asegurando ser los que tal profesión tenían muy honrados y favorecidos por los Reyes, añadiendo que «tenían cuidado grande de enseñar aquellos romances á sus hijos y á hombres de sus provincias, los más avisados y entendidos que entre todos se hallaban; y así, por las bocas de unos lo sabían los otros, de tal manera, que hoy día entre ellos cuentan lo que pasó ha quinientos años, como si fueran diez».

Y en el capítulo XII añade: «Fué costumbre entre ellos el tener tres ó cuatro ancianos encargados de tener en la memoria todos los hechos acaecidos, y muerto (el Inca) al sucesor del Imperio le decían casi por estas palabras: «¡Oh, Inca grande y poderoso, el sol, la luna, la tierra, los montes y los árboles; las piedras y tus padres te guarden de infortunio y hagan próspero, dichoso y bienaventurado sobre cuantos nacieran; sabed que las cosas que sucedieron á tu antecesor son éstas (1).» Pero las cosas que se gastaban, y lo que las provincias contribuían se asentaba en los quipos.» Nadie ha descripto mejor la forma y objeto de los quipos que Cieza de León, el que en la segunda parte de su *Historia*, dice (2):

«..... y esto fué los quipos, que son ramales grandes de cuerdas anudadas, y los que desto eran contadores y entendían el guarismo de estos nudos, daban por ellos razón de los gastos que se habían hecho, ó de otras cosas que hobiesen pasado de muchos años atrás; y en estos nudos contaban de uno hasta diez, y de diez hasta ciento, y de ciento hasta mil; y en uno de estos ramales está la cuenta de lo uno, y en otro la del otro; de tal manera, esto, que para nosotros es una cuenta donosa y ciega, y para ellos singular. En cada cabeza de provincia había contadores á quien llamaban quipos-camayos, y por

(1) Todo el capítulo XI de la 2.<sup>a</sup> parte de su *Historia* dedica Cieza de León á explicar: «Cómo se usó entre los Incas, qué del Inca que hubiese sido valeroso, que hubiese ensanchado el reino ó hecho alguna cosa digna de memoria, la hubiese del en sus cantares y en los bailes; y no siendo sino remiso y cobarde, se mandaba que se tratase poco del.»

(2) Capítulo XII, pág. 41.

estos nudos tenían la cuenta y razón de lo que habían de tributar los questaban en aquel distrito, desde plata, oro, ropa y ganado, hasta la leña y las otras cosas más menudas, y por los mismos quipos se daba á cabo de un año, ó de diez ó de veinte, razón á quien tenía comisión de tomar la cuenta, tan bien, que un par de apargatas no se podían escapar.»

El quipo no llegó, pues, á alcanzar más que á la notación del número y procedencia de los objetos que apuntaba; no fué sino un aparato de contabilidad, á la par que mnemotécnico; así como el último desarrollo del nudo que algunos hacen en el pañuelo para recordar de sus quehaceres. Pero la palabra *quipos* llegó á tener también un sentido general, en el que la emplea el autor de la tercera de las *Relaciones* citadas, (1) al nombrar con frecuencia los quipos, como textos vivos de que se valía, designando por antonomasia, con este nombre, á los indios relatores, á los *quipos-camayos*.

Fácil sería hallar el origen de los quipos entre los pueblos asiáticos y su escritura por cuerdas, usada en los tiempos primitivos por los chinos (2).

También ostentan algunos objetos incásicos ciertos signos que pudieran indicar la intención epigráfica; pero son aún tan escasos y de época tan indeterminada, que no es prudente afirmar nada sobre ellos, hasta que contemos con mayor número de ejemplares. Memoria hay asimismo de la transmisión del pensamiento entre los incas por medio de *glifos* ó piedras pintadas, con las que, según su tamaño y disposición en el suelo, pretendían coordinar oraciones.

Pero el supremo grado alcanzado por la epigrafía y paleografía americana es el del *catín* y el signo geroglífico-fonético, en los que escribieron incalculables libros, llegados desgraciadamente á nosotros en escaso número. Mucho se ha hablado de su destrucción por el fuego, llevada á cabo por los conquis-

(1) *Tres relaciones*, pág. 41.

(2) Rosni.—*La escritura hierática del Yucatán*, pág. 7. Véase también lo que manifiesta sobre los *Kuas* el *Journal Asiatique* de 1887, I, pág. 424.

tadores, no faltando bien intencionados eruditos que hayan pretendido disculpar y hasta negar las cometidas por Cortés y los Obispos Zumárraga y Landa; muy patriótica en su tarea, pero hay que rendirse á la evidencia; más noble es confesar con sincero dolor la falta cometida, que esforzarse en negarla, correspondiendo sólo á nosotros lamentar lo ocurrido, aunque disculpándolo siempre, por la piadosa intención que lo presidía. Landa lo afirma terminantemente, añadiendo, con la mayor ingenuidad, que por ello «les daba pena» á los indios; hoy hubiéramos procedido, seguramente, de otro modo. Pero, aun así, se salvaron y hasta copiaron muchos ejemplares, tratándose pronto de subsanar su pérdida. Boturini reunió hasta quinientos códices, desgraciadamente desaparecidos casi todos al poco tiempo, abundando, además, las noticias sobre ellos, en nuestros primitivos y verídicos autores.

De estos verdaderos libros vemos solamente poseedoras á las gentes que señalamos como en más alto grado civilizadas en la América precolombina. Memorias de tales nos presentan ya los toltecas, los que, según Alba, «usaban de pinturas y caracteres, con los cuales tenían pintadas todas las cosas sucedidas desde la creación del mundo hasta nuestros tiempos (1)», y en la anónima *Epístola proemial* citada, se consigna explícitamente «que entre los Aculiba (ó Culibas, los acolhuas) se halla que comenzaron á escribir y hacer memoriales por sus caracteres y figuras..... algunos quieren decir que Tezeuco se dice Culiba, por respeto destes que allí poblaron».

Sin determinar su proceso, aún bastante obscuro, puede señalarse la diferencia esencial entre el sistema de escritura quiché-maya y el nahuatl ó mejicano. En el primero domina el monumental *catún*, notándose entre los segundos la aspiración al fonetismo, por medio del sistema de *rebús*; de estos dos géneros de escritura consideramos como más exótico al *catúnico*, viendo en el de *rebús* la derivación de la primitiva

(1) *Historia Tolteca*, I, pág. 68.

pictografía de las tribus bárbaras, desarrollada con tendencias al fonetismo, muy naturales en todo proceso gráfico. Por esto nos interesa principalmente el primero, y por ello debemos procurar de inquirir su origen.

Para esto, como para tantos otros puntos que venimos tocando, debemos dirigirnos, en busca de alguna luz, al Oriente asiático, y averiguar las vicisitudes que experimentan los sistemas gráficos entre aquellos pueblos, que tanta conexión ofrecen en todo con los más cultos americanos.

Por el estudio, aún incipiente, de estos sistemas asiático-orientales, se deduce, como lo más probable, haber sido usados primero los puramente geroglíficos, ó sea, representativos del objeto que pretendían determinar, por los Lolos y Miao-tse. Esta escritura se ha conservado entre ellos hasta nosotros, aunque muy perdida de su originario sentido (1). Autorizadas opiniones lo suponen el origen de los más antiguos caracteres chinos, llamados *ku-uan*, que substituyeron á sus primitivas notas por cuerdas.

Estos caracteres fueron reformados más tarde entre los chinos, adquiriendo las formas *tchuan*, y últimamente las más modernas, ó *chu*, inauguradas por el célebre Ts'in-chan-Uang-ty, por los años 208 antes de J. C. Aquellos célebres decretos de este Emperador contra los libros, se dirigían principalmente á implantar el nuevo sistema gráfico de su Ministro Ly-se, en vista de la gran confusión que sobre la escritura existía en el Imperio: en estos caracteres de Ly-se se hallan ya grabadas las inscripciones de los Ts'in (2), y de gran utilidad sería para nuestro objeto, el cabal conocimiento de aquellos sistemas orientales anteriores al de los *chu*.

Entre las numerosas variedades de aquellos caracteres *tchuan*, que corresponden al estado de la escritura en todo el Oriente asiático, anterior á las conquistas de Ts'in-chan-Uang, se encuentran los llamados *ko-teu*, ó sea en forma de renacuajo

(1) Véase *Journal Asiatique*, 1891, II, pág. 356 á 364.

(2) Véase *Journal Asiatique*, 1893, I, pág. 473 á 518.

ó sapo; estos han sido reconocidos por Rosni y otros orientalistas como los más similares, hasta ahora, con los catunes quichés-mayas. Podemos asegurar que la actual escritura china no alcanza más atrás que á los tiempos del célebre Emperador incendiario de los libros antiguos, debiendo buscar el origen del catún entre las variadísimas formas de la escritura figurativa, llamada *tchuan*, que era la usada por todos los pueblos asiáticos orientales, antes de ser sometidos al poder del verdadero fundador del celeste Imperio; por esto, pues, hemos considerado siempre al *catún* de América como hermano de la cifra china, dando á ambos un común origen (1).

Los sistemas gráficos, literales ó silábicos, que se desarrollan entre aquellos pueblos más adelantados de la Indo-china, derivan todos de muy distinto origen; pueden considerarse, sin excepción, provenientes de las escrituras del Indostán, inauguradas por los grandes epígrafes del Rey Açoka y alcanzando su mayor complemento con el modernísimo *devanagari* sanscrito; pero fenómeno curioso, y que prueba la amplitud de su propagación, es que llega hasta Corea, donde se da hoy el caso de existir dos sistemas de escritura, uno popular, arcaico, puramente fonético, y otro oficial, más moderno, ideográfico, impuesto por sus dominadores los chinos.

La memoria de álbums, ó cuadros históricos, ilustrados con signos á modo de epígrafes, por el estilo de los Códices americanos, es antiquísima en el Oriente asiático, citándose, entre otros, el Erh-yá, que remonta al siglo III de nuestra Era, del que, con otros de su especie, tanto se valió Nie-xi, Director del Gran Colegio Imperial, en el siglo X, para la reconstitución de los antiguos ritos (2).

Si á esto añadimos que todos aquellos primitivos códices asiáticos están plegados á manera de biombo, como los mayas y aztecas americanos, comprenderemos cuán visible es su ori-

(1) Véase *Journal Asiatique*, 1892, I, pág. 253.

(2) Véase *Journal Asiatique*, 1890, I, pág. 429.

gen y cómo su derivación se nos va haciendo patente, al estudiar los medios gráficos de los antiguos pueblos asiáticos.

El carácter monumental epigráfico de los quiché-mayas, que aparece algo modificado en el paleográfico de sus Códices, se presenta abundantísimo en las regiones centrales americanas, sobre todo en la quiché y de Guatemala, siendo más escasos en la propiamente maya. No conocemos las modificaciones que experimenta hasta tomar las formas definitivas en que lo encontramos, pero algo extraño es hallar entre ellas las de animales exóticos á tales regiones: quizá si se conservara el primitivo Teotlamastli de los Toltecas pudiera darnos alguna luz en este sentido; pues, como vemos, el asio-americano poco inventa, modificando sólo lo que aporta á su nueva patria; pero perdido el sentido convencional de aquellos signos, su interpretación es de las que más se resisten á la curiosidad de la ciencia, siendo los apreciables trabajos de Rosni, Charencey y otros, meritísimas tentativas para llegar á la consecución de un fin, aún no obtenido. Sólo diremos, por nuestra parte, que van descaminados los que quieren aplicar el silabismo ó el *rebús* á tales signos, estudiando para esto las lenguas quiché ó maya, como si de ellas fueran transcripción fonética; nunca encontrarán en tales catunes la expresión del sonido; del propio modo que leemos el chino independiente de su lengua, podríamos entender los catunes, si conociéramos su correspondencia ideográfica.

El manuscrito *Relación de las cosas del Yucatán*, sacado de la del Obispo Landa, que guarda la Academia de la Historia, es el punto de consulta, de todos cuantos pretenden obtener la solución del problema, creyendo hallar en él la enumeración de un verdadero alfabeto maya; pero la falsa interpretación del famoso párrafo queda comprobada por la ineficacia del resultado obtenido, al aplicar aquel alfabeto á la interpretación de estos códices. A mi entender, el alfabeto que allí presenta Landa es una adaptación, posterior á la conquista, de algunos signos antiguos á nuestras letras, para hacerles así aprender á los indios, con ciertos caracteres suyos, el sonido de los nuestros, por ellos mal comprendidos y peor usados; pero

de ningún modo la interpretación del sistema catúnico empleado en sus libros, de los que ya nadie usaba, «especialmente la gente moza que aprendió los nuestros» (1).

La verdadera alusión al catúnico la encontramos en las breves palabras que anteceden al párrafo de la nota, cuando dice: «Usaban también esta gente de ciertos caracteres ó letras, con los cuales escribían en sus libros sus cosas antiguas y sus ciencias, y con ellas, y figuras y algunas señales en las figura, entendían sus cosas y las daban á entender y enseñaban.» Nada más dice sobre este punto; pero transcribe antes aquellos catunes, puramente ideográficos, correspondientes á los días, meses y años.

La paleografía quiché-maya se reduce á los tres códices de Madrid, Dresde y París, hasta hoy sin descifrar. Trazados aquellos signos sobre papel de pasta de maguey ó pita, con una superficial preparación blanca, son, como decimos, puramente ideográficos. El dibujado con más esmero es el

CÓDICE DE DRESDE.—Forma una tira de 3,50 metros de largo, por un palmo próximamente de ancho, con 39 hojas, ó mejor dicho, dobleces, lo que da doble número de planas ó páginas, al estar dibujado por ambas caras. Fué adquirido en Viena, en 1739, por el célebre bibliotecario Juan Cristián Götze, para la Biblioteca Real de Dresde, donde se conserva, habiéndose reproducido dos veces: la primera en la Colección de Kingsborough, confundido con los aztecas, y últimamente en fidelísima foto-cromo-tipia, por Försteman.

(1) La transcripción exacta del párrafo de Landa es como sigue: «De sus letras pone aquí un A, B, C, que no permite su pesadumbre más, porque usan para todas las aspiraciones de las letras un carácter, y después, el juntar de las partes otro, y así viene á hacer un *infinítun*, como se podrá ver en el siguiente ejemplo: *Le* quiere decir *laco* y *caçar* con él, para escribir *le* con sus caracteres, abiendo les mostrados nosotros hecho entender que son dos letras lo escribían ellos con tres, puniendo á la aspiración de la *l* la vocal *e* que antes de si trae, y en esto no hierran aunque usens *e*, si quisieren ellos de su curiosidad ejemplo..... (á continuación el A, B, C).....»

LOS CÓDICES TROANO Y CORTESIANO de nuestro Museo Arqueológico Nacional, son dos fragmentos de uno solo, que excede en extensión al anterior; alcanza en su totalidad 6,81 metros de largo, con 56 dobleces, y, por tanto, doble número de páginas, por anverso y reverso; su estado de conservación es bastante bueno y constituye el más notable ejemplar de su especie que se conoce. El trozo llamado Cortesiano fué reproducido en foto-cromo-tipia por los Sres. Rada y Delgado, y el Conde de Cedillo, con motivo de la Exposición del Centenario.

El último ejemplar existente de estos Códices es el guardado en la Biblioteca Nacional de París con el nombre de

CÓDICE PERECIANO, por el de su primitivo poseedor, un F..... Pérez, del que *fué*, según conserva escrito. Cuenta sólo 22 páginas, casi todas en muy mal estado, ignorándose la época de su adquisición, aunque, según se ve, debió provenir de España, ó del español F..... Pérez.

Esta vaguedad en la procedencia de tales documentos, nos impiden determinar si realmente son mayas ó pudieran venir de la región quiché. El uso de estos libros y caracteres hubo de extenderse más hacia el Sur, llegando como término hasta la Laguna de Nicaragua, donde los encontró Fernández de Oviedo, de los que hace esta exacta descripción en su *Historia General y Natural de las Indias* (lib. XLII, cap. I).

«Tenían (los de Nicaragua) libros de pergamino que hacían de cueros de venados, tan anchos como una mano ó más, e tan luengos como diez ó doce passos, e mas e menos, que se encogían e doblaban e resumían en el tamaño e grandeza de una mano por sus dobleces uno contra otro (á manera de reclamo); y en estos tenían pintados sus caracteres ó figuras de tinta roja ó negra, de tal manera que *aunque no eran letura ni escriptura*, significaban e se entendían por ellos todo lo que querían muy claramente; y en los tales libros tenían pintados sus términos y heredamientos, e lo que más les parecía que debía estar figurado, así como los caminos, los ríos, los montes e boscayes e lo demas, para los tiempos de contienda ó pleyto determinarlos por allí, con parecer de los viejos *güegües* (que tanto quiere decir *güegüe* como viejo).»

En la región del Anahuac, entre los pueblos que en ella dominaron, debieron existir estos libros con abundancia extraordinaria, según las memorias que de ellos tenemos, superando en cantidad é interés los de los Acolhuas, en cuya corte, Tezcuco, existían verdaderas Bibliotecas y Archivos importantísimos, objeto de lamentable persecución por parte de los conquistadores. Pomar, que escribía en 1582 su *Relación de Tezcuco*, nos dice, al principio de ella, que en esta fecha faltaban ya las pinturas que los indios tenían como anales, porque á la entrada de Cortés en la gran ciudad «se los quemaron en las Casas Reales de Nezahualpitzintli, en un gran aposento, que era el Archivo general de sus papeles, en que estaban pintadas todas sus cosas antiguas»; siguiendo igual suerte, por temor á los anatemas del Obispo Zumárraga, algunos que quedaron en poder de particulares (1).

Pero como ocurre siempre en estas persecuciones, algunos ejemplares se salvaron, pues entre los llamados Códices mejicanos, los hay que por su estilo artístico y por sus asuntos, creo deben considerarse más bien de procedencia acolhua que azteca. Entre ellas aparece principalmente el llamado

CÓDICE BORJIANO, de Veletri.—Este Códice es, sin duda, el mas hermoso de los nahuas que ha llegado á nosotros; la valentía de su dibujo, la riqueza de su composición y la bella combinación de sus vivos colores, lo hacen muy superior á los demás conocidos. Es de piel de ciervo, con 38 dobleces, ó sean 76 páginas; mide en total unos 11 metros de largo y se conserva en el Colegio de la Propaganda en Roma. Los asuntos desarrollados en él podemos determinarlos como correspondientes á la Cosmología, Mitología, Calendario y Ritual del pueblo que lo produjo, y por estos conceptos, como por sus caracteres artísticos, nos atrevemos á calificarlo de procedencia acolhua; entre sus páginas no aparecen los sacrificios humanos, al uso azteca (2).

CÓDICE VATICANO (núm. 3.776).—De igual especie y origen

(1) Página 2 de la edición de México de 1891.

(2) Reproducido en el tomo III de la *Colección de Kingsborough*.

podemos considerar este bello Códice, que recuerda en varias páginas al anterior, así como al de Bolonia, de que hablaremos; está dibujado é iluminado sobre hojas de piel, con 48 dobleces, ó sean 96 páginas (1).

Entre los nahuas de difícil determinación, excluyendo los inevitables aztecas, podemos contar algunos, en los que no vemos aparecer los caracteres especiales de los puro mejicanos; entre éstos el famoso

CÓDICE DE VIENA, *Indiae Meridionalis*.—Es también de piel (pero no de hombre, como se ha dicho); consta de 65 páginas, y parece representar un ritual mitológico, con relación al ciclo de los cincuenta años; otros han visto en él una verdadera genealogía (2). De igual especie es el

CÓDICE DE BOLONIA.—De piel gruesa, de 3,26 metros de largo, con 24 páginas. Es un Calendario. En su primera página lleva escrito que en 1665 fué cedido al Marqués de Caspi, por el Conde Valerio Zani (3).

CÓDICE FEJERVARY.—Es también un Calendario, completo ritual astronómico, de procedencia nahua precolombina; consta de 44 páginas (4). También se pueden considerar como tales las primeras partes de las copias compilaciones, que examinaremos con el nombre de Teleriano Renensis y Vaticano núm. 3.738; conócese un

CÓDICE ZAPATECO ó DE BERLÍN, llevado allá en 1883 por el Barón Waecker Gotter, que consta de 39 láminas ó páginas, existiendo copia de él en el Museo Nacional de Méjico (5); y un

CÓDICE MIXTECO ó COLOMBINO, sobre piel de venado; consta de 34 páginas y se conserva también en el Museo Nacional de Méjico (6).

(1) Reproducido en el tomo II de la *Colección Kingsborough*.

(2) Idem íd. íd.

(3) Idem íd. íd.

(4) Idem en el tomo III de íd. íd.

(5) Reproducido, según esta última, por Peñafiel, en sus *Monumentos Mexicanos*, 1885.

(6) Reproducido en el *Homenaje á Colón*, 1892.

CÓDICE CUICATECA Ó DE PORFIRIO DÍAZ.—Existente en el Museo Nacional de Méjico. La diferencia de estilo de su anverso y reverso parece indicar diversas épocas en su trazado; una cara es policroma y la otra sólo el contorno negro; en la cara de colores aparecen notas modernas en nahuatl, con toscos caracteres latinos (1).

Los Códices aztecas pre y post-colombinos, son los más abundantes y merecen especial estudio. Esta es la epigrafía y paleografía americana más descifrada, pues, obedeciendo, en general, al sistema de *rebús*, por la adaptación perfecta de sus imágenes al sonido de las palabras, sobre todo en los nombres propios, se obtiene el sentido fonético de muchos signos, ya sean simples ó compuestos. Unido esto á la puntuación numérica y las escenas que ilustran las piedras y Códices, no se hace difícil su completa interpretación, á los versados en la lengua nahuatl.

En los Códices puramente mexicanos podemos determinar bien la división de anteriores ó posteriores á la conquista española; los primeros generalmente están sobre piel ó lienzo, y en los segundos vemos empleados, con más frecuencia, lo último ó el papel europeo.

La epigrafía azteca nos ofrece notables ejemplares: la piedra dedicatoria del templo mayor de Tenochtitlan; el cielo mexicano; la piedra votiva del Rey Tizoc y el mismo *Calendario*, ostentan abundantes signos gráficos, perfectamente traducibles, con muchos más ejemplos que pudiéramos presentar. De su paleografía, á más de los libros que por memorias se les atribuyan, aún contamos con valiosas muestras. El con tanto empeño anónimo autor de la *Epístola proemial*, nos dice que sus libros sagrados eran cinco: «El primero habla de los años y tiempos; el segundo de los días y fiestas que tenía todo año; el tercero de los sueños, embaimientos y vanidades y agüeros que creían; el cuarto del bautismo ó nombre que daban á los niños, y el quinto de los ritos y ceremonias y agüeros que tenían en los matrimonios»; añadiendo: «que asimismo figu-

(1) Reproducido por Chavero en el *Homenaje á Colón*.

raban las hazañas é historias de vencimientos y guerras y el suceso de los señores principales, los temporales, etc. Todo esto tenían por caracteres y figuras que lo dan á entender, y llaman á este libro (el primero), libro de la cuenta de los años, etc.»

A tal patrón se ajustan, en efecto, los Códices aztecas que conocemos y las copias de ellos, sacadas por frailes, beneméritos para la ciencia que contrarrestaron con su trabajo los efectos de su sistemática destrucción. De todos se cuentan, como los más principales, los

CÓDICES BODLEIANOS.—Tres son los de esta especie, conservados en la Biblioteca Bodleiana de Oxford; uno de 40 páginas, otro de 20 y otro de 46. Este último es el más correctamente dibujado, pareciendo ser los tres unos rituales, aunque algunos consideran al primero como genealógico (1).

LIBROS DE TRIBUTOS.—De estos Códices existen algunos, como el del Museo de Méjico (2); el de Humbolt, de Berlin (3), y otros que veremos aparecer en compilaciones, hechas con posterioridad á la conquista.

A pesar de la persecución de que fueron objeto estos interesantes libros, no faltaron espíritus aplicados que comprendieran los perjuicios que de su desaparición se irrogaban á la ciencia, por lo que trataron de salvar los que restaban, procediéndose, además, á hacer copias, bien por los indios, ó por los mismos frailes, que substituyeran, de algún modo, á tan importantes documentos originales. De estas copias existen notables ejemplares, como los llamados

CÓDICE MENDOZINO; parte de una colección de copias, con epígrafes en castellano, mandadas hacer por el Virrey Don Antonio de Mendoza, Marqués de Mondéjar, para enviarlas á Carlos V; consta de 69 páginas, conteniendo una crónica mexicana que termina con el epígrafe «fin de la primera parte de esta ystoria». Sigue luego un libro de tributos, y termina

- (1) Reproducido en los tomos I y II de la *Colección Kingsborough*.
- (2) Reproducido por Peñafiel en sus *Monumentos Mexicanos*.
- (3) Reproducido en el tomo II de *Kingsborough*.

con 13 láminas, de tipos y costumbres mejicanas; perdido en el camino, fué después de M. A. Theuet, *cosmographe du Roy*, y, por último, llegó á la Biblioteca Bodleiana de Oxford, donde se conserva (1). Otra copia, compilación famosa, es el

CÓDICE VATICANO (núm. 3.738).—Fué hecho por Fr. Pedro de los Ríos, en México, en 1566, y consta de 56 páginas, tratando de la creación, parejas divinas, cosmogonía y almanaque ritual, dioses, sacrificios y parte histórica, al tenor de lo que nos decía el anónimo *fraile menor* citado (2).

Muy similar al anterior, que en partes repite, pero al parecer de mano indígena, es el llamado

CÓDICE TELERIANO RENENSIS.—Consta de 85 páginas, las 13 primeras, imágenes de dioses; luego un Calendario ritual, señalando los días dedicados á cada dios, y, por último, 39 páginas de historia y costumbres aztecas; se conserva en la Biblioteca Nacional de París (3).

Otros muchos monumentos pictóricos paleográficos indígenas, posteriores á la conquista, se conservan; entre ellos, el importante *Lienzo de Trascala*, publicado en el *Homenaje á Colón*, México, 1893 (4), precioso álbum de las hazañas de Hernán-Cortés, y otros bastante importantes, muy conocidos de todos los aficionados á estos estudios, ejecutados ya sobre papel europeo por diligencia de los conquistadores más curiosos, como el reproducido por la Sra. Celia Nutal, que lleva por título: «*Libro de la vida que los Indios antiguamente hacían y supersticiones y malos ritos que tenían y guardaban*», encontrado por su editora en la Biblioteca Central de Florencia, de los que hemos visto semejantes en España, en poder de particulares. En la Biblioteca y Archivo Histórico Nacionales, conservamos dos curiosos diminutos Catecismos de la Doctrina Cristiana, representado su texto por figuras, cabiendo considerar tam-

(1) Reproducido en el tomo I de la *Colección Kingsborough*.

(2) Idem en el tomo II de *íd. íd.*

(3) Idem en el tomo I de *íd. íd.*

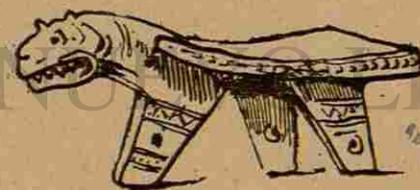
(4) Véase el *Catálogo Oficial de la Exposición del Centenario*, tomos de México.

bién, como otro Códice de mano indígena, el curioso alegato ó exposición de agravios, llamado *Pintura del Gobernador, Alcalde y Regidores de México*, en la sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional (1).

Concluiremos este capítulo transcribiendo un curioso párrafo de la tan citada *Epistola proemial*, por el que se ve cuánto conservaron aquellos conversos sus antiguas prácticas de escritura, al contarnos su modestísimo autor que: «Una cuaresma, estando en Cholola, que es un gran pueblo cerca de la ciudad de los Angeles, eran tantos los que venían á confesarse que yo no podía dadles recado como yo quisiera e dijeles: Yo no tengo de confesar si no a los que trujieren sus pecados escritos e por figuras, que esto es cosa que ellos saben y entienden, porque esta era su escritura.

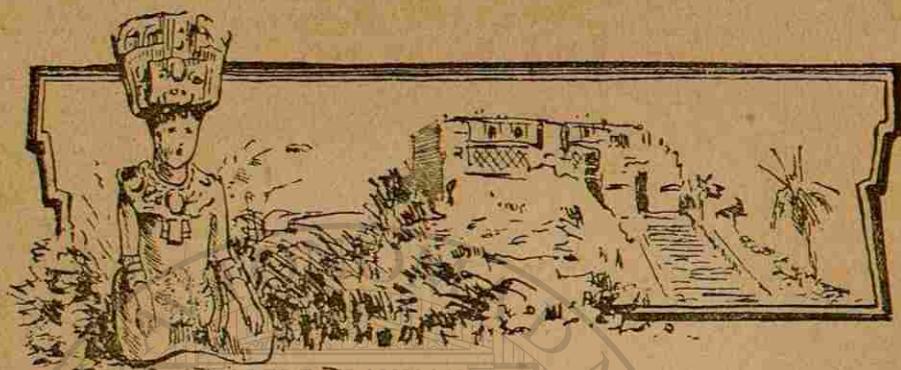
»Y no lo dije á sordos, porque luego comenzaron tantos á traer sus pecados escritos, que tampoco me podía valer, y ellos con una paja apuntando e yo con otra ayudándoles se confesaban....»

Diremos, por último, que las disposiciones gráficas de los americanos llegaron á aplicarse al trazado de verdaderos mapas geográficos, de los que existen memoria y algunas muestras importantes.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIV.  
ALFONSO REYES  
1960. 1625 MONTERREY, MEXICO

(1) Estudiado y publicado con dibujos por el Sr. D. José Sancho y Rayón.



ALERE FLAMMAM  
VERITATIS VII

### Bellas Artes.



OBJETO del mayor interés han sido los monumentos encontrados en el Nuevo Mundo, cuya abundancia y suntuosidad tenían que mover á sus contempladores, á la indagación artística é histórica, de los cánones y motivos por que fueron levantados.

Aunque conocidos sólo en parte, pues quedan, sin duda, por descubrir y explorar la mayor cantidad de ellos, podemos someterlos, conforme al lugar que ocupan y especie de los que á cada comarca pertenecen, á cierta clasificación que los haga convenir con los puntos cardinales, bajo que venimos examinando todas las ramas de la antigua civilización americana.

Extraño sería hallar monumentos entre aquellas gentes que consideramos como más inferiores en el confín meridional y aun los restantes aborígenes del continente Sur; desposeídos del espíritu de sociabilidad, y apenas sedentarios, sólo cabía entre ellos la choza ó la tienda, dejando huellas de sus paradas

por los depósitos de detritus, por sus *kjokkenmoddingos*, *sambaquis* y *paraderos*, ó por alguna tosquisima representación grabada sobre las piedras.

Alguna vez habitan las cuevas, ensanchándolas cuando les precisa; tallan la piedra; cortan los árboles y tejen la fibra de algún vegetal; pero jamás pasan de aquí sus atrevimientos en las Artes y las Industrias; á esto se reducen las primitivas manifestaciones estéticas de los pueblos indígenas, en el continente meridional, excepción de algo megalítico en el Ecuador y Perú.

No ocurre lo propio entre los que tienen su principal asiento en medio del septentrional. Por las orillas del Ohio y Misissipi, en el moderno Estado de Washington y por las costas del Golfo de Méjico, desde la Florida á Texas, en el primitivo Chiapas y Yucatán, hasta en Honduras, sin faltar en el Arizona, California, Colorado, algo por la Colombia inglesa é isla de Wancower, se extienden con profusión extraordinaria esos terraplenes, conocidos hoy en la ciencia con el nombre de *Mound-Builders*, para indicar la presencia de una multitud de gentes, de ellos constructores; monumentos que, por la semejanza de su plan y por los restos que encierran, delatan la existencia de una extendida raza, de ellos erectora, que se hallaba en el grado de civilización llamado de la Edad de piedra.

Difícil es determinar la fecha y tiempo durante el cual se levantaron aquellas trincheras y montículos, pero podemos asegurar que debieran correr largos siglos disponiéndose de idéntica manera, sirviendo algunos después de base á otros monumentos, levantados por los pueblos cultos, que desalojaran de sus territorios á sus primitivos poseedores. Pero también tenemos memoria de que aún se ejecutaban estos trabajos en tiempos del descubrimiento, en la parte oriental, donde encontraron los conquistadores tales trincheras y defensas, como de construcción y uso corrientes.

Estos montículos y terraplenes representan la primera etapa del arte monumental en aquel Mundo, y en los restos que contienen el primer estado de sus industrias; díriase que

manifiestan la espontánea y primitiva expresión del genio americano, si no tuviéramos sus antecedentes en la Siberia y Oriente asiático, entre aquellas gentes protoasiáticas, que «pasaron los mares cuando no eran mares, alumbrados por aquel sol que no era sol ni tenía ninguna fuerza».

Mas aun así aparecen siempre como la iniciación de las Artes en el Nuevo Mundo, como la primera aspiración al rigor geométrico y hasta á la planta simbólica ó caprichosa, pues los modelos á que obedecen son tan diferentes como extraños, variando en su configuración, según el uso á que se los destinaba. Constituyen una verdadera arquitectura en tierra, no sólo con destino funerario, como en sus numerosísimos túmulos, sino también cual trincheras, diques, cercados de recintos religiosos y de bases para sus altares y templos.

Algunas veces mezclan en su construcción la tierra con los cantos rodados y piedras sueltas, de relativo tamaño, empezando á tomar el aspecto megalítico; otros combinan perfectamente ambos materiales, hasta realizar el verdadero dolmen.

La extensión del territorio ocupado por los *Mounds* nos indica también la de la raza que los construyó: abundantísimos en la región de los modernos Estados Unidos, no existen, en cambio, en aquellas otras habitadas por gentes más salvajes, ni en las ocupadas más tarde por los pueblos superiores, que ó los destruyeron, ó utilizaron para las defensas y bases de sus templos; así no es de extrañar su mayor abundancia conforme nos acercamos á las costas del Atlántico, al contrario de lo que acontece en las del Pacífico.

Lo más original en algunos de ellos es haber querido representar por su planta figuras geométricas de cierto simbolismo, ó que dibujaran la figura de animales, de difícil clasificación, llegando en otros hasta agrupar al hombre; pero por su carencia absoluta de miembros arquitectónicos, y por el excaso adelanto que indican los objetos encontrados en ellos; por la ausencia de los metales, pues sólo nos ofrecen el cobre, trabajado por percusión, cual si fuera una piedra que cede al golpe, no vemos en la raza que los levantó sino una gran

masa humana, que no avanza en su cultura más allá de la época lítica, permaneciendo en ella por muchos siglos estacionada, sin permitirnos considerarla como el principio de una civilización que ha de desarrollarse por su propio progreso; este gran paso se deberá, en la América, no á la evolución de los *Mounds Builders*, sino al impulso de otras gentes, que vendrán de otra parte, con otros progresos y enseñanzas (1).

Digno de notar es que entre estos primitivos monumentos, se descubran también las más simples manifestaciones del Arte escultórico y pictórico americano; entre los objetos encontrados en ellos, son notables las pipas, adornadas con representaciones de animales, algunas veces harto caracterizados y hasta con cabezas y figuras humanas, que bastante nos manifiestan el tipo de sus escultores, no muy lejano de los modernos salvajes de aquellas regiones. También la vasijería toma formas escultóricas fantaseadas, notándose en los vasos motivos de ornamentación pictórica, que después se conservan, repitiéndose en otros pueblos más adelantados. Tal es la producción artística de aquellas dilatadas tribus doliacéfalas, de las que, según los mejor informados, vemos sus representantes en los indígenas actuales de tales regiones (2), y de aquellos mismos que, cuando arribaran los primeros europeos, aún construían sus ciudades bajo el propio sistema de defensa por terraplenes, como los que describe Garcilaso de la Vega.

Los exploradores Narváez, Hernández de Soto y sus Capitanes, encontraron pueblos fortificados de este modo, con los que sostuvieron reñidos combates, y viajeros de los siglos XVII y XVIII hallaban con frecuencia á los indios de aquellas regiones parapetados tras trincheras, dispuestas á la manera de los más clásicos *Mounds Builders*.

Entre los pueblos emigrantes que van formando la larga cadena de los imperios occidentales y del Anahuac, las Artes

(1) Para los *Mounds Builders* de los Estados Unidos véase todo el tomo del *Annual Report of the Bureau of Ethnology* de 1890-91.

(2) Véase Garcilaso: *Historia de la Conquista de la Florida*, tomo I, pág. 136, y también el *Report of the Taebody Museum*; tomo II, pág. 75.

presentan otros caracteres muy distintos. La cultura que manifiestan nos coloca en el dilema de, ó concederles un genio inventivo extraordinario, sin precedentes ni derivaciones, teoría inaceptable, conociendo la tramitación natural de la cultura, ó considerarlos, con más fundamento, como introductores de adelantos que tienen sus raíces en otras partes y en otras civilizaciones anteriores.

Constante es la memoria de que aquellos toltecas, fundadores del primer Imperio en el Anahuac, fueron llamados *los arquitectos*, los constructores por excelencia. Ellos parecen, en efecto, haber sido allí los maestros en el arte de labrar y disponer las piedras para formar los edificios; ellos, también, los que introducen la superior cultura; los pintores más arcaicos; los primeros que funden los metales preciosos y fabrican las más bellas joyas; los artistas, en fin, que hasta entonces no habían aparecido en el suelo americano.

Pero en su sistema de construcción, en la planta y alzado de sus monumentos, en los motivos que aceptan y desarrollan para sus exornos, podemos ver claro un origen extraño. Ciertamente que no nos quedan apenas monumentos toltecas, pero en el resto de los americanos, contruidos siguiendo en todo sus tradiciones, como veremos, podemos contemplar la mayor parte de sus caracteres.

Su sistema de construcción fué bien sencillo; sus miembros arquitectónicos escasos, y poco uso hicieron de la columna los arquitectos del Nuevo Mundo; no faltan, sin embargo, de ellas en Tula y otras ciudades de los toltecas, ni en Mitla, Palenque y Ake, con su sala hipóstila y otras ruinas del Centro-América; pero, en general, fué la pilastra la preferida, sobre la que descansaba siempre la techumbre arquitrabada; jamás se ve el arco en estos monumentos, como tampoco existe en los primitivos indios y del Oriente asiáticos; pasaron aún varios siglos de nuestra Era antes que llegara al Asia oriental la invención etrusco-romana, y los arquitectos que emigraron al país de Fu-sang, no podían llevar allá lo que ignoraban existía en el otro extremo del mundo; solo la falsa bóveda asiática que los arquitectos franceses llaman *encorbellement*, se ve en

muchas ruinas, bóveda de origen asirio, empleada por largos siglos después en la India y en el Asia oriental; aceptando, además, como frecuente base para sus templos, las pirámides escalonadas, en todo conformes con la construcción y modelo de los *zigurás* asirios y caldeos.

No creemos siquiera necesario rebatir el origen egipcio de la pirámide americana; petrificación, por decirlo así, del terroso *mound*, bastión del templo que se eleva en su cima, es sólo una basa, un pedestal que sirve para alejar al ídolo de toda ofensa y hacer más visibles las ceremonias religiosas.

Por los procedimientos empleados en la construcción de aquellos edificios, podemos deducir algo de su fecha ú orden cronológico; pues mientras vemos en los de mayor antigüedad empleado el trabajo más rudo y fatigoso para labrar las grandes piedras, talladas pacientemente, con labores sencillas, propias de los primitivos estilos, observamos en los más modernos la aplicación de los medios para obtener mayor riqueza ornamental, á costa del menor trabajo, empleando procedimientos que lo simplifican, como el uso de los estucos, tallados en blando y endurecidos por sí después, las aplicaciones del barro cocido, de la madera pintada y demás progresos que facilitan la ejecución, aunque sea á costa de la solidez y eternidad de lo edificado.

En todo obedecen, por esto, á las tradiciones asiáticas los monumentos americanos; en su planta, en sus alzados, en sus sistemas de construcción, en los motivos ornamentales y hasta en los signos masónicos ó lapidarios de que están llenos sus muros. El origen, desarrollo y probable cronología de tales ruinas, es lo que pretendemos esclarecer en lo posible.

A dos grandes matrices corresponden, por sus caracteres arquitectónicos, los monumentos americanos: la una, de aspecto petreo ó megalítico, y la otra de composición arquitectónica, de ensamblaje entre sus miembros. Cada una de ellas parece pertenecer y ser propia de distintas gentes, que corren por diversas comarcas, dejándonos en ellas las reliquias de su paso. En las primeras reconocemos una rama, que penetrando por el NO., y sin alejarse mucho de la costa, bien por empujes

de otras ó por las malas condiciones de los sitios á donde se establecen, no cesan de marchar en su emigración, hacia el Sur, hasta hacer su definitivo asiento en el valle del Perú.

Esta es la rama aimara-quichua, á la que corresponde el tipo primero de construcción consiguado. La segunda, nahua-maya, penetrando más hacia el interior, se dilata y asienta en el Anahuac, y después en el Centro-América, haciendo su primera explosión de cultura con el Imperio de los toltecas. La primera es más utilitaria, más sencilla y menos artística: construye á la manera megalítica, perfeccionada en cuanto le es posible, y atendiendo con preferencia á las obras de necesidad, á la Ingeniería que á la Arquitectura; la segunda, más amante del exorno, más artística, aunque menos original, ofrécenos á cada paso, en sus construcciones, el reflejo de las levantadas en el extremo oriental asiático.

Sin pretender formular una clasificación cerrada, vemos, en efecto, aparecer por la Colombia inglesa las construcciones en piedra más antiguas, correspondientes á la primera rama, sencillísimas en su aparejo, pero que obedecen á un plan geométrico, propio y constante de aquellas gentes, en que vemos los más primitivos enterramientos por *huacas*. Llegados al Arizona, nos hallamos con los antiquísimos *pueblos*; con las ruinas de los *Zuñis* y la gran fortaleza llamada Casa Grande (1). Después, allí cerca, las primitivas fortificaciones, completamente abandonadas y desiertas cuando la conquista española, de los *Cliff Dwellers*, en los cañones ó desfiladeros del Colorado, tan perfectamente contruidos como pintorescas, por su colocación en los más inexpugnables lugares, al abrigo de las grandes oquedades de aquellas montañas, y cuyos enterramientos, cerámica y tantos otros restos, nos los presentan como los precursores de los Incas (2). Pero no les fué allí posible la vida á sus moradores, por la aridez y sequedad extremas de la comarca, y bajando hacia el Sur, nos dejaron

(1) Véase *Annual Report of the Bureau of Ethnology* de 1886-87.

(2) Véase el estudio tan completo que de ellos ha hecho Gustavo Nordstedkiol en su obra sobre los *Cliff Dwellers*.

en la propia tierra mejicana huellas de su paso, quizá en el curioso y característico ejemplar del templo de Xucunan, y mucho en Campoala y en el propio Méjico: luego los vemos aparecer en la región central, á la orilla de la laguna de Nicaragua, con un curioso templo (1) y otros restos, y pasando al continente Sur, definitivo lugar de su asiento, los hallamos construyendo el templo del Cayo en Quito, y el de Inga-Pirga y del Sol en el Ecuador. Llegados al Perú, en dos etapas sucesivas, nos proporcionan las construcciones verdaderamente ciclópeas de Tiaguanaco, y las monumentales ciudades del Chimú, Pachacamac y otras, sometidas todas al cabo por la estirpe de los Incas, constructores éstos de las grandes vías, de los recintos sagrados del Titicaca, de los Alcázares y Templos del Cuzco y de todos los últimos monumentos de su espléndido Imperio.

En toda esta larga cadena artística permanecen siempre los propios caracteres de su estilo; la construcción es sencillísima en su despiece, irregular en sus bloques, aunque sometidos al rigor geométrico en las líneas; en todos se atiende más á la gran solidez, aspiración del ingeniero, que á la belleza de los perfiles y del exorno, buscada principalmente por el arquitecto; hasta el punto que los huecos siempre se abren más angostos por su parte superior que por la inferior, para disminuir así el tamaño y trabajo de sus dinteles (2).

Más valientes constructores se presentan los nahuas-mayas; estos son los que realizan los más atrevidos planes artísticos en la América. Cierto que su sistema de construcción es también muy sencillo, siempre adintelado, sin emplear en su cierre más que la falsa bóveda, pero dando gran importancia al elemento decorativo, al que imprimen á veces un marcado aspecto de ensamblaje de maderas, propio de toda verdadera arquitectura en todos los pueblos.

Ya hemos visto ostentar los toltecas el título de *arquitectos*

(1) Estudiado y reconstruído por el Dr. Babalins.

(2) Véase *Sobre Tiaguanaco* la excelente obra de este título, publicada recientemente por H. Stubel y M. Hule.

por excelencia; á ellos debióse todo el desarrollo arquitectónico en el Anahuac; á sus enseñanzas obedecieron también los mixtecos-zapatecos, por causas que apuntaremos, los quichés de Palenque y Menché, y hasta los más modernos mayas, siguieron sus inspiraciones en Uxmal y en Chichen-Itza.

Es indudable que los toltecas dieron el tipo general, no sólo de las construcciones, sino del número y disposición de ellas en cada recinto. De los restos monumentales que nos quedan en sus primitivas ciudades de Tula, Teotihuacan y Cholula así se deduce, siendo en la segunda, ó sea en la ciudad de los dioses, donde hallamos los patrones que después hemos de ver repetirse en todas las posteriores.

Los primitivos toltecas eran sabeistas, adoradores del sol y de la luna, y en Teotihuacan elevan las dos grandes pirámides dedicadas á estos dos astros, reyes del día y de la noche, que aún permanecen á unos 800 metros la una de la otra, por unos 50 de altura; la de Tonatiuhzamilli, ó sea el sol soberano, y Meztliuacalli, ó sea la luna (la Milita asiática). Allí también establecieron el primer juego de pelota, los Colegios de los sacerdotes y todos los edificios propios de un tan importante centro religioso. En Tula, hizo el Rey Tlacomihua grandes y suntuosos edificios, entre ellos el célebre templo de la Rana, con «todos sus aderezos de oro y piedras, y la rana de esmeraldas» (1), citándose, además, suntuosos palacios en Toluca, en Cuauhuahuac y otros puntos, cuyas descripciones nos dan idea de su magnificencia.

Tranquilos se hallaban aquellos magos, adoradores del sol, en el ejercicio de su culto, cuando llegó á Tula Quetzalcohal; es decir, el misionero budhista, que pasaba á América, á ejercer la misma propaganda que en Asia había verificado; y aunque la lucha fué empeñada y el cisma sobrevino, al fin venció en la tierra de Fu-sang, como había vencido en todas partes, y refugiado en Cholula, hizo de esta ciudad la ciudad santa, que elevó en su honor la tercera gran pirámide, donde tenía su asiento la *serpiente de plumas, la estrella de la mañana,*

(1) Alba Ixitzitlozli: *Historia tolteca*, I, pág. 35.

que todas estas denominaciones toma, arraigando de tal suerte su doctrina, que nunca dejaremos de verla prevalecer, al lado de las demás idolatrias de los nahuas-mayas, durante toda su larga historia. Establecido sólidamente Quetzalcohal en Cholula, envió discípulos que sembraran la semilla de su doctrina por todos los países del Sur, los que llegaron hasta las regiones que después habían de llamarse de los mixtecos y zapatecos, surgiendo entonces, en toda la extensión de aquel suelo, monumentos que testimoniaban la aceptación y auge de aquellas doctrinas, todos de carácter budhista marcadisimo, como el templo de Xochicalco, exornado por completo con el emblema de la serpiente de plumas, dibujada con valentía ornamental admirable; y el templo del Tajin en Papantla, ó sea la gran pirámide de siete pisos, exornados con nichos y cornisas, en el que casi vemos reproducido el más famoso monumento budhista que se conoce, el templo de Boro-Boro de la isla de Jaba. Por último, á ellos parece deberse los antros de Mitla, los célebres panteones ó lugares de muerte, asiento del gran Pontífice llamado Huijatao, al que no se podía mirar sin morir, tan notable por su estilo como por sus misterios (1).

Pero nunca pudieron gozar los nahuas de la posesión tranquila de aquellas comarcas: por su contacto con los bárbaros del Norte excitan la codicia de estos, que bajan en distintas ocasiones arrollando y destruyendo aquellos florecientes Imperios, de los que adquieren, al someterlos, algo de su cultura. La primera invasión fué la de los chichimecas, los perros, los más crueles y salvajes, que por su condición y hasta por sus vestidos, se pueden asimilar á los más fieros pieles-rojas; los que al mando luego del gran Xolotl concluyeron definitivamente con el Imperio de los toltecas. Estos bajaron fugitivos al Chiapas, aportando allí todos los elementos de su civilización; y fundando el Imperio quiché de Xibalba (de las serpientes), reprodujeron en Palenque y Menché las construcciones de Teotihuacan y Cholula, uniendo siempre ya el culto de los astros con el de Quetzalcohal, llamado aquí Cuculcan.

(1) Torquemada, *Monarquía indiana*, libro III, cap. VII.

Las ruinas de Palenque (el antiguo Nachan) han sido las más visitadas desde los días de la conquista, y en ellas vemos levantarse las dos tradicionales pirámides del Sol y de la Luna, y los Palacios y Conventos á ellas adherentes, con su gran torre ú observatorio, encontrándose allí el tan famoso templo de la Cruz, de procedencia budhista, como hemos apuntado. Por su construcción, por el empleo de los estucos y del barro cocido, por sus relieves y exornos, el centro puramente religioso de los quichés, empieza á mostrarnos los mayores adelantos obtenidos por el arte americano; los catunes epigráficos son allí más abundantes que en ningún otro sitio.

Pero la semilla de la civilización sembrada en el Anahuac y la sangre nahua de los sometidos que allí permanecían, no podía por menos que aspirar á la dominación á que se creían obligados, sobreponiéndose al cabo á los bárbaros invasores, del propio modo que ha ocurrido siempre en semejantes casos.

Los acolhuas, de pura cepa nahua, encontraron en Nezahualcoyolt á su redentor, el cual, después de las vicisitudes de todos conocidas, concluyó con el poder de los chichimecas, tepanecas y otros *mecas* invasores, restableciendo el Imperio y la cultura nahua, bajo la forma de un floreciente renacimiento. Los chichimecas habían sido poco artistas, pero los acolhuas demostraron al punto, que no había muerto en ellos el espíritu constructor que los distinguiera en su origen.

El Rey poeta, el Rey legislador, fué también gran arquitecto, y apenas afianzado en su treno, elevó palacios, templos y quintas, cuya fecha y disposición nos son perfectamente conocidas por fieles descripciones, y cuyos restos aún subsisten, testimoniando la exactitud de aquéllas (1).

En sus palacios y quintas encontramos la planta puramente asiática, distribuida en los tres departamentos principales de el Mexuar, el Serrallo, ó sea el conjunto de las Salas para los actos públicos, y el Harén, ó departamento para la vida privada; disposición que comienza en los Alcázares assirios, y

(1) Véase Alba Ixtlixolchitl: *Historia Chichimeca*, II, pág. 173, 183, 209, etc., y también la *Relación de Pomar*, México, 1894.

que es aceptada después por todos los Soberanos orientales. En los templos vemos las mismas tradiciones asiáticas, derivadas de los zigurás caldeos. Muchos de aquellos monumentos de Tezcucó, debidos al gran Rey, han desaparecido: abundante en ellos la madera, más que en otros americanos, se utilizaron las cuerdas que dejó su constructor pendientes de las vigas, al tenor de sus presentimientos; pero las descripciones de Alba, Pomar y otros que llegaron á verlos, nos merecen el mayor crédito y nos los pintan con gran sinceridad y carácter: aún podemos contemplar restos tan interesantes como los de la quinta ó lugar de recreo de Texcutzinco, donde sobre escarpada roca, que tiene el abismo á sus pies, se observan escavados los célebres *Baños del Monarca Acolhua*, con importantes ruinas de otros monumentos (1).

Mas no por esto estaban vencidos para siempre los pueblos bárbaros que bajaban del Atlán, ni habían cesado las opresiones para los nahuas: diversas invasiones se venían sucediendo, siendo la última y más importante la de los aztecas, al fin denominadores de todos los pueblos de la región de la laguna, que hicieran de Tenocitlan, ó México, la corte de su dilatado Imperio: dirigiendo las conquistas hacia el Sur, invadieron también el Chiapas, acabando con la independencia de los quichés. Entonces, de su mezcla con ellos, nacieron los mixtecas, híbrido pueblo que, alterando su lengua, modificando sus ritos é introduciendo entre ellos los sacrificios humanos, concluyeron, en una palabra, con el Imperio de Xibalba y con todas sus más elevadas instituciones. Los fieles observadores de sus venerandas tradiciones, tuvieron que emigrar; unos cambiaron las frondosas alamedas de la región quiché por las áridas llanuras del Yucatán, al Oriente; estos fueron los *mayas*, nombre más geográfico que de raza (lugar seco y árido): otros bajaron al Sur, alcanzando hasta Tikal y Copan, límite meridional de la expansión de los nahuas.

(1) Véase la transcripción del trabajo inédito de D. Antonio García Cubas sobre Texcutzinco, que inserta Chavero en su *México á través de los siglos*, I, pág. 671.

Los mayas repitieron en el Yucatán toda la nacionalidad de que habían disfrutado en la región Quiché; sus instituciones, su religión y su gobierno fueron, en este extremo oriental, la última etapa de su vida, y en Chichen-Itza establecieron la corte del Imperio llamado de Mayapan. Chichen-Itza reprodujo la notada disposición de los monumentos nahuas. Allí levantaron las grandes pirámides del Sol y de la Luna; á los pies de esta última se ve aún la *Casa de las Monjas*, ó de los sacerdotes; allí en otro lado el indispensable *juego de pelota*; el *gimnasio*; la *Sala Hipóstila* y varios templos parciales, como el de los *tigres*, el de las *mesas*, con las piscinas ó *cerotes*, mayor y menor, y en el centro el curioso edificio llamado *el Caracol*, dedicado á Quetzalcoatl, formando aquel gran cuadrilátero el ejemplar más curioso y completo que se puede ofrecer de un centro monumental americano (1).

Discordias civiles promovidas por los bandos de Cocomes, Xiries y Cheles, aspirantes á la supremacía del poder, hicieron que se dividieran los mayas, y hé aquí á Izamal, Ake, y principalmente á Uxmal, repitiendo á su vez los modelos realizados en Chichen-Itza, hasta el punto de diferir apenas en los motivos de sus ornatos (2). Todos los que han visitado aquellas ruinas convienen en que Uxmal es la rival de Chichen-Itza, excediéndose sus arquitectos de tal modo en el ornato, que desaparece bajo él ahogada la construcción, entrando de lleno en las confusiones del barroquismo; nada se opone, pues, á que consideremos estos edificios como los más modernos del Nuevo Mundo; quizás alcancen en su fecha al siglo XV de nuestra Era; algunos de sus miembros arquitectónicos son de madera, como sus labrados umbrales, aún en buen estado, notándose, en general, más la tendencia en ellos á la suntuosidad, por el mayor tamaño de sus áreas, que al esmero y la solidez en su estructura.

Esta degeneración de estilo y aparejo se hace más patente

(1) Véase la *Relación del Yucatán*, del Padre Landa, y la excelente monografía *Archeological Studies of the ruins mayas*; por Holmes.

(2) Véase Holmes. Obra de la nota anterior.

en las ruinas de Tikal y Copan; aquí la exuberancia de la ornamentación es ya delirante; los miembros arquitectónicos y las formas de las estatuas desaparecen bajo las abrumadoras combinaciones de los exornos, siendo de notar que Diego García Palacio comunicara á Felipe II, en carta-relación de 1576, «que la tradición de estos indios es que sus edificios (los de Copan) los hicieran emigrados del Yucatán».

Los aztecas recogían y aplicaban por su parte la herencia de toda la cultura de sus predecesores en el Anahuac, y en fecha perfectamente conocida y con disposición que nos consta por mil descripciones, enriquecían á Tenochtitlan con templos, palacios y monumentos, en cuyo arte, más que una derivación con caracteres originales, vemos la imitación tosca de aquellos modelos, ejecutada por mano que imprimía en ellos su rudeza.

La azteca Tenochtitlan ha desaparecido por completo, siendo substituída por la moderna Méjico (1); pero no dejan de surgir de aquel suelo reliquias de su pasado, tan importantes como la *piedra del sol ó calendario azteca*, y la de los *sacrificios ó votiva del Rey Tizoc*, que nos muestran el estilo empleado por sus entalladores.

De los precedentes artísticos y hasta hieráticos de tantas construcciones nahuas, ya hemos apuntado algo, que completaremos con las observaciones hechas por los que también han examinado las del Oriente asiático é islas por que se prolonga. Su semejanza es perfecta con los de Chandi-Siva, que ofrecen la misma disposición de un gran patio, limitado por tres largas alas, con un edificio central más elevado. Todos los templos de Java ostentan la falsa bóveda; todos presentan un aspecto general parecidísimo á los americanos, y sus motivos de ornamentación se repiten casi idénticos en los del Nuevo Mundo. Se dice haber sido erigidos en el siglo IV de J. C., por la secta de los djanistas, ó sea á una mezcla brahamano-búdhnica; muchos de éstos se elevan sobre pirámi-

(1) Para la descripción y verdadero plano de la antigua Tenochtitlan, véase á Chavero en su *Méjico á través de los siglos*, pág. 800.

des con escaleras, similares en todo á las americanas, ofreciendo otros palpables semejanzas con los monumentos del arte Kmel ó Cambodjiano y el resto de los de la Indo-China, é India propia, de los que podemos hallar su origen en los *topes* ó *stupas* budhistas, inaugurados por el Rey Açoka.

Desiré Charnay, en la *Relación de su viaje á Java*, verificado después de conocer los monumentos mejicanos (1), concluye formulando tales semejanzas, al tenor siguiente: «Los ídolos groseros de Artza-Domas, cerea de Buitenzorg, recuerdan los de México y Copan en Guatemala. La pirámide con escalera, siempre afecta al templo, es semejante á las de Palenque y Yucatán; la disposición de los templos, especie de oratorios conteniendo el ídolo solamente, con piezas subterráneas para pronunciar el oráculo; la misma construcción interior, abovedados en *encorbellement*; detalles de ornamentación, explanados lo mismo que en México y Yucatán; la localización de los templos formando centros religiosos lejos de las ciudades, puntos de peregrinación, como en Palenque, Chichen-Itza, y más tarde, en tiempos de la conquista en Cozumel, los hacen coincidir en todo, con las más famosas ruinas americanas.»

Las distintas épocas y lugares en que florece el genio artístico americano, da por resultado diferencias de estilo, que se hacen patentes, tanto en sus monumentos arquitectónicos, como en sus esculturas, pinturas y hasta objetos de utilidad, más ó menos exornados. El carácter de la producción primitiva tolteca es, como corresponde á su mayor arcaísmo, de robustez y severidad; en Palenque obtiene el mayor aticismo y finura, tanto en sus líneas como en su escultural exorno; los preciosos cubículos de la Cruz y del Sol son las joyas de la arquitectura y escultura americana; en los centros religiosos del país maya la ornamentación obtiene ya un desarrollo invasor, haciendo, además, del tamaño, un elemento de suntuosidad; la llamada *Casa de las Monjas*, en Uxmal, es la más vasta construcción del Nuevo Mundo, y en la rama más meridional, en el Guatemala, el barroquismo decadente se manifiesta con vi-

(1) Véase *Tour du Monde*, 1880, I, pág. 32.

ciosa exuberancia, lo propio que en Tical y otros puntos hasta Copan. Estos caracteres se patentizan en todas las manifestaciones estéticas de estas comarcas, llegando hasta los objetos industriales. Entre los aztecas la tosca imitación de tales modelos es constante.

En la otra gran rama quichua los productos van obteniendo también rasgos estéticos que los caracterizan, conforme á las regiones en que se producen; mas incipientes en los del Norte, adquieren mayor gusto conforme avanzan hacia el Sur; aún severos y en extremo sóbrios de adorno en Nicaragua, ya obtienen en Costa Rica un estilo especialísimo, limpio en sus líneas y grecas, y firme en los trazos de las formas vivas, como puede observarse en los bellos objetos tallados en piedra y en los lindos productos de su orfebrería y cerámica; más abajo, ya en el continente Sur, obtienen estos elementos todo su más bello estilo entre los quimbayas, el pueblo más artista de la América meridional, el fundidor y cincelador de las joyas más preciosas y el que modela la más clásica cerámica, tan atentos á las severas finezas de la línea, como en ningún otro lugar de la América veremos.

Las Artes obedecen en el Perú á dos estilos sin duda muy distintos; mientras que en Tiaguanaco la construcción es monolítica, correctísima en sus líneas y geométrica en su exorno, hasta cuando representa la figura humana, indicándonos un gusto artístico muy regularizado, patente también en los tegidos y demás productos de las industrias, que podemos llamar de origen preincásico, notamos en lo ya puramente incásico cierta degeneración de esto mismo, supliendo la intención puramente estética en los edificios y el purismo y esmero en la labor de los objetos, por la riqueza de las materias que sirven para su exorno, por el derroche exuberante del oro, aunque nunca lleguen al predominio de la ornamentación sobre la construcción, como hemos visto entre los nahuas.

Mucho se ha hablado de los instrumentos de que se sirvieran aquellos artífices para el corte y labrado de las piedras con que construyeran sus edificios, repitiéndose á cada paso la especie de que debieron hacerlo con otras cortantes más duras;

á nuestro parecer ni esto es posible, ni existe motivo para dudar del uso de los metales con tal objeto: parecen olvidar los que tal piensan que aquellos pueblos que erigieron tan acabados monumentos, fueron los introductores de la metalurgia en el Nuevo Mundo: á los famosos orfebres, á los que sabían alear y fundir tan bien los metales, á los que fabricaron los instrumentos de cobre, tan bien templados y endurecidos, como los cinceles, escoplos y hachas, que con tanta frecuencia se hallan en aquel suelo, no habría que preguntarles con qué instrumentos labraban aquellas piedras, poco resistentes además por su dureza. Hay más, en muchas de ellas, la huella del puntero y el escoplo, es bien visible, y del corte por el metal, no puede caber duda á nadie que de ello algo práctico sea.

**Escultura.**—Tratando de las Bellas Artes merece la escultura americana especial estudio: largo sería éste si se hiciera con toda la detención debida, pero el esbozo de sus caracteres y diferencias esenciales puede compendiarse en más reducido espacio.

Aquella misma sencillez que venimos observando en la que llamamos rama quichua del arte americano, la encontramos aplicada al realizar sus esculturas; severas en sus líneas, naturalistas y algo duras en su modelado, casi desnudas y poco exornadas de accesorios y emblemas, contrastan estas esculturas con aquellas nahuas-mayas, en las que llega á desaparecer la forma bajo la exuberancia del adorno y el carácter simbólico y monstruoso de sus representaciones; muestras de este severo estilo son los escasos ejemplares escultóricos de los *Cliff-dwellers* y otros en el alto y bajo Méjico, entre los que incluimos la hermosa cabeza humana del estado de Vera-Cruz, las abundantes figuras de la laguna de Nicaragua; la mayor parte de la estatuaria de Costa Rica; la orfebrería colombiana antigua, en primer lugar la de los quimbayas; algunas de Quito y todo lo peruano, cuyos vasos presentan muy marcado el propio carácter naturalista.

La escultura nahua-maya ostenta el mismo lujo ornamental que su arquitectura, á la que sigue en su evolución hacia el barroquismo. Desde los antiguos toltecas, en cuyos monumentos, aún algo rudos y arcaicos, se encuentran los gérmenes

y patrones de todo el arte nahua, hasta los más modernos y decadentes de Guatemala, obsérvase igual viciosa tendencia.

Las grandes pirámides del Sol y de la Luna en Teotihuacan, estaban coronadas por templos que cobijaban á las imágenes de tales dioses, de los que dice Alba «que vió pedazos de ellos en los Cues» (1). En Tolán edificóse en los más primitivos tiempos el templo de la Rana, diosa del agua, cuya imagen, riquísimamente incrustada de esmeraldas, fué destruída por la soldadesca española cuando la conquista (2). Adorábase á Tlaloc, dios de las lluvias en Tezeuco, donde tenía un templo en las cumbres de aquellas montañas, por donde asomaban los nubes, del cual nos decía Alba que en su tiempo «allí estaban todavía sus pedazos» (3). De Tula nos ha hecho conocer Stubel una cariátide ó pie de mesa, cuyas reproducciones se ven por los Museos, y cada día surgen otros ejemplares de aquellas venerandas ruinas, cuna de la civilización americana.

Las esculturas acolhuas se nos ofrecen ya con toda la grandeza y perfección del renacimiento artístico á que corresponden; ellas y las de la región quiché, son, sin duda, las más excelentes que se han hallado en aquel suelo; el llamado fragmento de Mixcoatl, ó sea el relieve de un dios que lleva bajo sus brazos el sol, es uno de los más hermosos restos escultóricos de aquellas civilizaciones: al colosal Cholchunhtline de Texcutzínco, que yace tendido en una cañada de esta quinta real, cerca del baño de Nezahualcoyotl, hay que añadir, en este sitio, los preciosos relieves de la historia de este gran Monarca, tallados sobre las rocas contiguas (4), y la memoria de las colecciones de figuras de animales hechos de oro y pedrería, riquísimo tesoro del palacio real (5). Los ídolos de los templos (6), y, sobre todo, los retratos de Nezahualcoyolt, en

(1) Alba Ixtlixotli, *Historia Tolteca*, pág. 39.

(2) *Idem id.*, pág. 37.

(3) *Idem id.*, pág. 39.

(4) *Idem id.*, tomo II, pág. 210.

(5) *Idem id.*, pág. 180.

(6) *Idem id.*, pág. 224.

toda clase de materias, como consigna detalladamente Alba (1) son los ejemplares más notables en que se mostró el ingenio escultórico de los acolhuas.

Las figuras de Palenque han sido consideradas con razón como las más perfectas del Nuevo Mundo; á no afeárselas la constante deformación de sus cráneos, podrían equipararse, por sus proporciones y perfección del modelado, con las mejores asiáticas conocidas. Los relieves de los templos del Sol y de la Cruz ostentan, en grado máximo, estos méritos, y en los del *Templo de los Tableros* y zócalos del patio del *Palacio*, el acento es tan budhista, que llega casi á la justa-posición en las posturas, atributos y caracteres de sus formas, aún más visible si cabe en los singulares ejemplares de Lacandols, en la notable estatua de Quetzalcohalt, tan parecido al Buddha de Angkor-Wat y en los preciosos dinteles ó sobre huecos de aquellos templos. Ultimamente se ha enriquecido la colección escultórica quiché, con los preciosos *relieves de Chiapas*, estudiados y publicados por Chavero en el *Homenaje á Colón*.

La escultura maya participa bastante de los caracteres que venimos atribuyendo á su originaria la quiché, aunque no con tanta excelencia; los relieves de Chichen-Itza ofrecen la particularidad de representar guerreros, no vistos antes en Palenque, y de allí procede también el mejor ejemplar conocido de la imagen de Tlaloc, muellemente reclinado y teniendo sobre su vientre el receptáculo para el fuego. En Izamal, la propensión decadente á los colosos se manifiesta por la gran cara al pie de una de sus pirámides, la esfinge americana, y en Uxmal la escultura tiene menor representación que en los otros centros. Las figuras de Guatemala ostentan un carácter marcadísimo; en ninguna parte de América se presentan más recargadas de exornos y accesorios; en los relieves del templo del Sol de Tikal, difícilmente se siguen las líneas del cuerpo, casi ocultas por el verdadero follaje que las envuelve, y en Copan se iergen aquellas célebres figuras, comparadas á colo-

(1) Alba, tomo II, pág. 237. La estatua de la roca de Texcutzineo existió hasta hace pocos años, que fué destruída por la pólvora.

sales mazorcas de maíz, que apenas dejan percibir el rostro del ídolo, siendo también notable, en este sentido, el altar de los sacrificios, más otros muy similares monolitos. Las enhiestas piedras de Santa Lucía de Cozumahualpa, trasladadas hoy al Real Museo de Berlin, participan bastante, aunque no en tan alto grado, de estos mismos caracteres.

La escultura puramente azteca está representada por importantes ejemplares; la piedra votiva del Rey Tizoc ó de los sacrificios, y el llamado Calendario Mexicano; la colosal y espantable figura de la diosa Coatlicue (la de la saya de serpientes); más el ídolo conocido por el *indio triste*, y la cabeza colosal de Totec, todos ellos encontrados en el suelo de la gran ciudad, procedentes los dos últimos de su gran templo ó Teocalli, nos ofrecen, con otras representaciones, cuales la diosa del agua, Chalchihuitline (la de la saya de piedras preciosas), Xochipilli, el señor de las flores y otros ejemplares, el modelo característico del arte mejicano, rudo imitador, á su modo, de las tradiciones en aquel suelo, poco airoosamente por los aztecas continuadas.

**Pintura.**—La muestra principal de la pintura americana la tenemos en sus Códices y objetos cerámicos, pues de la policromía, aplicada á la exornación de sus monumentos, existen escasos ejemplares, en estado que permitan juzgar del aspecto y gusto de sus líneas y matices.

De esta policromía se notan restos en los de Palenque y en los edificios de Copan, donde dominaba el rojo: entre los nahuas y aztecas debemos aceptar también la policromía como de uso constante; pero donde hallamos el modelo más notable de la pintura precolombina, es, sin duda, en el Palacio de los Tigres, en Chichen-Itza: en su parte superior aparecen coloridos curiosísimos relieves, hallándose pintada la cámara interior con una decoración dispuesta en fajas, que reproducen distintas escenas, en cuya composición ha rivalizado la gallardía de las líneas con la viveza y gusto de los colores (1).

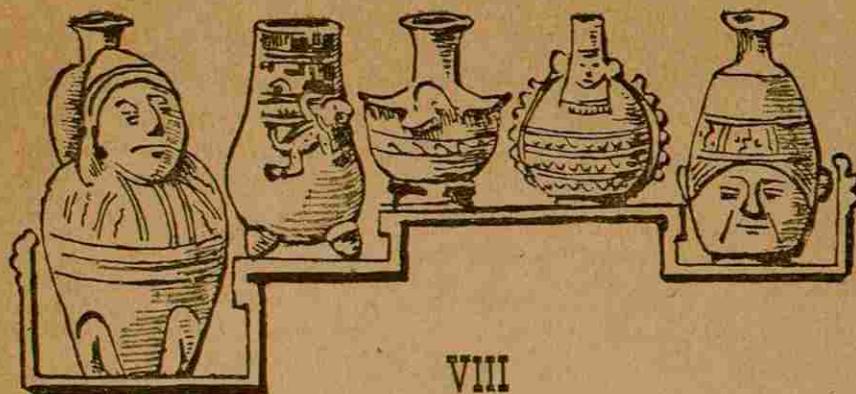
(1) Véase su estudio en *México á través de los siglos*, por Chavero tomo I, pág. 349.

Carácter general del diseño americano es su tendencia á la cuadratura, en todas las formas, llegando por ello hasta las más extrañas transformaciones, lo que constituye el acento étnico del trazado americano, de difícil explicación, si no es que influyera grandemente en esto el aspecto que adquieren las figuras, al ser entretejidas para el exorno de sus telas.

Entre los Códices examinados, hemos señalado como notables, por la gallardía de las líneas y gusto de sus acentos los calificados de acolluas, que obtienen por estos conceptos la ventaja sobre los demás apuntados. De otras aplicaciones del diseño á las formas y exorno de los productos cerámicos y textiles, haremos notar sus caracteres y estilo al tratar más adelante de ellos. Las artes del diseño las vemos, pues, en la antigua América más civilizada, alcanzando no mayor altura que en el mundo asiático oriental, sin notar en ellas el conocimiento de los efectos de la perspectiva, ni ostentar las bellezas de la línea y la armonía de las proporciones, alcanzada sólo por nuestras artes clásicas.

Aquellas culminantes cualidades del purismo y armonía obtenidas por el arte griego, van desvaneciéndose de tal modo en el asiático, que al llegar á la América, muéstrase en ésta el diseño como al extremo opuesto de tan virtuales condiciones; la figura humana sale de manos de los dibujantes precolombinos, interpretada tan fuera de la corrección y proporciones, que siempre aparece monstruosa, siendo difícil, en muchos casos, darse cuenta de su acción y escorzo: apenas alcanza, pues, á tan lejanas tierras los destellos del sol de Atenas, que algo aún ilumina el arte asiático en todas sus más modernas manifestaciones.

Los objetos de estilo japonés ó chino, abundantes en el NO. y regiones occidentales, caen fuera de nuestro cuadro por responder todos ellos al gusto modernísimo de los productos asiáticos en los últimos siglos.



VIII

## Industrias.



RECISA consecuencia de las necesidades de la vida es el desarrollo de las Industrias, que proporcionan al hombre los útiles indispensables para ella, tanto más abundantes, cuanto más van aumentando sus relaciones sociales: de aquí que por los restos de los manuales objetos, de cada pueblo podamos deducir claras consecuencias acerca de sus hábitos y estado de cultura.

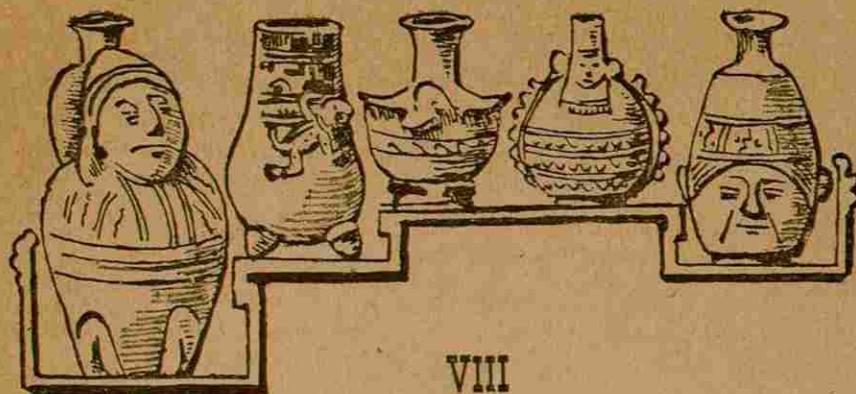
En este concepto, cabe establecer entre las industrias americanas las mismas diferencias que venimos notando entre sus artes y demás manifestaciones de su ingenio; útiles de piedra, casi en estado natural, y bastísima cerámica en los más salvajes; talla más pulimentada y vasijería mejor cocida, con sencillas labores en los intermedios, sin alcanzar aún el aprovechamiento de otro metal que el cobre, y éste golpeado tan sólo para hacer adquirir á aquella piedra la forma adecuada al objeto que se le destina, es lo que encontramos en las razas primitivas: pero al llegar á los pueblos de superior cultura, nótase al punto el paso gigantesco que hacen avanzar á las artes útiles. El beneficio y fundición de los metales, llevado al mayor grado de adelanto, especialmente en el oro y la

Carácter general del diseño americano es su tendencia á la cuadratura, en todas las formas, llegando por ello hasta las más extrañas transformaciones, lo que constituye el acento étnico del trazado americano, de difícil explicación, si no es que influyera grandemente en esto el aspecto que adquieren las figuras, al ser entretejidas para el exorno de sus telas.

Entre los Códices examinados, hemos señalado como notables, por la gallardía de las líneas y gusto de sus acentos los calificados de acolluas, que obtienen por estos conceptos la ventaja sobre los demás apuntados. De otras aplicaciones del diseño á las formas y exorno de los productos cerámicos y textiles, haremos notar sus caracteres y estilo al tratar más adelante de ellos. Las artes del diseño las vemos, pues, en la antigua América más civilizada, alcanzando no mayor altura que en el mundo asiático oriental, sin notar en ellas el conocimiento de los efectos de la perspectiva, ni ostentar las bellezas de la línea y la armonía de las proporciones, alcanzada sólo por nuestras artes clásicas.

Aquellas culminantes cualidades del purismo y armonía obtenidas por el arte griego, van desvaneciéndose de tal modo en el asiático, que al llegar á la América, muéstrase en ésta el diseño como al extremo opuesto de tan virtuales condiciones; la figura humana sale de manos de los dibujantes precolombinos, interpretada tan fuera de la corrección y proporciones, que siempre aparece monstruosa, siendo difícil, en muchos casos, darse cuenta de su acción y escorzo: apenas alcanza, pues, á tan lejanas tierras los destellos del sol de Atenas, que algo aún ilumina el arte asiático en todas sus más modernas manifestaciones.

Los objetos de estilo japonés ó chino, abundantes en el NO. y regiones occidentales, caen fuera de nuestro cuadro por responder todos ellos al gusto modernísimo de los productos asiáticos en los últimos siglos.



VIII

## Industrias.



RECISA consecuencia de las necesidades de la vida es el desarrollo de las Industrias, que proporcionan al hombre los útiles indispensables para ella, tanto más abundantes, cuanto más van aumentando sus relaciones sociales: de aquí que por los restos de los manuales objetos, de cada pueblo podamos deducir claras consecuencias acerca de sus hábitos y estado de cultura.

En este concepto, cabe establecer entre las industrias americanas las mismas diferencias que venimos notando entre sus artes y demás manifestaciones de su ingenio; útiles de piedra, casi en estado natural, y bastísima cerámica en los más salvajes; talla más pulimentada y vasijería mejor cocida, con sencillas labores en los intermedios, sin alcanzar aún el aprovechamiento de otro metal que el cobre, y éste golpeado tan sólo para hacer adquirir á aquella piedra la forma adecuada al objeto que se le destina, es lo que encontramos en las razas primitivas: pero al llegar á los pueblos de superior cultura, nótase al punto el paso gigantesco que hacen avanzar á las artes útiles. El beneficio y fundición de los metales, llevado al mayor grado de adelanto, especialmente en el oro y la

plata, es por ellos introducido, siguiendo los procedimientos puestos en práctica en los grandes placeres del Quersoneso Aurico y demás riquísimas regiones asiático-orientales. La minería, en su mayor adelanto, con la más artística orfebrería, es el principal objetivo de aquellos pueblos, apreciadores en todo su valor de tan grandes tesoros inexplorados como encerraba aquella tierra, de la que hacen la más asombrosa explotación los Incas del Perú; de tal modo, que podemos decir, que desde los más remotos tiempos han acudido los hombres á la América, lo mismo por Occidente que por Oriente, atraídos por el oro de sus entrañas, ofrecido graciosamente por los pueblos aborígenes, desconocedores de su precio.

El estado de las Industrias entre estas gentes corresponde exactamente al que suele llamarse de la Edad de Piedra, pres-tándonos tan completo ejemplar de ella, que á su estudio se debe la solución de muchas cuestiones, sobre los restos similares, tan abundantes en el Antiguo Mundo. El labrado de la piedra, ya tosca ó pulimentada, según el uso del útil que fabricaban, presupone el desconocimiento absoluto del beneficio de los metales. En tal estado hallamos á todas las tribus aborígenes del Nuevo Mundo, en los siglos medios, tallando en piedra las armas más necesarias para su defensa y los instrumentos de labranza y uso doméstico. Lo propio que en el resto del globo, las rocas cuarzosas ó dioríticas fueron las preferidas, sacando de ellas puntas de flecha ó lanza, hachas de agudo corte, azadas, martillos y percutores, piedras arrojadizas y para voleas, que tales fueron los instrumentos principalmente labrados por los indígenas americanos; no otros se encuentran bajo los *mounds* de los Estados Unidos, ni entre los caribes del Amazonas y los antiguos landeños, y no de otros se valieron tanto para sus armas ofensivas y defensivas, como para los útiles de caza y de labranza de la tierra. Hay que confesar que en esto llegaron á hacer prodigios de habilidad salvaje, adelantando en los procedimientos hasta donde es dado conseguir. Supieron hacer saltar las más duras piedras, por medio del fuego, en lascas ó láminas, y después, con certeros golpes, convertirlas en puntas de flecha afiladisimas ó en hojas de lanza

de inverosímil delgadez y afilados bordes; con gran habilidad sacaban de un golpe, de los núcleos de obsidiana, sutiles cuchillas de cortantes filos, ó pulimentaban á veces aquellos útiles con gran limpieza, cuando les destinaban para usos sacerdotales ó insignias de mando. Podemos decir que ningunas otras gentes fueron más maestras en el trabajo de la piedra, imprimiendo en sus formas ciertos caracteres locales que les hacen distinguirse de las de otros continentes. Algunos pueblos fueron tan apegados á sus antiguos usos, que siguieron labrando la piedra, á pesar de conocer los secretos de la metalurgia, como ocurrió á los aztecas, y otros, desconocedores aún al presente del metal, tallan hoy los pedernales, siguiendo las mismas prácticas que los más primitivos de aquel suelo.

Las muestras de la piedra tallada por aquellos pueblos precolombinos eran abundantísimas en la Exposición del Centenario, demostrando cuánto á ella se habían aplicado aquellos hombres. En los Estados Unidos notábase, en su sección arqueológica, el desconocimiento más completo del beneficio de los metales, apareciendo por esto el trabajo de la piedra con una perfección, cual con ninguno otro lugar americano permitía compararse. Clasificadas aquellas líticas antigüedades conforme á los tipos que de ellas admitimos en el Antiguo Mundo, observábase una gran semejanza, y como correlación entre ellos, que venían á establecer íntimo contacto entre el pensamiento y la técnica de tan lejanos hombres, impelidos por idénticas necesidades.

Abundaban extraordinariamente los objetos de piedra, más ó menos toscamente tallados, extraídos de las canteras y depósitos tan importantes como los de Hint Ridge, Hopewell y tantas otras localidades riquísimas de tales restos, en los valles del Missisipi, Ohio y Oregón y Cumberland; mas no se pretendía calificar á los más toscos de más antiguos que los esmeradamente trabajados, pues de ambas especies han aparecido indistintamente mezclados (1).

(1) Véase el *Catálogo oficial de la Exposición del Centenario*, y también los tomos de 1884-85 y 1891-92 del *Annual Report of the Bureau of Ethnology*.

El Museo Nacional de Washington expuso á la consideración del mundo sabio, en el Certamen del Centenario, cuanto de más selecto y curioso guardaba, concerniente á la antropología y prehistoria de aquellas regiones; y en lo relativo á sus primitivas industrias, veíanse claramente todas las formas impresas á la piedra, para utilizarla como armas ó instrumentos de labranza y de uso doméstico; y aunque en las puntas de lanza y flecha, en los discos y cuchillos, ofrecían bastante semejanza con las del Antiguo Mundo, aún se podía notar en ellos cierto acento característico, quizá, dependiente de la clase de piedra en que estaban hechos, aunque también obtuvieran singulares formas, propias exclusivamente del Nuevo Mundo. La punta de flecha americana ofrece, en general, mayor detalle en su trabajo, presentando en su base características escotaduras para su más firme unión con el virote ó junco á que ha de ser ligada, y especiales de los Estados Unidos son las grandes hachas ó picos, ranuradas en su centro para mayor adaptación de sus amarras (1).

Procedentes de las canteras del Delaware y Ohio presentaban estos útiles: más adelante se veían los objetos de piedra pulida, algunos de elegantes formas y caprichosos perfiles, provenientes de los *mounds*, de los que también habianse extraído las características pipas, tan notables por sus motivos de ornamentación, verdaderamente esculturales. Los objetos de uso doméstico eran también de extraordinario mérito; los morteros con grandes majas asimismo de piedra; los diferentes cuencos ó platos, los collares y adornos de cuentas de piedras de distintos colores, los cuchillos y percutores, todo, aparecía allí expuesto, demostrándonos el estado industrial, de aquellos primitivos habitantes de las márgenes de los grandes ríos, en el continente boreal americano.

De objetos metálicos nada aparecía en el verdadero sentido industrial de la palabra: había, sí, objetos de cobre nativo, abundantes especialmente á las orillas de los grandes lagos;

(1) Véase *Report of the U. S. Commission of the Columbian Historical Exposition at Madrid*, pág. 104-372 y siguientes.

pero considerándolos como de otra piedra cualquiera; en las costas, especialmente de la Florida, las conchas marinas ofrecían materiales para la ejecución de vistosos adornos, y á veces de los huesos de los peces hacían puntas y anzuelos para sus armas, dardos y arpones.

Los objetos de piedra permanecen entre los aztecas, hasta los días de la conquista, con cierta veneración tradicional en sus cultos y ceremonias; aunque conocedores de los metales, empleaban con preferencia las armas de piedra para sus sangrientos cultos, siendo también entre ellos especial el labrado de la obsidiana, en el que eran habilísimos, no menos que en el tallado de las piedras preciosas, especialmente de las esmeraldas.

Ejemplo notabilísimo de su habilidad en estos trabajos, es el tan reproducido cuchillo para los sacrificios, de la colección Christy, con hoja de calcedonia y puño de mosaico de turquesas y malaquita, obra, en verdad, de gran arte y esmero.

Frecuentísimo es el hallazgo de instrumentos de piedra en toda la América central; unos debidos á las tribus que tuvieron en ella su primitivo asiento, otros labrados al mismo tiempo que las gentes superiores fundían y cincelaban el metal; y ya que de las antigüedades del centro de América tratamos, debemos notar especialmente las de Puerto Rico, y fijarnos en esos collares ó colleras, y en esos conos ó copas, que tanto dan que pensar á los arqueólogos americanos, así por la perfección de su difícil labrado, como por el aún inexplicado uso á que se destinaran.

Tan características antigüedades pertenecen á un arte ya muy adelantado; por sus adornos y emblemas se asimilan á la estética más superior de los del Yucatán y Guatemala, apareciendo como una derivación de aquellos estilos; pero de su empleo aún no se ha dicho la última palabra, continuando la incógnita sobre tan singulares objetos.

En el continente Sur las llamadas edades paleolítica y neolítica se confunden más todavía; los objetos de piedra son aún abundantes en el Perú, aunque su preferencia sea por los cerámicos y metalúrgicos; y en las regiones orientales, en el

Amazonas y el Plata, ó las piedras son sencillamente arrojadas, ó se ven en ellas aquellas ranuras centrales que las hacen aptas para ligarlas á largas cuerdas de correa ó nervios, como después hicieron los gauchos con sus voleas y lazos. En la Patagonia y extremo austral, apenas se ve nunca la piedra pulimentada (1).

En la costa Noroeste del continente boreal son frecuentes los *jades*, de labor marcadamente china ó japonesa; pero el propio arte de estos restos nos está delatando su procedencia y modernísima fabricación, sin ofrecer duda la causa de su hallazgo en aquellos lugares.

Hoy se sabe perfectamente el respetable número de embarcaciones chinas y japonesas que arriban con frecuencia, arrastradas por las corrientes y tempestades, á las costas de la Nueva-Bretaña y California; hoy se encuentran jades chinos y fragmentos de ellos entre las tribus occidentales del Continente septentrional, á los que atribuyen virtudes mágicas; hasta sapeques se han hallado en aquellas regiones, sin faltar entre las antigüedades americanas otras chinas y japonesas, que pueden avanzar al siglo XIII de nuestra Era.

**Cerámica.**—La industria madre, las plástica generadora debemos llamar á la cerámica, de tan temprana aparición entre todas las gentes; compañera del hombre desde sus primeros días, sus progresos marcan los de la civilización, á la par que su estado y carácter en los distintos pueblos, hasta el punto de poder decirse que cada uno tiene su nacional cerámica.

No debemos extrañar, por tanto, que entre las antigüedades americanas se presenten las de esta industria con abundancia extraordinaria. Nada más numeroso, ciertamente, que sus productos cerámicos; la vasija precolombina es abundantísima; pero, aunque alcanzando bastante perfección en sus productos,

(1) *Chipped stones implements at the Columbian Historical Exposition at Madrid.*—By Henry. C. Mercer, en el *Report of the U. U. E. E. Comision of the Columbian Historical Exposition at Madrid*, pág. 367, y el *Catálogo oficial* en todas las secciones, 1892-93.

nunca logra tan avanzado progreso, como otras industrias que veremos á gran altura en el Nuevo Mundo.

Apenas se nota en ella el conocimiento del torno ó de la rueda, y en sus colores y barnices sólo emplea los engobes más sencillos y de efectos menos brillantes; y hé aquí también una prueba más de la fecha del desprendimiento asiático de aquellas gentes.

La pretendida antigüedad de los chinos ha podido inducir á suponerlos fabricando sus maravillosas porcelanas desde remotos siglos; pero nada más lejos de la verdad que esta creencia. Los autores más eminentes sostienen hoy que el descubrimiento, y, sobre todo, la perfección industrial de la porcelana china no alcanza más atrás del siglo VIII de nuestra Era, sin lograr su desarrollo hasta el XIII. Antes de estas fechas la cerámica del oriente asiático sólo sabía producir objetos de barro cocido, sin esmalte ni brillantes colores, de aspecto muy similar á los ejemplares que hallaremos en algunos *mounds* americanos: ni en la India, ni en Ceilán, ni en el Japón, ni en Corea empleaban otras prácticas los alfareros; del barniz vítreo ni siquiera se sospechaba su existencia más allá del Indo: fué preciso que en los siglos medioevales (en el V) sorprendieran los chinos, según confesión propia, el secreto de los persas, para que llegaran á fabricar el vidrio, *más brillante y reluciente que el que recibían de Oriente*, y aplicasen el esmalte á sus finisimas pastas (1); así se explica que los americanos no obtuvieran

(1) M. Pateologue, en su notable obra *L'Art Chinoise* (pág. 181), después de consideraciones previas, en el sentido que apuntamos, divide la historia de la porcelana china en siete grandes épocas:

- 1.<sup>a</sup> época, período primitivo, del 850 al 1426 de Jesucristo.
- 2.<sup>a</sup> » id. Suan-te, del 1426 al 1465 de id.
- 3.<sup>a</sup> » id. Tching-hoa, del 1465 al 1573 de id.
- 4.<sup>a</sup> » id. Uan-li, del 1573 al 1662 de id.
- 5.<sup>a</sup> » id. Khang-hi, del 1662 al 1723 de id.
- 6.<sup>a</sup> » id. Yung tching y Kien long, del 1723 al 1799 de id.
- 7.<sup>a</sup> » id. contemporáneo, del 1796 al 189..... de id.

El primer período se puede llamar sólo de formación; en los restantes va perfeccionándose paulatinamente, correspondiendo, como se ve, á los tiempos modernos su mayor florecimiento estético.

mayor adelanto en esta industria, careciendo por completo de la del vidrio, y sin disponer para el exorno de sus vasos, más que de la fusión de los opacos engobes.

Táchase á la cerámica americana de monótona y falta de variedad en sus productos, del uno al otro extremo de aquel Mundo; pero aunque presente cierta unidad, por la constante aplicación de los mismos procedimientos, bien pronto, al fijar la atención en su estudio, vemos aparecer, para cada región, característicos tipos, que llegan á darnos perfecta idea del pueblo á que pertenecen.

La cerámica antigua de los Estados Unidos presenta palpable semejanza con la prehistórica de todos los países, aunque con marcadas diferencias locales. La vasijería de los *mounds* es abundantísima, si bien, en general, tosca y mal cocida, teniendo que considerarla, por sus formas y exornos, como de inferior calidad entre las americanas, sin alcanzar nunca los adelantos que veremos en los pueblos de superior cultura: ni aun los engobes fijados al fuego podemos admitir en ella, pues los dibujos polieromos de aquellos vasos son siempre de poca consistencia, como pintados sobre ellos después de la coción.

En algunos la ornamentación es incisa, y á veces hasta de relieve, pudiendo ver en ellos el mismo estilo escultural de las pipas, siendo estos ejemplares las superiores manifestaciones del arte cerámico de los *mounds*.

Las piezas fabricadas obtuvieron distintas formas, según el uso á que se las destinaban, habiéndose encontrado entre ellas verdaderas urnas cinerarias, exornadas con atributos funerarios.

La vasijería del Norte, á orillas de los grandes lagos, es la más grosera; perfecciónase conforme descende hacia el Sur, siendo la mejor la del Missouri (1). Entre los ejemplares extraídos de los *mounds* pertenecientes al Arkansas, bajo

(1) Véase para cerámica de los *mounds* la *Contributions to the Archeology of Missouri*, parte I, por el Dr. Ed Evers, y el *Annual Report of the Bureau of Ethnology* de 1890-91.

Missisipi y golfo de México, han aparecido algunos que presentan una fabricación y un estilo muy superiores á lo apuntado como característico de aquella primitiva cerámica; mas por su proximidad á las regiones del Anahuac, nos hacen sospechar en ellos la importación de vecinos centros, ó su confección siguiendo un arte extraño (1). Esto nos pone ya en contacto con pueblos poseedores de distintas prácticas industriales, y esto nos da también la razón de la patente semejanza notada por algunos autores, entre los productos cerámicos de algunos *mounds* del Norte de América y los *Shell-Mounds* de Omory en el Japón (2), por ejemplo, pues en lo subsiguiente hemos de presenciar por la América, el desarrollo de una rama del arte cerámico de los primitivos pueblos asiático-orientales.

Igual división puede establecerse en el carácter artístico de la cerámica americana que la que hemos hecho en sus artes monumentales; una rama naturalista, sencilla, sóbria y geométrica en el exorno, conservando constantemente estos caracteres desde las regiones del Norte hasta su último florecimiento en el imperio incásico, y otra exuberante en el adorno, riquísima en el simbolismo, producto de una fantasía insaciable de ornamentación que llega á sacrificar toda forma originaria del objeto, propia de los nahua-mayas. Compárense los *huacos* de los *Cave Dwellers* y Gran Chimú, con los exornadísimos vasos mizteco-zapatecos del Museo Nacional de Méjico, que, en número extraordinario, lucieron en la Exposición, y podrán contemplarse los extremos de los brazos de un arte que obedece en todo á los mismos movimientos estéticos.

De la primera, ó quichua, hallamos aún restos preciosos en los *Cliff Dwellers*, primitivos modelos de los *huacos* peruanos, ya perfectamente cocidos y pintados al fuego, adelantos que ostentan las antiguas piezas de los primeros habitantes de los pueblos del Arizona, en sus hermosos cuencos, exornados exterior é interiormente con características griegas y caprichosos

(1) *Annual Report*, 1882-83, pág. 406 y siguientes.

(2) Nadaillac, *L'Amérique Préhistorique*, pág. 143, nota 2.<sup>a</sup>

dibujos en blanco, rojo y negro. A estos corresponden también la especialidad de los vasos negros, exornados por la impresión en su exterior de largos juncos, que simulan como si el vaso estuviera formado de delgada y larguísima cinta en espiral, variante singularísima de la cerámica de esta región. Esta también nos ofrece los llamados azulejos americanos, graciosas é infantiles representaciones de sus númenes, sobre placas de barro, obtenidos por los propios medios que las coloraciones de sus vasijas (1).

Siguiendo tales prácticas de fabricación, aunque variando en su propio estilo, se extiende el arte cerámico por todo el centro de las Américas no ocupado por los nahuas, caracterizándose allí muy preferentemente por los vasos tripodes, que desarrollan algunas veces los sustentáculos, hasta llegar á ser éstos mayores que el recipiente por ellos sostenido; pero convirtiéndolos generalmente en sonoros cascabeles, por contener dentro suelta bolita, á cuya práctica fueron muy afectos los antiguos alfareros americanos.

La cerámica de Nicaragua ofrece caracteres especialísimos que la asimilan un tanto á los productos de la otra rama nahua: en sus procedimientos se nota perfectamente el moldaje, con sobrepuestos en que interviene el retoque modelando el exorno, á la par que les aplican una ornamentación que pudiéramos llamar lenticular, de que es notable ejemplar el gran vaso hallado por el Dr. Bobalius en la laguna de Nicaragua (2).

En la isla de esta laguna se hallan aquellas grandes urnas cinerarias de barro cocido, que por su forma, á manera de colosal zapato, dieron á aquel lugar el nombre de Isla Zapatera, por su necrópolis, en que tanto abundaban.

La colección cerámica de Costa Rica era en el certamen

(1) Véase *Annual Report of the Bureau of Ethnology*, 1882-83; *Pottery of the Ancient Peoples*, By Williams H. Holmes, pág. 265, y *Catálogo oficial de la Exposición del Centenario*, Colección Emmenway, sala IV de los EE. UU. y tomo I de México.

(2) Véase sus *Antiquities ceramiques trouves dans le Nicaragua*, 1882 á 1883.

de las más abundantes y admirables, por el carácter y especialidad de sus ejemplares. Objeto de estudio preferente por parte de los americanistas (1) háse reconocido en ella, según sus distintas épocas y localidades, los caracteres más propios de la vasijería del centro americano. Los molcajetes de Turrialba, los tripodes de Aguacaliente y los silbatos de Nicoya, eran tan singulares como característicos por su aspecto y fabricación. Todos citan como notabilísimo el espléndido vaso policromo y con relieve, llamado *de la Salamandra*, ejemplar, sin duda, de los más notables producidos en los alfares americanos, aplicado por el Sr. Alfaro á los de la Isla Chira, de los que hacía ya grandes elogios el propio Oviedo.

Los de Colombia se presentaban quizá como los más artistas de aquellos centros; de éstos se exhibía una cerámica verdaderamente admirable por la originalidad y belleza de sus líneas y modelado, aunque no ostentasen tanto los esplendores de la policromía. Pero sus cualidades plásticas la colocan á igual altura que las otras artes ejercidas por los sibaritas y refinados quimbayas, á cuya tribu pertenecían los más selectos ejemplares.

Aunque pueda dividirse la cerámica quimbaya en policroma y monocroma, ésta es la que presenta más originales caracteres: adornada toda ella con labores incisas á palillo, llegan á recordar sus motivos ornamentales á los más clásicos ejemplares del Mundo Antiguo; diríase que algunos ostentan el llamado estilo latino-bizantino, por el juego de sus biseles, llegando á modelar los sobrepuestos con gran soltura y valentía. Comprendiendo que en esto consistía la belleza de tales piezas, nunca las engobaron ni pintaron, dejando los colores para otras menos ornamentadas, y llegando algunas veces hasta combinar ambos elementos. El capricho y la variedad en las formas los llevó á fantasear la humana á tal grado, que

(1) *The ancient Central and Soud American Pottery in the Columbian Historical Exposition at Madrid in 1892*; by Walter Hongs, pág. 337 del *Report of the UU. EE. Comision*.

vemos claramente en ellos la intención de las más cómicas caricaturas.

Imitadora hasta donde pudo de tan excelentes modelos, debemos considerar por ello á la cerámica chipcha como la más infantil y pobre en sus formas, de toda la americana, á pesar de su contacto con los refinados quimbayas, al igual que veremos en su orfebrería.

La región del Ecuador proporciona también excelentes ejemplares, notables por su tamaño y torneó, que pudieran dar lugar á suponer en ella un proceso rotatorio en su fabricación. Verdaderas ánforas y grandiosos vasos, ostentan perfiles tan clásicos como ningunos otros en el Nuevo Mundo.

Jamás adquieren los vasos americanos más amplias proporciones ni más limpieza en sus tonos que en los productos de los alfares del antiguo Quito; pero en ellos también se notan las mayores relaciones que los unen por su estilo con la más dilatada industria en el continente Sur; tal fué la peruana, extendida siempre por las regiones limitrofes al imperio incásico.

Los *huacos* peruanos son tan conocidos y abundantes como curiosos. El número de ejemplares extraídos de las huacas, ó enterramientos, es inmenso en todas las colecciones del Antiguo y Nuevo Mundo, figurando, entre las primeras, la del Museo Arqueológico Nacional de España. La cerámica peruana es notable, tanto por la finura de sus barros, como por el esmero de su trabajo; moldeada casi siempre, pulimentada y perfectamente cocida, resiste la acción de los siglos, llegando hasta nosotros sus productos, las más veces, como acabados de elaborar. Abundante más la monocrama, de color negro, rojo ó blanco, propio del barro empleado, tampoco faltan, sin embargo, piezas policromas, algunas bastante brillantes de color, aunque en más escaso número. El estilo y gusto artístico que ostentan es bien marcado; sencillos en sus representaciones, propenden, en general, á la reproducción realista de productos de la naturaleza ú objetos de frecuente uso, copiándolos con exactitud tan extraordinaria, que á veces parecen vaciados del natural. La figura humana, aunque desfigurada ó fantaseada, nunca lo es tanto como hemos

visto en otras regiones; sólo su proporción suele ser la más alterada, para aumentar así la capacidad del vaso que afecta esta forma.

Innumerables son las escogidas para los vasos peruanos; apenas conocieron ser natural, fruto ú objeto de uso que no reprodujeran en sus vasos; tanta variedad de formas ha exigido una verdadera clasificación, á manera de las naturales, para su orden y estudio. Las representaciones humanas, ya completas, ó de miembros del cuerpo, son numerosísimas, patentizando, las que afectan formas de cabeza, gran exactitud en el tipo que retratan, hasta con las deformidades producidas por caracterizadas enfermedades. La más completa indumentaria y objetos profesionales prestan estos vasos al estudio, cuando representan personajes religiosos, militares ó civiles, vestidos con sus más características prendas y en las más variadas aptitudes, según su dignidad ú oficio. Curacas ó jefes militares, agoreros ó adivinos, victimarios y portadores de ofrendas, músicos, labradores, cazadores, llameros, pescadores, etc., se ven con frecuencia fielmente representados en ellos, con otros en que, agrupados los personajes, ofrecen escenas públicas ó secretas; otros reproducen los más característicos mamíferos, entre ellos, graciosos monos, osos, armadillos, churchas, pumas, llamas ó ciervos, con algunos que afectan la forma de partes de animales.

Entre las aves se ven más frecuentemente los loros, rapaces, zancudas y palmipedas; entre los reptiles los caimanes y gecos; variedad enorme presentan los peces; no menor abundancia los crustáceos y moluscos; llegando, en los géneros de la botánica, á ofrecernos fidelísimamente reproducidas cuantas plantas y frutos se hallan en aquellas regiones donde se fabricaron: toda la fauna y flora de las regiones de los *huacos*, se puede deducir y conocer por ellos, gracias á la exactitud y arte de sus alfareros.

Especialidad de la cerámica peruana es también la de los vasos pareados, de doble vientre, casi todos silbadores, en los que por la ingeniosa separación del líquido que contienen, producen al balancearlos expresivos quejidos ó silbos, al pasar

el agua del uno al otro recipiente. Otras características formas, como platos, cazuelas, ánforas, embudos y salvillas, imprimieron á sus productos los ceramistas de los incas.

La variedad que pudiéramos llamar de la vasijería peruana se extiende á otras regiones limitrofes, bien importada ó bien imitada por ellos, como acontece á los más occidentales de la región de Buenos Aires (las landas) y algo hacia el extremo meridional del Continente.

Hasta tanto se dilata la rama quichua de la cerámica americana: la otra, propiamente nahua, se contiene en más reducidos límites, no revasando del país del Anahuac con el Yucatán y Guatemala.

De la primitiva cerámica del Anahuac es muy difícil hallar ejemplares, á causa de su poca ó ninguna coción; pero entre sus productos posteriores se anotan marcadas diferencias de estilo, según los centros en que se producen, de los que podemos determinar bien algunos grupos, correspondientes á los depósitos de residuos encontrados.

Los primitivos *michoacanos* no debieron saber cocer sus enseres de barro, apareciendo, como la más antigua conservada hasta nosotros, la *chontal*, muy basta y mal cocida, á la que podemos asimilar la de los *tecas*, la *huasteca*, la *teochichimeca* y la de los *otomies y pames*, en general incorrecta en las líneas, basta en la ejecución y monocroma en su color, tratando algunos, como los *totomihuacas*, de prestar alguna belleza á sus productos, por medio de cierto paciente pulimento de su superficie externa (1).

Mayor perfección y caracteres diferenciales ofrecen los vasos de los de Tuztla y *totonacos* en general, modelados con cierta gracia, y á veces pintados; estos últimos ejercieron su industria en lugares contiguos á la ciudad de Cempoala, llamados hoy *tiesteros* por la abundancia de sus restos cerámicos. La vasijería cuetlasteca aparece ya siempre pulimentada y también policroma, cualidad esta última llevada á bastante perfección y gusto en los productos cerámicos de los *Matlatzin-*

(1) *Catálogo oficial de la Exposición del Centenario, México, tomo I.*

*cas* y *Pirindas*. Los *Cholultecos* y *Tepanecas* produjeron piezas policromas de bellos dibujos y vistosas combinaciones en sus tonos; pero á donde la estética de este arte se manifiesta en todo su esplendor es en los abundantes ejemplares de los Tarascos, grandes modeladores de la arcilla, y, por tanto, exornadores con relieves de sus productos cerámicos, en general de barro muy rojo, dedicados además muy especialmente á la ejecución de ex votos y figurillas funerarias, magistralmente ejecutadas.

La cerámica de pueblos tan conocidos como los *acoluhas* presentan ya su arte llevado á una altura, superior á cuanto hemos visto hasta ahora en aquellas regiones. Aunque las piezas atribuidas á los ceramistas del imperio de Nezahualcoyotl ostenten poca policromía en su exornación, obedecen, por sus líneas y depurado gusto ornamental, á aquella elegancia y gallardía característica de tal cultura, y á ellos pudiéramos asimilar famosas piezas, que hoy figuran sin más calificación que como simplemente nahuas.

La cerámica misteco-zapoteca, es, sin duda, la que extiende á más objetos y eleva á más altura el arte en sus productos. Las colecciones de ídolos y vasos idolátricos sagrados con que cuenta hoy el Museo Oaxaqueño, Michoacano y Nacional de Méjico, se pueden considerar como la más espléndida muestra del arte plástico entre los antiguos americanos; el gusto y exornación de aquellos vasos, que tienen por base la figura humana, exuberantes y ricos en el sentido simbólico de sus vestiduras y atributos, los hacen entrar de lleno en la categoría de características joyas del arte nahua-maya. Aunque la policromía anima algunas de estas piezas, el valiente modelado, la verdadera escultura es lo que más las avalora (1).

No podía por menos la región quiché de proporcionarnos muestras de un gran adelanto en la industria en que nos ocupamos, y de ello es ejemplar singularísimo el vaso catúnico

(1) *Catálogo oficial de la Exposición del Centenario, México, tomo II, sala IV.*

del Sr. Minondo, tan característico como excelente; sin ser el único de su estilo, es, sin duda, el más notable.

La cerámica propiamente maya ostenta también rasgos artísticos que la avaloran en mucho; consistentes los ejemplares que de ella quedan, más en figuritas y exornos que en vasijas, podemos apreciar cuánto se nota en tales representaciones la misma mano que supo modelar aquellos grandes relieves en barro de Uxmal y Chichen Itza.

La cerámica propiamente azteca, presenta atrevimientos en su tamaño y ornamentación que no carecen de gallardía, aunque conviniendo en todo con los caracteres que hemos señalado, como característicos del arte propiamente mejicano.

**Metalurgia.**—La industria metalúrgica americana precolombina es privativa, como venimos diciendo, de los pueblos de superior cultura en aquel suelo, presentándose igualmente adelantada en todos éstos. Tanto los de la rama aimara-quichua, como los de la nahua-maya, señalan el propio grado de adelanto en su beneficio, fusión, forjado y cincelado.

Hasta donde llegaran en el conocimiento de las operaciones propias de la metalurgia, nos lo muestran, entre otras memorias, los notabilísimos ejemplares de la orfebrería, debida á los mejicanos y quimbayas; y si nos asalta la consideración de que, cómo siendo tan expertos en este difícil arte, no conocieran ni utilizaran jamás el hierro, en aquel suelo tan abundante, veremos en esto también un reflejo del estado de tal industria en el extremo asiático, en la época correspondiente á las emigraciones de aquellas gentes á la América.

El oscuro origen de la metalurgia comenzó á adquirir cierta claridad desde que el Barón Eckstein, preocupado con tan interesante cuestión, trazó las primeras líneas sobre la materia, confirmadas en gran parte después por los descubrimientos posteriores. A los pueblos altáicos, á los proto-asiáticos, anteriores á los arios y semitas, corresponde el invento de la explotación de las minas, primeros extractores de los metales que guardaba la tierra en sus entrañas. Conocido por ellos el cobre sedimentado, llevaron más allá que los *mounds wilders* su espíritu de indagación, buscando el origen

de aquellos sedimentos en los terrenos por donde pasaban las aguas que los producían, y así, por la búsqueda del cobre nació la metalurgia; segundo paso fué aligerar por la fusión de las tierras cobrizas el resultado del sedimento, y una vez reconocida la cualidad de la fusibilidad de los metales, el gran paso estaba dado al aplicar la fusión á cuantos más ó menos puros se hallaban en la naturaleza, como el oro, la plata, el estaño, plomo y otros fácilmente fusibles. El beneficio de los grandes placeres asiáticos despertó la sed del oro; pero el mayor progreso obtenido en la metalurgia fué el de la preparación del hierro, no alcanzada por muchos pueblos, entre ellos los americanos. Este mineral requirió para sus aplicaciones mayores adelantos antes de adquirir las condiciones de maleabilidad propios de los otros metales, pareciendo hallarse ya aquella bastante obtenida en los objetos encontrados en el almacén del hierro de Korsabadh, inventó que se extendió más por los pueblos septentrionales europeos, llegando hasta España, que por los del Oriente asiático; la industria siderúrgica entre los chinos es más moderna aún, sin duda, que la cerámica, cuya fecha hemos determinado.

Nótese además que la magia, originaria de aquellos pueblos primitivos asiáticos, se presenta acompañada de la alquimia desde los primeros tiempos, y que los adoradores de las divinidades que guardan las minas, fueron los primeros en creer en los gnomos, kobols y demás espíritus subterráneos. Si vemos, pues, al magismo ser en Asia el impulsador de las ciencias químicas, reducidas entonces á la metalurgia, no debe extrañarnos que ellos fueran, en tiempos de los primitivos toltecos, los que introdujeran en la tierra americana las mismas prácticas para la exploración de sus entrañas, y en el mismo estado de adelanto en que se hallaban en su origen.

En la América más civilizada se encuentra por esto empleado el cobre y quizás el bronce en sus armas é instrumentos, llegando los más adelantados á la aleación del primitivo metal con todos los demás después conocidos; es decir,

con el estaño, con el oro y con la plata, pero sin hallarse jamás un objeto de hierro en la América Precolombina.

Las muestras que hoy poseemos de la industria metalúrgica antigua de aquel mundo, justifica y conviene en todo con las notas de los primeros cronistas. Donde quiera que ha dominado uno de aquellos pueblos invasores, nótase al punto el beneficio de sus minas y la búsqueda del oro, al que tan aficionados se muestran todos. La ilusoria narración de *el dorado* estaba justificada, pues cierto era que los caciques preferían este metal para ostentación de su poder, habiendo alguno como Guaynacapa, que según Gomara, «tenía de oro todo el servicio de su casa, adornada además con estatuas de oro, de tamaño real, de cuantos animales, aves, árboles y hiervas produce la tierra, y cuantos peces cría la mar y agua sus reinos». Otros espolvoreaban sus cabellos y cuerpo á diario con polvo de oro, y otros chapeaban sus palacios y templos con gruesas láminas del rico metal.

No tenemos que detenernos ya en probar que la aparición de la industria comenzó en los primitivos pueblos cultos del Anahuac. Sus tradicionales máximas se hallaron practicadas en muy floreciente estado por los conquistadores, y los descubrimientos de alhajas y tesoros en sus principales centros lo ratifican á diario.

Son tan conocidas las citas de los autores sobre el hallazgo y envío á España de las preciosas muestras del floreciente estado en tales industrias, del metal en el mundo por entonces recién descubierto, que no nos detendremos mucho en su recuerdo; sólo si llamaremos la atención, á los que más detalladamente deseen profundizar en la materia, sobre las noticias que el propio Hernán-Cortés nos proporciona en la segunda de sus relaciones, que nos patentizan el grado de superior adelanto de los orfebres nahuas y las memorias de remesas, desgraciadamente desaparecidas, que los conquistadores enviaban al Emperador Carlos V, cuyos objetos maravillaban al llegar á la Corte del más poderoso Monarca de su tiempo.

Hoy existen en los Museos preciosos ejemplares de orfebre-

ría americana, que presentan á todos los pueblos á que pertenecen, poseedores de cuantos secretos pueda adquirir la más adelantada industria de este género, ofreciendo sólo marcadas diferencias en sus caracteres puramente artísticos.

Los primitivos orfebres toltecas fueron los llamados *tlatlaliani*, los tiradores del oro, y entre las más antiguas joyas del rico metal, aparecen las tan preciosas halladas en Mitla, (Tehuantepec). Los mejicanos reconocían como maestros en el trabajo de la plata y el oro á los michuacas, ó de Michuacán, artifices de aquellos pescados de plata, que, cogidos por la cola, se movían con la propia flexibilidad que si fueran vivos, gracias al fino é ingenioso engarce de sus escamas.

Sus máximas se practicaron con gran pericia por los artifices aztecas, de cuyas joyas ofrecieran al conquistador Cortés por valor de millones de pesetas, celebradísimas en sus relaciones, y que señalan el mayor grado de perfección y habilidad en su trabajo.

La América central se nos ha revelado también adelantadísima en la orfebrería, ofreciendo la actual Costa Rica los más bellos ejemplares; de ellos parecen una derivación los de la industria de los quimbayas, representada hoy espléndidamente por el tesoro con que obsequió Colombia á la nación española cuando el Centenario, cuidadosamente custodiado ahora en el Museo Arqueológico Nacional.

Copiadores perpetuos de los quimbayas los chipchas, labraron la más infantil y graciosa orfebrería que haya existido, y cuyos productos, una vez vistos, no se pueden confundir jamás con ningunos otros.

De la riqueza y arte de los Incas no tenemos que hacer detenida mención; proverbial es su munificencia; el rescate de Hatahualpa ha quedado en la historia como el más costoso habido, y ante el espectáculo de la decoración del templo del Cuzco, de la riqueza de las vajillas para los banquetes y otras solemnidades suntuosas, la mente se deslumbra contemplando los cuadros que llegaron á ofrecer los hijos del sol, entre los que hasta los objetos más infimos eran de oro puro.

La metalurgia americana precolombina juega un gran papel

entre las antiguas industrias humanas, tanto por la abundantisima é inmejorable riqueza de sus productos, como por el exquisito arte y estética que imprimieron en ellos (1).

**Textoria.**—En las industrias textiles con su anexa la tintorería, alcanzaron la mayor perfección los antiguos americanos. La existencia en aquel mundo de primeras materias, tan finas como las lanas de la vicuña, y la abundancia del algodón, ya casi hilado desde la misma planta que lo produce, les proporcionaban excelentes primeras materias para sus telas.

Curioso sería el estudio del traje entre los primitivos americanos, muy distinto y variado en sus prendas y adornos, según el estado de civilización de las diversas tribus y según los climas de las regiones que habitaban; pero de este extenso estudio sólo debemos consignar que la necesidad del abrigo, mediante prendas de vestir, se hizo indispensable entre los pueblos más cultos, produciendo por ello excelentes clases de telas, algunas notabilísimas por la finura de su tejido y la belleza de los colores, como las vicuñas de los Incas.

Las mujeres americanas, siempre más laboriosas que los hombres, fueron las obligadas á realizar la primera labor indispensable para el tejido de las telas: de sus manos nunca caía la rueca y el huso, hilando el algodón y la lana, siendo las peruanas tan obligadas á ello, que así fueran de camino y se juntaran en reunión, jamás estaban ociosas sus manos: abundantísimas son entre las antigüedades americanas los

(1) Casi todos los autores de asuntos americanos han tratado de su metalurgia con más ó menos extensión, pero aun así, recomendamos especialmente, para sus ramas más modernas, los estudios sobre las de Choriquí en el *Annual Report of the Bureau of Ethnology*, de 1884-85, con los artículos en el *Centenario* sobre la orfebrería en Costa Rica, tomo IV, páginas 1 y 241, por el Sr. Alfaro; sobre los Quimbayas y los Chipechas, véase los del tomo III, pág. 341, más las obras del Sr. Restrepo y Tirado, *Ensayo etnográfico y arqueológico de la Provincia de los Quimbayas*, página 54, para éstos, y para las figuritas chipechas, los *Estudios sobre los orígenes de Colombia*, del mismo, y el *Dorado*, por D. Liborio Cerdad; ampliado todo ello por el *Catálogo oficial de la Exposición del Centenario*, Colombia, letra M.

*malacates*, ó sea los discos de huso, de barro, piedra ó metal, algunos preciosamente exornados.

En el telar emplearon principalmente el procedimiento del alto lizo, por lo que podemos considerar sus mantos, ponchos y otras prendas de lujo, como verdaderos tapices de finísima confección.

Las vicuñas peruanas son, sin duda, ejemplares del más perfecto tejido que hayan producido los telares del mundo, y aquellas prendas que hacían las vírgenes fiustas para los Incas, nos sorprenden y admiran, al salir hoy de las huacas, algunas en tan perfecto estado y con tan brillantes colores como acabados de tejer (1); el gusto decorativo de aquellas estofas es, además, de tan graciosas combinaciones, como característico del estilo americano, pues en él se observa, llevadas á las más caprichosas transformaciones, las figuras y exornos, acentuando al *sumum*, la que hemos consignado como tendencia de la línea americana á la cuadratura, tendencia que prevalece en toda labor de tejido precolombino.

**Plumaria.**—La industria plumaria adquiere una demarcación geográfica completamente extendida por el Pacífico y sus costas: desde la China hasta la América, incluyendo gran parte de las islas de la Oceanía, se ejercitan sus más importantes tribus en el aprovechamiento de las más brillantes plumas de las aves, para su exorno y decorado; pero la más alta perfección de las aplicaciones de la pluma la obtienen entretegiéndola en sus prendas más costosas. Los mantos y cascos de las Islas de Saudwich son aún notables por la perfección y gusto de sus combinaciones, y entre los chinos, el *t'ao* ó estandarte de plumas, nos ofrece notable ejemplar de esta industria, con otras estofas, en el celeste Imperio.

En la América Precolombina fueron los nahuas los que principalmente supieron entretejer y formar vistosos y artísti-

(1) Véase algunas de sus muestras en el *Todtenfeld von Ancon in Peru*, por Rein y Stübel.

En nuestro Museo Arqueológico Nacional existe una serie de *ahuanqui-huncus*, ó ponchos peruanos, de lo más precioso en su especie.

cos tapices y mosaicos con las plumas de las aves, tanto para sus insignias como para los mantos y tapicería, industria llamada entre ellos *amanteca* (1). Muestras de tan brillante labor han llegado hasta nosotros, tales como las rodela aztecas que guarda el Museo Real de Berlín, las reproducidas por la Sra. Celia Nutal, y sobre todo, el espléndido manto de plumas verdes con adornos de oro del Museo Etnográfico de Viena, con otros grandes abanicos ó insignias de los Emperadores mexicanos, como el preservado en el Castillo de Ambras en Tirol; piezas todas estas de la mayor importancia que se pueden ver como muestras de la industria plumaria entre los antiguos americanos; tan preciosa labor se siguió ejercitando por ellos después de la conquista, debiéndose á esto obras excelentes, con marcado dibujo europeo, como cuadros con imágenes de Santos, frontales y adargas, tan notables alguna de estas como la de Felipe II en la Armería Real de Madrid (2).

La abundancia de la producción tuvo que dar lugar al comercio como necesaria consecuencia, y llenas están las relaciones y memorias antiguas de noticias sobre esta rama de la vida de aquellos pueblos: la falta de vehículos y bestias de carga hizo que no lo extendieran á largas distancias, sin utilizar tampoco la navegación como medio de desarrollarlo; pero las costumbres de los mercaderes, sus cultos y ásperas penitencias, así como sus itinerarios más frecuentados, nos son perfectamente conocidos.

Entre sus mayores centros de concurso figura el celebrísimo mercado de Tenochtitlan, tan pintorescamente descrito por el propio conquistador Hernán-Cortés (3), al que acudían por las calzadas de la ciudad en la laguna, y también en barcas, cada cinco mañanas, innumerable concurso de

(1) Véase Chavero, *México á través de los siglos*, I, pág. 802.

(2) Véase *Ancient Mexican feather work* en el *Report of the U. U. E. E. Comisión de la Exposición del Centenario en Madrid*, pág. 329.

(3) Véase su Carta-relación 2.<sup>a</sup>

mercaderes, cada cual con sus géneros, para partir á la tarde y dejar perfectamente limpio el gran mercado y la ciudad, pues en Méjico, Corte eminentemente oficial y teocrática, no había más tiendas que barberías, posadas y armerías.

La lista detallada de todos los géneros que se vendían en aquel mercado, es la más verídica y detenida consignación de las industrias y productos de los pueblos del Anahuac.

Para sus transacciones no conocieron los americanos la moneda; esta invención quedó siempre muy lejos de ellos, determinando el precio, ó por cantidades de oro ó por número de granos de cacao, que fué lo más frecuente; en general, el cambio en especie fué el más aceptado.

No usaron la balanza los mejicanos, pero entre las antigüedades peruanas se hallan algunas muy primorosamente labradas.

Pero si todas estas cosas alcanzaron los antiguos americanos y otras muchas, que en más completo estudio pudieran incluirse, carecieron, en cambio, de varias, muy extendidas por el resto del mundo y que prueban bastante su escaso espíritu inventivo. El curioso anotador Gomara dedicó largo párrafo á tratar de las cosas notables que les faltaban á los entonces recién descubiertos americanos, siendo oportuno transcribir sus observaciones.

«No tenían peso (dice), que yo sepa, los mejicanos; falta grandísima para la contratación. Quién dice que no lo usaban para escusar los engaños; quién porque no lo habían menester; quién por ignorancia, que es lo cierto. Por donde parece que no habían oído cómo hizo Dios todas las cosas en cuenta, peso y medida. Así es que carecen de peso todos los indios; aunque se halló cierta manera de peso en la costa de Cartagena, y en Tumbes halló Francisco Pizarro una romana con que pesaban el oro, la cual tuvo en mucho.

»No tenían monedas, teniendo mucha plata, oro y cobre, y sabiéndolo fundir y labrar y contratando mucho en ferias y mercados. La moneda actual y corriente es cacauatl ó cacao, el cual es una manera de avellanas largas y amelonadas: hacen de ellas vino, y es el mejor, y no emborracha. El árbol no

fructifica sin compañero, como las palmas; pero en llevando fruta, se la puede quitar sin daño: echa la fruta en racimos como dátiles; requiere tierra caliente, pero no demasiado.

»Carecían del uso del hierro, habiendo grandísimas minas dello, y esto por rudeza.

»No tenían otra candela para se alumbrar de noche que tizones; barbarie grandísima, y tanto más grande cuanto más cera tenían, que aceite no alcanzaban; y así, cuando los nuestros los mostraron el uso y el provecho de la cera, confesaron su simpleza, teniéndolos por nuevos dioses.

»No hacían navíos sino de una sola pieza, aunque buscaban grandes árboles; la causa era la falta de hierro, pez é ingenio para calafatearlos.

»Que no hiciesen vino teniendo vides y procurando beber otro que agua, es de maravillar: ya lo van haciendo los nuestros, y presto habrá mucho, mayormente si los indios se dan á plantar viñas.

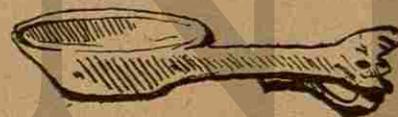
»Carecían de bestias de carga y leche; cosas tan provechosas como necesarias á la vida; y así, estimaron mucho el queso, maravillados que la leche se cuajase. De la lana no se maravillaron tanto, pareciéndoles algodón. Espantáronse de los caballos y toros; quieren mucho los puercos, por la carne; aman las bestias, porque los relevan de carga, y ciertamente les viene de ellas gran bien y descanso, porque antes ellos eran las bestias.

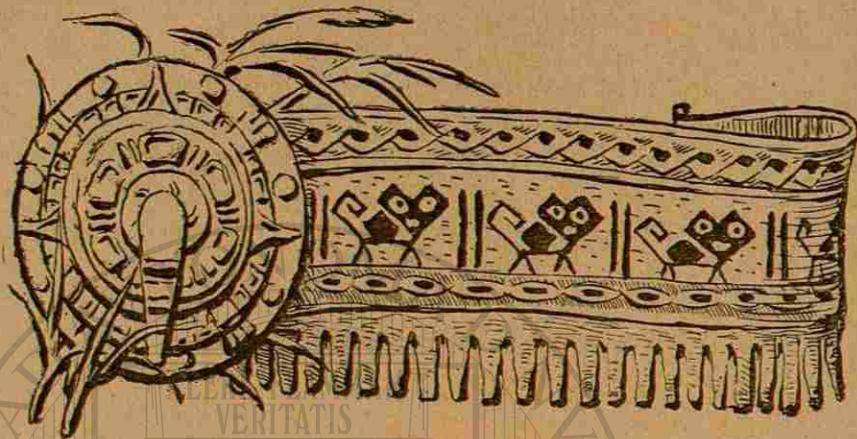
»No tenían letras más de las figuras, y aquellas pocas en respeto de todas las Indias; por donde algunos dicen no haber llegado en estas tierras hasta nuestro tiempo la predicación del Santo Evangelio.

»Otras muchas cosas les faltaban de las que son menester á la vivienda política del hombre, pero las dichas son de gran falta, y que á muchos espantan; mas quien considere que pueden vivir sin ellas los hombres, como ellos vivían, no se espantará, en especial si considera que, así como es nueva tierra para nosotros, así son diferentes todas las cosas que produce, de las nuestras, y que produce cuantas le bastan á mantenerse y aun á regalar á los hombres.

»Muchas cosas les faltaban también de las que acá preciamos, que son más deleitosas que necesarias, como decir seda, azúcar, lienzo y cáñamo; hay ya tanta abundancia como en España.

»No tenían pastel, y agora sí; mas tenían linda grana y finos colores de flores, que no quemaban lo que teñían, y aun su pintura no los gasta ni daña el agua, si la untan con oleo de chiyán.»





## IX

## Conclusión.



UFICIENTES puntos, aunque someramente, creemos haber tocado para señalar los fundamentos principales de nuestras afirmaciones, sobre la condición y progresos obtenidos por los antiguos americanos, dirigiéndonos especialmente en busca de sus orígenes.

Más extensión requiere, sin duda, tan vasto conjunto, por la que podríamos aducir mayor cantidad de datos para apoyo de nuestra tesis, pero con lo dicho parecemos haber tocado aquellos extremos más culminantes, que, en primer término, saltan á la consideración de quien pretende descubrir en algo el misterio del pasado de aquel mundo.

Desconfiados, á pesar de nuestra fe, en algunas cuestiones, presentamos muchas de ellas como tesis que sometemos á la prueba del tiempo y de la mayor adquisición de datos, como

ensayo para más firmes deducciones, y como croquis del gran cuadro que ofrece la humanidad americana precolombina, variado en sus aspectos y no exento de interés; y aunque no aparezcan del todo dilucidadas ciertas cuestiones, no debemos desesperar de conseguir el completo esclarecimiento, gracias á los datos que vamos adquiriendo, á medida que se profundiza en las entrañas de aquella tierra y nos devuelve las reliquias del pasado para la completa reconstitución de su historia.

Creemos, por nuestra parte, haber hecho algo de utilidad práctica al metodizar y relacionar, en lo posible, materiales tan dispersos, ideas vertidas en diseminados estudios, que si bien profundos y clarividentes en muchas de sus deducciones, requieren, sin embargo, un enlace que los haga compatibles entre sí, y los conduzca á la unidad científica que de todos debe resultar establecida.

Los estudios monográficos americanos presentan, en general (como acontece siempre en cuantos se hacen aisladamente sobre particulares extremos), la propensión natural al objeto de defender como propio de la comarca y de sus gentes, todo cuanto han producido y todo cuanto progreso han alcanzado: el autotonomismo regional prevalece en la mayoría de los autores; pero este modo de ver no responde á las exigencias de la ciencia, cuando abarcando más amplios horizontes, trata de establecer enlaces y deducir generalizaciones compendiosas.

Por esto quedaríamos en algo satisfechos al haber logrado establecer la división más esencial, en lo posible, entre las razas pobladoras de aquel mundo, así como la sucesión de sus emigraciones y movimientos; y que rastreando á la par los orígenes de todo aquello que constituye la mayor civilización en algunos de ellos, hayamos venido á hallarlo por tan diversos caminos en el extremo asiático, punto al cual hay que volver la vista y estudiarlo detenidamente, si ha de comprenderse el verdadero origen de la cultura americana.

Esta tendencia á relacionar lo americano con lo asiático, constantemente seguida en los anteriores capítulos, creemos que ha de ser aceptada por cuantos desapasionadamente, y

con la serena actitud del historiador, se propongan llegar á la cabal explicación de tantos hechos: sin el conocimiento de lo que ocurre en el Asia, en lejanos tiempos, no es posible darse cuenta del pasado de la América.

No ha sido factible esto antes, ni el camino estaba abierto á la ciencia; grande era la escasez de documentos americanos, así como muy vagas las nociones que sobre la historia asiática teníamos, adulteradas además por las mayores fantasías, que los hechos, y sobre todo la relación entre ellos, va logrando disipar, para mayor ventaja de la ciencia.

La pretendida remotísima antigüedad de la civilización India y China; el desconocimiento de los pueblos, emigraciones, conquistas y compenetraciones que en tan apartado extremo se han sucedido, era un misterio que, como otros muchos, va cediendo á la curiosa indagación de nuestro siglo.

Creemos, por lo tanto, ser de todo punto indispensable el conocimiento del extremo Oriente asiático, para la explicación y deducción más cercana á la verdad de todo lo acontecido en el Nuevo Mundo; desechadas en absoluto las influencias y orígenes europeos en los tiempos puramente históricos, porque nunca pasaron de las colonias del Norte, de la Groelandia y Terranova, es tan lógico, sencillo y natural, y se enlaza de tal modo la civilización y hasta la etnografía americana con la asiática, según hemos visto, que hay que rendirse á la evidencia y aceptar aquello que nos da la mayor luz para la solución del problema.

Mucho va cambiando el concepto que sobre la historia del Oriente asiático venía admitiéndose; no podía ocurrir por menos cuando sobre tan débiles bases, como las relaciones de curiosos viajeros, se había levantado un edificio completamente imaginario, y mucho habrá que mudar y renovar respecto al pasado de tales pueblos, teniendo en cuenta el escaso tiempo que aún hemos dedicado á su estudio y lo que ha de descubrirse en tan inexplorado campo.

Los trabajos de los autores que hemos citado, y los que con gran afán se verifican por los exploradores europeos, han venido á descorrer el tupido velo que, como en otras regiones,

ocultaba á nuestros ojos su pasado, al igual que desde el principio del siglo venimos consiguiendo en todos los confines del mundo y de su historia.

Pasado el periodo de la fantasía y del entusiasmo, entramos ya en el de la reflexión y el análisis, y sólo por éste podremos esperar algún día la dilucidación completa de todo lo precolombino.

Quizá vean los partidarios de la originalidad del arte americano un rudo ataque á ésta, al considerar toda la civilización de aquellos pueblos con tan escasa espontaneidad: pues careciendo del espíritu impulsivo del progreso, preséntanse aquellos hombres tan poco dispuestos para él, que en vez de evolucionar en tal sentido, van cayendo en la descomposición de todas sus virtuales nociones, y cediendo al cabo hasta reducirse á la barbarie de las gentes primitivas; pero este es un hecho histórico, cuya repetición es tan frecuente, que parece obedecer á una ley fatal, sólo contrarrestable por la aparición del genio, que levanta é impulsa en todos sentidos á los pueblos jóvenes, si han de llenar brillante página en la historia; impulso que, si parece privilegio especialmente concedido á las razas europeas, se ve luchando siempre con grandes inercias en las asiáticas, y sólo obrando como de reflejo en las americanas.

Las razas aborígenes del Nuevo Mundo no se distinguieron nunca por su espíritu inventivo ni de progreso, y á no haber ocurrido la invasión nahua-quichua, no hubieran avanzado, sin duda, de las industrias de los *mounds-wilders*, último alcance de los más activos.

Esto pudiera llevarnos á la afirmación de que el progreso, más que evolutivo y de herencia, es cuestión etnográfica, cuyos fundamentos se hallan en la disposición especial de las razas, poseedora cada una de limitada fuerza de adelanto, con nivel irrebable, siendo necesaria la presencia y hasta el dominio de otra superior, para añadir algo con que llegar á mayor altura.

El sistema de la evolución absoluta podrá encontrar aquí un obstáculo insuperable, pero sin duda el estudio de la Amé-

rica antigua nos proporciona por esto motivos del mayor interés, al aportar datos aplicables á muchas de las cuestiones etnográficas y sociológicas que hoy preocupan á los espíritus estudiosos.

Respecto á las pretendidas edades de la piedra y del metal, nadie ha puesto más firmes diques á la desbordada fantasía de los sabios europeos, ni les ha proporcionado demostraciones más palpables de su verdadero concepto; y en cuanto á las cuestiones que ciertas escuelas alientan sobre la organización de la familia y la constitución de la propiedad, en la antigua América vemos ejemplos palpables por característicos hechos, propios de cada raza, de la razón que asiste á la nuestra en defensa de ciertos principios salvadores de la propiedad y el orden social. Y he aquí uno de los más interesantes puntos de estudio y observación, en aquel mundo tanto tiempo desconocido.

Parece como si la Providencia previsora hubiera permitido que en estos extremos de la tierra, por la misma inercia de sus gentes y poco estímulo al aguijón del progreso, se guardasen los más puros ejemplares para nuestra posterior observación y estudio. Y esto en los más profundos conceptos y en los más fundamentales principios.

Creemos también haber indicado lo suficiente el camino para resolver las cuestiones de la génesis religiosa en muchos mitos, conceptos y prácticas sagradas de aquellas gentes. El deseo de relacionarlas y como derivarlas directamente del cristianismo accidental, ha sido tan general, que aun hoy preocupa y sugiere á muchos autores teorías y explicaciones de las salientes analogías que saltan á su vista: en los días próximos al descubrimiento nuestros piadosos frailes achacáronlas, con la mayor buena fe, á las artes del diablo, preocupádoles de tal modo que hay obras extensas, encaminadas sólo á restituir el verdadero sentido de aquellas creencias y emblemas: hoy se quiere explicar por una verdadera predicación evangélica en lejanos tiempos, al verse establecida en el extremo Norte oriental, en la Groelandia y Terranova, una verdadera diócesis, sobre la que abundan los más auténticos documentos.

Pero la evangelización de aquellos gentiles nunca atravesó las extensas llanuras de los Estados Unidos, tan pobladas de tribus fieras y movedizas, ni mucho menos penetró, franqueando inaccesibles cordilleras, en el Anahuac, llegando hasta el continente Sur: las doctrinas y prácticas en algo parecidas al cristianismo arribaron allí por muy distintos caminos, y si los autores que á este especial punto muestran su predilección se dirigieran al Asia, aún se verían mayormente sorprendidos al contemplar cuánto alcance tuvo entre las creencias de aquellos pueblos el eco más ó menos adulterado de las doctrinas cristianas, y cuántos de los sorprendentes casos de la América, no son sino últimas ondulaciones del movimiento religioso asiático.

El estudio histórico-geográfico de las religiones es uno de los que más están requiriendo la atención de los sabios, y en el que ancho campo, aún inexplorado, espera á la curiosidad de la ciencia y á la rectificación de tantas ideas de pura fantasía, como sobre tan obscuro punto son hoy generalmente admitidas. Quizá á la historia religiosa de la América debemos en su día eminentes servicios para ello. Por lo pronto hemos procurado señalar aquellas culminantes semejanzas entre los principales cultos asiáticos y los americanos, esbozando una clasificación, tan sólo provisional, y trazando algo su génesis al ocuparnos de la arquitectura de sus templos.

Dignos de la mayor alabanza y consignación son los relevantes servicios de aquellos pacientes y aplicadísimos notadores de las lenguas indígenas americanas, que con sus numerosísimos trabajos nos dejaron su monumental y abundantísima bibliografía filológica; gracias á tan beneméritos autores podemos conocer el pasado lingüístico de aquellos hombres: breve es el capítulo que á tan ardua cuestión dedicamos, pero debemos declarar que quizá á él hayamos concedido las más largas meditaciones; porque clasificar y formar el cuadro general de tan numerosas lenguas y dialectos, es tan difícil, que desconfiamos mucho de nuestra labor en tan abstruso punto: sirva, pues, el trazado tan sólo de

esbozo, como en tantas otras cuestiones pretendemos presentar nuestra obra.

Idénticas conclusiones nos proporciona el estudio de su literatura, de sus artes é industrias, que las que venimos deduciendo por los anteriores puntos de vista: la unidad del plan se completa por estas ramas de la actividad de aquellos hombres, que nos presentan, al producir sus poemas, sus monumentos y los enseres para su vida ordinaria, el propio nivel y la altura consiguiente á sus antecedentes históricos y etnográficos; notamos por ello más evolución que progreso, pero ayúdanos mucho, por los caracteres de estilo, á la división y clasificación de sus productores, en los que imprimieron el sello indeleble de su raza y de sus ideales.

Las grandes divisiones de pueblos aborígenes (ó mejor dicho predecesores) y pueblos invasores ó desalojadores de los primitivos, resulta tan justificada y clara al estudiar sus artes é industrias, cuanto las subdivisiones entre ellos, tan palpables que pudieran dar lugar á cerrados grupos, mirándolos como distintas y aisladas corrientes, que nunca llegan á juntar sus aguas. Las ramas nahuas y quichuas quedan tan diferenciadas y determinadas por este estudio, que tenemos la esperanza de que su limitación ha de esclarecerse cada vez más, siguiendo esta guía para quedar completamente definidas.

Hay que reconocerles además á las artes americanas la virtud de haber sido las primeras que sugirieron la idea de buscar en otro sitio el origen de su desarrollado estado: á ellas seguimos, debiendo las mayores confirmaciones del germen asiático de toda aquella cultura, ejerciendo tales monumentos respecto á aquel país, en el esclarecimiento de la verdad de su pasado, el propio ministerio que en los demás pueblos, de cuyas ruinas ha revivido á nuestros ojos toda la civilización é historia de sus constructores.

Lo propio que las más primitivas tribus nos proporcionan el verdadero concepto de las llamadas edades de la piedra, en sus variedades paleolítica y neolítica, así las más civilizadas poseedoras de los secretos de la metalurgia, nos dan la solución del proceso arquitectónico, no como una evolución del

*mound* ó del dolmen, sino como una importación de las fórmulas de otras escuelas, sin las cuales el paso á la verdadera arquitectura es imposible, demostrándonos así, que si el proceso evolutivo es cierto en una raza, no tiene tanta evidencia ante la solidaridad de unas con otras, adquiriendo por esto las variedades humanas tanta separación é individualidad á veces, como si fueran cerradas especies. No es esto defender la pluralidad de las razas humanas atacando á su unidad, si no hacer patente cuánto valor, establecida ya la diferencia, ofrecen los caracteres individuales y la distinta limitación de su poder intelectual.

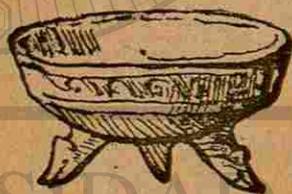
Háse querido establecer una división fundamental entre el arte nahua y el maya; pero después de lo expuesto en su lugar correspondiente, creemos que no hay motivos fundados para esta división: comenzando por reconocer al apelativo maya un origen más geográfico que etnográfico, y notar la impropiedad de llamar mayas á los monumentos de Palenque y demás centros quiches, no cabe establecer más división fundamental en las artes americanas, por nuestra manera de considerar el asunto, que la consignada de quichua, peruana ó andina, y nahua ó de la región de las lagunas, con sus variedades Toltteca, Acolhua, Mixteca, Quiché ó Maya, según la época ó región en que florece; y de dar cierta preeminencia á alguna, toca ésta, entre ellas con mayores títulos, á los restos acolhuas, tan importantes como los del sitio real de Nezahualcoyotl y á las ruinas quichés de Palenque y Tical, donde la arquitectura y la escultura ofrece lo que pudiéramos llamar su mayor aticismo, en la América antigua: el llamado generalmente arte nahua se reduce así al azteca, que como hemos visto, ofrece todos los caracteres de una ruda imitación de los antiguos estilos en aquellas comarcas florecientes: el arte de la región maya, podemos considerarlo también como una derivación barroca del de Palenque.

Tal ha sido nuestro criterio al tratar tan interesantes cuestiones. Sin prejuicio alguno, nos hemos atendido en absoluto á los resultados que han arrojado de sí los datos adquiridos; ésta creemos sea la verdadera misión del que de cosas pasadas

trata, sin adelantar deducciones, tan prematuras é injustificadas en muchos casos, cuanto difíciles de borrar de la general creencia, cuando por motivos, á veces inexplicables, entran á engrosar el curso de la corriente científica aceptada.

Dos conclusiones principales estamos, pues, dispuestos á defender; la presencia de cuatro razas principales de gentes pobladoras del Nuevo Mundo, en su época precolombina: primitivas castas inferiores; numerosísima población aborígen, la más genuína americana; invasión proto-asiática, portadora de la superior civilización, y esquimal moderna, correspondiente al grupo boreal, y, por último, como conclusión relativa á la cultura americana precolombina (realizada por la tercera de estas razas), que toda ella es un reflejo, una prolongación y derivación, de la alcanzada por las gentes asiáticas cuando su gran movimiento por el extremo oriental del Antiguo Mundo.

Adiciones y notas.



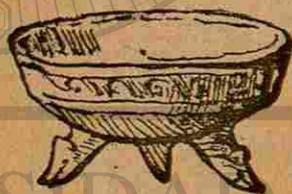
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

trata, sin adelantar deducciones, tan prematuras é injustificadas en muchos casos, cuanto difíciles de borrar de la general creencia, cuando por motivos, á veces inexplicables, entran á engrosar el curso de la corriente científica aceptada.

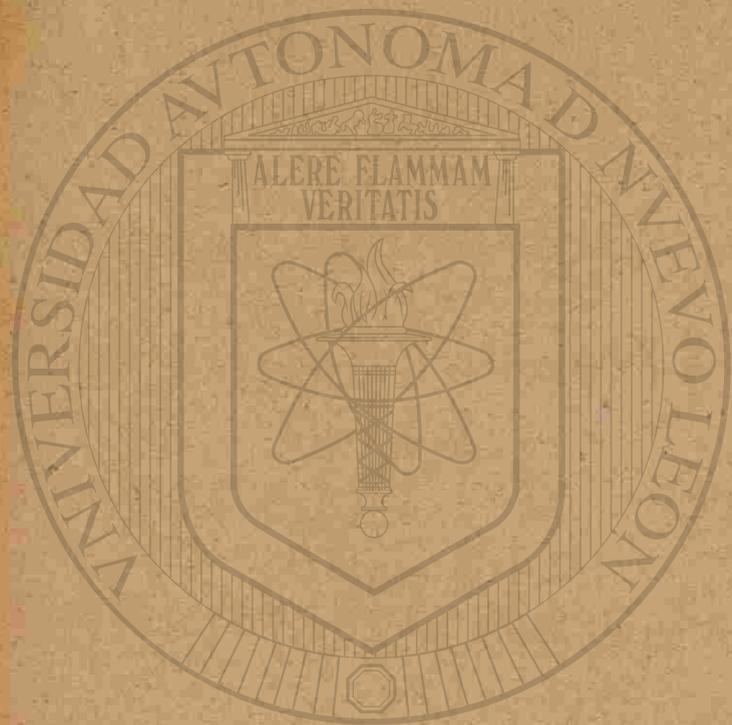
Dos conclusiones principales estamos, pues, dispuestos á defender; la presencia de cuatro razas principales de gentes pobladoras del Nuevo Mundo, en su época precolombina: primitivas castas inferiores; numerosísima población aborígen, la más genuína americana; invasión proto-asiática, portadora de la superior civilización, y esquimal moderna, correspondiente al grupo boreal, y, por último, como conclusión relativa á la cultura americana precolombina (realizada por la tercera de estas razas), que toda ella es un reflejo, una prolongación y derivación, de la alcanzada por las gentes asiáticas cuando su gran movimiento por el extremo oriental del Antiguo Mundo.

Adiciones y notas.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



**E**XPUESTAS de modo sintético las ideas anteriores, creemos oportuno ampliar aún nuestro trabajo con la adición de algunas consideraciones y notas explicativas sobre los puntos más discutibles y, por lo tanto, más necesitados de apoyos que pueden resolverlos ó fortificarlos en determinado sentido.

Esto puede, á más de ilustrar con mayor cantidad de datos al curioso lector que hasta aquí nos haya seguido, servir también de guía é indicación para aquellos que deseen profundizar particularmente en tan variadas cuestiones, emprendiendo trabajos, correspondientes, ya á las distintas comarcas de tan dilatadas tierras, como á la especialidad de ciertas tribus.

Siguiendo, pues, el mismo orden que nos hemos impuesto en el curso de nuestro ENSAYO, comenzaremos por notar y ampliar algunos puntos sobre la antropología y etnografía americana.

## I

**Antropología y etnografía.**—La cuestión más debatida en este terreno, es la del origen de los americanos.

Sobre el hombre fósil y las edades llamadas de la piedra y del metal, hay que reconocer, por parte de los autores americanos y redactores de las diversas partes del Catálogo general de la Exposición del Centenario, una prudencia científica digna del mayor elogio, al exponer los restos de las más primitivas gentes de aquel suelo. El hombre fósil fué exhibido y defendido sólo ante el hecho de la exposición de sus propios restos, relegando un tanto la prueba por el testimonio de sus industrias líticas, reconocidamente modernas en todo el suelo americano.

Los restos humanos sólo han aparecido, hasta ahora, en el terreno llamado *diluvium*, perfectamente caracterizado: á él correspondía el torso humano, expuesto en la primera vitrina de la Sección etnográfica de los Estados Unidos, y el cráneo fósil que lo acompañaba.

En los últimos números del *American Anthropologist*, aparece la noticia de osamentas fósiles cuaternarias, enviadas á la Academia de Ciencias de Filadelfia, desde Post-Kennedy, que resulta hoy uno de los más importantes yacimientos de aquella remota época.

La existencia del hombre terciario en la América carece hasta ahora de pruebas en su apoyo, pues la historia del célebre cráneo de Calaveras es hoy tan vulgar y sabida, que no hay para qué insistir en ella: ningún otro resto ha venido, ni remotamente, á demostrar la presencia del hombre en aquel suelo en tan lejana época, ni alguna huella de su industria lo delata en tal yacimiento.

El Congreso internacional de Antropología, celebrado en Chicago en 1893, trató, como era de presumir, muy extensamente del origen de los americanos, sustentando con este motivo muy contrarias opiniones.

El Dr. F. Boas presentó una Memoria sobre la *Antropología de los indígenas del Norte de América*, cuyas consideraciones propenden más bien al estudio de las existentes, fijándose con especialidad en los Pieles Rojas y en las causas de su desaparición.

Carl Luncoltz dedicó su atención á los *Cave Dwellers de la Sierra Madre*, y otros ilustres miembros del Congreso presentaron trabajos notables sobre las industrias y costumbres de los indígenas; pero el que principalmente dedicóse al estudio de los orígenes fué Mr. Brinton, sosteniendo, por cierto, la autotonia de aquellos hombres, con un calor tal, como si de propia cosa tratara: él ha dado en el Congreso la nota más decidida sobre los dogmas de la escuela que sostiene la originalidad y espontaneidad de todo lo americano.

No nos debe extrañar, pues, que Mr. Daniel Brinton, como buen norte-americano, hiciera valer este criterio desde su silla

presidencial, y concluyera su Memoria diciendo: «Yo mantendré, pues, que hasta el día de hoy, no he encontrado un dialecto conocido, ni un arte, ni una institución, ni un mito ó rito religioso, ni una planta ó un animal, ni un instrumento, un arma ó un simbolo en uso, al descubrimiento de la América, que hubiera sido antes importado del Asia, ó de otro continente del Antiguo Mundo». Tal rotunda negativa, no podemos considerarla sino cual la defensa desesperada de la última trinchera, que hay que ceder al fin á los enemigos científicos, que opinan de modo diametralmente opuesto. Tan cerrada opinión encuentra hoy á cada paso contradictores, especialmente entre los que persiguen el enlace lógico de los hechos y las leyes á que la historia se somete.

El distinguido Catedrático de Historia Natural, el Doctor D. Luis de Hoyos y Sáinz, autor de una notable Memoria, aún inédita, sobre el *Origen y emigraciones de los americanos*, premiada por la Sociedad Colombina Onubense, en el Certamen del 2 de Agosto de 1892, nos autoriza para publicar algunos de sus párrafos, que gustosos transcribimos. Aunque muy distinto su plan del que hemos seguido, antes de contradecir, corrobora de tal modo nuestras afirmaciones, que facilísimo sería un acuerdo entre su doctrina y la nuestra, presentando, además, muy detalladamente, las opiniones que obtienen al presente más valor científico, ilustradas con oportunas consideraciones propias sobre la materia; dice así:

«De intento no hemos citado antes las hipótesis del origen asiático de los americanos, y es porque nosotros trataremos de demostrar, que esta aseveración entra en la categoría de los hechos probados. Humboldt ya señaló que la civilización de la América Central revelaba un origen asiático. Preschel afirmaba que los asiáticos habían ido al continente americano por el Estrecho de Bhering; Morton, Buffon y Tchudi, asignaron al tipo americano caracteres altaicos; Pikendorf consideraba como asiática una de las dos razas que admitía en América. Pero el que ha demostrado en absoluto el origen asiático de la mayor parte de los americanos, ha sido Quatrefages, fundándose, no sólo en los caracteres físicos y étnicos,

sino en el estudio de los viajes y naufragios, en las emigraciones y exodos de los mogoles y americanos. Pero aquí ya es preciso sujetarse á un método general de exposición, y así lo haremos, presentando primero las condiciones generales sobre la población americana y sus componentes, y estudiando después los datos que la prehistoria, el movimiento general ó particular de las poblaciones americanas y los datos que sus civilizaciones, lenguas y distribución nos demuestran.»

«Considérase la América como el brazo oriental del gran semicírculo que forman las tierras rodeando al gran Océano, y así resultan los montes de Alaska y los principios de los Andes septentrionales, como la continuación del Kanchatka y montes de Manchuria, interrumpida la continuidad por el estrecho de Bhering, que se abrió en el período plioceno, y que tiene tan sólo unos 40 metros de profundidad, teniendo en medio de su anchura las islas Diomedes. Actualmente la solución desaparece, y los continentes se unen en el invierno por la congelación del mar que los separa. Así explica Reclús, por qué los asiáticos no han necesitado descubrir América, pues que sus costas no llegan á perderse de vista, y así veremos la posibilidad del paso de un continente á otro, sin grandes navegaciones ni inconvenientes invencibles.»

«Distingue Quatrefages en América dos tipos fundamentales, los alofilos blancos y los amarillos, entrando sólo como esporádicos, y con una importancia muchísimo menor, los negros. Calcúlanse las razas americanas como dando un total de 10 millones de individuos, aunque antes de la conquista debió ser mucho mayor, y así es de esperar (1) que se pruebe en el próximo Congreso de americanistas, al discutir los dos temas que sobre tan importante cuestión figuran en el programa de sus trabajos, siendo el uno el estudio de las «modificaciones que en la densidad de la población ha originado la conquista» y el otro «hallar la diferencia que en estos cambios ha existido entre la raza anglo-sajona y la latina». Pero actualmente el

(1) Desgraciadamente nada se hizo, por la casi nula importancia de los estudios antropológicos en ellos.

resultado es el señalado, y mientras las razas blancas, por ejemplo, con 507 millones de habitantes, ocupan un 22 por 100 del área habitada, formando el 42 por los del total de habitantes, y las mismas razas oceánicas tienen 27 millones en un área de 10 por 100, los americanos ocupan la enorme cifra de 29 por 100 del área total y representan tan sólo un 1 por 100 del número de habitantes.»

«Raza amarilla.—Las dos rutas que hemos señalado, la del estrecho de Bhering en el invierno, y la de las islas Aléuticas y su continuación, dieron paso á la raza de que tratamos, para poblar la América, pues los estudios de Bancroft, Proctor y Tarayre, completados por los de Quatrefages, sobre las navegaciones y naufragios de japoneses, y las mismas citas de nuestros historiadores, entre ellos Gomara, que asegura que en la época del descubrimiento llegaban varios chinos á California, nos prueban la existencia de otras vías, además de las señaladas.»

«Hoy se admite como seguro que los budistas enviaron misiones al país de Fou-Sang, y que éste no es otro que América, y así en el libro sagrado de los Quichuas, el Popol Vuch, que fué interpretado por nuestro Obispo Jiménez, y posteriormente por Bourboug, se ven analogías grandísimas con los textos chinos. Por otra parte, la gran enciclopedia japonesa, el Wa-kan-son-Toc-Dhon, describe este país del Fou-Sang ó América. Además, Parsoldan cita los Samballecos, pequeña tribu aislada del Perú, que habla un idioma muy análogo al Chino. Quatrefages hace notar la importancia de las relaciones directas de la China con los Peruanos, por si fueran estos pueblos amarillos los que llevaran allí el uso del bronce.»

«Las razas amarillas oceánicas han sido llevadas á América por la gran corriente del Kiro-Siwo, ó corriente negra, en primer término, y por las secundarias que suben hasta el mar de Bhering y se doblan por las costas de Alaska, ó en segundo lugar por la gran corriente que llega al Archipiélago de la Reina Carlota y se divide en dos: una que sube por todo el golfo de San Elías y el Alaska, y la rama mayor que sigue la costa hasta San Francisco de California, y allí se dobla en una

hacia las Islas de Therrain, y otra que baja hasta Acapulco, donde se ha señalado el naufragio japonés más meridional. Lenguas análogas á las del Japón existieron en toda la costa, por la cita que M. Tarayre hace de una embajada japonesa que se entendía con los indios de Santa Bárbara, por el vocabulario japonés formado por Brook con palabras indias, y por varios datos más, está hoy demostrado plenamente.»

«Hablemos ahora de la verdadera corriente de los amarillos en América, que no es otra que la del NO., pues por allí han ido llegando sin detenerse en sus primeros tiempos, antes de la geología actual, como veremos al tratar de la prehistoria, y limitados entre los Andes y el mar, se han ido extendiendo hacia el S., separándose sólo de esta ruta general cuando han llegado á un valle que les brindaba á permanecer en su territorio, ó cuando, por un azar cualquiera, se han introducido en algunos de los cañones de las Montañas Rocosas, que los han conducido á las grandes cuencas de los Estados Unidos. Esta marcha presenta, como con elegante lenguaje dice el Profesor de Antropología del Museo de París, crecidas y desbordamientos que han originado conflictos y choques, medios los más á propósito para originar esa multiplicidad de razas que complican la etnología americana.»

«Aún actualmente las razas amarillas ocupan en América casi todo el territorio del paralelo 60° arriba, pues en una de sus ramas, la Inuit, se encuentran en la América rusa reunidos á los Siberianos, excepto en la costa de Bhering y de Alaska. Además, toda la costa de Groelandia, Labrador, parte N. de los Grandes Lagos, etc., está habitada por estos Inuit, en dos grupos, el Tuskí, que tiene una familia asiática, la de los Clonklukes, y otra americana, la de los Matemates y el Esquimal ó Groelandes. También tiene la América otra raza amarilla, que es la fósil de Lagoa Santa, de la que ya trataremos.»

«Del Asia, al NO. de América, las emigraciones son reciprocas, pues si los aleutas de Alaska son asiáticos, los Clonklukes son americanos emigrados al Asia, y ambos pueblos costeros tienen analogías en su carácter físico, su

organización, su alimentación ictiófaga, su lengua, modo de navegar y tantos y tantos puntos de vista á que pudiéramos referirnos.»

«Los indios de la parte Norte partieron, según todas las probabilidades, de la Siberia en el siglo XI, y en su mitología se conserva la salida del país de las nieblas, frío y triste, y su peregrinación, hasta llegar al país de los castores, que fué su Meca, y de aquí el semiculto que profesan á tal roedor. Los Chipewais hablan de su punto de origen como un país nevado y frío; los algonquinos cuentan haber atravesado hielos flotantes y los Chichimecas del Sur afirman que sus aborígenes vivieron en cavernas oscuras y frías y que de allí partieron hasta que llegaron al país del sol, en donde Manko Capac fundó su reino.»

«En este género de investigaciones merece especial interés el itinerario hallado por Boturini é interpretado por Schoolcraft, según parece, con sujeción á las más exigentes reglas de la ermenéutica. Según dicho documento, los indios partieron de un país frío, donde se alimentaban de peces; atravesaron un canal helado é hicieron alto en los ventisqueros de Alaska, llegando por fin á países de luz y calor, á países de árboles, ó sea, al valle del Missisipi: según algunos, esta emigración duró de 1038 á 1224, pero en materia de cronología del nuevo mundo, toda sospecha tiene cabida.»

«Aunque al tratar de los caracteres físicos hemos de demostrar las relaciones y analogías entre asiáticos y americanos, no resistimos sin copiar aquí las gráficas frases del explorador de Nueva Bretaña Mr. Petitot: «Hay seguramente algo de Chino en el Esquimal. Ved ese tinte verduzco, esa cara ancha y redonda con ojos oblicuos y bridados, ese enorme vientre; notad esa cortesía afectada, meticulosa; observad, sobre todo, esa secreta insolencia, esa ausencia de miedo, esa falta de pudor.»

«Razas blancas.—De las cuatro ramas en que se dividen, la Alofila, en su grupo asiático-americano, es la que se presenta en América, en la parte S. de la costa de Nueva Norfolk y montes de San Ellas, así como en los archipiélagos cos-

teros de Vancouver, Principe de Gales, Reina Carlota, etc., y como en una pequeñísima estación de la costa del mar de Bhering. Los cronistas españoles citan blancos, entre ellos Gomara, de la Vega, Valdez, Herrera y otros, en Perú, Méjico y otros puntos, uniendo algunos á este dato el uso por algunos pueblos de alfabetos ó signos de escritura, absolutamente desconocidos por los americanos, así como el relato de los indios, que atribuyen á blancos barbudos los restos de las civilizaciones anteriores á los Aztecas é Incas, aunque esto necesita gran aclaración. Estos blancos barbudos, así como los otros que citan varios autores, pueden, con gran probabilidad, asignarse á los Ainos del Japón, llevados hasta las costas de Colombia por la corriente negra.»

«Doble es el origen de los blancos en América, y á decir más exactamente, triple, pues tres puntos de origen tienen las emigraciones voluntarias ó forzosas que han llevado al suelo americano la raza. Una corresponde al Océano Pacífico, y es la que ya hemos señalado como Ainos; añadiremos tan sólo á lo dicho, que Buffon unia á tales hombres algunos de la bahía de Hudson y Labrador; que Dall los ha señalado en la bahía de Mórton; que los Nihuanis del pie de las Montañas Rocosas son asimilados á los mismos; que Scholcraft atestigua la existencia de los que los indigenas de la costa del Pacífico llaman los españoles salvajes, aunque éstos sean después de la conquista, pues antes mal podían compararlos con nosotros, si no nos conocían, y, finalmente Wiple garantiza la existencia en el paralelo 40° de las Montañas Rocosas de tribus blancas y barbudas.»

«El segundo elemento blanco es rubio y rosado y pertenece como el último al Océano Atlántico, de cuya parte Norte procedé. Sobre éste ya las noticias son más exactas y detalladas; conocemos, no tan sólo su partida de origen, sino los jefes que los guiaron y las fechas de su emigración. En el siglo VII conocían los marinos normandos las islas Orcadas, Feroes y otras afines del mismo. Un malhechor irlandés, llamado Erik el Rojo, guiado por los consejos de Gunoj que aseguraba ver las montañas cubiertas de nieve del nuevo mundo, marchó al

frente de algunos escandinavos en busca de aquellas tierras donde llegó, construyendo la primera mansión groelandesa que Nordesskiol cree sea la descubierta en el fondo de Igaliko. Posteriormente y sin interrupción, fueron llegando europeos, y Briant afirma lo más extraño, cual es que de tan heladas regiones recibía Roma diezmos y primicias por estar sometidos al catolicismo; y en 1261 el Rey de Noruega se posesionó oficialmente de la Groelandia. Ya antes de esta fecha se habían aventurado algunos á las costas del Labrador, y posteriormente á la de Nueva-Escocia; según afirman diversos autores, llamaron á aquella tierra Vinland, ó país del vino, donde se ha hallado una inscripción que se cree grabada por un irlandés; S. Stan, en su trabajo *Stadier over Vinlandreisern*, por datos sobre la duración del día y la presencia de la viña, coloca este Vinland en el Nuevo Bruensvick. Motivado probablemente por los excesos de los europeos, los indigenas, á quienes éstos llamaban Skiallinger, los atacaron y pusieron en fuga los pocos que no murieron. Raff ha reconstituido su dispersión, y con ayuda de otros datos puede casi afirmarse que á esta rama pertenecen los blancos de barba rubia que cita Charlebeoix; los hombres con barbas del golfo de Paina, de que habla Mortyr; los que Pyke coloca en el alto Mzonni; las tribus que Briart ha encontrado en los Andes; los hombres rubios de que hacen mención los mejicanos y los jefes blancos que nuestros compatriotas hallan en algunas de sus expediciones.»

«El tercero y último de los elementos de raza blanca, aunque afirmada su existencia y bien conocidos sus resultados, no presenta una historia tan detallada como el anterior; debido es esto á que, en general, no pueden, hoy por hoy, hacerse más absolutas afirmaciones, si no que fueron llevados á América involuntariamente, arrastrados por las corrientes del Gulf Stream los unos, y por la ecuatorial que se inicia en el Golfo de Guinea los otros. De lo dicho se deduce á qué países habian de pertenecer estos emigrantes blancos, correspondiendo á los semitas de la costa occidental africana y sus islas, y así vemos que no están desprovistos en absoluto de fundamento las teorías que suponían poblada la América por los blancos, gran-

des navegantes de la antigüedad, entre los que se contaban los Fenicios y Cartagineses. La posibilidad de su llegada se prueba, teniendo en cuenta que un falucho canario expedido con destino á España, arribó á la isla de la Trinidad en 1731, á consecuencia de alguna tempestad, y el navegante Alonso fué arrastrado por análoga causa á las costas del Brasil.»

«Respecto á las citas de los blancos, debidos á esta tercera manera de llegar, pueden hacerse las de las poblaciones que Colón halló en el Golfo de Méjico, que comparaba á los canarios, hecho muy probable, pues Mr. Verneau ha demostrado la identidad de las pintaderas ó sellos de las Canarias, á los hallados en Méjico. Los Guarayos del Perú y Bolivia, población blanca de la rama antisana, pueden atribuirse con bastante certidumbre á estas emigraciones, y la corriente que se divide en el cabo San Roque, bien pudo dejarlos en las costas orientales, que ellos abandonaron para marchar á las occidentales. Combatiendo la opinión de D'Orbigny que atribuía al clima los caracteres especiales de coloración y trazos europeos de los Yucatecos y Guarayos, puede decirse que, si bien el color pudo modificarse por la vida en lugares sombríos, esta causa es más general que á otras tribus, y sin embargo, ninguna otra la presenta; pero lo que el clima no hizo, indudablemente, es variar los trazos de la fisonomía india, armonizar las facciones, hacer salir la barba, y una serie de detalles que dan á tales tribus un recuerdo completo con poblaciones europeas.»

«Es esta cuestión, actualmente, punto de debate y nuevas enseñanzas, que será preciso aclarar para esclarecer el origen de varias de las tribus subamericanas, y que en el terreno puramente hipotético, lleva grandes visos de resolverse por alguna influencia de sangre blanca.»

«**Razas negras.**—Sabemos ya el relativo escaso valor que estas razas tienen en América, y debemos advertir que también es doble allí su origen, correspondiendo á los dos Océanos y á los dos grupos generales en que se dividen las razas negras, al verdadero negro ó africano, y al negro oceánico ó Melanesio: en la llegada de ambas, actuaron las causas que hemos mentado tantas veces, las corrientes ecuatoriales del Atlántico para el

negro africano; es decir, las mismas que llevaron al blanco semita, y la contra ecuatorial del Pacífico que llevó á los negros de las islas Oceánicas á las costas occidentales de América.»

«Ocupan en el Nuevo Mundo las razas etiópicas puntos aislados muy restringidos, sin comunicación, al parecer, unos con otros, y así los hallamos en California, debidos á los Papuas, á donde llegaron partiendo de Nueva-Guinea, pasando por nuestras islas Carolinas y Palaos, subiendo á Sandwich y al trópico de Cancer, y terminando su viaje por varias ramas dispersas en California. La Perouse, y luego Porueis, nos han descrito los indios Chillales, Gallinones, Lecropios y raídos de California, como negros bien caracterizados por sus caracteres físicos, datos confirmados por los estudios craneométricos de Ten-Kate. Estos Papuas, llevados por las corrientes de México, se han internado por varios puntos de la costa, y así los vemos en los mapas de Wiple, entre los Pueblos, y el P. Garcés los halló en Juni á fines del siglo pasado. Por otra parte, Schoolcraft los ha visto en Sierra Nevada y mucho más al Sur: respecto á su antigüedad, debe ser mucha si hemos de dar crédito á la relación de un indio, que afirmaba que los hombres negros estaban allí cuando fueron los constructores de los pueblos.»

«La otra rama negra ó africana, venida por el Atlántico, se reconoce en la Florida, Guayana, costa del Brasil y Panamá. Según Gomara, Balboa halló en Darien negros comparables á los de Guinea, y posteriormente se ha visto que su lengua es aglutinante y análoga á las africanas. Los Caribes negros de la isla de San Vicente son hoy perfectamente conocidos. Los Jancanes de la Florida conservan el color y porte, el enrespamiento de los cabellos, y los actuales Delavares se distinguen aún de sus vecinos los Seminolas, y el retrato de uno de sus jefes demuestra bien claramente su sangre negra. Los Charruas del Brasil, y aun los que se dirigieron al Perú, sólo conservan el color como recuerdo de su origen. Debemos mencionar el caso único de formación de un Estado por los negros, ocurrido en el siglo XVII en el Brasil, donde un bien organizado Estado negro fué destruido por los portugueses.»

«Al terminar lo relativo á las inmigraciones de blancos y negros, y especialmente por la vía atlántica, debemos hacer notar, en general, que los pueblos del viejo mundo han ocupado en el nuevo situaciones análogas á los suyos; así los ingleses, franceses y algo los alemanes, ocupan el Norte; los españoles el Centro y todo el litoral del Pacífico; los portugueses y después los italianos el Brasil y el Sur, y los negros, por fin, se repartieron por el Centro y Sur.»

«**Razas oceánicas.**—El interés de la influencia de estas razas disminuye desde el momento que se sabe que son mixtas, y formadas por decirlo así, de distintas mezclas de las otras, aparte de que, aunque demostrada la posibilidad de su llegada á América, como hemos hecho en el estudio de la influencia y naufragios japoneses, y en el de los Melanesias, allí llevada por las corrientes del Pacífico, el resto de sus razas no ha tenido en el Nuevo Mundo gran importancia.»

«Croizier y Molina consideran como de Nueva Zelanda los habitantes americanos del Pacífico. Dumore Lang considera Polinesios llegados en remotísimas épocas á los americanos; pero Lesson, en su obra *Les Polynesiens*, combate brillantemente este error por la falta de relaciones y analogías físicas, ó de leyes, costumbres, idioma y civilizaciones entre ambos pueblos. Quatrefages, por el estudio de los cráneos peruvianos del Museo de París, creía que pudieran tener alguna relación con los Indonesios, y aun lo aseguró después del estado de dichos cráneos, y en vista de su hysistenocefalia, después del estudio de Orcellay; pero por mis estudios (1) sobre las mismas series, creo poder afirmar que los índices de altura que pasan de 100, pertenecen siempre á cráneos deformados. Sin embargo, no puede negarse en absoluto las relaciones con los Indonesios, si son exactas las referencias que Mr. Cersac ha recogido en California; pero actualmente la cuestión está tan sólo planteada y con muy pocos medios de comprobación.....»

(1) Los cráneos normales y deformados del Perú y Bolivia, en los Museos de París y Madrid.

Esta distinción de razas y de emigraciones las vemos reconocida, aunque no á nuestro ver completamente definida, en la Lección de apertura del Curso de Antropología del Museo de Historia Natural de París, dada por el Dr. E. T. Hamy, en Marzo de 1896 (1), en la que después de examinar las principales que han poblado el Asia, y cuyos restos aún delatan su existencia por característicos ejemplares, pasa á estudiar las puramente americanas. En ella expone que, aunque considerados generalmente de la misma manera que los Malaicos, como derivados de un tronco amarillo, ofrecen, sin embargo, diferencias muy esenciales. Blumenbach fué el principal sostenedor de la teoría unitaria y el que más logró acreditarla; pero todas estas tendencias á hacer de los americanos una raza compacta, no son aceptadas ya por nadie, habiendo llegado á admitirse más ó menos grupos distintos, como entre los asiáticos y oceánicos.

Según Mr. Hamy, el tipo primitivo debió ser braquicéfalo, extendido por todo el continente Norte, cuyo prototipo encuentra en el célebre cráneo de Calaveras, viniendo á aceptar que tanto los *mounds-builders* como los *cliff-dwellers* y los constructores de los *pueblos*, debieron pertenecer á una misma raza. Todos aparecen igualmente braquicéfalos: aún se presentan como tales los actuales indígenas de los *cliff-dwellers* y los *pueblos*, Zuñis y Moquis, estudiados por Mrs. Fr. Cushing y Fewkes. La proporción braquicéfala aumenta conforme se avanza hacia el Sur: en las montañas es abundantísima; allí donde aparecen establecidos en común origen los Otomies, los Mistecos y Zapatecos.

Al llegar á México, distingue ya las diferencias de las distintas razas poseedoras del Anahuac; estudiando las de la región central dice textualmente: «La rama braquicéfala puede aún seguirse hacia el Sur, pero los distintos caracteres que la acompañan entre los Yucatecas de Campeche ó los Yuncas de Trujillo, establecen diferencias tan marcadas entre estos dos pueblos, que no nos creemos autorizados

(1) Véase íntegra en la *Anthropologie*, 1896, pág. 129.

para justaponer en un solo y único grupo á los Olmecas y los Otomies.»

La rama braquicéfala la ve terminar en el Imperio de Gran Chimú, notando al punto la enorme diferencia entre las gentes peruanas y las patagonas y restantes del continente Sur; sólo entre los Puelches de Orbigni, ve aún este tipo craniano, aunque mezclado con otros de raza inferior.

De las grandes masas meridionales que ostentan caracteres completamente distintos de los anteriores, es decir, dolicocefalos, hace una gran familia «de formación arcáica, cuyo punto de partida es la montaña de Sumiduro en el centro del Brasil»; desde ella se extendieron en todas direcciones, hasta la Guyana brasileña al Norte, y San Francisco al Este: hacia el Oeste los ve en las grutas de los Andes y hasta las costas del Pacífico (Ancon, Chancay, etc.), y hacia el Sur los lleva hasta el corazón de la Pampa Argentina. Así la repoblación, según Mr. Hamy, se hizo «en sentido inverso en ambas Américas; mientras en el continente Norte aparece un tipo braquicéfalo, oriundo quizá de California, que se extiende hacia el istmo, existió en el Sur, al contrario, en los tiempos prehistóricos, un tipo muy dolicocefalo que dominó todo el centro. Los braquicéfalos vinieron más tarde á sobreponerse en el Sur á los dolicocefalos, mientras que las emigraciones del período histórico han introducido en las regiones del Norte, reservadas hasta allí á los braquicéfalos de los *mounds*, de los *cliff* ó de los *pueblos*, una dolicocefalia cada vez más acentuada».

La dolicocefalia la introducen en el Norte los Chichimecas, Aztecas, Tepanecas y Acolhuas, con lo que por esto aún guardan estrecho parentesco los modernos Pielas Rojas. Entre ellos se encuentra la más acentuada de estas especies cefálicas, la de los Minuetarios. Entre los Algonquianos se hallan los dos tipos, y los Sioux son principalmente mesaticéfalos. En muchos de ellos es difícil la determinación étnica cefálica, por efecto de la deformación craniana.

Esta bárbara costumbre imposibilita casi la determinación del índice y capacidad de las tribus superiores, pero bien reconoce el ilustre antropólogo por esta práctica la huella

«de una población emigrante, de la que marca los jalones á través de los dos continentes». Dividida la deformación en dos especies, la *prolongada* y la *aplanada*, parecen pertenecer primeramente á esta última los Toltecas.

Tal deformación se halla después en las numerosas sepulturas de la costa del Perú, de Dombes á Arequipa, señalando la emigración costanera abajo, y la serrana arriba, á través de los Andes, hasta Tiahuanaco.

Mr. Hamy termina su doctrina diciendo: «Ajústanse las repoblaciones americanas á una ley muy coexistente, cual es la de que quedaron localizadas casi todas las grandes civilizaciones sobre la vertiente del Pacífico, ó en los valles de las cordilleras paralelas que constituyen el esqueleto del Nuevo Mundo. En la larga serie de lecciones en que hemos examinado una detrás de las otras, cada una de las ciudades de los Toltecas, Huastecas, Mayas Quichuas, etc., no hemos encontrado más que un pequeño número de éstas en la región de los istmos, hacia la vertiente atlántica. En la América del Sur, especialmente no podrá citarse en su gran extensión, al Este de los Andes, si no la estación secundaria de Manaos, el Bajo-Morrajo y el grupo de Tucuman, donde concluyen las manifestaciones del arte de Tiahuanaco.»

Tal es la doctrina expuesta por Mr. Hamy en su Memoria, que gustosos extractamos.

Uno de los puntos más difíciles, sin duda, en la etnografía americana, es el de la sucesión y permanencia de las distintas razas que tuvieron su asiento en la región del Anahuac; estas son, sin duda, las que requieren mayor atención entre las antiguas, y los mayores tanteos para su exacta delineación: allí se encuentra realmente el foco de la historia americana; allí se han verificado los sucesos más culminantes.

Sin alterar en nada la cuádruple división que hemos hecho de las gentes americanas, podemos, desde luego, aceptar el elemento *mound wilders*, como antecesor de los modernos Pielas Rojas, Sioux, Algonquianos, etc., en constante lucha entre sí, de las que algunas hemos presenciado en los siglos posteriores á la conquista, tan terribles como las de los Iroqueses.

Estas tribus, al igual que la gran masa caribe del continente Sur, nunca lograron salir de la barbarie, y su huella era fatal cuando invadían el Anahuac, destruyendo á su paso la civilización que en él florecía.

La lucha entre la civilización y la barbarie es allí perpetua; al pronto vence la última, pero constantemente se ve renacer al cabo la primera, llegando al fin á hallarse amalgamados los más opuestos recuerdos: allí nace, sin duda, la cultura; pero ¿quién la introduce?

La primera cuestión que para ello ocurre es la de la existencia de los Toltecas, tan discutida y hasta negada por Mr. Brinton; acéptala Mr. Hamy, llamándolos el pueblo de Quetzalcoatl, bajado del Norte hasta Tula ó Tollan en el siglo VI ó VII, y en que el nombre tomado de su significación geográfica, ha venido á ser para todos los pueblos que han recibido de sus manos la civilización, el sinónimo de *constructores, arquitectos, artistas*; tantos monumentos extraordinarios ha dejado esta nación, en efecto, sobre el suelo americano».

El cuadro que traza Alba Ixtlilxochitl de la peregrinación y establecimiento de los Toltecas es tan gráfico y característico, que fuera de ciertos detalles de cronología y redacción, creemos en su conjunto satisfactorio por muchos conceptos y difícil de destruir.

En la segunda relación nos manifiesta claramente que en el «año CE TECPATL, como está declarado, salieron los Toltecas de su patria y nación desterrados, los cuales salieron huyendo y como pudieron, y los de *Tlaxicoluican*, sus deudos, los vinieron siguiendo hasta dejarlos más de sesenta leguas fuera de sus tierras, en donde estuvieron reformándose y haciendo sementeras y otras cosas para su sustento, y á esta tierra le pusieron *Tlapallanconcon*, á significación de su patria, y el descubridor de esta tierra se llamaba *Cecatzin*, y casi al último de estos años se juntaron dos cabezas principales, y las otras ciudades inferiores, á tratar si se quedarían en esta tierra ó si pasarían adelante. Se levantó entre ellos un gran astrólogo que se decía *Huemotzin*, diciéndoles que en la his-

toria hallaba que, desde la creación del mundo, siempre habían tenido grandes persecuciones del cielo, y después de ellas se les habían seguido á sus pasados grandes bienes, tierras prósperas y largos señoríos; y siempre sus persecuciones eran en el año de CE TECPATL, que es un pedernal, estrella que tanto les perseguía, y pasado éste, luego se le seguían grandes bienes; que era un gran mal vispera de mayor bien, y así no les convenía estarse allí y tan cerca de sus enemigos, además de que hallaba en su astrología que, *hacia donde sale el sol era una tierra larga y próspera*, donde habían vivido muchos años los Quinametzin, y había tantos años que se habían destruido y estaba despoblada: demás de que los feroces Chichimecas, sus circunvecinos, pocas veces llegaban allá, y el planeta que reinaba en aquella tierra le faltaban muchos años para cumplir sus amenazas, y que en el interin podían gozar de un siglo dorado y dichoso, ellos y todos sus descendientes hasta en décimo grado, sucediendo de hijos á padres..... se partieron y anduvieron otras setenta leguas..... y andados los doce días, que según tengo colegido serían setenta leguas, llegaron á una tierra buena y fértil que se llama Hueyxallan, en donde estuvieron cuatro años; asimismo sembraron é hicieron lo que habían hecho en las partes donde habían estado para lo de adelante, y el descubridor fué *Cohuatzon*, uno de los cinco cabezas ó capitanes inferiores, y al tercer año, que fué CE CALLI, contaron un Tfalpilli que hacía que salieron de su patria, que son trece años, y estuvieron otro año; y luego al punto se salieron de aquí y fueron caminando *hacia donde sale el sol*, y andadas más de cien leguas, porque habían caminado veinte días arreo, llegaron á Xalisco, tierra que estaba cerca del mar, y aquí estuvieron ocho años, siendo el descubridor *Xiuhcohuatl*, y habiendo hecho lo que en las demás partes, se partieron..... Llegaron á unas islas y *costa de mar* que llamaban *Chincalhuacan Atenco*, en donde estuvieron cinco años..... y cumplidos los cinco años, comenzaron la jornada, *siempre caminando hacia donde sale el sol*, hasta *Tochpan*, en donde se detuvieron..... Tomaron su camino de nuevo por la misma vía de Oriente, y anduvieron veinte días, que serían otras cien

leguas, por diversas partes, y al último día llegaron á *Quiyahuitlan Anahuac*, que eran unas tierras de costas y brazos de mar, pasando con unas canoas y barcas á una parte y otra, y el tiempo que allí estuvieron fué seis años.....»

Así continúa la relación con tal rigor geográfico, que realmente admira, hasta dejarlos establecidos en el propio Anahuac, y fundando á Tula, que describe en los siguientes términos (1): «En el año de CE CALLI, que es una figura de una casa, signo de planeta, que significa prosperidad é imperio próspero y abundante, dichoso en todas las cosas, llegaron los Toltecas, ó por mejor decir los *Hueytlapataneas* á Tula, ciudad que fué cabecera de sus reinos y señoríos muchos años, que conforme á nuestra cuenta fué en el de 556 de la Encarnación, y á los cuarenta y seis del gobierno de Justiniano, Emperador Romano, y en España el rey Atanagildo, y en Roma por Sumo Pontífice á Virgilio Romano, á los quince años de su Pontificado, y llegados á este lugar y tierra, la vieron muy bien los Toltecas, y principalmente *Huematzin* el astrólogo que les guiaba, que era ya de edad de ciento setenta años, y viendo el puesto tan bueno para sus propósitos, y el temple de la tierra y las demás cosas que halló en su astrología ser buenas para una ciudad, comenzaron á edificarla; y estuvieron seis años haciendo casas, templos y otras cosas que ellos usaban y habían tenido en su naturaleza; y acordaron de jurar uno de los más principales para Rey y Señor de todos, y visto que cuando estuvieron en *Xiuhcohuac* y *Hnexula*, que es punto de Panuco y Tampico, y que por este lado estaban muy cercanos los Chichimecas, sus competidores, que los habían hecho ciertas molestias en estas dos partes, y viendo que los tenían tan cerca, temiéndose no se levantaran algún día contra ellos y les quitaran pueblos y lugares, acordaron de ir á ver al señor que á la sazón era de los Chichimecas, y pedir les diera un hijo ó deudo más cercano de su linaje, para jurarlo por su Rey y Señor, y con esto pedirle su palabra de que él ni sus descendientes, en ningún tiempo les daría molestias,» y continúa en la relación

(1) Tercera relación, tomo I, pág. 29.

sucinta: «Este les dió á su hijo *Chalchiuhlanetzin*, quien casó con la hija de Acatl, uno de los dos más principales de los siete caudillos, y entró á gobernar el año CHICONE Acatl, caña núm. 7, y del nuestro 509. A éste sucedió *Ixtris Cuechahuac*, por otro nombre *Tlaltecatl*, y á él *Huctzin*, y á este *Totepeuch*, á quien siguieron *Nacaxoi* y *Mitl*, que quebrantó la orden de sus pasados, reinando cincuenta y nueve años.»

Si la historia va en sus descubrimientos dando la razón á *Alba Ixtlilxochitl*, hay que reconocer poseedor á éste de exactísimas fuentes de conocimiento, que hablan muy en pro de su espíritu crítico y de la eficacia de los medios de información para sus importantes obras.

Las revoluciones é invasiones que se suceden en el Anahuac y centro de América, nos parecen más verosímiles y conformes con la verdad en la forma y sucesión que establecemos en el texto; el mismo autor que acabamos de citar, las formula con claridad extraordinaria, en su sentido etnográfico, al decir en el párrafo final de sus relaciones (tomo I):

«Todos los naturales de esta tierra descienden de dos linajes: *Chichimecos* y *Toltecos*.

Del linaje *Chichimeco* proceden los *Tezcucanos*, antiguos moradores de esta tierra, los *Tlaxcaltecas*, *Mezcas*, *Totonaques*, *Queztecacos*, *Otomies* modernos, *Mexicanos* y demás naciones, son todos *Chichimecos*. Aunque los *Mexicanos* fueron grandísimos idólatras más que los *Toltecas*, y los *Acolhuas* y *Tepanecas* (también lo fueron) ni más ni menos, aunque no tanto como los *Mexicanos*: pero las demás naciones *Chichimecas* no tenían ídolos, ni adoraban á los demonios que adoraron los *Mexicanos*, *Tepanecas* y *Acolhuas*, si no al Sol, que llamaban *Padre*, y á la Tierra *Madre*, y le ofrecían todas las mañanas la primera caza que cazaban, así pájaros como venados, liebres, conejos y demás animales y aves.

El otro linaje es de los *Toltecas*, y de él proceden los de *Culhuacan*, *Cholula*, *Chalco*, *Quecholan* y las costas del mar del Sur y Norte: *Colihuacan*, *Xalisco*, *Tlaxicatzinca* y *Tlecihuillapalan*, de donde ellos vinieron, son todos *Toltecas*; y se precian de este linaje, como tengo dicho, artifices y grandes sabios, idólatras

de las demás costumbres que tuvieron y tienen hoy día en su naturaleza.»

Tan precioso párrafo merecerá siempre la trascripción, como cuadro compendioso de la etnografía del Anahuac.

**Nota I.**—Continuando el Sr. Hoyos su estudio, presenta en el capítulo correspondiente á los caracteres físicos de los americanos los siguientes datos sobre el índice cefálico y la capacidad craneana, teniendo en cuenta que en esta última sus cifras se refiere sólo á cráneos masculinos.

ÍNDICE CEFÁLICO.

|   |        |
|---|--------|
| <b>Braquicéfalos verdaderos.</b> —Cráneos deformados..... | 103,00 |
| Mound-Builders: Almecas.....                              | 95,00  |
| Casa Grande de Río Gila.....                              | 90,3   |
| Charmaj.....  | 87,2   |
| Yucatecos de Verapaz.....                                 | 86,7   |
| Cliff House Dwellers.....                                 | 84,0   |
| Mistecos y Zapotecos: Veracruz.....                       | 83,9   |
| Incas del Perú.....                                       | 84,0   |
| Alapaskos.....  | 83,8   |
| Peuelches, araucanos.....                                 | 83,6   |
| <b>Subbraquicéfalos.</b> —Atapuecas.....                  | 82,2   |
| Chipehas, Muisecas.....                                   | 80,1   |
| <b>Mesaticéfalos.</b> —América del Norte (medio).....     | 79,0   |
| Mejicanos.....  | 78     |
| Californianos de Santa Bárbara.....                       | 76,0   |
| <b>Subdolicocefalos.</b> —Guaranies.....                  | 75,0   |
| Caribes.....  | 77     |
| Chacos.....   | 77,5   |
| Aztecas.....  | 77,8   |
| <b>Dolicocefalos.</b> —Patagones.....                     | 74,4   |
| Fuguenses.....  | 74,0   |
| Imigios.....  | 74,8   |
| Botocudos.....  | 73,5   |
| Esquimales de Smith.....                                  | 72,5   |
| Paraguayos.....   | 71,6   |
| Esquimales de Groelandia.....                             | 70,3   |
| Aztecas (una serie).....                                  | 68,3   |
| Baja California.....                                      | 66,9   |

De donde resulta un índice cefálico medio para todos ellos de 79,00.

Respecto á la *capacidad craneana*, después de observar la anomalía

de que la cifra superior corresponda á la raza casi extinguida de la tierra del fuego, presenta el siguiente estado, agregando los valores de Asia y Polinesia, y refiriéndose sólo á cráneos masculinos.

|                         | Centímetros<br>cúbicos. |
|-------------------------|-------------------------|
| Fueguianos.....         | 1,680                   |
| Laponés.....            | 1,552                   |
| Polinesios.....         | 1,549                   |
| Esquimales.....         | 1,535                   |
| Asia.....               | 1,518                   |
| Araucanos Puelches..... | 1,420                   |
| Guaranis.....           | 1,410                   |
| Chocos.....             | 1,310                   |
| Mejicanos.....          | 1,482                   |

Respecto á los *índices nasal, orbitario y facial* da los siguientes resultados:

|                           | Nasal. | Orbitario. | Facial. |
|---------------------------|--------|------------|---------|
| Americanos en general.... | 47,2   | 90,0       | »       |
| Polinesios.....           | 48,5   | 92,0       | »       |
| Laponés.....              | 49,3   | »          | »       |
| Esquimales.....           | »      | 88,2       | »       |
| Puelches Araucanos.....   | 52,8   | 92,1       | 64,1    |
| Chocos.....               | 54,1   | 82,5       | 69,2    |
| Guaranis Caribes.....     | 47,5   | 94,7       | 69,1    |
| Fueguianos.....           | 46,4   | 86,3       | 70,1    |

**Nota II.**—Mr. R. Martín ha publicado un estudio sobre los cráneos patagones antiguos (Zurich, 1896), del que trae un exacto extracto la revista *Antropologie* (1896, pág. 612). Según éste, la edad de los cráneos no puede determinarse en absoluto, pero el hallazgo es importante, tanto por las deformaciones que ofrecen, como por su capacidad verdaderamente considerable.

Véanse también en la *Revue des Questions Scientifiques* el artículo sobre *Les populations du Sud de la Chine*, por Harley, 1899, I, pág. 43, y también es muy curioso el inserto en *La Nature*, 1897, pág. 161, sobre *Les populations de la République Argentine*.

**Nota III.**—La revista *Antropologie* da cuenta en su página 501 (año 1896), del hallazgo hecho por Mr. Tohu Mac Carthy de una momia antiquísima en habitación *cliffsavelling* del Cañón Verde. «El hallazgo de Mr. Mac Carthy (dice), prueba una vez más, por la finura de sus cabellos, que se trata de una raza enteramente distinta de las de los Indios modernos.»

## II

**Religión.**—El Asia es el país clásico de las religiones: la cuna de las más importantes habidas. No es, pues, extraño que busquemos en ella el origen de muchas creencias extendidas después por el mundo entero, y á ella tendrán que acudir todos los que al estudio comparativo é histórico de las mismas se dediquen. Hemos apuntado en el texto gran número de analogías ó derivaciones que en las creencias americanas presenciarnos, oriundas de los cultos asiáticos; pero como exigiría no un libro, sino varios, la ampliación de lo expuesto en cada uno de los anteriores capítulos, nos limitaremos á tocar alguna de las más importantes cuestiones.

Respecto de las creencias americanas, nos limitaremos á las debatidas influencias ó recuerdos de la predicación del cristianismo.

Mr. Beauvois ha publicado en reciente fecha, en la *Revue des Questions Scientifiques*, un largo estudio bajo el título de *Prácticas é instituciones religiosas de origen cristiano entre los mejicanos de la Edad Media*, muy recomendable por el gran caudal de datos y doctrina que sobre mitología americana ha acumulado, pero en el que limitándose tan sólo á la exposición, no nos lleva al convencimiento de sus opiniones sobre el caso principal, ó sea sobre las influencias cristiano-europeas en América, anteriores á la conquista.

La mayor parte de los datos que aporta, los transcribe de nuestros piadosos cronistas, exagerando, á nuestro ver, su sentido, hasta el punto de decir «que los animales y figuras bestiales, que tanto sirven en nuestras catedrales de gárgolas, como para simbolizar los vicios y las pasiones, se pueden igualmente notar en la decoración de los edificios del Yucatán».

Mr. Beauvois se deja llevar por estas y otras semejanzas, como nuestros primitivos historiadores de Indias, para hallar las huellas de la predicación cristiana en la América pre-

lombina, pero al procurar perseguir el origen de ellas, no le ocurre mirar al Asia, á donde encontraría sin duda mayores analogías.

En su trabajo, verdaderamente notable por su erudición, no llega, sin embargo, á colocarse en este punto de vista, que hubiérale sin duda servido de gran guía para sus deducciones, sin que oponga nada en él que combata esta doctrina. Insistimos cada vez más en la necesidad del conocimiento del extremo asiático, para la dilucidación de las cuestiones americanas.

En el único punto que vemos claras y terminantes estas predicaciones es en el extremo Nordeste del continente boreal, en la Groelandia y Vinlandia, donde vemos funcionar desde los siglos medios una diócesis cristiana, de la que se han hallado curiosísimos datos en los Archivos del Vaticano. El Dr. Luka Felic de Spalato (Dalmacia) presentó al Congreso Científico Internacional Católico, celebrado en Paris en 1891, una Memoria bajo el tema de la *Evangelización de América antes de Cristóbal Colón*, en la cual refiere muy circunstanciadamente las vicisitudes de la propagación directa del cristianismo en tierras americanas, pero dentro de los límites geográficos que venimos indicando.

El establecimiento de los escandinavos en la Groelandia desde el siglo X, dió lugar á la diócesis de *Gardar*, cuya jurisdicción se extendía á las costas próximas del Noroeste de las tierras americanas.

La conversión al cristianismo de los groelandeses, corresponde al Rey de Noruega, San Olaf II el grande (1015-1030), cuya confirmación se ve en una bula de Nicolás V, de 1448, en la que, conforme á una exposición que le enviaban los groelandeses, resultaba aquel país convertido al cristianismo *unos seiscientos años antes por los predicadores del Rey San Olaf*.

La introducción del cristianismo en las regiones del continente americano, ya aparecen claras cuando el Obispo Eric-Upsi marchó en 1121 con este objeto á la Vinlandia, donde permaneció largo tiempo cosechando abundantes frutos de su

predicación. Documentos que cita en abundancia el autor de la Memoria, dejan este punto fuera de toda duda.

Las colonias de la Groelandia fueron agregadas por Benedicto IX (1044) á la provincia de Amburgo-Brema; pero más tarde, á petición de los mismos groelandeses, formóse de aquella lejana grei de gentes cristianas una verdadera diócesis, cuyo primer Obispo fué Arnolfo, consagrado por el Arzobispo de Lund, que estableció su Sede en Gardar, elevada por este hecho á capital de la región.

La diócesis de Gardar sufrió distintas vicisitudes, mencionándose siempre, desde mediados del siglo XII, como sufragánea de la Iglesia metropolitana de Drontheim, en los libros de censos de la Santa Sede, é igualmente en el *Provinciale Vetus* de Albinus, redactado conforme á las más antiguas fuentes en 1183, en el *Liber censum* de Cencius Camerarius del año 1192, y después en los *Libri Taxarum*, que derivan del *Liber censum*.

Durante el siglo XIII es más frecuente la mención de la diócesis de Gardar, con motivo de los diezmos que de ella llegan para los gastos de las Cruzadas. En 1276 el Arzobispo de Drontheim, pedía al Papa Juan XXI que le dispensara de la obligación de recorrer en persona la diócesis de Gardar, para recoger el diezmo, pues su extensión equivalía casi á toda la Noruega.

Innumerables documentos continúa citando el curioso autor, por los que se demuestra la constante relación que persistió entre Roma y la apartada diócesis, hasta calcular la entidad del diezmo y censo que rendía á San Pedro y el número de sus hogares y habitantes, resultando que en 1327 había unos 10.000 fieles en dicha diócesis y 300.000 en toda la provincia de Noruega.

Consta que en 1418 hubo de sufrir la Groelandia una invasión de bárbaros americanos que arrasaron todos los lugares de la costa. Sólo nueve Iglesias se libraron: entonces debieron perecer todos los restos del cristianismo en la Vinlandia; los groelandeses relataban á Nicolás V cuántas fueron sus desdichas y cautiverios, pero habiendo logrado después de treinta

años substraerse á la cautividad, le rogaban restableciese el culto cristiano en lo posible. Nada se determinó en Roma por entonces, hasta que el Papa Inocencio VIII envió á la Sede de Gardar al Monje Matias «hombre animado de tan santo ardor por la salvación de los pobres groelandeses, que estaba dispuesto, si necesario fuere, á exponer su vida para llegar á su diócesis».

Esto es lo que resulta plenamente probado sobre la implantación directa del cristianismo en el suelo americano, sin que haya nada que nos autorice á creer su paso por esta vía al centro del continente, en el que, si existen semejanzas, debemos buscar su origen por caminos muy opuestos.

**Nota IV.**—Debemos una traducción castellana del trabajo del Doctor Luka Felic á nuestro amigo el distinguido bibliógrafo D. Pedro Roca, inserta primeramente en la *Revista Contemporánea* del 15 de Octubre de 1892, pág. 5-27, de la que hizo después tirada aparte. El P. Fita se ocupó también de este asunto en el *Boletín de la Real Academia de la Historia*, por aquellos días, y el Sr. Roca nos proporciona además el siguiente apunte sobre los posteriores estudios del Dr. Luka.

«En la *Compte rendu du troisieme Congrès scientifique international des Catholiques tenu à Bruxelles* en 8 de Septiembre de 1894, amplía Mr. Luka sus noticias sobre la introducción del cristianismo en la América del Norte desde el siglo XII, presentando completa la serie de los 25 Obispos de la diócesis de Gardar, desde el primero, Erich (1112), hasta Vincentius Kampe, nombrado en 1519.»

**Nota V.**—Debemos á Mrs. Putnan y C. Willoughby una Memoria sobre *El Simbolismo en el Arte Americano antiguo*, (1896) en la que se extiende en largas consideraciones sobre los símbolos grabados ó pintados en los objetos extraídos de los *Mounds*. Los autores reconocen desde luego la gran diferencia que existe entre los provenientes de la parte Norte y Oriental y los de la región del Ohio, relacionados éstos con los de México, y la América central, al tenor de lo que hemos observado en la cerámica y otras industrias, que nos confirman en las influencias por contacto que han existido entre aquellas gentes vecinas.

## III

**Instituciones, familia y costumbres.**—Pocos trabajos han llegado á nosotros de reciente fecha sobre la historia social de la América Precolombina. La sociología, ciencia que se encuentra hoy á sus comienzos, aún no ha llegado á estudiar que sepamos las instituciones, tanto políticas como domésticas, bajo su aspecto histórico y etnográfico; pero las diferencias que hacemos observar en el texto, entre las formas de la vida de los aborígenes americanos y los inmigrantes asiáticos, creemos que es punto importante de estudio y ejemplo fecundo en consecuencias para los que profundicen más especialmente en la materia. La diferencia esencialísima de la familia, según se base en el matriarcado ó en el patriarcado, en ningún lugar se encuentra más clara y terminantemente definida que entre los pueblos americanos. Obras especiales sobre este punto apenas se cuentan; pero frecuente es entre las de ciencias sociales apelar á la cita de lo que ocurre entre las tribus americanas, sobre todo en aquellas de tendencias socialistas ó comunistas, que, como es natural, encuentran allí gran caudal de ejemplos en que apoyarse: he aquí, pues, un punto de gran interés que nos proporciona el estudio de la América Precolombina.

Autores como Bancroft y Morgan se ocupan con frecuencia de ellas, y entre nosotros se ha dedicado bastante á estos estudios el Sr. Sales y Ferrer, Profesor de la Universidad de Sevilla, que en su obra en publicación, *Tratado de Sociología*, hace con frecuencia exactas referencias á las instituciones americanas precolombinas, ilustradas con oportunas citas bibliográficas.

En nuestros autores clásicos del XVI sobre asuntos americanos, se descubren á cada momento curiosísimos datos para el estudio de tan fundamentales puntos científicos.

Sólo haremos constar, por nuestra parte, la creencia de que en la organización de la familia, como en la del estado y la

sociedad, el elemento etnográfico ó de raza, se impone de tal modo, que quita valor á la doctrina de la evolución cronológica, lo propio que ocurre en el lenguaje, en el arte y en tantas otras manifestaciones de la naturaleza humana.

## IV

**Lingüística.**—Ya indicábamos en nuestra *Conclusión* la dificultad inmensa que ofrecen las lenguas americanas para su clasificación y estudio comparativo. Los trabajos realizados sobre los restos que aún quedan de ellas en aquel suelo, han sido enormes, aumentando considerablemente el caudal científico para la resolución de tanto problema como ofrecen, siendo beneméritos en este punto Bushmann, D'Orbigny, Bancroft y Brinton, ú otros muchos que con sus trabajos abren nuevos caminos á la filología americana, al que hay que añadir el notabilísimo *Mapa de las lenguas aborígenes del Norte-América*, exhibido en la Exposición del Centenario, ejecutado por el Bureau de Etnología, é inserto en el Catálogo.

El antes citado Mr. Beauvois, en recientísimo trabajo publicado en la *Revue des Questions Scientifiques* (1897, I, pág. 496), fija la atención en muchas de las cuestiones sobre derivación etimológica de palabras americanas, cuya raíz encuentra entre las europeas, especialmente aquellas que se relacionan con los cultos é indumentos sacerdotales: allí nos da la razón de cómo podemos reconocer la misma raíz entre el *xicolli* de los discípulos de Quetzalcoatl y la *casulla* ó *cogulla* cristiana: como de *cuateccize* podemos llegar á *catequista*, como en el nombre *colotzin* se puede hallar la significación de un adorador de la Cruz, sin olvidar la que significa Dios, *teotl*, que tanta relación tiene con *theos* ó Zeus griego, y otros varios: de *metzli*, luna, deduce *mensis* en latín; de *math*, manos ó mano; de *camill* camisa; de *oles*, oleo, y así otras que aunque en efecto algo semejantes, demuestra también la facilidad de estas deducciones filológicas, cuando no les acompaña la difícilísima auténtica de su historia, tan rara de obtener hasta entre las lenguas más conocidas.

## V

**Literatura.**—Pocas novedades importantes han llegado á nosotros sobre la literatura indígena americana precolombina, ó que respondan á las antiguas tradiciones de aquellas gentes; sólo el *Journal de la Société des Americanistes de Paris* nos da cuenta en su tomo I, núm. 2, de la leyenda de *Un hombre en dos personas*, recogida de los indios Yutes, entre el Missisipi y las Montañas Rocosas, por el profesor I. W. Powel. Según éste, le fué contada por un Tu-gwina-gunt, ó sea un recitador encargado por la tribu de conservar oralmente sus tradiciones y transmitir las á sus sucesores.

«La leyenda que nos cuenta Mr. de Turenne (dice Verneau) ofrece un lado poético al propio tiempo que un carácter de moralidad, como todas las indias. Pero aunque lo pretenda el apóstol mormon John Taylor, las recitaciones de este género no son idénticas á las tradiciones conservadas entre los pueblos civilizados del Antiguo Mundo: y no puede fundarse sobre la leyenda de *Un joven en dos personas* el origen judaico de ciertas tribus de los Pieles Rojas.» *Anthropologie*, 1896, pág. 613.

**Nota VI.**—El último tomo recibido del *Annual Report of the Bureau of Ethnology*, 1893 á 94, inserta en su pág. 245 un curiosísimo trabajo de Mr. Walter Fewkes sobre las *Katcinas* del Tusayan, en el que describe las más características mascaradas y contradanzas de aquellos tan interesantes indígenas de los *Pueblos*, trabajo, hasta el día, el más completo sobre la materia.

Estas ceremonias obtienen entre los Hopis un carácter de rito sagrado que constituyen gran parte de sus complicadísimas fiestas religiosas públicas, pintorescas y entretenidas, tanto por la variedad de sus simbolismos como de sus trajes y contradanzas.

Las *Katcinas* ó *Cachinas* son muy variadas, según la divinidad ó festividad á que corresponden, requiriéndose larguísimo inventario para consignar los numerosísimos disfraces y útiles necesarios para tan complicadas ceremonias. En todas ellas se entonan recitaciones y canturias de característica letra, que forman parte, sin duda, del cuerpo tradicional literario de los antiguos americanos.

## VI

**Epigrafía y paleografía.**—Indicábamos en el texto nuestra creencia de que el sistema catúnico de escritura debería considerarse como puramente ideográfico: esta tendencia la vemos confirmada en los últimos trabajos sobre la materia, aunque circunscriben demasiado su sentido, á nuestro entender, á la notación de signos correspondientes tan sólo á las divisiones y computaciones del tiempo, con arreglo al calendario.

Mr. Mandslay decia en la *Nature* del 8 de Julio de 1897, página 225, en un artículo sobre las *Inscripciones mayas arcaicas*:

«Háme sido confiada ahora la tarea más grata de llamar la atención de los lectores de esta Revista hacia un ensayo sobre las inscripciones arcaicas mayas, debido á Mr. Y. T. Goodman de California, inserto como apéndice en la sección arqueológica de la *Biología central americana*.....»

«Todos los ensayos anteriormente hechos para interpretar las inscripciones geroglíficas americanas se han reducido sencillamente á la interpretación de los tres ó cuatro manuscritos ó códices mayas, salvados tan sólo de su total destrucción. Mr. Goodman, no ha dejado de dedicar durante años su más cuidadosa atención á esta rama de la epigrafía y al estudio de los códices, así como á los sistemas de calendarios Yucateco y Cachiuel, y á la interpretación de lo que él llama «sistema arcaico», es decir, al sistema de notación empleado en las inscripciones grabadas, en las ruinas de Palenque, Copan, Quirigua, Menché y Tical, campo de investigaciones casi completamente intacto, al que está dedicado el presente ensayo.»

«Será sin duda una desilusión para el lector, el saber que la mayor parte de las inscripciones mayas, grabadas en los monumentos, expresan tan sólo fechas y computaciones de periodos de tiempo, pero este hecho ha ido gradualmente imponiéndose á la inteligencia de los eruditos.»

Mr. Goodman se expresa en los siguientes términos:

«Puede parecer absurdo á primera vista que los templos, monumentos y altares, estuvieran cubiertos por inscripciones, cuidadosamente grabadas, que notan tan sólo el recuerdo de una fecha y otras maneras de calcular el tiempo. Pero una simple reflexión convence de que considerar así tales inscripciones, no sería absurdo, si no al contrario, lo más certero y útil en muchos casos.»

«Un calendario es requisito indispensable de civilización. El sólo intento de combinarlo es el primer paso para la evolución fuera del salvajismo, y un calendario completo, de cualquier clase que sea es la prueba de que la transición está cumplida....»

«El trabajo de elaborar un sistema satisfactorio de calendario con los caóticos fragmentos de información que han llegado hasta nosotros, es trabajo que ha necesitado la paciencia y la atención más extraordinarias. Tal sistema no sólo ha de constituir el texto de aplicación á las inscripciones que ya son conocidas, si no que tiene que ser en lo sucesivo la pauta á que se sometán las desconocidas que desde hoy salgan á luz....»

Seguidamente declara que Mr. Goodman ha tenido que aceptar como única guía segura para sus investigaciones, los escritos del P. Landa.

Aunque esta hipótesis obtenga muchos visos de verdadera, y compruebe el sentido puramente ideográfico de los catunes, aún no quedamos convencidos de que únicamente expresen fechas y épocas, abrigando la creencia de que algo más se hallará al cabo escrito en las piedras de la Cruz y del Sol, por ejemplo, como imprecaciones, salmos, ó sentencias de carácter religioso.

## VII DIRECCIÓN GENERAL DE

**Bellas Artes.**—Después de lo expuesto sobre el arte americano, sería, sin duda, oportuno ampliar lo dicho con la descripción detallada de tan curiosos monumentos, pues su mera

cita poco puede dar idea del estilo y disposición de tan notables construcciones. Muy largo sería esto, por lo que preferible es recomendar á nuestros lectores los últimos trabajos verificados sobre ellos, por tan eminentes arqueólogos como Maudslay y Holmes, dedicándonos después á recuperar la gloria de su descubrimiento para sus verdaderos primitivos exploradores, asunto en el cual se ha extraviado la opinión, en provecho de determinadas personalidades.

Los más serios trabajos, tanto de exploración como de análisis últimamente llevados á cabo, se deben, sin duda, á Desiré Charnay, Maudslay y Holmes.

Quizá pudiérase tachar al primero de cierta precipitación, y como interés personal por adelantarse á las exploraciones del segundo, sin reconocerle su gran auxilio en los momentos más peligrosos de su expedición, y de haber cambiado los nombres á determinadas ruinas, con perjuicio de la claridad científica; pero tanto el uno como el otro demostraron un amor y constancia para las molestias de tan arriesgada exploración dignos de reconocimiento: los trabajos de Maudslay son apreciados, sin embargo, como más seria y esmeradamente realizados, enriquecidos además con soberbias fotografías que dan completa idea de tan importantes restos; pero la publicación sobre ellos emprendida por Mr. William H. Holmes, con el título de *Archeological studies among the ancient Cities of Mexico*, es quizá la más completa, pues aprovechando los antecedentes ya adquiridos, ha publicado á la fecha dos interesantísimos fascículos, el primero dedicado especialmente á las ruinas de Uxmal, Chichen Itza y demás centros propiamente mayas, y el segundo á las de Chiapas, Oaxaca y valle de México, que dan la más completa idea sobre aquellos lugares, tanto por el texto como por las excelentes ilustraciones y preciosos dibujos de conjunto topográfico con que los ilustra.

Pero la cuestión que nos interesa especialmente es la de la historia del conocimiento de tan importantes ruinas. Aunque Mr. Desiré Charnay asegure que los monumentos de Uxmal y de otros lugares del Yucatán fueran casi desconocidos por los españoles, y asiente á esta opinión Mr. Rodolfo Cronau, abri-

gando la creencia de que hubieran permanecido desconocidos, á no tener que refugiarse el Dr. Lewis Michel de una tempestad, descubriéndose así Uxmal, teníamos noticias tan antiguas sobre ellos y han sido visitados y consignados antes por tantos autores españoles, que apenas ha habido americanistas entre nosotros á quien no constara su existencia é interesara profundamente su estudio.

En 5 de Marzo de 1517 Hernández de Córdoba y los suyos que andaban costeano el Yucatán por orden de Velázquez, bajaban á tierra, invitados por los mayas, con los que tuvieron que sostener al cabo un combate; durante éste, el Clérigo González entró en un Templo y tomó el ídolo y objetos de oro que en él había.

Los entusiastas relatos de los expedicionarios decidieron á Velázquez «por saber que había ciudades de cal y canto» á enviar segunda expedición mandada por Juan de Grijalva, en compañía de Francisco de Avila, Pedro Alvarado y Francisco de Montejo. Arribó la flotilla á la isla de Cozumel, donde aún existe un precioso Templo, sobre el que Grijalva puso el estandarte real y en el que el Capellán Juan Díaz dijo la primera Misa celebrada en la tierra mejicana; siguió tocando en varios puntos y apoderándose en todos ellos de bastante cantidad de oro, con lo que vueltos á la Isla Española, hicieron comprender á Velázquez la importancia de los pueblos que existían en aquellas regiones, estimulando á Cortés para sus épicos triunfos.

Conquistado el propio México por Hernán-Cortés, dirigióse después con sus Capitanes hacia el Sur, haciendo especial mención de las suntuosas construcciones del Yucatán en su relación V. También Bernal Díaz del Castillo, en su *Verdadera historia de la Conquista de la Nueva España*, capítulos CLX al CC y CCVIII, se refiere en varias ocasiones á estos templos y edificios tan suntuosos.

El P. Landa, en su relación de las cosas del Yucatán, nos da hasta dibujos y planos de ellos; Cogolludo halló huellas, de recientes sacrificios, ofrecidos á sus ídolos, y Fray Alonso Ponce, en su *Relación breve y verdadera* del viaje que en 1584 y 85 hicie-

ron dos religiosos españoles (impresa en la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*), decia de estos monumentos que tanto habian excitado su atención: «No saben los indios con certidumbre quién edificó aquellos edificios, ni cuándo se edificaron, aunque algunos de ellos se esfuerzan en querer declararlo, trayendo para ello imaginaciones fabulosas y sueños; pero nada de esto cuadra ni satisface. La verdad es que ellos se llaman hoy día de Uxmal; y un indio viejo, ladino y bien entendido, certificó al P. Comisario, que según decian sus antepasados, habia noticia que hacia más de 900 años que se habian edificado.»

En la siguiente centuria, en 1656, el P. Cogolludo hablaba en alguno de aquellos templos, tan conocidos por él «restos del copal que se había quemado recientemente,» y el P. Lizana se ocupaba minuciosamente en consignar los cultos que en cada uno de ellos recibían sus ídolos; y sin interrumpirse su noticia durante el siglo pasado en documentos tan importantes como la *Memoria relativa á las Ruinas de Nachan*, por D. Ramón Ordóñez y Aguiar, que llegó á poseer Brasseur de Bourbourg, llegaba el Rey de España Carlos IV, conocedor de la *Memoria* de Ordóñez, á comisionar en 1784 al Teniente Alcalde del pueblo de Santo Domingo, D. José Antonio Calderón, para que reconociese las ruinas é interrogase á los indios de la comarca acerca de ellas. Según nota que nos proporciona el eminente arqueólogo D. José Román Mérida, «el informe de Calderón se conserva en nuestra Academia de la Historia. Al año siguiente fué enviado á tomar dibujos y levantar planos el Arquitecto italiano Bernasconi. Calderón menciona 56 ruinas entre edificios y grupos de ellos: Bernasconi da á las ruinas una circunscripción de seis leguas y mil varas castellanas. El Marqués de la Sonora, Ministro de Carlos IV, recibió el informe y los dibujos, y se los entregó á D. Juan Bautista Muñoz, historiador del Nuevo Mundo, quien pidió nuevas noticias, en virtud de lo cual fué comisionado D. Antonio del Río para hacer nuevos reconocimientos. Carlos IV, en vista de la importancia de los descubrimientos, organizó varias expediciones científicas á los reinos de la Nueva

España, que se efectuaron desde 1805 á 1808, entre el valle de Méjico y la provincia de Oaxaca y en el camino de Ocoingo á Palenque. El Capitán Dupaix, oficial austriaco, fué puesto al frente de estas expediciones, é hizo tres relaciones detalladas, con dibujos ejecutados por Castañeda, que, por causa de la invasión francesa que sobrevino á España, quedaron en Méjico».

Veán, pues, los últimos descubridores de tan conocidos monumentos, cuán útiles hubieran sido para sus trabajos las abundantes noticias que sobre ellos poseíamos, y cuán preciosas podrán ser aún estas Memorias para su cabal estudio.

**Nota VII.**—En el número de la Revista *La Nature*, que llega á nuestras manos en el momento de la tirada de estas líneas (Diciembre de 1897), aparece la noticia y lámina de un importantísimo descubrimiento, verificado en una caverna próxima á la villa de Tezeuco.

Consiste en la estatua de un guerrero, de tamaño natural, en barro cocido, sobre la que el Marqués de Nadaillac da curiosa noticia, refiriéndose á un trabajo de M. H. Saville. La estatua ha ingresado en el Museo de New-York.

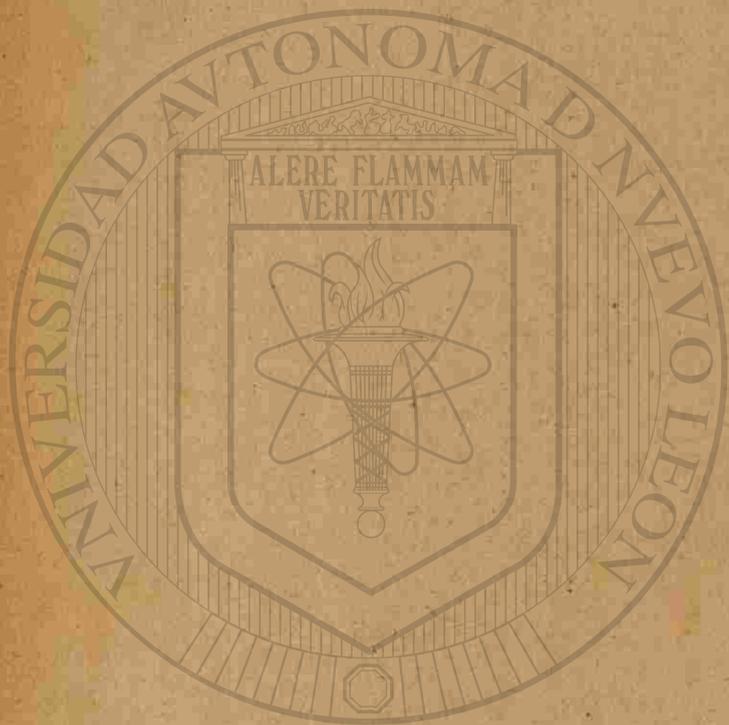
### VIII

**Industrias.**—Varios son los autores que se ocupan hoy preferentemente de la producción industrial de los antiguos americanos, constituyendo esto en realidad, sus más interesantes estudios arqueológicos.

Todas las ramas de la actividad de aquellos hombres merecen el más atento examen, llevado ya á buen grado de análisis, por lo que pudiéramos, ampliando lo antes dicho, extendernos bastante aún sobre estas materias; pero esto nos llevaría demasiado lejos. En las publicaciones con más frecuencia citadas hallarán los amantes á tales estudios abundante doctrina con que ampliar sus conocimientos; sólo añadiremos ahora, por vía de curiosidad, que no ha dejado de extrañar á algunos la falta del cultivo y empleo en la América del gusano de la seda, conocido en el Asia desde los más

antiguos tiempos y aprovechado tanto después por los chinos. Pero quizá dependa el haber desaparecido su memoria, si es que lo intentaron, de prestarse poco aquellos climas á este cultivo, pues sólo Bolivia presentó algunas muestras de tal en el certamen del Centenario. Algunos autores citan, sin embargo, el aprovechamiento por ellos del capullo de cierto lepidóctero, similar al de la seda, pero sin ofrecer la belleza propia del producto de la antiquísima Serica.

FIN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## FE DE ERRATAS

### Proemio.

Pág. XIX, línea 4.<sup>a</sup>, dice: *Popol Vull.*—Léase: *Popol Vuh.*

Pág. XIX, línea 5.<sup>a</sup>, dice: y los del *Chilan Balam*, editados éstos recientemente entre las crónicas mayas, por Brington.—Léase: y los del *Chilan Balam*, editadas, de éstos, recientemente las crónicas mayas, por Brinton.

Pág. XXI: Por error de copia aparecen inútilmente insertos los seis primeros renglones de la página, cuyo texto debe suprimirse, por erróneo y ya antes consignado.

Pág. XXI, línea 9.<sup>a</sup>, dice: *Yzamal.*—Léase: *Ytzamal.*

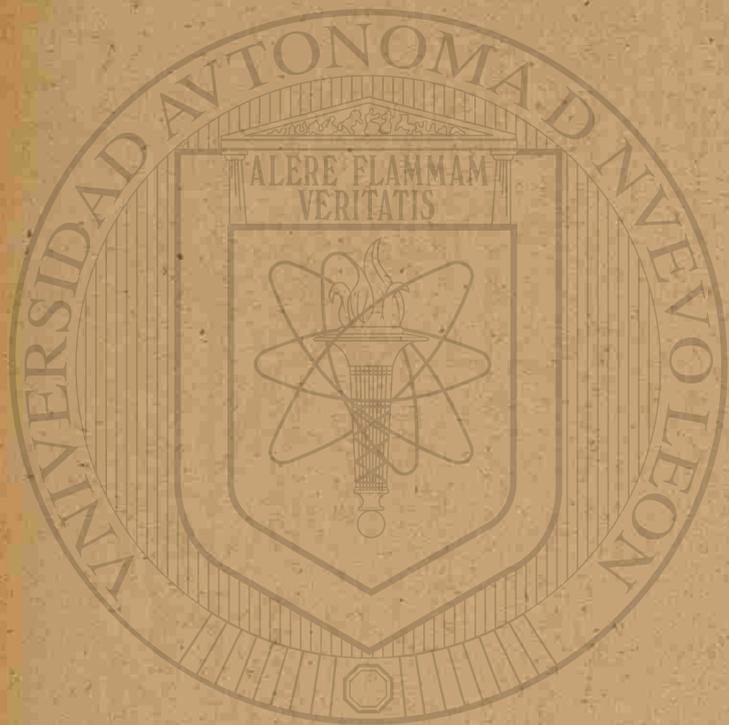
### Texto.

Pág. 11, línea 6.<sup>a</sup>, dice: isla Ceilán..... Léase: isla de Ceilán.

|       |                   |  |                         |
|-------|-------------------|--|-------------------------|
| » 31  | » 16              | » americana.....   | » América.              |
| » 51  | » 30              | » lenguaticos.....   | » lingüísticos.         |
| » 59  | » 28              | falta un verso entre el 4. <sup>o</sup> y 5. <sup>o</sup> que diga:<br>kax-ti-arts XI-wan-na |                         |
| » 75  | » 29              | » Tajuja, ó los panches.   | » Tunja, ó los pauches. |
| » 80  | » 22              | » de representaciones.   | » representaciones.     |
| » 103 | » 35              | » Babalins.....  | » Bobalius.             |
| » 107 | » 20              | » denominadores.....   | » dominadores.          |
| » 116 | » 9. <sup>a</sup> | » acento.....  | » tonos.                |
| » 146 | » 28              | » accidental.....  | » occidental.           |
| » 165 | » 2. <sup>a</sup> | » las vemos.....   | » la vemos.             |

Y alguna otra que encomendamos á la inteligencia del lector.





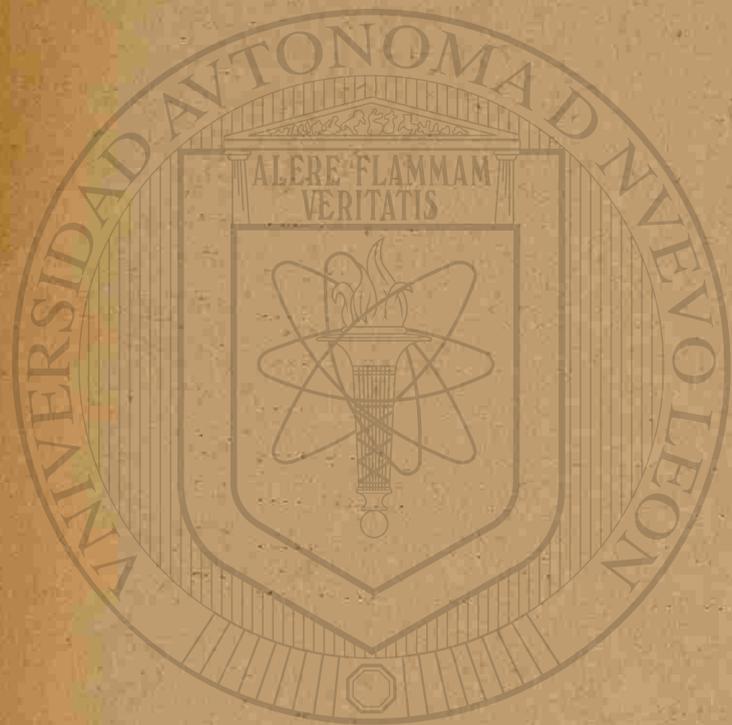
## ÍNDICE

|  | <u>Páginas.</u> |
|--|-----------------|
| PROEMIO .....                                | v               |
| I.—Antropología y etnografía.....            | 1               |
| II.—Tradiciones.—Religión.—Necrología.....   | 17              |
| III.—Instituciones.—Familia.—Costumbres..... | 35              |
| IV.—Lingüística.....                         | 47              |
| V.—Literatura.....                           | 56              |
| VI.—Epigrafía y paleografía.....             | 79              |
| VII.—Bellas Artes.....                       | 96              |
| VIII.—Industrias.....                        | 117             |
| IX.—Conclusión.....                          | 142             |
| Adiciones y notas.....                       | 151             |
| Fe de erratas.....                           | 189             |

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





## OBRAS DEL AUTOR

Bocetos literarios.—Sevilla, 1884.

La pintura en Sevilla.—La gran pintura; las miniaturas; las vidrieras; los azulejos de Triana.—Sevilla, 1885.

Ensayo sobre la América Precolombina.—Toledo, 1898.

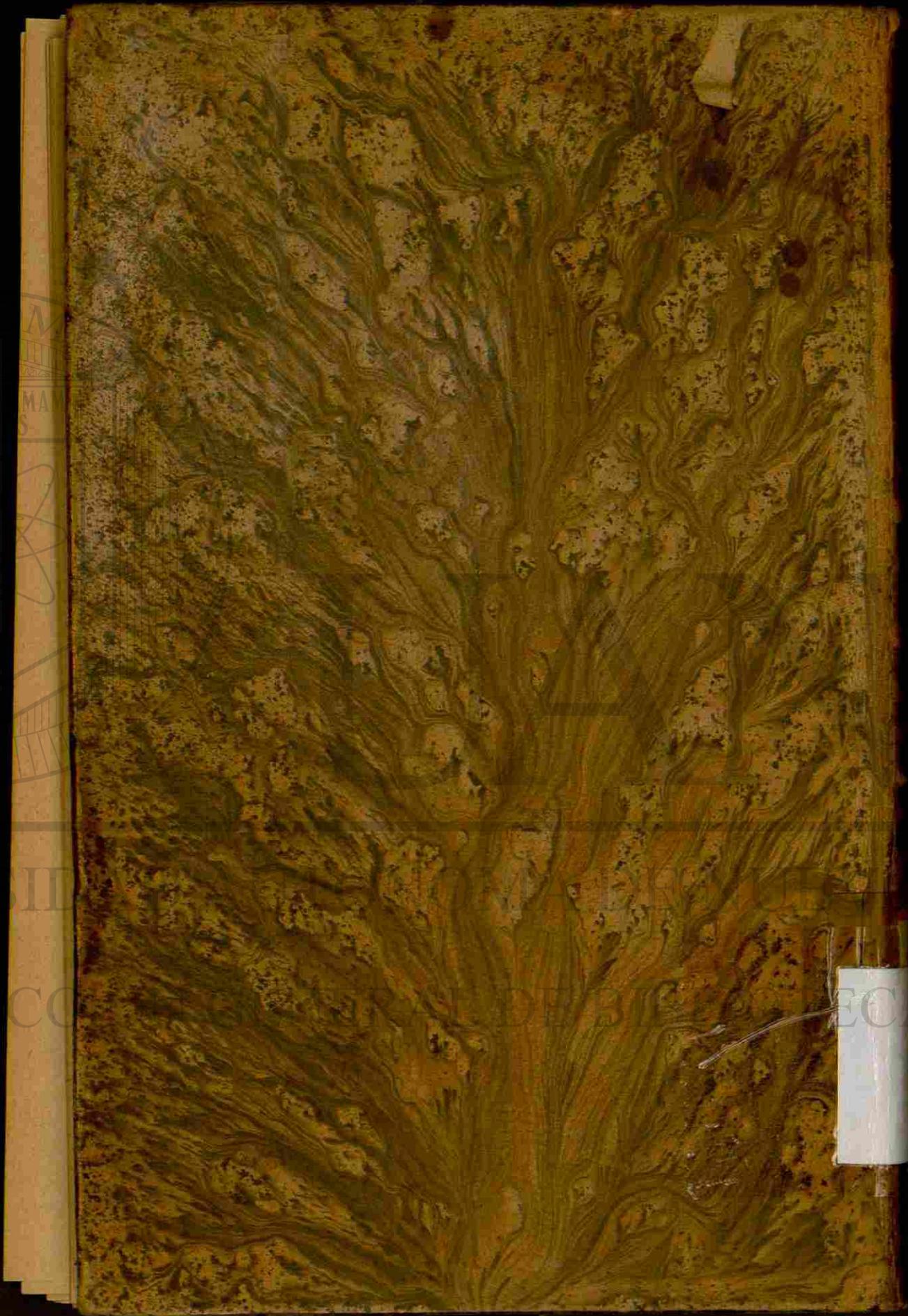
## EN PREPARACIÓN

La lengua y la literatura sanscrita ante la crítica histórica.—  
Conferencias dadas en el Ateneo de Madrid.

Estudios sobre el arte en España.—(Con ilustraciones fototípicas.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS







THE UNIVERSITY OF CHICAGO

STANTON MACH

AMERICA

RECOLOMBI

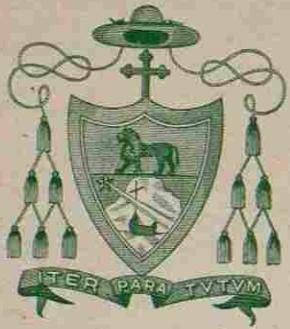
THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

48549

E58  
S4  
C. 1

U. of C.  
912015

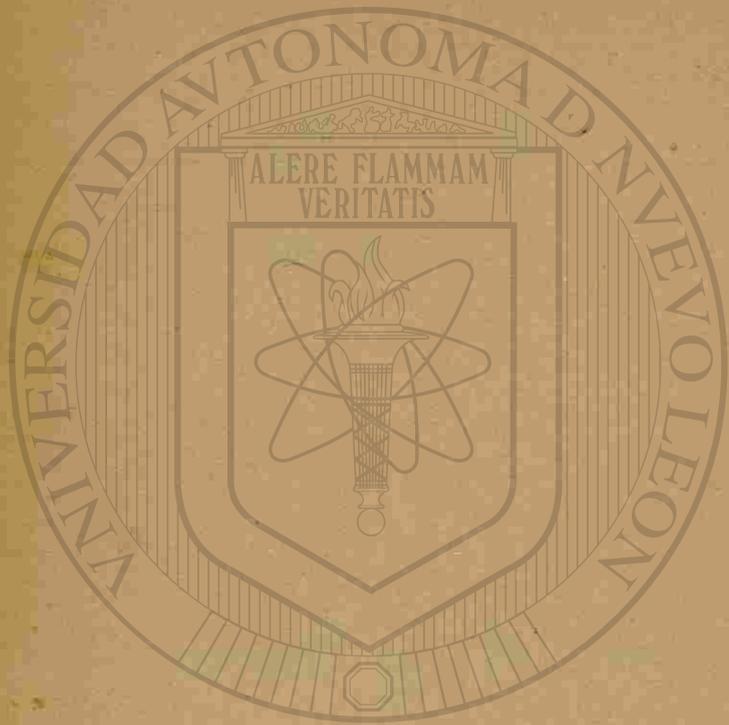


1080023607

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



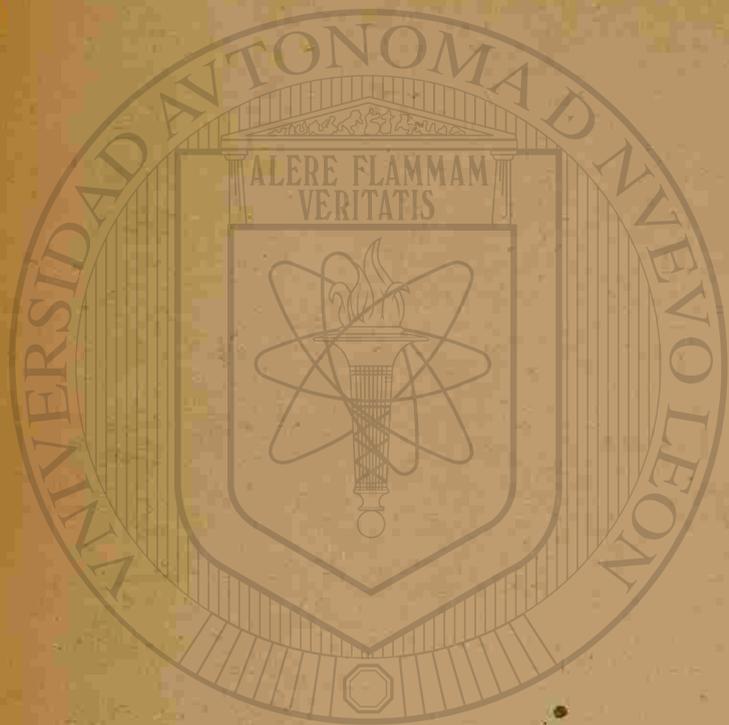
9750114

# UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

|             |          |
|-------------|----------|
| Núm. Clas.  | 918.0104 |
| Núm. Autor  | 84782    |
| Núm. Adg.   | 416      |
| Procedencia | -6-      |
| Precio      |          |
| Fecha       |          |
| Clasificó   |          |
| Catálogo    | cej      |



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL



**ENSAYO** sobre la  
América precolombina.

# ENSAYO

SOBRE LA

## AMÉRICA PRECOLOMBINA

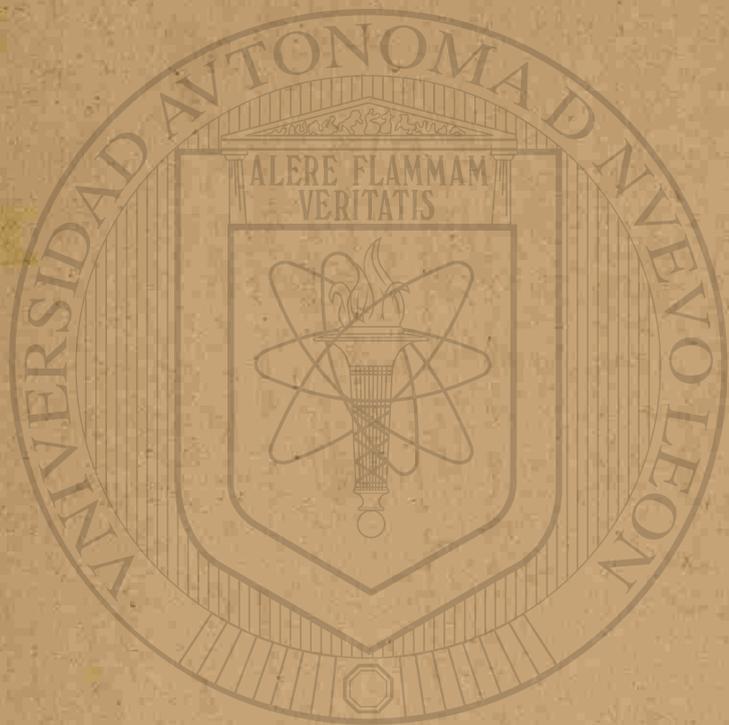
POR

D. NARCISO SENTENACH Y CABAÑAS

EX SECRETARIO GENERAL DEL JURADO

DE LA EXPOSICIÓN HISTÓRICO-AMERICANA EN EL CUARTO CENTENARIO

DEL DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO MUNDO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
Biblioteca Valverde y Tellez

TOLEDO

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE J. DELA EZ

Comercio, 55, y Alcázar, 20. — Teléfonos 31 y 32.

1898



Capilla Alfonso  
Biblioteca Universitaria

416  
48549

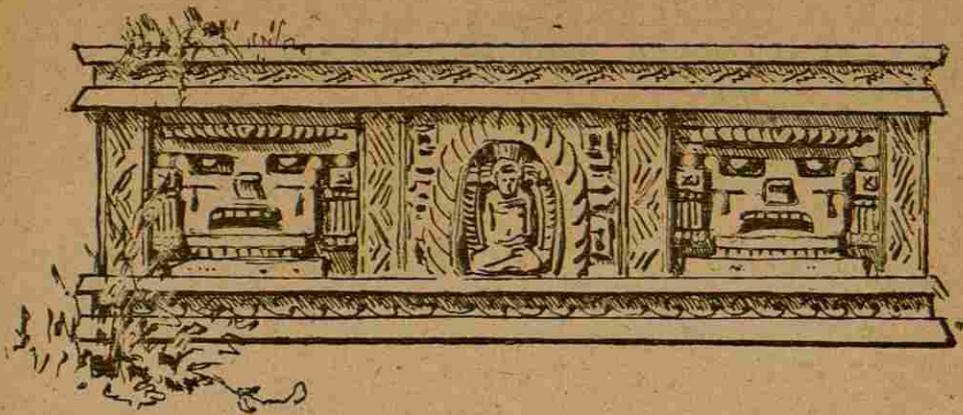
E 58  
S 4



ES PROPIEDAD DEL AUTOR



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ



### Proemio.



REMATURO pudiera estimarse que en el estado actual de la ciencia americana, con tantas cuestiones aún insuficientemente dilucidadas, monumentos sin exhumar y exploraciones por hacer, pretendamos deducir consecuencias generales y formular síntesis que logren firmeza en el campo de la historia del Nuevo Mundo.

Pero si es cierto que no podemos profundizar cuanto deseáramos en tales estudios, algo nuevo se vislumbra mediante la aplicación del método deductivo, basándose en los materiales recientemente obtenidos, que tan nuevas fuentes de conocimiento abren, despertando ideas hasta ahora nunca sospechadas.

Jamás han dado mayor paso estas ciencias que en los últimos tiempos, en que las doctrinas de los autores y los trabajos de los Congresos han tenido por coronamiento la

000416

exhibición de las reliquias de aquellos pueblos, presentadas en abundancia tan asombrosa, cual lo han sido en la Exposición Histórico-Americana de Madrid, en el cuarto Centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo. ¡Lástima que este grandioso Certamen concluyera cuando los amantes de tales estudios comenzaban á saborear sus bellezas y deducir las más nuevas conclusiones, ante aquel conjunto de riquezas históricas, como jamás se volverán á ver reunidas!

Diversos pareceres han surgido por el examen de los nuevos ejemplares; eruditas discusiones en defensa de encontradas teorías, consecuencia de las cuales, aun pecando de atrevidos, expondremos por nuestra parte algunas de las ideas sugeridas al choque de tan contrarias teorías y del análisis de los propios objetos; si con acierto, para congratularnos de ello; si no, para deponerlas gustosos ante las pruebas convincentes de lo contrario.

Brevísimo, por lo tanto, será el examen de tan distintos problemas como nos han de salir al paso, por lo que sirva este trabajo tan sólo cual índice ó esbozo de más extenso y completo tratado.

Hemos de perseguir, como principal objeto, el utilizar de algún modo los nuevos datos, metodizados y clasificados, tanto por sus procedencias y épocas, como por su estilo y caracteres, á fin de procurar la obtención del más claro desciframiento de tantos misterios como sobre la historia y vida de aquellos pueblos existen, que han dado lugar á las más extrañas y á veces contradictorias suposiciones, en la mayor parte de los casos fantásticas y gratuitas, por la debilidad de los fundamentos en que se apoyaban y la difícil explicación de los hechos, desconociendo sus causas y antecedentes.

Resultado del estudio de los nuevos materiales adqui-

ridos ha de ser la defensa del origen asiático de casi toda la civilización americana, origen sospechado cerca ya de un siglo, con maravilloso instinto, por el sabio Alejandro Humboldt, cuando tuvo ocasión de ser sorprendido por tantas semejanzas entre las prácticas religiosas de los pueblos del extremo Oriente y los aztecas, que eran entonces los que en América llamaban principalmente la atención de los hombres de ciencia; teoría obscurecida después por otras, pero á la que tenemos hoy que volver, obligados por el conocimiento más completo de sus orígenes.

En la ciencia del americanismo se suceden distintas etapas, cada una con diverso sentido. Inmediatamente al descubrimiento y conquista de aquel Mundo, surge el deseo de conocer su pasado, lo acontecido en aquellos imperios, que de manera tan inopinada salían á nuestro encuentro, para sorprender con sus grandezas y originales caracteres al mundo antiguo, que nunca los había sospechado.

Las primeras noticias sobre las gentes americanas las debemos, sin duda, al propio Almirante, al insigne Cristóbal Colón, que en sus cartas y relaciones, de pintoresco pero exacto estilo, nos habla de aquellos hombres y aquellos lugares.

Comenzada su conquista, no faltaron en los ejércitos cronistas que nos proporcionaran las primeras impresiones sobre aquel ignoto suelo y aquellas gentes, siendo los propios Capitanes y caudillos quienes de ello hacían especial mención al relatar el suceso de sus hazañas. Emprendida la invasión del Imperio mejicano, llegaban á la Patria España las cartas y relaciones de Hernán Cortés, y luego de Pedro de Alvarado, Diego de Godoy y Francisco de Montejo, y tantas otras que se guardan como inapreciables monumentos en nuestros Archivos, de las que hicieron gala los de

Indias de Sevilla, Simancas, Histórico Nacional y de Alcalá de Henares, en Sala especial en el Certamen del Centenario (1).

De estos y otros expedicionarios tomaba sus apuntes el curioso anotador italiano Pedro Mártir de Angleria, residente en nuestra Corte desde el tiempo de los Reyes Católicos, cuyas *De orbe novo Decadas octo* han sido recientemente traducidas del latín y publicadas en lengua castellana, con beneplácito de todos, por el Dr. D. Joaquín Torres Asensio, comenzando por ellas nuestra grandiosa bibliografía americana del siglo XVI (2).

Monumental portada de ella forman los memorables trabajos del insigne madrileño, el Capitán Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, primer Cronista de Indias, por nombramiento del César, cuya *Historia General y Natural de las Indias*, fué el espléndido fruto de sus seis viajes al Nuevo Mundo, incluyendo en sus 50 libros todo lo que de él supo, dándonos de cuanto vió la más exacta cuenta. En 1526 publicaba en Toledo, por orden del Emperador, el *Sumario de la Natural Historia de las Indias*, imprimiéndose en 1535, en Sevilla, los 19 primeros libros de su gran obra (3).

El primero en estudiar más particularmente á los indios de la región mejicana, fué el Dominicó F. Toribio de Benavente, apellidado por él mismo *Motolinia* (*pobre* en mejicano) uno de los primeros 12 frailes encargados de la conversión de aquellos gentiles, el que en 24 de Febrero de 1541, dedicaba

(1) Véase *Catálogo oficial*, tomo III, letra Q.

(2) Pedro Mártir de Angleria, *Oceani Decas*.—Hispani, 1511.—*De orbe novo Decadas octo*.—Cómpluto, 1530.

(3) Publicada en toda su extensión por la Academia de la Historia en 1851, 4 tomos.

al Conde de Benavente de Tehuacán su *Historia de los indios de Nueva España*, arsenal de curiosísimas noticias para los autores posteriores, aunque no se imprimiera hasta nuestro siglo en la *Colección* de Kingsborough, con otras obras de historiadores americanos (1). De este autor se ha conocido también, en estos últimos tiempos, un *Tratado sobre el planeta Venus*, que nos da la clave para la comprensión del complicado Calendario azteca.

Otro fraile benemérito del americanismo fué el Padre Olmos, autor de la primera *Gramática* de la lengua *nahuatl* ó mejicana (2), y otros asuntos puramente históricos, desgraciadamente perdidos; hombre tan conocedor de la lengua de los indígenas que, debido á ello, fué encargado por el Presidente de la Real Audiencia de Méjico y el Prelado Fr. Martín de Valencia, de escribir un libro sobre las antigüedades de los indios de Méjico, Tezcoco y Tlascala, obra que llevó á cabo, valiéndose de los numerosos códices, pinturas y monumentos que entonces existían allí tan abundantes.

¿Quién no tiene noticia de los monumentales trabajos en este sentido del Padre Franciscano Fr. Bernardino de Sahagún, llamado generalmente Padre Sahagún, del lugar de su nacimiento? Llegado á Nueva España en 1529, interesóle, desde luego, conocer á aquellos hombres, comenzando por apoderarse de su lengua con tal perfección, que más tarde escribía indistintamente en nahuatl ó en caste-

(1) Aparece con más integridad en el primer tomo de *Documentos para la Historia de Méjico*, publicados por el Sr. Icazbalceta.—Méjico, 1866.

(2) Impresa en París en 1875, y reimpressa en Méjico en 1885.—Véase el tomo IV de los *Anales del Museo Nacional de Méjico*.

llano. Dedicado primeramente á exponer cuestiones religiosas en lengua mejicana para iluminación de los conversos, no comenzó á consagrarse hasta más tarde, por el año de 1547, á las históricas, preparándose para su gran obra con esmeradísimas labores preliminares, en las que intervenían los indios más caracterizados por su saber: Resultado de tan esmerado trabajo fué la titulada *Historia Universal de las cosas de Nueva España*, no impresa en castellano hasta 1829, en Méjico (1).

De ella conservamos notabilísimo ejemplar ms. en lengua nahuatl, con preciosos dibujos y un riquísimo glosario, parte en la Biblioteca Real y el resto en la Academia de la Historia, que está pidiendo su edición completa bilingüe, con la reproducción, por los modernos procedimientos fototípicos de sus inapreciables dibujos (2). Los escritos del Padre Sahagún constituyen el monumento histórico más

(1) También la insertó Kingsborough en su tomo IV.

(2) El ejemplar, por desgracia incompleto, que se guarda dividido entre la Biblioteca Real y la Academia de la Historia, ofrece tales caracteres de originalidad, que no dudamos sea el más importante manuscrito de la obra del Padre Sahagún. La Biblioteca Real posee el principio, ó sean los seis primeros libros, de los doce en que está dividida la obra; el tomo de la Academia de la Historia comienza con el libro octavo y termina al final del oncenno (342 folios), faltando el dozavo; ambos tomos están escritos en nahuatl, con ancha margen y dibujos intercalados, más un sinnúmero de notas marginales y en el texto, de la propia letra del Padre Sahagún, que firma al final cada uno de los libros.

A ningún otro ejemplar convienen mejor las propias frases de Fray Bernardino, cuando dice que retirado á San Francisco de México por espacio de tres años lo pasé y repasé á mis solas, y los torné á enmendar y dividilas por libros en Doce Libros, y cada libro en capítulos y párrafos.

En la Academia de la Historia existe también un tomo completo de la traducción de los doce libros, traído del Convento de San Francisco de Tolosa de Guipúzcoa, por D. Juan B. Muñoz.

importante del siglo XVI sobre cosas de Nueva España, al que consagró muchos años de su larga vida, tan bien aprovechada en beneficio de la ciencia, no obstante las contrariedades y sinsabores que hubo de sufrir por ello.

No menos interesantes son la *Relación y Genealogía de los Señores de Nueva España*, escrita por Fr. Bernardino de México, en 1532, según Chavero, á ruego de D. Juan Cano, yerno de Moteczuma, especial para noticias sobre los acolhuas, tan poco citados por los demás cronistas, y algunas particulares del mayor valor, como la del incógnito *Gentiluomo de Cortes*, por ejemplo, y tantas otras; pero no podemos entrar aquí en el examen de todos y cada uno de aquellos autores del siglo XVI que en tan buenas fuentes bebieron las noticias sobre el pasado de aquel mundo, pues esto sólo constituiría grueso volumen de extensa bibliografía. Mas tampoco debemos omitir á algunos otros tan importantes como al valeroso compañero de Hernán-Cortés, aquel aguerrido soldado, Bernal Díaz del Castillo, que se gloriaba de haber tomado parte en 119 jornadas, nombrado después Regidor perpetuo de Guatemala. Irritado más tarde por la publicación en España de la *Crónica de Gomara*, de aquel Capellán que Hernán-Cortés había tomado á su vuelta á la Península, escrita alterando los sucesos en provecho de los relatantes, y hablando con demasiado aplomo de cosas que nunca había presenciado (1), emprendió Bernal Díaz, hacia el año de 1565, la empresa de redactar, con gran sinceridad y fiel recuerdo, su estimabilísima *Verdadera Historia de los sucesos de la conquista de la Nueva España*, cuyo ori-

(1) La obra de Gomara llegó á estar prohibida, según información que existe en el Archivo de Indias.—Véase *Catálogo Oficial de la Exposición Histórico-Americana*, Letra Q, núm. 370.

ginal guarda en su Archivo el Ayuntamiento de Guatemala, incorrectamente impreso por vez primera en 1632, y últimamente, con más integridad, en la *Biblioteca de Autores Españoles* (1).

De otras regiones americanas contamos también en el siglo XVI con interesantísimos trabajos; dígalo si no la numerosa lista de los códices y relaciones que corresponden á la región central, comenzando por la Carta tercera de Hernán-Cortés (2), con las de Alvarado, Grijalba, Diego de Godoy y la del Dr. D. Pedro Sánchez de Aguilar, el Padre Pané, los más antiguos escritores sobre el país de los *mayas*, y varias de merecidísima mención, que pueden consultarse en el tomo XXII de los *Autores Españoles*. Estos son los que nos suministran las primeras noticias sobre la región central americana, donde encontramos las muestras de superior civilización precolombina.

Pero el más apreciable monumento histórico escrito acerca de ellas lo debemos al Padre Landa, de cuyas obras se sacó en 1566 la *Relación de las cosas del Yucatán*, existente en la Academia de la Historia (3).

Del continente Sur la bibliografía en el siglo XVI es más especial y numerosa. De la región Colombiana, asiento de los Chipchas y los Quimbayas, nos proporcionan, principalmente Fray Pedro Simón y el poeta Juan de Castellanos, datos utilizados con gran criterio en reciente fecha, por

(1) Díaz del Castillo (Bernal), *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*.—Madrid, Imp. del Reino, 1632.

(2) Cortés (H.), *Carta tercera de relación enviada por Fernán Cortés, Capitán y Justicia mayor del Yucatán*, etc.—Sevilla, 1523.

(3) Publicada con toda integridad por el Sr. Rada y Delgado en la traducción de la *Escritura Hierática del Yucatán*, por Rosni.—Madrid, 1881.

D. Ernesto Restrepo en sus *Orígenes de Colombia*, producto del más asiduo trabajo en el beneficio de estas riquísimas minas de noticias. Del modesto y obligado poeta Juan de Castellanos han llegado hasta nosotros sus *Elegías ó Historias* (1) en octavas reales y metros sueltos, cuya lectura, aunque capaz de concluir con la calma del más paciente, proporciona á veces las nociones más preciosas sobre aquellos pueblos; de Fr. Pedro Simón se conserva copia manuscrita, algo incorrecta, de sus *Noticias historiales*, cuya primera parte se imprimió en Cuenca en 1626 (2).

El antiguo reino de Quito (hoy Ecuador), tuvo también sus cronistas á poco de la conquista, como el Padre Juan de Velasco, autor de la *Historia del reino de Quito*, y otros bastante raros; y del Perú, de aquel dilatado imperio, nos dieron cuenta, desde el primer momento, notadores puntuales de sus sorprendentes maravillas.

El piloto Bartolomé Ruiz, uno de los primeros entre los nuestros que contemplaron aquellas costas, y sus compañeros Pedro Corzo y Juan Cabezas de Grado (3), tomaron ya apuntes, á los que siguieron otras relaciones de los propios Secretarios de Pizarro, Pedro Sancho y Francisco de Jerez (4), impresa con la del soldado Miguel Estete, mas la de Rodrigo Lozano y otros varios que se apresuraban

(1) I, II y III parte de las *Elegías de varones Ilustres de Indias*, compuestas por Juan de Castellanos. Tomo cuarto de la «Biblioteca de Autores Españoles». Para la IV, *Historia del Nuevo Reino de Granada*, véanse los tomos 44 y 49 de la «Colección de Escritores Castellanos», con el estudio sobre su autor, por el Sr. Paz y Mélia.

(2) Primera parte de las *Noticias historiales de las conquistas de Tierra firme en las Indias Occidentales*.—Cuenca, 1626.

(3) Véase el tomo V de la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*.

(4) *Conquista del Perú*, por Francisco de Jerez.—Salamanca, 1547.

á dejar consignadas sus impresiones, sobre aquellas sorprendentes novedades que ante su vista aparecían. También fueron los Religiosos los primeros en estudiar su idioma, como Fr. Domingo de Santo Tomás, autor del *Arte y Vocabulario de la lengua quíchua*, propia de los peruanos: el Padre Cristóbal de Molina trazó una *Colección de pinturas* de todo el itinerario por él recorrido con los conquistadores, coronando esta primera etapa de las memorias peruanas la grandiosa obra de Pedro Cieza de León, la *Crónica del Perú*, terminada en 1550, «la más concienzuda y más completa que se ha escrito de las regiones sur americanas», según la autorizada frase del Sr. Jiménez de la Espada.

Cieza de León, extremeño, pasó muy joven á las Indias, y allí escribió primeramente un *Libro de las cosas sucedidas en las provincias que confinan con el mar Océano*. Agregado á Pedro de la Gasca, el pacificador del Perú, recibió de éste el cargo de cronista de las Indias, entregando al Presidente la parte primera de su trabajo en 1550. Llegado á España con su precioso manuscrito, sólo logró imprimir en Sevilla, en 1553 (1), esta primera parte, sirviéndole las

(1) Cieza de León (Pedro de), *Primera parte de la Chronica del Perú*, que trata de la demarcación de sus provincias, la descripción de ellas, etc. Sevilla, 1553. La *segunda parte*, llamada equivocadamente por Prescott *Relación de Sarmiento*, por tomar como autor de ella á la persona á quien iba dedicada, D. Juan de Sarmiento, Presidente del Consejo de Indias, fué publicada en 1880 por D. Marcos Jiménez de la Espada en la *Biblioteca Hispano-Ultramarina*. De la tercera nos consta la existencia de uno de sus libros, aún inédito. De la cuarta han sido publicados sus dos primeros libros, ó sea la *Guerra de Salinas* y la *Guerra de Chupas*, en los tomos 68 y 76, respectivamente, de la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*; y el tercero, ó sea la *Guerra de Quito*, lo había sido antes por D. Marcos Jiménez de la Espada, en 1877, en un tomo de la *Biblioteca Hispano-Ultramarina*.

tres restantes á Herrera de gran aprovechamiento para sus *Décadas*.

Trozo de otra muy interesante obra manuscrita existe también en la Biblioteca de El Escorial, debida al Padre Gregorio García, titulada *Origen de los Indios y predicación del Evangelio en el Nuevo Mundo*, siendo también notabilísimo el trabajo de Juan de Betanzos, marido de una hermana de Atahualpa, de curiosa historia, que traducía y recopilaba de la lengua de los naturales del Perú, por los años de 1551 á 52, la *Suma y narración de los Ingas, que los indios llamaron Capac-Cuna..... Señores de la ciudad del Cuzco y de todo lo á ella sujeto.....* escrita por orden de D. Antonio de Mendoza, á quien iba dedicada, no concluyendo aquí las relaciones, crónicas é historias coetáneas á estos trabajos, todas por demás interesantísimas é indispensables para nuestros estudios (1).

El virreinato de D. Francisco de Toledo, tan beneficioso en todo orden de cosas para el Perú, lo fué también mucho respecto á su historia y antigüedades; gracias á él, se adquirieron datos preciosos sobre las más remotas edades y dinastías en aquel país, llegando á tanto su celo, que le ocurrió la idea de la creación de un Museo de aquellas antigüedades, cruzándose, con este motivo, entre él y Felipe II, cartas y ordenaciones de inapreciable lectura. Pedro Pizarro, Damián de la Bandera, el Padre Acosta, el Padre Cristóbal de Molina, Diego Fernández y otros, completan, en parte, la bibliografía peruana de la XVI centuria, tan abundante en toda especie de claras fuentes para el pasado de aquellos pueblos.

(1) Véase la completa nota bibliográfica por D. Marcos Jiménez de la Espada, que ilustra el tomo de las *Tres relaciones de antigüedades peruanas*, publicadas en 1879 por el Ministerio de Fomento.

En este lugar corresponde dar cuenta también de la curiosísima *Relación del nuevo descubrimiento del famoso río Grande* (llamado entonces de Orellana y después de las Amazonas, «por haber sido Francisco de Orellana su descubridor, desde su nacimiento hasta salir á la mar, con 57 hombres que trajo consigo, y se echó á su aventura por el dicho río»), por Fr. Gaspar de Carvajal, lujosamente editada en Sevilla, en reciente fecha (1894), por el Duque de T'Serclaes de Tilly, y también pertenecen al siglo que estudiamos algunos otros libros publicados acerca del beneficio de la plata y el oro de aquellas riquísimas regiones. No nos faltan tampoco de otras sur-americanas, tales como la del soldado alemán Ulderico Schmidel, que, de vuelta á su patria, escribe allí la *Historia de los hechos del Paraguay y río de la Plata*, traducida primero al latín y luego al castellano, y los *Comentarios* de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, de las expediciones que llevó á cabo (1), escritas ambas á raíz del descubrimiento de tales países.

También debemos contar como fuente histórica el conocido poema de Alonso de Ercilla, impreso por completo en 1578 (2), y la *Primera parte del Arauco domado*, de Pedro de Oña, edición de 1596, sin faltarnos noticias del Estrecho de Magallanes en el libro XX del citado Fernández de Oviedo y otros autores, que ya coleccionados se hallan, ó para coleccionarlos se trabaja.

Benemérita tarea la de estos primeros autores españoles, que, en su afán de conocer la historia de aquellas gentes, atesoraban cuantas noticias podían adquirir,

(1) La relación y comentarios del Gobernador Alvar N. C. de V. de lo acaecido en las dos jornadas que hizo á las Indias.—Valladolid, 1555.

(2) *La Arancana*, de Alonso de Ercilla y Zúñiga.—Madrid, 1569.

ya directamente de los labios de los indígenas, ya mediante la vista de sus monumentos y otros restos por ellos explicados. Pero tendencia perpetua suya fué el relacionar con los dogmas cristianos las creencias y ritos encontrados entre los indios, que, con gran sorpresa, recordaban á los bíblicos, viendo en esto una reminiscencia de la predicación del Evangelio en aquellas regiones por el Apóstol Santo Tomás ó la obra del demonio, que por tan engañoso modo, con apariencias de la verdad, se había apoderado del corazón de aquellos hombres. Era preciso desterrar aquellas falsas creencias, aquellas nociones tan adulteradas, y de aquí el gran trabajo de conversión emprendido por los Religiosos que pasaron á evangelizarlos, los que, sin darse de ello cuenta, nos dejaron consignadas las más difíciles cuestiones de la América Precolombina al manifestar su sorpresa por tan interesantes coincidencias, que trataremos de explicar á su debido tiempo. Consecuencia también valiosísima fué el estudio de aquellas lenguas, que aprendieron para predicarles en la suya propia y poder combatir y discutir sus dogmas, comenzando entonces á formarse ese inmenso arsenal bibliográfico de la filología americana, sobre la que ya contamos excelentes trabajos, debiendo citar también, como de gran utilidad etnográfica, el estudio de los *confesonarios* hechos por nuestros Misioneros, de acuerdo por completo con sus costumbres y maneras de pecar.

Los efectos de la civilización llevada á aquel Mundo por los españoles, se dejaron sentir bien pronto; aceptada por los indígenas nuestra lengua y sistema de escritura, valiéronse de ella los más ilustres sometidos, para dejar también notados los recuerdos, las tradiciones y las historias que tenían de sus antepasados, y entonces emprendieron algunos de ellos extensas obras, que siempre servirán de poderoso

medio de confrontación, sobre la América Precolombina, aunque la confusión de lo real y lo imaginario requiera la aplicación de un reposado criterio para consultarlas.

Entre estos autores presentaremos, en primer lugar, al mejicano D. Fernando de Alba Ixtlilxochitl, descendiente de los Reyes Acolhuas, que compuso la *Historia Chichimeca*, las *Relaciones históricas de la nación tulteca* ó *Compendio histórico del reino de Texcoco*, fundamento, por mucho tiempo, de todo lo que se ha escrito sobre estos pueblos, y motivo hoy de disputas, de las que en su día podremos esperar solución satisfactoria.

El anónimo autor del llamado *Códice Ramírez*, tenido por contemporáneo de la conquista, por la seguridad y crítica que hace de muchos sucesos de ella y contener su obra geroglíficos, láminas y otros pormenores, adquiere hoy general aprecio.

Diego Muñoz Camargo, de origen Tlaxcalteca, nos dejó el *Pedazo de la Historia de Tlaxcalla* «completa y preciosa fuente», como la llama Chavero, para el pasado de aquél pueblo. Un desconocido escribía las *Memorias del Reino de Mechuacan*, manuscrito que se conserva en el Monasterio de El Escorial (1). Hernando de Alvarado Tezozomoc, hijo de Cuitlahuac, penúltimo Emperador mejicano, emprendió la *Crónica Mexicana*. Juan B. Pomar la *Relación* de la ciudad de Texcoco, con otros varios, como el dudoso Chimalpain, cuyas relaciones, teniendo en cuenta el natural entusiasmo y amor á su pasado con que las escribían, serán dignas siempre de la mayor atención, más hoy que los descubrimientos arqueológicos los confirman en tantos puntos.

A ellos corresponde también en la región central, aunque

(1) Publicado en el tomo 53 de la *Colección de Documentos inéditos*.

sean de autores anónimos, aquellos otros productos de interesante literatura, en los que se mezcla lo mítico con lo real, como en el libro llamado *Popol-Vull*, que publicó el Abate Brasseur de Bourbourg, y los del Chilán Balan, editados éstos recientemente, entre las crónicas mayas, por Brington; descubrimiento, en verdad, de la mayor importancia.

De muchos de estos materiales se aprovecharon, entre nosotros, los copiladores durante aquel siglo, y ya que hemos citado á Gomera, el Capellán de Hernán-Cortés, debemos de considerar como el más importante entre ellos al infatigable Antonio de Herrera y Tordesillas, que se cuidó siempre más de producir, que de analizar y discernir con criterio estrecho los materiales de que se servía para sus trabajos. Asentado en su puesto de Cronista Mayor de las Indias, que le había conferido Felipe II, llevó á cabo, *more escurialense*, su monumental obra de la *Historia General de los hechos de los Castellanos en las Islas y Tierra firme del mar Océano*, más comunmente conocida por las *Décadas* de Herrera, de gran fama entonces, pero hoy menos estimadas al conocerse y poderse estudiar directamente los materiales con que levantó toda aquella máquina, impresa en el primer año del siglo XVII, inaugurándose con ella en éste, los trabajos americanistas (1).

Tal es, á grandes rasgos, el cuadro del tesoro bibliográfico con que en el siglo de la conquista contamos para el fin principal de nuestro estudio; muchísimos más autores pudiéramos consignar, pero esto nos haría entrar en el terreno de la plena bibliografía. El valor y tendencias de estos monu-

(1) *Historia General de los hechos de los Castellanos en las Islas y Tierra firme del mar Océano*.—*Descripción de las Indias Occidentales*.—*Ocho Décadas*.—Madrid, 1601 á 1605, 4-vol. fol.

mentos, bien fácilmente, después de lo dicho, se comprende, formando por ello una fase especial de los estudios americanistas.

Pero no cesa aquí el impulso dado, ni deja por eso de enriquecerse la bibliografía americana en el siguiente siglo XVII; antes al contrario, adquiere tal abundancia, que aun pudiera formar más extenso índice, y en él se ocupan varios eruditos con asiduidad y diligencia suma; pero el carácter especial de estos trabajos es ya de segunda mano, aprovechando, y hasta reproduciendo literalmente, mucho de lo antes escrito, enriquecido, no obstante, con datos de otras regiones entonces ya más conocidas: de estos merecen algunos que nos detengamos en hacer señalada mención.

Siempre ocupará lugar distinguido entre los historiadores de Indias de este tiempo, el conocido Inca Garcilaso de la Vega, nieto del Inca Huallpa Tapac. Trasladado á España por suspicacias de Felipe II, pasó sus mejores años en mísera vida, aquel nieto de Reyes, pero no sin beneficio para la ciencia, pues dejónos voluminosas obras, entre otras, la importantísima de los *Comentarios Reales*, comenzados en 1600 y publicados en dos tomos; el primero impreso en Lisboa en 1609, y el segundo en Córdoba en 1616. En ellos consagra especiales partes á la *Historia del Perú*, *Origen de los Incas é Historia general de aquel Imperio*, á las que, prescindiendo de ciertos defectos de estilo tan disculpables, habrá que acudir siempre como fuente de los más curiosos conocimientos, á pesar de *callar tanto* como en ellas manifestaba. Pero en esta centuria la región que sale más favorecida en su historia es la central, pues á ella corresponde la *Historia del Yucathán*, en 12 libros, del Reverendo Padre Fr. Diego López Cogolludo, escrita en pleno siglo XVII é impresa por primera vez en Madrid, 1688, y entonces también

ocupóse el Obispo, Reverendo Padre Landa, en escribir, en 1616, la interesantísima *Relación de las cosas del Yucatán*, fielmente reimpressa por el Sr. Rada y Delgado en la traducción de la obra de Rosny *La escritura hierática del Yucatán*, purgándola de todas las inexactitudes con que la dió á conocer el Abate Bourboug (1).

A esta época corresponde también la *Historia de Nuestra Señora de Yzamal*, por el Padre Lizana, cerrando en Méjico el siglo Vetancourt, con su *Teatro Mexicano*, de 1698.

Las obras sobre el continente Sur son ahora abundantísimas, ocupando preferente lugar, como compendio general, la *Historia del Nuevo Mundo*, del Padre Bernabé Cobo, fecha del 7 de Julio de 1653, comenzada á publicar por primera vez bajo la dirección de D. Marcos Jiménez de la Espada, en la *Colección de la Sociedad de Bibliófilos Andaluces*, en Sevilla, 1890 á 91.

Pero en tan numerosa biografía de este siglo, apenas se nota adelanto alguno en el sentido de los estudios americanistas; más bien se acentúan sus vicios, llevando á un extremo tal el afán de relacionar las creencias religiosas del Antiguo con las del Nuevo Mundo, que autores como Sigüenza y Quiroga llegan á encontrar en los geroglíficos la exacta reproducción del Diluvio Universal, la Torre de Babel y la confusión de las lenguas, con otros episodios bíblicos, atribuyéndolo todo, por supuesto, á las travesuras del demonio, perpetuo engañador de aquellas gentes. Pero no debemos olvidar que algunos compiladores, y hasta elegantísimos escritores, toman por motivo para lucir sus galas los asuntos de América, como el famoso Solís, que, en la *Historia de la*

(1) *La escritura hierática del Yucatán*. — Madrid, 1881.

*Conquista de México*, nos deja el más pulido y artístico monumento literario que sobre aquellas materias se ha levantado (1).

En el siglo XVIII, lejos de paralizarse son, por el contrario, cultivados con gran provecho los estudios americanistas: en él empezaron á tomar nuevo rumbo; en él comenzó la recolección de aquellos esparcidos documentos y monumentos que antes no se había hecho, siendo el caballero italiano Boturini, Señor de la Torre y de Hono, enviado á México por el Papa en 1736 para el arreglo de ciertos asuntos eclesiásticos, el que, durante su permanencia de ocho años en América, reunió numerosísimas colecciones históricas, por las que salvaba los más preciosos códices y documentos, llamados á desaparecer en el naufragio de los tiempos.

Elegante en el vestir, con su peluca blanca y sus bolillos de encaje, es el clásico colector crítico de su tiempo, que da nueva vida á los estudios históricos, haciéndola pasar por la prueba de los gabinetes de antigüedades como comprobantes de la mayor fuerza.

En sus tiempos florece también el conocido Veitia (1718-1779), «uno de los que han alcanzado más elogios de propios y extraños», y que de más materiales ha dispuesto para dar término á sus obras; pero también el que más exageró el tema de probar la predicación del Evangelio en aquellos lugares por el Apóstol Santo Tomás; ideas sostenidas igualmente por Boturini.

Enfrascado asimismo en estos prejuicios, pero aprovechando mucho tan excelentes materiales, escribió el Jesuíta expulso por Carlos III, Padre Francisco Saverio Clavijero

(1) Solís (D. Antonio de), *Conquista de México*.—Madrid, 1684, folio.

su *Historia Antigua de México* (1), publicada en Cesena en 1780, obra conocidísima y de consulta diaria, considerada como la clásica en su tiempo sobre la historia y antigüedades mejicanas, siendo sensible que el Padre Juan Agustín Morfi, colector é historiador afanosísimo, nos dejara sin concluir su *Historia de la Provincia de Texas*, hecha ya con el criterio arqueológico que comenzaba á aplicarse á estos estudios.

El hallazgo de las enormes piedras del sol y de los sacrificios en Méjico en 1790, dió lugar á que el sabio Gama publicara en 1792 su *Descripción histórica y cronológica* de tan capitales monumentos mejicanos, adquiriendo gran importancia, por este tiempo, la figura de D. Juan Bautista Muñoz, que da nueva vida al americanismo con la savia documental, y por ello se ve cuánto va cambiando el modo de tratarse estas materias, al publicar, con gran aplauso, el benemérito académico, en 1793, su primer tomo de la *Historia del Nuevo Mundo*, que, aunque no continuada, quedó como monumento clásico de estos estudios (2). También á este tiempo, y para el mismo objeto, pertenecen las expediciones científicas que salen á ensanchar los límites de estos conocimientos, como la de la *Santa María de la Cabeza*, al mando de D. Antonio de Córdoba, en 1786, al Estrecho de Magayanes; la de las corbetas *Descubierta* y *Atrevida* (3), por

(1) Clavijero (Francisco Saverio), *Storia antica di Messico*.—Cesena, 1780 á 81, 4 vol. 4.<sup>o</sup>

(2) Muñoz (D. Juan B.), *Historia del Nuevo Mundo*.—Madrid, 1793.

(3) *Viaje político-científico alrededor del mundo por las corbetas Descubierta y Atrevida, al mando de los Capitanes de navío D. Alejandro Malaspina y D. José Bustamante y Guerra*, publicado por D. Pedro de Novo y Colsón.—1885, Madrid, 2.<sup>a</sup> edición.

De estas relaciones, y otras relativas á tantas empresas semejantes, existe un verdadero tesoro inédito en el Archivo del Depósito Hidrográfico.

las costas NO. de América é islas adyacentes, durante los meses de Mayo á Septiembre de 1791, al mando de D. Alejandro Malaspina, y las de las goletas *Sutil* y *Mexicana*, para reconocer el imaginario Estrecho de Juan de Fuca, al siguiente año de 1792, de las que se publicaron interesantes relaciones (1), siendo de notar entonces el viaje de D. Antonio del Río, primer explorador de las grandiosas ruinas del Yucatán.

Pero si mucho se había adelantado en el estudio analítico, poco se había hecho, con certero golpe de vista, en el comparativo y sintético, y esto es lo que inicia el gran Alejandro Humboldt, abriendo nuestro siglo con sus admirables revelaciones.

Este insigne sabio y viajero, que emprendió las más largas peregrinaciones por satisfacer su espíritu con la contemplación directa de las cosas objeto de sus estudios, después de visitar la mayor parte del mundo, poseedor ya de un caudal enorme de conocimientos, metodizados por su admirable criterio, pasó también á América, bajo la protección del Rey Carlos IV de España, y de su visita dedujo teorías tales, que cambiaban por completo los puntos de vista bajo que se venía considerando la antigua América, las que hoy prevalecen y adquieren mayor confirmación á medida que en

(1) *Relación del viaje hecho por las goletas Sutil y Mexicana, en el año de 1792.*—Madrid, imprenta Real, 1802.—En el prólogo de esta obra, debido al intrépido navegante y castizo escritor D. Martín Fernández de Navarrete, se da detallada cuenta de las expediciones marítimas llevadas á cabo por los españoles, en busca del tan deseado paso septentrional, entre los dos grandes mares de la América, desde las tentativas de Colón hasta la que es objeto de la *Relación* que ilustra. Más tarde, de 1825 á 1837, publicó cinco tomos de la *Colección de viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV*, pero sin alcanzar en ellos á la mitad del XVI.

ella se profundiza. Él fué el primero en apuntar la idea de los orígenes asiáticos de las civilizaciones americanas, y á él se deben aquellos elocuentes renglones que pueden servir de grandiosa portada á estos estudios en nuestro siglo.

«La comunicación entre los dos mundos (decía), se manifiesta de una manera indudable en las cosmogonías, los monumentos, los geroglíficos y las instituciones de los pueblos de América y del Asia.... Algunos sabios han creído reconocer en estos extraños civilizadores de la América á naufragos europeos ó descendientes de los escandinavos, que después del siglo XI visitaron la Groenlandia, Tierra Nova y puede ser que hasta la misma Nueva Escocia; pero á poco que se reflexione sobre la época de las primeras emigraciones toltecas, sobre las instituciones monásticas, los símbolos del culto, el calendario y la forma de los monumentos de Cholula, Sagomozo y del Cuzco, se comprenderá que no es del Norte de la Europa de donde Quetzalcoatl, Bochica y Manco-Capac han tomado sus códigos y sus leyes. Todo nos hace mirar hacia el Asia Oriental, hacia los pueblos que han estado en contacto con los thibetanos, los tártaros, schamanitas y los ainos barbudos de las islas de Jesso y de Sachalín (1).»

«La cosmogonía de los mejicanos (añade), la idea de una gran inundación en la cual una sola familia se salva sobre una balsa..... las ceremonias de las abluciones, practicadas al nacimiento de los niños, esos ídolos amasados con la harina de maíz y distribuidos en pedazos al pueblo reunido en el ámbito de los templos, esas confesiones de los pecados, hechas por los penitentes, esa creencia universalmente repe-

(1) *Vistas de las Cordilleras y de los monumentos indígenas de América.*—(Edition en 8.º), tomo I, pág. 31, 39 y 241 de la edición francesa.

tida de que hombres blancos, de luengas barbas y gran santidad de costumbres habían cambiado el sistema religioso y político de los pueblos, todas estas circunstancias habían hecho creer á los Religiosos que acompañaban á la Armada española que en una época lejana el Cristianismo había sido predicado en el nuevo continente.....

»Creo poder afirmar, después de los conocimientos que he adquirido en el siglo pasado sobre las cosas sagradas de los indios, que para explicar estas analogías de tradiciones, de que nos hablan los primeros Misioneros, no hay que ir hasta el Asia Occidental. Estas mismas tradiciones, de una grande y venerable antigüedad, se encuentran tanto entre los sectarios de Brahma, como entre los Chamanes de la altura oriental de la Tartaria.....

»El Tibet y Méjico presentan las más notables relaciones en sus jerarquías eclesiásticas, en el número de las Congregaciones Religiosas, en la austeridad extrema de las penitencias, en el orden de las procesiones. Es imposible no quedar admirado de estas semejanzas al leer la relación que Cortés hizo á Carlos V de su entrada en Cholula, que él llamaba la Ciudad Santa de los mejicanos (1).»

(1) Humboldt (el Barón Alejandro de), en unión de Bonpland llegó á Madrid en 1796, donde fueron recibidos con grandes distinciones.

El Rey Carlos IV les dió permiso para viajar por todas las colonias españolas de la América y pasar por las Marianas y Filipinas á la vuelta. Partieron ambos sabios, de Madrid, para la expedición, en Mayo de 1799. En 5 de Junio zarparon de la Coruña en el *Pizarro*, llegando al puerto de Cumana, capital de la Nueva Andalucía, y la Guayana española; cinco años permanecieron en la América del Sur, pasando de allí á Méjico, la Habana y los Estados Unidos, y dejando la América en 9 de Julio de 1804, llegaron á Burdeos el 3 de Agosto del mismo año. Producto de aquel viaje, y de sus búsquedas en los Archivos europeos, fué la publicación de la *Vue des Cordilleres et monuments*

Estas ideas, desarrolladas después extensamente y con infinidad de ocasiones en el resto de la obra, cambiaban de tal modo los puntos de vista de la ciencia americanista que debían concluir con todos aquellos viciosos círculos en que se venía girando; mas no influyeron, sin embargo, lo bastante en el primer momento, ni adquirieron el favor general que merecían: eran, sin duda, demasiado atrevidas, teniendo además en aquel tiempo más valor de intuición agudísima que de probada verdad, y aunque más tarde Gustave de d'Eichthal las sostuvo de nuevo con mayores datos (1), las tendencias, sin embargo, siguieron otros rumbos, viniendo antes á reinar por todas partes los revueltos aires del Abate Brasseur de Bourboug, verdadero perturbador por algún tiempo de los estudios americanistas: este hombre, en el que dominaba sobre todas sus facultades una desordenada fantasía, entregóse á ella por completo, pretendiendo edificar sobre cada hecho, sobre cada dato adquirido, un verdadero castillo novelesco, importándole poco la fidelidad en la traducción y el examen y distinción entre lo verdadero y lo falso para sacar sus deducciones.

Todo lo que convenía á su temperamento alborotado fué aceptado y defendido por él, viniendo entonces á hacer fortuna lo de las influencias egipcias, africanas y europeas entre los antiguos americanos, resucitando la tradición de la Atlántida y otras especies extrañas, llegando en su deli-

*des peuples indigenes de l'Amérique.* — París, 1816, dos volúmenes. — *Voyages aux régions équinoxiales du nouveau continent.* — París, 1809-1828, tres volúmenes, y otras de carácter más de naturalista, y *Essai Politique sur le Royaume de la Nouvelle, Espagne*, dedicado al Rey de España Carlos IV, con frases del mayor agradecimiento en su proemio. — París, 1808.

(1) *Revue Archeologique*, 1864.

rio hasta poner en América la cuna de la humanidad, que de allí pasó á los antiguos continentes. Pronto hubo que desechar todas aquellas fantasías, de las que, sin embargo, aún duran las huellas en muchos aficionados á la lectura, y aunque no podamos por menos de reconocerle algunos servicios prestados á la ciencia, hoy sólo debemos decir que hay que consultar siempre sus obras con el mayor recelo (1).

Otros más cuerdos autores, desengañados por tan peligrosos intentos, se limitaron á cosechar datos y recopilar cuantos antecedentes podían proporcionarse para resolver en su día, con más claro criterio, aquellas cuestiones. Entre estos más beneméritos, merece preferente lugar Lord Kingsborough, espléndido editor de las *Antiquities of Mexico comprising facsimiles of ancient mexican paintings and hieroglyphics*, etc., Londres, 1830; monumental obra en la que reunió y dió á conocer un verdadero tesoro documental para la historia del Nuevo Mundo, y que estimuló á muchos á seguir su estudio.

Aprovechando estos materiales escriben libros ciertos acreditados historiadores, en cuyas obras marchan bastante

(1) Las obras más conocidas del Abate Brasseur de Bourbourg son:

*Histoire des nations civilisées du Mexique, et de l'Amérique centrale durant les siècles antérieurs à Christophe Colomb.*—París, 1897, cuatro tomos.

*Popol-Vull.*—Estudio sobre el mismo..... 1861.

*S'il Existe des sources de l'histoire primitive du Mexique dans les monuments égyptiens, et de l'histoire primitive de l'ancien monde dans les monuments américains?*—París, 1864, un volumen.

*Relation des choses du Yucatan de Diego de Landa.*—Estudio, 1864, París.

*Recherches sur les ruines de Palenqué, et sur les origines de la civilisation du Mexique* (con gran álbum de láminas).—París, 1866.

*Manuscrito Troano: Etudes sur le système graphique et les langues des Mayas.*—París, 1869, dos tomos.

unidas la estética literaria con cierta plausible aplicación de la prueba documental, presentándonos cuadros muy animados, tanto del estado de los indios como de las hazañas de sus conquistadores, como acontece en los trabajos de Prescott, hechos con pretendida serenidad de historiador, aunque no muy fieles en ciertos detalles (1), y la de Washington Irving, no menos curiosa ni bella en su estilo, si bien adolece de los mismos defectos, propios de todos los extraños al tratar de nuestras cosas, y de la época en que se escribieron, más propensa á las flores literarias que á la solidez y la seriedad de la Historia.

El movimiento científico americanista va adquiriendo en este siglo cada día mayor incremento; los viajes de Waldek, Desiré Charnay y Maudslay nos proporcionan obras monumentales con datos interesantísimos sobre las más célebres construcciones americanas, de las que también se ocupa Viole-le-Duc, y no hay nación, en tan basto territorio, que no se proponga inquirir y aclarar en lo posible el pasado de aquel suelo desde los más remotos tiempos. Los Estados Unidos, con sus grandes trabajos del Instituto Smithsonian, compendiados en el *Smithsonian Report* desde el año de 1872, y el *Annual Report of the Bureau of Ethnology*, que desde el año 1879 nos viene proporcionando la serie de tomos de doctrina más completa sobre los aborígenes norteamericanos, y autores tan laboriosos como Mr. Baneroff y Brington para la filología y tantas otras ramas del americanismo; Méjico, que con Peñafiel, D. José Fernández Ramírez y don

(1) William H. Prescott, *Historia de la Conquista de Méjico, con una reseña preliminar de la civilización antigua mejicana y la vida del Conquistador Hernán-Cortés.*—Londres, 1843.

*Historia de la Conquista del Perú, precedida de un cuadro de la civilización de las Incas.*—Londres, 1847.

Manuel Orozco y Berra, emprenden las más costosas obras, llenas de nueva doctrina, aunque imprimen en ellas un acento de autotonia demasiado regional en las civilizaciones aborígenes, difícil de compaginar con las corrientes más seguidas hoy en los estudios históricos comparativos, del que no se libran del todo autores tan eminentes como D. Alfredo Chavero y el Sr. Paso y Troncoso, verdaderas glorias actuales del país á que pertenecen, forman una sección bibliográfica, del mayor aprecio para el estudio del continente septentrional.

En la región central cultivan estos estudios, con gran provecho, el Sr. Carrillo, autor de la *Historia Antigua del Yucatán* (Mérida de Yucatán, 1883), haciéndolo en la región de Costa Rica el por tantos títulos ilustre Sr. D. José María de Peralta y el joven Director del Museo Nacional de San José, D. Anastasio Alfaro.

De la región Sur se ocupan, con no menos éxito, en resucitar su pasado, los Sres. Restrepo en Colombia, autores de obras curiosísimas sobre los chipchas y los quimbayas; el Sr. D. José Manuel Groot edita en Bogotá, en 1889, su importante obra *Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada*, llena de erudición; el Sr. González Suárez es autor de cuatro tomos de *Historia del Ecuador* (1890); D. Liborio Cerdas imprime en Bogotá en 1883 su libro sobre *El Dorado*, sin faltar otros varios autores en el Perú y Bolivia.

También hay que citar las obras de ciertos europeos que en mucho vienen á dilucidar sus debatidos puntos y completar las doctrinas, como los de Gustavo Nordenskiöld, sobre las ruinas de los *Cliffe Dwellers*; el Dr. Seler, una de las más salientes figuras actuales del americanismo; el no menos sabio Dr. Bobalius, de la Universidad de Upsala, que estudia con preferencia la laguna de Nicaragua, y en el Perú conta-

mos con publicaciones tan importantes como las de Mr. Charles Wiener, autor de la importante obra *Perú y Bolivia*; el soberbio álbum de *Kultur und Industrie Südamerikanischer völker*, publicado por A. Stübel, y el más arqueológico, dedicado especialmente á los huacas y sus momias, *Das Todtenfeld von Ancon in Peru*, por W. Rein y el propio A. Stübel, más la recientísima tan notable *The Ruins of Tiahuanaco in the uplands of Ancient Peru*, también por A. Stübel y M. Uhle.

Entre nosotros se cuentan notables autores que han dedicado su inteligencia á esta rama del saber, tan interesante para España. Tal el malogrado D. Justo Zaragoza, incansable ilustrador de curiosidades americanas; el ya citado D. Marcos Jiménez de la Espada, Miembro que fué de la expedición científica al Pacífico, cuya competencia y profundidad han sido tan repetidas veces reconocidas en los Congresos americanistas, á los que para honra nuestra ha concurrido. También merece los mayores plácemes del americanismo el tan distinguido arqueólogo D. Juan de Dios de la Rada y Delgado, cuya edición del M. S. del Padre Landa salió purgada por él de tantas inexactitudes como contenía la transcripta por el Abate Bourboug.

La comunicación entre los sabios que se dedicaban en ambos continentes á estos estudios se hacía precisa, y de aquí el celebrarse, desde el año de 1874, los Congresos de americanistas, en que la solemnidad de las sesiones estimulaba á los trabajos más completos y lucidos sobre tan oscuras materias y las discusiones más luminosas acerca de ciertos puntos dudosos.

Anhelo de estas asambleas era el ver reunidas todas aquellas reliquias, de cuyo estudio comparativo pudiera resultar la deseada luz; y gran paso para ello fué la apertura

de una Exposición Americanista en Madrid en el año de 1881, coincidiendo con el 4.º Congreso que aquella vez celebraba sus sesiones en la Corte de las Españas. Pero sólo como ensayo, aunque lucido, se puede considerar este Certamen, comparado con lo que aconteció más tarde en la Exposición Histórico-Americana de Madrid en el IV Centenario del Descubrimiento del Nuevo Mundo.

A pesar de aquellas preciosas noticias y la confianza que nos inspiran los trabajos de los citados autores, nunca habiéramos comenzado, sin embargo, el nuestro á no haber tenido la suerte de disfrutar de tantos otros datos monumentales precolombinos como se reunieron en esta nunca bastante ponderada Exposición Americana. La prueba arqueológica, que viene siendo la sancionadora y complementaria de la documental en los estudios históricos, inapelable y decisiva en tantas cuestiones, ha sido tan abundante, tan general de uno á otro extremo, presentando tan ostensible y fehaciente todo el pasado precolombino de aquel Mundo, antes tan desconocido, que formará época, abriendo una nueva etapa en el estudio de las materias históricas americanas. Este examen de tanto monumento reunido, esta vista de todo lo más selecto que ha brotado de aquel suelo, ha sido la causa determinante de nuestro trabajo, y lo que nos hizo sentir la necesidad de explanar algunas de las ideas con tan singular ocasión ocurridas.

Todos los Estados que hoy dividen a aquel amplio Mundo, con contadas excepciones, acudieron, trayéndonos cada uno lo más característico y notable de su pasado, encargándose, cuando no, otras naciones europeas de representar á aquellas más apartadas, relacionadas directamente por su historia con las tierras más extremas americanas.

Dinamarca, Suecia y Noruega nos presentaron las mues-

tras y pruebas más incontrovertibles sobre la historia y etnografía de las regiones boreales; Suecia, representada por su Delegado el ilustre navegante M. de Nordenskiöld, nos ofrecía el resultado de la afortunada expedición de este intrépido navegante, que en el vapor *Vega*, resolvió el problema geográfico de la comunicación de los mares polares, ilustrando su viaje con los modelos más al natural de los esquimales alaskianos y del Estrecho de Behring y otros habitantes de aquellas heladas regiones; Noruega, nos trajo exacto modelo de la célebre nave de los vikins, hallada bajo un túmulo en sus costas en 1880, sin duda una de aquellas en las que en los siglos IX, X y XI se lanzaron los atrevidos navegantes noruegos por los mares del Norte, y visitando sus islas y costas, pisaron con este motivo el suelo americano en el Canadá: bajando hasta el Viland, hoy Nueva Escocia, allí se establecieron, aunque su permanencia fué muy pasajera y sin ulteriores consecuencias, según terminante declaración de sus historiadores más conspicuos, sin darse entonces cuenta de que habían llegado á continentes tan dilatados; los Estados Unidos, trayéndonos abrumadora abundancia de todas las antigüedades de su suelo, manifestaban el estado de civilización lítica de los habitantes precolombinos á orillas de sus grandes ríos, que dejaron sembrado aquel campo de sus *mounds* ó terraplenes y túmulos, hoy tan explorados y estudiados, principalmente por la *Smitsonian Institutions* y el *Bureau de Ethnologia* del Museo Nacional de Wasingthon; y la opulenta señora Emmenway, comisionando á los atrevidos exploradores de las tribus actuales habitantes de los *pueblos*, y *cliff Dwellers*, que tan importantes revelaciones nos han proporcionado de la América Precolombina, con sus antiguas creencias y ritos, conservados entre aquellas breñas en tan intacto estado

primitivo, nos informaban ampliamente del pasado de la América Septentrional.

México nos admiraba también con la abundancia asombrosa de los objetos expuestos, comenzando por las inmejorables reproducciones de sus monolitos más colosales, y trayéndonos, además, colecciones de especial mérito, tanto por su novedad como por la especialidad étnica que representaban. Tres circunstanciados volúmenes nos dejó el Sr. Paso y Troncoso, Director del Museo Nacional de México y representante de aquel Centro en el Certamen, como catálogo admirablemente ordenado y clasificado de aquellas inmensas instalaciones, dándonos detallada y razonada cuenta de los códices, planos, monumentos, objetos de cerámica, metalurgia, tejidos y tantas industrias allí presentadas, de los que tan inmenso caudal de datos históricos se deducen para la reconstrucción del pasado en aquellas comarcas.

De la región central no eran menos notables las instalaciones: Guatemala, con brillante exhibición propia, y también representada por Alemania, poseedora de sus admirables relieves de Santa Lucía de Cozumahualpa, de los que nos dejó sus más perfectos modelos; y Nicaragua exponía distintas colecciones, entre ellas la oficial, compuesta de más de mil piezas, algunas procedentes de Moyagalpa é islas Zapateras del lago de Nicaragua, á las que ayudaba en su estudio la nación Sueca por medio de su enviado el Dr. Babalius, habitante durante algunos años de aquellos países y aplicadísimo examinador y hasta reconstructor de sus monumentos, de los que presentaba preciosos modelos en su Sección correspondiente.

La instalación de Costa Rica sorprendía á todos por la novedad y abundancia de sus instalaciones; suelo fecundísimo en reliquias antiguas debe ser el de aquella comarca,

por donde tantas gentes transitaron, en el que tantas civilizaciones han dejado sus huellas, hoy más clasificadas y ordenadas, representando algunas un estilo artístico muy determinado y que se relaciona bastante en sus adelantadas industrias cerámicas y de orfebrería con las más inmediatas del Continente Sur que por allí tuvieron que pasar para sentar en él sus reales.

Del Continente Sur no fueron menos sorprendentes las instalaciones: El Ecuador y Colombia nos dieron la razón de aquella seductora leyenda *del Dorado*, que tanta empresa hizo acometer y que tantas vidas costó, pues la Sala de la última de éstas era verdaderamente deslumbradora por su riqueza inmensa en objetos de oro, tan valiosos por la materia como por el exquisito arte y gusto estético con que estaban fabricados; entre ellos destacaba, en lugar preeminente, el inapreciable tesoro de los Quimbayas, regalado á España por la espléndida República Colombiana, y que hoy guarda el Museo Arqueológico Nacional como una de las más preciadas y singulares colecciones de objetos americanos precolombinos, abundando, además, los ejemplares de la misma materia y arte, pertenecientes á afortunados coleccionistas. Al lado de las joyas de los Quimbayas lucían las de sus imitadores los chipchas, que, de manera tan infantil y curiosa, copiaron el arte de sus superiores maestros. Allí también se veían las muestras de una especie de cerámica, quizá la más artística de toda la América y que nos ponía en comunicación con la del Ecuador, en cuya región se produjeron vasos de tal tamaño y correcto perfil, que nos hace sospechar en ellos el empleo del torno.

La colección del Ecuador era, además, interesantísima en su parte precolombina por otros valiosos objetos, como el modelo en madera que estuvo chapeado de oro, de uno de

sus principales templos, y el llamado del Chavin, que nos ha de servir de jalón para ulteriores consideraciones, mas una gran abundancia de objetos en piedra, cobre y barro que nos preparaban y ponían en contacto con el arte y las industrias del gran imperio de los Incas.

El Perú tenía doble representación por las riquezas exuberantes de nuestro Museo Nacional en este género de antigüedades, como por las selectas muestras que enviaba aquel Estado.

Nuestras colecciones se completaban con las procedentes de los templos del Sol y Gran Chimú aportados al Certamen, así como con la preciosa colección de *huacos* que quedó entre nosotros, y objetos de oro que lucen hoy en el Museo Arqueológico Nacional, gracias á la munificencia de aquel Estado.

Bolivia presentó también muestras muy características de la etnografía de los aymaras y los moxos, con sus conquistadores los kichuas, presentando objetos de gran valor para el estudio del pasado en aquel tradicional lago de Titicaca, con sus celeberrimos templos de Tiahuanaco y otros que tanto interés despiertan en aquel núcleo de civilización americana meridional precolombina.

El Uruguay trajo cuanto de arqueológico, con aspecto de lo que llamamos prehistórico, ha brotado de aquel suelo. Ocupado éste por razas inferiores, su cultura no alcanza más allá del trabajo de la piedra; de esta materia, y algunos de madera, son todos los objetos que constituyen hasta hoy la arqueología de aquella región, que demuestran cuán separadas se encontraron siempre aquellas gentes de los focos de civilización que lucieron en la América antigua. De la región Argentina, del Brasil y otras del extremo meridional del continente Sur tampoco faltaron objetos característicos y curio-

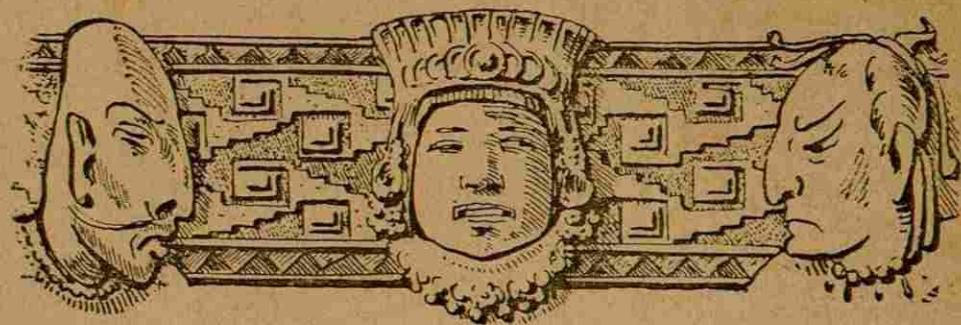
sos, participando todos de aquel aspecto y carácter de sus incultos productores, menos los de la región contigua al Perú, representados en el gran álbum de acuarelas de la República Argentina, que se asimilaban por su gusto y arte á los de los servidores de los Incas.

Recorridos todos aquellos inmensos salones en el orden descripto, quedaba el ánimo suspenso y aplanado por tan largo viaje histórico del uno al otro extremo del Nuevo Mundo; pero al propio tiempo excitábase el interés del más detenido examen, al ver allí patente por sus restos la vida pasada de aquellas naciones que ocuparon tan dilatados espacios del planeta.

Aun para ello existían otras instalaciones complementarias, pues las Secciones documentales, surtidas por los fondos de nuestros abundantísimos Archivos y otros americanos, proporcionaban labor interminable á muchos hombres que á ella quisieran aplicarse, no faltando tampoco instalaciones iconográficas, en las que los ojos se espaciaban contemplando las vistas de tan hermosos países, ó reconocían los rasgos personales de su primer descubridor Colón y otros insignes navegantes.

Tal fué, á grandes rasgos, aquel grandioso Certamen que con admiración de propios y extraños celebramos con motivo de la conmemoración del gran acontecimiento realizado por el insigne Almirante. La contemplación de tantas riquezas aglomeradas; la curiosidad despertada con ocasión tan propicia para poder implorar de aquellos preciosos restos el recuerdo que contenían; la fácil comparación de unos pueblos con otros que, allí reunidos, nos presentaban puntos de contacto, influencias y semejanzas demostradoras de las conexiones entre ellos habidas, y tantos otros motivos de excitación científica, fué lo que nos indujo á demandar de

aquellas verdícas auténticas el secreto de su historia. No pretendemos, como al principio decíamos, fundamentar principios, ni dejar señalados los puntos cardinales del estudio; ni el momento es oportuno, ni los datos lo consienten; apenas en el estado actual de adelanto histórico si podemos esperar que una doctrina no sea desechada al poco tiempo, pero satisfechos quedaremos si al desbrozar algo el camino apenas trazado de la comparación entre las civilizaciones americanas con el extremo oriental asiático, vemos que otros nos siguen, sacando mejores consecuencias de tal estudio.



## I

## Antropología y etnografía.



UNQUE los primitivos habitantes del Nuevo Mundo ostenten en sus tipos caracteres afines que alcanzan á toda la extensión de su territorio, prestándoles cierta unidad, no podemos aceptar, sin embargo, la antigua división de las razas humanas, que comprendía bajo el apelativo de cobrizas, á todas las gentes de la América. Dentro de esta aparente igualdad existen diferencias notables, variedades de organización que marcan entre ellas muy distintos orígenes y hasta contrarias progenies. De los altos y fornidos patagones á los enanos y más audaces que fuertes esquimales; de los aguileños incas á los chatos charruas, obsérvanse diferencias tales en su aspecto externo, como entre los hombres de cualquier otro continente de los antiguos conocidos (1).

(1) Véase adición I, pág. 156.

aquellas verídicas auténticas el secreto de su historia. No pretendemos, como al principio decíamos, fundamentar principios, ni dejar señalados los puntos cardinales del estudio; ni el momento es oportuno, ni los datos lo consienten; apenas en el estado actual de adelanto histórico si podemos esperar que una doctrina no sea desechada al poco tiempo, pero satisfechos quedaremos si al desbrozar algo el camino apenas trazado de la comparación entre las civilizaciones americanas con el extremo oriental asiático, vemos que otros nos siguen, sacando mejores consecuencias de tal estudio.



## I

## Antropología y etnografía.



UNQUE los primitivos habitantes del Nuevo Mundo ostenten en sus tipos caracteres afines que alcanzan á toda la extensión de su territorio, prestándoles cierta unidad, no podemos aceptar, sin embargo, la antigua división de las razas humanas, que comprendía bajo el apelativo de cobrizas, á todas las gentes de la América. Dentro de esta aparente igualdad existen diferencias notables, variedades de organización que marcan entre ellas muy distintos orígenes y hasta contrarias progenies. De los altos y fornidos patagones á los enanos y más audaces que fuertes esquimales; de los aguileños incas á los chatos charruas, obsérvanse diferencias tales en su aspecto externo, como entre los hombres de cualquier otro continente de los antiguos conocidos (1).

(1) Véase adición I, pág. 156.

Pero es cierto también, que en la humanidad americana encontramos caracteres antropológicos, singulares fenómenos de organización y de inteligencia, que merecen ser consignados, para formarse mejor idea de las particularidades étnicas de aquellas gentes y clasificarlas con arreglo á sus más individuales diferencias.

En el fundamental organismo del hombre americano, en su esqueleto, se observan frecuentes anomalías, muy dignas de ser notadas. La platycnemia, ó sea la forma aplastada y aguda del corte de la tibia, hállase muy extendida entre las antiguas razas americanas, hasta un extremo que supera en muchos casos á la de los gorilas y demás gigantes monos, menos marcada, sin embargo, en aquellos que alcanzaron un mayor grado de cultura. La comprensión del fémur es también considerable, proporcionándoles esta particularidad una singular organización en sus extremidades inferiores, muy propia para usar de ellas con agilidad extraordinaria y hacer un empleo del pie que se acerca al de la mano. También es frecuente ocurrirles la perforación del húmero entre sus cóndilos inferiores, para recibir en la extensión del brazo la punta de la apófisis olecranon del cúbito. Existe una gran variedad en el largo de los brazos, sin que podamos aún hacer deducciones de esto. Pero donde nos ofrecen los motivos más interesantes de estudio es en sus cráneos, de singular aspecto. Numerosas variantes y modificaciones extrañas al tipo normal nos presentan, unas naturales y otras debidas á violentas deformaciones, muy puestas en práctica por algunas tribus en la edad más tierna. Mas teniendo esto en cuenta, no se desprende del estudio de las razas americanas, el que pertenezcan cada una á la variedad braquiefala ó dolicocefala; la confusión en algunas es grande, apareciendo, sin embargo, grupos compactos que proporcionan datos muy atendibles, acerca de la proveniencia ó justaposición de un pueblo dominador, sobre otro dominado, encontrándose siempre las dolicocefalas como más antiguas que las braquiefalas (1).

(1) Véase la adición I, pág. 165.

Podemos asegurar, asimismo, que la altura de la bóveda craniana nunca llega á alcanzar en ellos, ni con mucho, á la de las razas superiores, siéndoles constante la prominencia de los arcos superciliares y la manifestación más ó menos acentuada del prognatismo.

Pero donde radica la especial singularidad de los cráneos americanos, es en su capacidad; en ninguna parte se han encontrado más reducidos, siendo su capacidad media siempre inferior á la de las otras razas, si exceptuamos á las más relegadas del globo; sus volúmenes cefálicos quedan siempre por bajo de los pertenecientes á las gentes más primitivas, equiparándose sólo con el de los hotentotes australianos y otros oceánicos, perdidos en los más oscuros archipiélagos. El término medio de la capacidad craniana americana es de 1,360 centímetros cúbicos, sin llegar nunca á 1,500, que sólo superan los esquimales de la Groelandia y algunos gigantesos Fueguianos (1).

La talla general de los americanos fué la ordinaria, encontrándose á su descubrimiento, lo mismo que hoy, los extremos de ella en las regiones más Norte y Sur de los continentes, perteneciendo los más altos, como los patagones, al Sur, y los más bajos, como los esquimales, al Norte.

En sus caracteres físicos más externos ofrecían también bastante variedad, aun cuando conservando rasgos comunes; las razas más inferiores, como los charruas, minuanes y jancanes, presentaban en su color los tintes más oscuros; aclarábanse algo en las regiones orientales, pero sin perder su tono tostado, hasta el punto de constituir, en su mayor parte, lo que se designó más tarde con el nombre de raza cobriza, y en ciertos sitios, como entre los yucatecos, mayas y del Anahuac, llegaban á equiparse con el moreno claro. Muy distinto tipo ofrecen las más boreales: porque entre los esquimales y las restantes gentes americanas existen diferencias tan marcadas que llegan á ser antitéticas: ni por su color, ni por su estatura, ni por la oblicuidad de los ojos,

(1) Véase Nota I, pág. 172.

ni por la forma de su nariz aplastada y corte de la cabeza, podrán jamás equipararse los habitantes de Alaska y Wancouver, por ejemplo, con el resto de los genuinos habitantes del Nuevo Mundo, en sus distintos periodos precolombino y actual; reducidos á las costas más del Norte de América, escasos en número y sin penetrar apenas en el continente, ni bajar á ciertas latitudes, pudiéndolos creer, además, de moderno asiento en aquellos lugares, apenas entran en el concierto de la historia antigua del Nuevo Mundo, ni casi deben considerarse como de razas precolombinas (1).

La cabeza de los americanos ofreció siempre un aspecto característico que los hizo distinguirse de todas las demás gentes conocidas. Su pelo nunca ensortijado, sino al contrario, lacio, muy negro y espeso, peinado y trenzado de mil modos, constituyendo ésto motivo entre ellos de presunción y adorno, pero siempre barbilampifios, señal evidente de escasa virilidad; su frente, muchas veces modificada por deformaciones artificiales en todos sentidos, proporcionándoles un aspecto agudo ó plano que contrastaba extraordinariamente con la perfecta bovedad de la de los blancos; sus ojos, grandes y rasgados, ostentando una constante y completa horizontalidad, marcadisima y como intencionada en todas las esculturas; su nariz, nunca escasa en las razas intermedias, antes más bien abundante y aguileña, apareciendo aplastada sólo en los más inferiores y algo en los esquimales; sus pómulos marcados, pero no muy salientes; su boca siempre grande y de labios planos, dejando ver una buena dentadura, de anchos paletos, formaban el conjunto de sus facciones, contenidas por un corte general del rostro, más cuadrado que de perfecto óvalo, acentuado con exageración, pero sin hacerles perder de carácter en sus esculturas y dibujos. Tal se nos presentaron las razas aborígenes más extendidas en ambos continentes, y tal nos dejaron sus imágenes aquellas más superiores.

La expresión general de su fisonomía era generalmente más melancólica y triste que alegre y decidida; los ojos poco

(1) Bancroft los considera como formando parte de una extensa agrupación que por sus caracteres etnográficos y lingüísticos llama polar.

brillantes, sólo entreabiertos, y la boca caída por los extremos y con dificultad cerrada, daban á su total expresión cierta tristeza que se transmite á todas las representaciones artísticas y se perpetúa en sus mejores modeladas esculturas y bien dibujadas pinturas.

La rectitud de los ojos es tan constante en la iconografía americana que constituye un carácter especial, como pretendiendo marcar con él la excelencia de su raza; no faltan algunas representaciones en que la oblicuidad de ellos es palpable, pero esto sólo ocurre cuando quieren representar seres malignos ó caricaturescos, ó retratos de personas extrañas á su raza; entre los esquimales esta oblicuidad se marca ya francamente; pero de estos pueblos, tan modernos en el suelo americano y que tan poco participan de su historia precolombina, prescindimos en adelante siempre que su mención no se nos haga completamente necesaria.

El resto de la figura de los americanos, en general, presentase poco airosa y armónicamente conformada; por su aspecto exterior siempre obtuvieron de los conquistadores el calificativo de *indios*, estimándolos como hombres organizados más para ser ágiles que fuertes, pues aunque existen ejemplos de hercúleas fuerzas, como las de Caupolicán entre los araucanos, esta fué siempre la raza más resistente que se encontró en toda la América, ofreciendo las demás poco obstáculo al empuje de nuestras fuerzas en las batallas decisivas; de aquí que fueran siempre más temibles sus emboscadas que sus asaltos, ejercitando más en sus guerras la astucia que la táctica y la disciplina militar ó la constancia para las fatigas y el valor personal; de aquí también su crueldad para con los vencidos y su poca afición á presentar batallas campales cuando la superioridad del número les hacia desconfiar del éxito, aptitudes que aun hoy día parecen heredadas en las luchas que en nuestras posesiones nos ocurren. Perezosos en general para el trabajo, callados y lánguidos en el hablar, crueles en la intención y propensos á todos los vicios, enérvanse aquellas gentes más pronto que en otros climas, sin haber realizado ningún progreso, ni aun las más

civilizadas; antes al contrario, descomponiéndose todas las nociones, aparecen todos estos pueblos precolombinos americanos como decadentes, sin fuerzas propias para evitar su postración, apenas iluminada su inteligencia por los últimos debilitados rayos del sol destellante en el antiguo mundo asiático.

Pero la primera cuestión que ocurre al ocuparnos de ellos, de la inmensa cantidad de gentes halladas en el Nuevo Mundo (dejando aparte la geología de la formación de aquel suelo), es indagar cómo se pobló aquel continente; de dónde vinieron aquellos hombres.

Dos fases tiene el problema: la una zoológica y antropológica; la otra puramente etnográfica é histórica.

En América, como en la mayor parte del mundo conocido, se notan, por la configuración de sus terrenos y restos de animales, dos épocas completamente distintas: una antediluviana, y la otra actual ó moderna.

En la primera distinguimos las huellas de especies extinguidas, ó que desaparecieron más tarde de aquel suelo; colosales mamíferos, tortugas enormes y reptiles gigantescos; unos propios de la localidad, otros conocidos también en distintas partes del mundo. De allí proceden el Megaterio, el Milodonte y otros fósiles importantísimos, y abanzando más en los tiempos, nos hallamos con el hombre fósil, que nos interesa más directamente.

¿En qué terrenos se presenta éste más antiguo? Los defensores del terciario lo quieren ver en tal yacimiento por el hallazgo del célebre cráneo de *Calaveras* y otros testimonios; pero demostrada hasta la saciedad la superchería con que se quiso sorprender á la ciencia con el célebre cráneo, no queda tampoco identificada la edad del suelo sobre que se encuentran los otros restos que se aducen como documentos, ni existe acuerdo alguno entre los sabios acerca de punto tan debatido. El hombre terciario escapa á la aceptación de la ciencia, lo mismo en el Antiguo que en el Nuevo Continente, quedando sólo el sostenimiento de esta teoría por parte de ciertos espíritus tenaces en defenderla.

Sus restos en el terreno cuaternario si aparecen perfectamente palpables. El hombre fósil post-plioceno es hoy un hecho, y la América nos presenta los mejores ejemplares. De su raza y procedencia cabe aún discutir mucho. La distinta configuración de las tierras en aquellos tiempos antediluvianos, tan modificadas por los hundimientos y levantamientos verificados más tarde; los subsiguientes cambios de clima, distinta vejetación y substancias alimenticias, y otras mil causas, no nos permiten determinar claramente las emigraciones y puntos de origen de aquellos seres. Quizá existiera entonces la Atlántida, cuando el África estaba también unida á España por el Estrecho; quizá fueran de Europa á allá las especies animales, las razas y los pueblos; pero de esto no nos queda noción cierta, borrado todo por los grandes cataclismos diluviales; así que aceptando la frase bíblica de que la tierra quedó desierta, tendremos que volver á empezar el estudio de la repoblación del Nuevo Mundo á partir del gran cataclismo.

En esta nueva repoblación moderna, cada día aparece menos probable el origen europeo ú oriental. Si la Atlántida no pertenece á las épocas geológicas, si la sumersión de aquel continente se verificó en los tiempos postdiluvianos, aún podemos suponer que ni su extensión fué tal que llegara á enlazar ambos mundos, dejando siempre gran espacio de mar entre ellos, ni su población tan densa que necesitara la emigración y expansión á tan lejanas tierras.

Hoy, que hemos visto reunidos los restos de todas aquellas tribus americanas más antiguas, que estudiamos sus cráneos y esqueletos, sus industrias y costumbres, no vemos en ellas ni una derivación del lado acá del Atlántico, ni una influencia siquiera que los asimile á los hombres del mundo antiguo europeo.

Es verdad que tienen una edad de piedra, en la que aún se encuentran actualmente muchas tribus, labrando utensilios en forma parecida á los nuestros, aunque con cierto carácter propio; pero esto no representa en ellas una época remotísima, sino un estado de cultura que responde á sus condiciones étnicas.

Notóse además, á primera vista, dos grados de ella entre los antiguos americanos cuando los sorprendimos los europeos en el siglo XV. Mientras la mayor parte de sus tribus, las que ocupan más extenso espacio del continente, se hallaban en el de degradación más extraordinaria, entregadas al antropofaguismo, sin organización alguna política ni social que avanzase más allá del despotismo del cacique en la tribu y del padre en la familia, salvajes en su mayor grado, encontrése, en cambio, en las regiones occidentales una cadena de pueblos civilizados que sorprendían por sus artes é industrias, á la par que por su organización política; pueblos conquistadores de aquellas tierras, que vinieron de otra parte, según aclararemos en lo posible, y que dan lugar á las páginas más brillantes de la historia del Nuevo Mundo.

No hay necesidad de acudir, á nuestro parecer, á periodos geológicos ni á grandes cataclismos para explicar las emigraciones de estos pueblos de otro continente al americano. Está bastante cercana el Asia y es harto fácil el paso en las heladas estaciones para tener que apelar á más violentas teorías en explicación de estas emigraciones, y si nos ayudan en apoyo de este aserto sus recuerdos, semejanzas étnicas y otros motivos históricos, tendremos que aceptarlo como lo más científico y sencillo.

Hácese preciso para ello acudir á sus orígenes, punto bastante obscuro aún, por no estar suficientemente conocidos los movimientos de las razas en el continente asiático, que es á donde tenemos que buscar la raíz de tales emigraciones. Falta mucho que definir y estudiar para hacernos completo cargo de ellas, pero la idea de un núcleo en su centro, del que la humanidad va exparciéndose por todos los ámbitos de la tierra, parece adquirir cuerpo al examinar las diversas emigraciones y empujamientos que siempre han ejercido unos pueblos sobre los otros.

Impiden ver claras estas cuestiones ciertos obstáculos aceptados por la costumbre y admitidos como verdades inconcusas, pero que hay que hacerlos desaparecer para que queden disi-

pados ciertos errores, cosa fácil al someterlos á una severa y escrupulosa crítica.

Apoyados en la etnografía y lingüística, vemos en antiguos tiempos extendida por la parte más oriental y meridional del Asia una raza morena, pero no muy vigorosa, rica en variedades, que es sin cesar empujada á las regiones extremas é islas por otras que vienen á buscar más amplias tierras sobre que poder extenderse y substentarse. Esta raza primitiva asiática, de la que aún encontramos muchos restos, como los *miao-se* (1) y otros pueblos de las montañas chinas, los *bils* de la India, los *drávidas* del Dekan, y tantos otros protoasiáticos, ofrece tales puntos de semejanza por sus caracteres etnográficos, por sus lenguas y estado de cultura con las del Nuevo Mundo, que podemos llamarlas hermanas de las americanas aborígenes, hermandad entre ambas gentes que veremos más clara al examinar también las otras posteriores más civilizadas, en las que hallaremos enlaces convincentes de ello en absoluto.

El obstáculo mayor que se opone para distinguir claramente estas emigraciones y procedencias, es la pretendida antigüedad y estacionamiento de los Chinos en el mismo estado que hoy los encontramos, como petrificados siglos y siglos desde tiempos remotísimos sobre el suelo que hoy ocupan, idea que la crítica moderna empieza á combatir, adquiriéndose mayor convencimiento de todo lo contrario conforme más se profundiza en este estudio.

Del estado del Asia, próximo al comienzo de nuestra Era al actual, hay tanta diferencia como pudiéramos hallar en cualquiera de las regiones europeas. El pueblo chino se encontraba entonces en un período feudal primitivo, reducido á los límites del territorio que le sirvió de cuna, y razas muy distintas ocupaban todas las costas é islas del Oriente del Asia.

Sus propias memorias bastante fantaseadas y no purgadas aún de evidentes errores, en medio de la confusión de sucesos, así lo vienen á demostrar. Hasta el 221 antes de J. C., según

(1) «Journal Asiatique», 1891, II, pág. 356.

ellas, no invadió Hoang-ti, de la cuarta dinastía, con poderoso ejército la China meridional, *habitada por hombres de raza diferente á la de su pueblo*, llegando hasta el Tonkin. La Corea, según se puede colegir por las historias chinas, que se aplican los sucesos de los primitivos habitantes de cada región, no fué sometida por ellos hasta el siglo VII de J. C., en que destruyeron el reino de Kori, y los japoneses, de pasado más conocido, no se atreven á alargar sus cómputos más atrás del mismo siglo VII: «Hasta aquí los datos no pueden presentar ningún carácter de certidumbre», dice Goussier (1), y si nos entregamos al estudio arqueológico de sus antigüedades, tendremos que atraer muchos siglos hacia nosotros el desarrollo de las Ciencias y las Artes, tanto en el Celeste Imperio como en el mismo Japón. Todo lo que de ellos nos llega acusa un modernismo flamante en nada anterior á las civilizaciones occidentales.

La raza mongola (2), de ojos oblicuos, piel amarilla y lenguaje monosilábico, formando hoy un nutridísimo pueblo, se presenta como cuña que divide y desaloja por completo á otra raza, de ojos perfectamente horizontales, morena de color y de lenguaje aglutinante, que queda cortada, una parte en el Asia oriental, patente aún en el Japón, Corea y pueblos de las montañas de la China meridional y otra de toda la América precolombina y aun en algunas islas de la Oceanía.

Gracias á los modernísimos estudios sobre el extremo Oriente asiático, tan cerrado antes á toda indagación histórica, podemos hacernos cargo del estado de aquellos pueblos, hasta ahora tan desconocidos, de los que vamos disipando sus tinieblas.

Refiriéndonos á la época en que Alejandro Magno con sus griegos asomó á la misteriosa India, podemos deducir ya bastante del estado entonces de las razas asiáticas. Nunca la

(1) L'Art Japonais, I, pág. 22.

(2) Reclús no quiere que se llamen mongoles á los chinos, y no carece de razones para ello; pero nosotros aceptaremos el adjetivo corriente por su significación de raza amarilla en contraposición con la morena asiática.

Aria llegó á conquistar y poseer la Península indostánica, y menos en aquel tiempo; aún no habia reinado el famoso monarca indio Açoka, el gran propagador del budhismo, que escribió sus decretos en las montañas del Dekan y envió á su propio hijo á la isla Ceilan para implantar la nueva religión; los arios apenas ocupaban los valles de los sagrados rios Indo y Ganjes; todas las vertientes del Himalaya, como la gran parte central y meridional de la Península indica, estaban ocupadas por razas cuyos representantes actuales son los kondos, maris, santales, y otros montañeses al Norte, con los bills, los numerosísimos dravidas, los jassias y otros al Sur, hablando respectivamente lenguas monosilábicas y aglutinantes, que nada tenían que ver con las sanscritas. Aún tampoco se habian fundado los Imperios de la Indo-China, como el Reino Khmer ó Cambodgiano, emigración de la India septentrional que se encuentra con los antiguos Laos, habitando el país, tan espléndido en su civilización y monumentos; ni el antiguo Reino de Campa, originario del Tonkin, de cronología hoy perfectamente conocida y que nos da su primer Rey en el siglo III de nuestra Era. Pero á donde más interés ofrecen estos estudios es en lo relativo al estado de la China oriental, revelados principalmente por los luminosísimos estudios etnográficos de Terrien de Lacoupiere, gracias á los cuales vemos ya distintamente á los chinos, en aquella no tan remota fecha, reducidos á sus primitivos territorios, poblando otras razas los que hasta más tarde no fueron por ellos dominados. Allí se descubren los Chan, constituyendo en una época lejana las más populosas gentes indígenas de la China meridional, que abandonando sus primitivos dominios, bajan aún más al Sur y fundan varios Estados, entre los cuales el de Sian fué el más importante.

Los Mon, que alcanzaron un gran poderio, cuyos restos son hoy los Siao-Pan y Mo-yao, habitantes del Techan-chakium, no sometidos al Imperio Chino; los Tai-chan, que existen al Sur y Oeste de Yun-nan; los Karengs, ocupantes de grandes territorios, que según datos ciertos fueron empujados por los años de 218 á 206 antes de J. C. á la región Sudoeste por los

chinos, llamados por estos Lolos; datos todos confirmados por las tradiciones míticas sobre el Emperador Fu-hi y Chu-king, que nos presentan al Imperio chino, reducido en el siglo III antes de J. C. á su cuna, ocupando una región central atravesada por los ríos Hoang-ho y Yang-tse-kiang: varias centurias debieron pasar aún para que los hijos del Celeste Imperio vieran las ondas del mar Amarillo, mientras que en las costas de éste se extendía entre tanto una serie de pueblos que iban adquiriendo una civilización de origen indio, como hasta en la Corea tendremos ocasión de ver por los restos que de ella han quedado. Nunca será bastante de agradecer para el estudio de este punto la obra de Lacouperier, que ha venido á revelar-nos todo un mundo antes desconocido en el extremo Oriente asiático (1).

Si á esto unimos las consecuencias, por todos los sinólogos reconocidas, de la destrucción por el fuego de tantos libros chinos en el siglo III antes de J. C., llevada á efecto por el citado Emperador Ts'in Che hoang ti, el primero, sin embargo, que concluyendo por la fuerza de las armas con la feudalidad primitiva, emprendió las grandes conquistas, tendremos una noción del estado de los temas históricos sobre aquellos apartados pueblos en la época que más directamente nos interesan (2).

(1) Terrien de Lacouperier.—*Las lenguas de la China antes de los chinos.*—(Véase relación de ella en el *Journal des Savants*), 1889.

Véanse también las notas que Mr. Pierre Lefevre-Pantalís publica en el *Journal Asiatique*, 1896, II, pág. 129, como resultado de su reciente viaje entre los pueblos del Norte de la Indo-China.

(2) Respecto al estado de la más remota cultura china, revelada por sus libros actuales, decía M. E. Chavannes en su lección de apertura del Curso de 1894 en el Colegio de Francia:

«Seguramente la crítica demostrará cuáles son las partes auténticas de aquellos libros, denunciando las interpolaciones y reconstruyendo la civilización primitiva, de la que no tenemos más que una imagen confusa. Pero en el estado actual, efecto de las alteraciones sufridas, estos textos no ofrecen un cuadro fiel, sino idealizado de la antigüedad, una lección de moral en acción. No el pasado tal cual fué, sino como se quiere que hubiera sido, justificándose así la idea del actual extremo Oriente, que coloca su edad de oro en la juventud del mundo.»

*Reveu Bleu*, 1893, pág. 776.

Podemos, pues, aceptar la existencia de una extensa raza, con sus variedades, ocupando en remotos tiempos todo el Sudeste del Continente asiático y la mayor extensión del americano é islas entre ambos comprendidos; de estas congéneres tribus, en estado más ó menos salvaje, obtienen un grado superior de cultura las de la parte más oriental y Sur del Asia al aceptar primeramente la influencia del brahmaísmo en los valles del Indo y del Ganges y más tarde alcanzar á ellas la gran expansión del budhismo ó djanismo y otras derivadas sectas por toda la costa oriental. Estas tribus, en los siglos cercanos á nuestra Era, son arrolladas y arrojadas de su suelo por la numerosísima invasión china, bajando algunos á la Indo-China para fundar allí Imperios como el de Campa, pasando otras al Nuevo Mundo en la época en que precisamente penetra la civilización en aquellas regiones, según se desprende de los estudios americanistas.

La arqueología, lingüística, religión y etnología, nos afirmarán más adelante en esta opinión. De la raza mongola vemos muchos restos en la parte Norte y costa oriental americana; pero ésta es la última gente que también llega á aquel suelo, llevando allá, en época que se enlaza hasta con nuestros días, su sangre y sus productos.

Una vez poblado el basto Continente americano no podía por menos de producirse en él también grandes movimientos de gentes, emigraciones y empujes de unas tribus con otras, conquistas de territorios sometiendo los invasores á los incolas, cuando no levantándose caudillos que, excitando en los suyos la codicia de las riquezas de pueblos entre ellos establecidos, pero ya debilitados, los hacían salir de sus rudas costumbres para conquistarlos y caer luego también en el mismo enervamiento.

Este oleaje pertenece ya á la época histórica americana, pareciéndonos dibujarse en sus movimientos dos corrientes principales.

Creemos distinguir, y más tarde lo confirmaremos al hablar de sus monumentos, una, la primera propiamente civilizada, que pasando por el país de los eleutianos nos deja luego como

restos de su permanencia en el inmenso y abrupto territorio del Arizona y Nuevo Méjico, aquellas curiosísimas construcciones, llamadas hoy de los *cliff dwellers*, es decir, habitantes de las rocas, tan perfectamente estudiados últimamente por Gustavo Nordenskiöld: región de los *cañones* ó desfiladeros altísimos, producidos por el curso del *Colorado* y sus afluyentes, en cuyas vertientes y tajos se encuentran las interesantes ciudades de tales gentes, que convirtieron en verdaderas fortalezas las oquedades de aquellas rocas.

A ellos también parece deberse los *pueblos*, verdaderas agrupaciones de viviendas, levantadas en los lugares más llanos y despejados, aunque buscando siempre las alturas, completamente desiertas cuando las descubrieron los conquistadores, igualmente que las de los *cañones*, y que nos hacen suponer la emigración de aquellas gentes á otras regiones más feraces, cuando la vida se les hizo allí imposible por la escasez del agua y la creciente infecundidad de aquel suelo.

De allí marcharon, sin duda, á la región central por su parte más occidental, como lo delatan los restos que dejaron de su paso, pero empujados por otros siguieron la gran cordillera: quedándose algunos en las orillas é islas de la laguna de Nicaragua, cruzaron por Quito, fundando el Imperio de los Xiris y quizá el de los Quimbayas en Colombia, siendo Manco-Capac, el institutor del gran Imperio peruano, su último retoño; rama que pudiéramos llamar por muchas de sus cualidades de los *semitas* americanos, siendo característico en ellos los enterramientos en huacas, y las construcciones poco ornamentadas, más propias del ingeniero que del artista.

De la otra rama más *aria*, más culta y artista, tenemos como primer florecimiento á los toltecas, no tan imaginarios como algunos autores quieren suponer, que fueron los primeros en llevar las luces á la hermosa región del Anahuac (1).

(1) Corriente es entre los americanistas, desde que Briston en su obra *The Toltec and their fabulous Empire*, ha pretendido demostrar lo fabuloso de este Imperio, considerarlo como no existido: debemos manifestar que estudiado el punto detenidamente no quedamos convencidos de la no existencia de los toltecas: podrá ser cuestión de nombre, podrían llamarse de

Allí fundan grandes ciudades; allí levantan templos en que se adoran á divinidades que nunca recibieron antes culto en aquel suelo; allí constituyen un verdadero Imperio con todas las instituciones y organismos que podían concebirse en aquel tiempo, copia fiel de los asiáticos, de donde provenían.

Pero á la manera de los pueblos clásicos europeos, tenían cerca, al N. E., un núcleo de población bárbara emigrante, que había de invadir aquellas fértiles regiones, apoderarse de ella y vencerlos ó hacerlos marchar más adelante á otras tierras, y tal les ocurre al experimentar el empuje de los salvajes *chichimecas*, que los hacen pasar al centro y Yucatán, adquiriendo entonces los *mayas* todo su esplendor, al par que también los *chichimecas* heredan y adquieren la cultura del vencido.

Vienen, por último, los aztecas, también de procedencia bárbara indígena, los más fieros y menos aptos para proseguir la cultura desarrollada en el Anahuac, los que pasando luego al Yucatán se mezclan también con las tribus anteriores, amalgamándose y enredándose entre los dos istmos todos ellos.

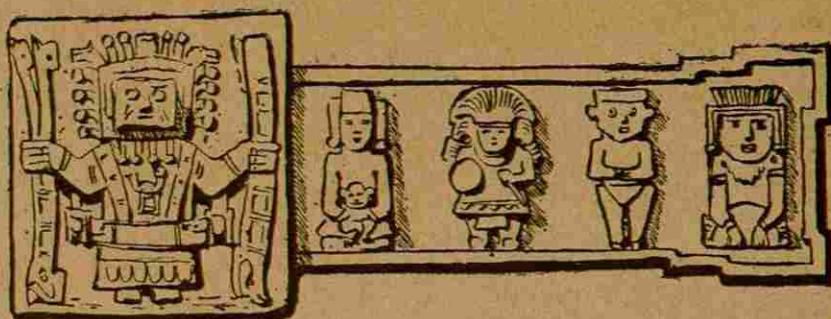
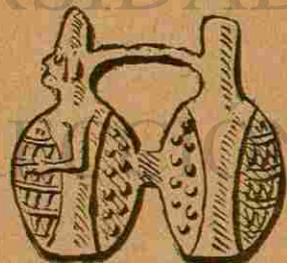
No ocurre todo aquéllo tan definida y claramente como pudiera parecer por este croquis; mil incidentes complican y obscurecen la marcha de esta gran porción de la humanidad, pero aun así, podemos considerar dividida en cuatro grandes grupos la etnografía americana precolombina. En último término, una raza más tostada de color y basta de facciones, casi semejante á los negros, cuyos representantes mejor conocidos son los charruas, peuenches y yaganes fueguiños, que aparecen como los más antiguos, arrinconados en el extremo Sur del continente meridional, y parte oriental del mismo (1): luego otra cobriza, hermana de las proto-asiáticas,

otro modo, pero mientras notemos tantas distintas épocas en las antigüedades méjicanas, mientras Tula y tantos otros lugares nos muestren restos de todos los órdenes de la cultura pre-azteca, seguiremos llamando toltecas á aquellos que con su emigración llevan primeramente la luz de la más alta civilización que ha brillado en todo el centro de América.

(1) Von Martius y el Dr. Deniker lo hacían constar así, respecto á los fueguianos, en el Congreso de Americanistas de París de 1890.

que forman la gran masa de las tribus americanas, en estado de cultura lítica, cuyas superiores manifestaciones de su civilización aparecen principalmente en los grandes valles de los modernos Estados Unidos; más tarde la gran invasión representada principalmente por las ramas quichua y nahua-maya, que coincide con el gran movimiento mogol asiático y que corre por todo el occidente americano, siguiendo la cordillera andina, dilatándose en el Anahuac y mezclándose en el centro de América, ocupando el menor espacio comparativamente con la gran extensión de los continentes, con creencias, artes y ciencias que se modifican con el transcurso de los siglos, pero patentizando siempre su origen. Su civilización y riquezas despiertan la codicia de las tribus salvajes vecinas, dando lugar entre otras á la invasión chichimeca y últimamente á la azteca, los godos de América, las gentes que más vemos, pero que menos hicieron en el Anahuac, y por fin otra mongolo-siberiana que ocupa la región más boreal, de la que proceden los esquimales establecidos entre ambos mares, tan semejantes en costumbres, aunque presenten variedad los de uno y otro extremo. Esta es la que se puede creer la más moderna y en la que se notan mayores influencias y rasgos chinos y mongoles.

La comprobación de este cuadro sintético, fundada en cuantos datos nos puedan suministrar sus tradiciones, números, lengua, artes y otras muchas muestras de su carácter y actividad será el objeto de las siguientes líneas, que dividiremos en una parte puramente antropológica y etnográfica y otra arqueológica y artística.



## II

## Tradiciones.—Religión.—Necrología.



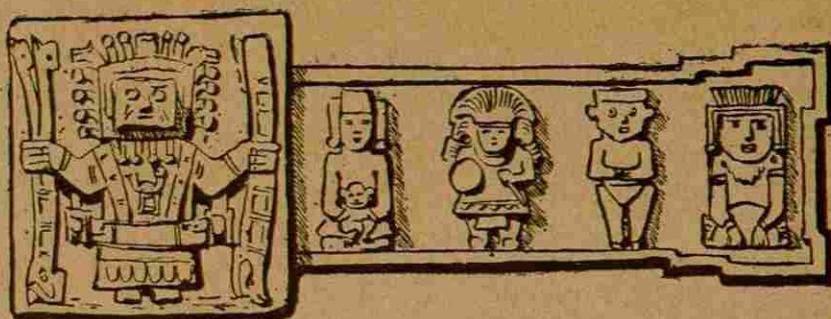
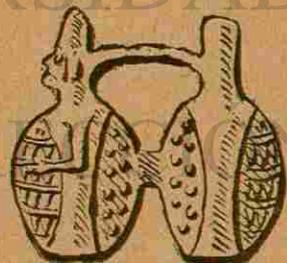
ESPUÉS de presentar el cuadro más probable de la historia etnográfica americana, veamos cuanto sus tradiciones, religión y cultos nos hablan en favor de nuestra tesis, y lo que se puede distinguir á través de su complicada urdimbre, mediante el estudio de las memorias y monumentos que sobre este punto han llegado hasta nosotros.

Dejando aparte el casi ateismo de las tribus más salvajes y atezadas, así como las creencias de los esquimales que, como más modernos, menos nos interesan, seguiremos haciendo preferente objeto de nuestro examen aquellas razas intermedias, entre las que se pueden establecer muy marcadas diferencias. ®

En los aborígenes encontramos las leyendas tradicionales y los cultos más primitivos; concepciones cosmogónicas, recuerdos de diluvios é inundaciones en casi todas ellas; cataclismos y cambios radicales en la configuración del suelo; repoblación prodigiosa de aquellas comarcas, constituyen sus

que forman la gran masa de las tribus americanas, en estado de cultura lítica, cuyas superiores manifestaciones de su civilización aparecen principalmente en los grandes valles de los modernos Estados Unidos; más tarde la gran invasión representada principalmente por las ramas quichua y nahua-maya, que coincide con el gran movimiento mogol asiático y que corre por todo el occidente americano, siguiendo la cordillera andina, dilatándose en el Anahuac y mezclándose en el centro de América, ocupando el menor espacio comparativamente con la gran extensión de los continentes, con creencias, artes y ciencias que se modifican con el transcurso de los siglos, pero patentizando siempre su origen. Su civilización y riquezas despiertan la codicia de las tribus salvajes vecinas, dando lugar entre otras á la invasión chichimeca y últimamente á la azteca, los godos de América, las gentes que más vemos, pero que menos hicieron en el Anahuac, y por fin otra mongolo-siberiana que ocupa la región más boreal, de la que proceden los esquimales establecidos entre ambos mares, tan semejantes en costumbres, aunque presenten variedad los de uno y otro extremo. Esta es la que se puede creer la más moderna y en la que se notan mayores influencias y rasgos chinos y mongoles.

La comprobación de este cuadro sintético, fundada en cuantos datos nos puedan suministrar sus tradiciones, números, lengua, artes y otras muchas muestras de su carácter y actividad será el objeto de las siguientes líneas, que dividiremos en una parte puramente antropológica y etnográfica y otra arqueológica y artística.



## II

## Tradiciones.—Religión.—Necrología.



ESPUÉS de presentar el cuadro más probable de la historia etnográfica americana, veamos cuanto sus tradiciones, religión y cultos nos hablan en favor de nuestra tesis, y lo que se puede distinguir á través de su complicada urdimbre, mediante el estudio de las memorias y monumentos que sobre este punto han llegado hasta nosotros.

Dejando aparte el casi ateismo de las tribus más salvajes y atezadas, así como las creencias de los esquimales que, como más modernos, menos nos interesan, seguiremos haciendo preferente objeto de nuestro examen aquellas razas intermedias, entre las que se pueden establecer muy marcadas diferencias. ®

En los aborígenes encontramos las leyendas tradicionales y los cultos más primitivos; concepciones cosmogónicas, recuerdos de diluvios é inundaciones en casi todas ellas; cataclismos y cambios radicales en la configuración del suelo; repoblación prodigiosa de aquellas comarcas, constituyen sus

recuerdos más remotos, oralmente transmitidos de generación en generación. Estas memorias aparecen más constantemente en los pueblos aborígenes que en aquellos otros cuya historia comienza con una emigración, *del lado que se hacen las sombras*, es decir, del Occidente, presidida por un profeta, por un Votan, que toma distintos nombres, á través de los cuales puede distinguirse, sin embargo, el propio numen; pueblos, en fin, aportadores de la civilización y la superior cultura, de los que hemos formado la tercera serie.

En los primeros hallamos la adoración sabeísta ó mitológica de los elementos, generalmente terrorífica, y que los lleva á los más inhumanos ritos para obtener la benevolencia de aquellos poderes iracundos y terribles; una vida inmoral y sin ninguna de las dulzuras que lleva en sí el mayor grado de adelantamiento, cuando no la completa abyección que los asimila á las más salvajes tribus conocidas, mientras que en los que obtienen más alto relieve, un profeta, una buena nueva, un genio que viene de otras tierras y enseña á los hombres doctrinas superiores, llámese Quezalcohalt, Votan, Bochica, ó de otro modo, entidad representada generalmente por el emblema de la serpiente revestida de plumas.

Las doctrinas y predicaciones de estos genios se van desfigurando á través de los siglos, ya por la evolución general en todas las cosas humanas, ya por la compenetración y amalgama con las mitologías de los pueblos primitivos, con quienes tienen que confundirse los conquistadores, pero conservándose siempre rastro de ellas, hasta cuando los salvajes aborígenes invaden y destruyen los Imperios más florecientes. Tal sucedió en México donde, á pesar de las horribles ceremonias extremadas por los aztecas en honor de sus implacables dioses, aun los puros hermanos de Quezalcohalt eran respetados y considerados como poseedores de superiores doctrinas. Otras razas como los Quimbayas, perdiendo todo respeto á sus primitivas creencias, cayeron en el escepticismo y sensualismo más completo; otros, como los Incas convirtieron la religión en arma política de su absoluto imperio.

Si como venimos sosteniendo, la invasión de los hombres

cultos provino del Asia Oriental, los toltecas debieron ser los que trajeron sus creencias en mayor grado de pureza y fervor: y, en efecto; las memorias que nos quedan de estas gentes, fundadoras del primer Imperio en el Anahuac, según unos, ó representando sólo la superior cultura, según otros, pero nunca invención de más modernos historiadores, nos los presentan humanitarios y caritativos, hablándose por primera vez en aquel suelo de «hospitales dotados de rentas y vasallos, donde se recibían y curaban los enfermos». Los tezcucanos, que podemos considerar también como una derivación de esa raza no aborígena, ostentan ideas religiosas elevadísimas, quizá las mejores profesadas en el Nuevo Mundo precolombino.

El carácter de la mitología de los aborígenes es: ó simplemente politeísta, reconociendo en cada gran fuerza de la naturaleza la presencia de un dios, ó bien sabeísta, considerando como soberanos á los astros reyes del día y de la noche. Ningún estado religioso presenta mayor similitud con éste que el de la mitología asiático-oriental profesada por las gentes primitivas, como los Santales y Kondos, desconocedores de los dioses brahmánicos, y hasta por los Chinos, antes que Lao-Tse les disipara los errores groseros que profesaban, sobre los que más tarde revolvieron.

Asimilase, pues, al estado general mitológico de una gran parte del mundo oriental, anterior al advenimiento y extensión de las doctrinas brahmánicas, búdhicas ó chinas, y del que mucho encontramos aún en el sistema de los vedas.

El panteón azteca también nos ofrece un completo politeísmo extendido hasta los últimos seres naturales, pues aunque algunos encuentran la idea del dios supremo é invisible llamado Teotl, hasta la misma raíz gramatical de esta palabra nos está indicando su procedencia extranjera. En el Imperio mejicano se observa la fusión de muchas creencias, algunas muy antiguas en aquella tierra.

El Rey tezcucano Nezaualtcoyotl, aquel David americano adoraba al único Dios, y las historias nos lo presentan como dolorido de ver á su pueblo rechazando tan elevada doctrina; pero téngase en cuenta que este Rey no era azteca, que había

sido, además, educado por un sabio, por un Aristóteles americano, conocedor de la antigua ciencia, iniciado en la doctrina más alta de los sacerdotes, aquella doctrina que vemos siempre manifestarse á través del politeísmo popular en los pueblos más modernos.

Los mayas conservaban las más puras ideas morales, habiendo obtenido los frutos más humanitarios; sus prácticas religiosas eran las menos sangrientas, consistiendo sólo en sencillas ofrendas; sus ritos y jerarquías los que más sorprendieran á los conquistadores por su semejanza con las cristianas.

La procedencia de aquellas doctrinas más adelantadas, no podemos por menos de verla arrancar del budhismo al principio, más ó menos transformado por el djanismo, y más tarde del lamismo, del que encontramos también huellas muy marcadas.

Cuando se lee la historia de la propagación del budhismo en sus primeros tiempos, después de haber estudiado lo que nos dicen las tradiciones americanas acerca de aquellos profetas que llegaban de otras tierras predicando nuevas doctrinas, nos parece asistir á un episodio más de aquella propaganda que tanto fruto obtuvo en la gran extensión del extremo Oriente. Y si volviendo á éste examinamos sus memorias y las transformaciones que á su vez va sufriendo la doctrina á medida que se aleja de su cuna, ó con el transcurso del tiempo, aún más nos convenceremos de ello y encontraremos la razón natural de muchos hechos. Hasta ciertas indicaciones geográficas nos saldrán al encuentro para apoyo de nuestro aserto, que no otras tierras que las americanas debían ser aquellas lejanas al Oriente, de Fu-Sang, á que llegaron los misioneros de la nueva doctrina.

Infinitas semejanzas, ó para nosotros manifestaciones de ello, aparecen entre las religiones americanas, cada vez más abundantes conforme más las vamos conociendo; la trinidad búdhica, aquellas tres personas del *Sakia-muni* deificado, Buddha, Dharma y Sanga, y de las trimurtis brahmánicas posteriores á la sencillez de los Vedas cuando lucha con el budhis-

mo, las vemos aparecer con distintos nombres, pero con igual sentido, en muchos recuerdos y monumentos. «¿Será, por fin, un Buddha el Votan de Chiapas y dejaría en aquella comarca ese recuerdo de su religión? Los *chanes*, cuya cuna oriental parece indudable, trajeron el culto de su origen, y cuando vencidos adoptaron el nahua, ¿les quedó mezclado en éste la trinidad como recuerdo?..... Esta trinidad de un dios creador, otro conservador y otro destructor ¿será recuerdo de la tradición oriental traída por los *chanes*?» tal dice Chavero en su reciente obra *Antigüedades Mexicanas* (1) al examinar los curiosísimos relieves de Chiapas, en que tan simbólicamente aparece representada esta trimurti.

Del lamismo, si no en su último período al menos cuando comienza á establecer sus jerarquías y prácticas, también encontramos grandes huellas en la organización sacerdotal é instituciones eclesiásticas. El lamismo occidental ofrece tales semejanzas con las jerarquías y liturgias cristianas, que es opinión muy verosímil la sostenida por algunos teólogos, el deberse la mayor parte de ellas á la influencia y contacto con nuestra religión en el Tibet.

La jerarquía eclesiástica, el celibato, los ayunos y penitencias, la confesión y hasta los nombres de ciertas dignidades, signos, indumentos y ceremonias, hacen ver en el lamismo asiático, aceptado como disciplina y jerarquía por el budhismo, el origen de tantas sorpresas anotadas por nuestros piadosos cronistas al estudiar los ritos del Mundo recién descubierto, achacadas á perversos manejos del diablo, cuando quizá traían, al través de los siglos y de los continentes, más divino y cristiano origen. Al leer muchas páginas de nuestros escandalizados notadores de las cosas de Indias, no hallamos en sus relatos sino ramificaciones, algunas veces en bastante estado de frescura, del budhismo y lamismo asiático.

Por tales motivos no han faltado algunos que han supuesto si estas semejanzas serían debidas á la predicación de Misio-

(1) Homenaje á Cristóbal Colón.— *Antigüedades Mexicanas*.— México, 1892, págs. XXXVII y XXXIX.

neros cristianos llegados por las costas Norte orientales del Nuevo Mundo cuando los viajes de los vikings y otros pueblos septentrionales en los siglos promediantes de la Edad Media, haciéndoles avanzar hasta recorrer casi todo el continente; mas esto no cuenta hoy con grandes datos en su apoyo. Lo penoso y casi imposible de llegar entrando por tales regiones á aquellas otras tan opuestas en que vemos florecer las doctrinas objeto de la cuestión, queda completamente reconocido por los pueblos más interesados en ello, que confiesan la poca permanencia y extensión de sus colonias en unas tierras tan ingratas, tras de las cuales nunca podrían sospechar se extendía un mundo lleno de maravillas y delicias naturales. Dinamarca y Noruega han hecho constar en la Exposición Histórico-Americana del Centenario en Madrid su convencimiento de la poca duración y suerte de las colonias establecidas por el año 1000 en la Vinlandia (Nueva Escocia), según la relación de Leif-Erikson (1).

Un estudio digno de gran atención en materias religiosas es el del simbolismo de sus representaciones, de muy oculto sentido las más veces, pero que por sus semejanzas nos da mucha luz sobre sus orígenes.

Los expedicionarios de la Sra. Hemenway, viviendo largo tiempo entre los Hopis y los Zuñis, guardadores de tan preciosos recuerdos arcaicos, nos presentan el ejemplar del riquísimo simbolismo religioso naturalista de aquellos pueblos aborígenes que formaban la segunda clase en nuestra clasificación etnográfica. M. Fewkes (2) ha tenido ocasión de estudiarlos detenidamente, tomando parte en muchas de sus larguissimas ceremonias y enterándose del sentido de sus símbolos tan

(1) Las teorías desarrolladas en la reciente obra norte-americana *The defenses of Norumbega, a later to judg daly, bi Eben Nortan Horsford*, Boston and New-Yord, 1891, y *The Soudfall of Leif-Erikson A. D. 1000*, del mismo, no han tenido gran eco ni aceptación entre los americanistas, que no ven suficientemente probado, por las muestras que presenta, la presencia precolombina de los europeos en aquellas costas, ni la llegada de Leif-Erikson hasta tales comarcas.

(2) V. *A Journal of american ethnology and archeology*, vol. I y II.—1891-92.

complicados, pero sin duda por cierta comunidad con las razas superiores que han llevado hasta allí alguna de sus doctrinas, también ha encontrado entre sus símbolos adorados el de la cruz, y como numen altísimo el de la serpiente emplumada.

La adoración de la cruz en la América precolombina, de la que es principal ejemplar la tan famosa de Palenque, sorprende y preocupa á los que por primera vez tienen noticia de ello, pero no es sólo allí, sino que con frecuencia se ve en muchos monumentos usada como símbolo sagrado. En los relieves de Santa Lucía de Cozumahualpa de Guatemala la tenemos repetidamente grabada; en el códice Pereziano también aparece, y en tantos otros monumentos, siendo, en fin, un signo venerable, cuyo sentido aún no vemos claro. ¿Será una representación de los cuatro puntos cardinales, á que tanta atención se presta en los cultos americanos? ¿Será un emblema de la divinidad, como la que llevaba Bochica luminosa en la frente? De todo puede haber en ello; pero persistiendo en nuestras procedencias budhistas diremos que en esta religión también se presenta tal signo como de los más venerables; que el culto de la cruz es de eficaz bendición para el que lo ejerce, y que la cruz, en fin, llevada al Tibet y la Tartaria por los nestonianos y aceptada por los budhistas, se extiende hasta el extremo oriental asiático, para sorprendernos luego en la América civilizada.

La del Santuario de Palenque no es la única, pero si la más importante; ocupaba el fondo del precioso cubículo, como principal objeto de adoración en aquel sitio. Grabada con arte exquisito en gran losa de piedra, de seis pies y medio de altura, se ve coronada por un gallo, al que un sacerdote ofrece ó consagra un niño que levanta entre sus brazos.

En otra losa, al lado opuesto, un ayudante más joven, de pie y en actitud de responder quizá á los salmos del sacerdote, presencia la escena, ocupando el resto de la superficie á sus espaldas, gran cantidad de signos catúnicos, tan idescifrados como todos los de su especie. El tercer tablero (separado hoy de sus dos restantes compañeros y custodiado en el Instituto Smithsonian de Washington) contiene el extremo de la mitra

del sacerdote oferente, estando igualmente llena su restante superficie por signos catúnicos, cuyo desciframiento sería tan decisivo para la interpretación del monumento.

Analizando los pormenores simbólicos del simulacro, deduce el Sr. Chavero su referencia al culto del sol y sus revoluciones en consonancia con las estrellas de la mañana y de la tarde (1), opinando Paso y Troncoso (2) ser, en cambio, una representación del *árbol de la vida*, con muy parecido sentido al que damos los cristianos al instrumento del suplicio del Salvador: todas estas interpretaciones pudiera haber llegado á obtener en América el sagrado signo, siendo lo cierto que allí aparece la figura de la cruz, perfectamente definida, como emblema de divina presencia y adorada con desfigurado sentido en tan lejanas tierras por aquellos gentiles, ignorantes del verdadero objeto de redención en ella originario.

La significación teológica del gallo y su sublime simbolismo es puramente asiático: el gallo, entre los chinos, es el emblema de los atributos supremos de la inteligencia divina; emblema de antiquísimo origen en aquellas regiones y por ellos aceptado más tarde. Hé aquí todo su sentido:

El gallo divino, el *Fug hoang*, es el Fénix, el ave inmortal que vive en el cielo, y cuya vista por el hombre es señal evidente de prosperidad y de abundancia de dicha. Tiene la cabeza de gallo, el pico de golondrina, el cuello de serpiente, el cuerpo de ave, con cola de plumas multicolores, como el pavo real, y á todo él adornan los más brillantes matices. Nació en misteriosa cueva de jaspe rojo, y se alimenta de las frutas del bambú, bebiendo sólo el agua en los más puros y escondidos manantiales de las montañas. Sobre su cabeza puede leerse la palabra *virtud*; en sus alas la de *obediencia*; en la espalda la de *justicia*; en su vientre la de *fidelidad*, y en su pecho, como en el del pelicano, sólo arde la *caridad* más acendrada: tal es el ave que corona la célebre cruz de Palenque y otras semejantes representaciones americanas, y á tal numen

(1) Chavero, *México á través de los siglos*, t. I, pág. 291.

(2) *Catálogo de la Exposición Histórico-Americana*, t. II, vol. I.

se ofrece el tierno niño por el sacerdote para que le acoja con amor y derrame en él todas sus gracias. Quizá á aquel precioso cubículo acudirían los piadosos mayas con sus tiernos hijos implorando para ellos las mayores venturas.

La serpiente emplumada, símbolo de Quezalcohalt, se ve donde quiera en toda la América civilizada, como numen superior, siendo el motivo de adorno principal, de exornación constante en los más artísticos monumentos. Ya aparece enroscada en México, ya adornando las paredes del templo de Cholula, y en Palenque y Chichen-Iza; al palacio de las Monjas lo abraza por completo con sus múltiples anillos, corriendo sin interrupción por sus frisos y molduras, y vése además en una infinidad de objetos religiosos y adornos, hasta de uso doméstico. Justo es, por lo tanto, que dediquemos algunos momentos á la averiguación de su origen y sentido.

En las pagodas más antiguas de la Indo-China, en Voen-Chan, donde se conservan las más venerandas imágenes de Buddha, la de Wat-Pha-keo, encontramos la misma representación con casi idéntico trazado, no sólo en sus miembros arquitectónicos, sino en los objetos del culto; el precioso portacirios de Wat Si-saket, y otros que aún se ven en las pagodas de Laos y hasta Tonkin, se hallan adornados, como motivo principal, con serpientes-dragones que parecen dibujadas por los mismos artistas que las de Cholula, sólo con menos cuadratura, que es el carácter principal del trazado americano; el lindísimo carro de Budha de las grutas sagradas de Pak-Hú-Sen, está formado por seis grandes serpientes, con la característica cabeza que pudiéramos llamar *indo-americana*, la misma que se ve en los grandes parasoles de otras pagodas.

Entre los dioses puramente brahmánicos, ningún monumento podemos recordar más semejante á los americanos que la doble imagen de Naga y Nagi y la de Sexa-Naga del templo de Badami, enroscada á la manera de la cónica del templo de México.

¿Qué relación tiene la gran serpiente con el numen á que se consagra? ¿Cuál su valor simbólico? Debemos decir que,

sin duda, obedece á un sentido alegórico y casi filológico, reconocido por tantas mitologías, resultado de la combinación de las cualidades atribuidas á la culebra y el dragón, es decir, sagacidad, sabiduría y constante vigilancia; esto es lo significado por la raíz de la palabra *buddha*, el *drikxrutí* sanscrito (culebra) de la raíz *driz*, ver, saber; este es el sentido del símbolo que preside toda la cultura americana.

Hay que distinguir, no obstante, entre la serpiente y el dragón: éste, que retiene la lluvia hasta que le hiere Indra con el rayo, según los Vedas, y que vemos aparecer entre los yopis, y también en el código troano, es genio maléfico, enemigo del hombre, titán constante en todas las mitologías.

La medición del tiempo, el calendario, ha sido también privativo de los estudios sacerdotales, ya para la más precisa determinación de las fiestas religiosas, ya para establecer correspondencias entre los movimientos celestes y las labores de las tierras. Estos cómputos, que aunque muchas veces heredados de pueblos anteriores, pueden darnos precisas indicaciones cronológicas, obedecen á diversos sistemas y van sufriendo sucesivas correcciones: nunca se puede decir que sean obra de un sólo pueblo; la mayor parte exceden para sus confrontaciones del tiempo que ha consumido cada uno en realizar su historia, y por esto encontramos en ellas correcciones debidas á repetidas y largas experiencias: «Como entre los Indos, dice Nadillac, Tiberianos, Chinos y Japoneses, que distinguen los años por la correspondencia de muchas series periódicas....., todos los pueblos civilizados de la América se valieron de este método ingenioso para designar el día y el año en un ciclo dado», de aquí que los aztecas tuvieran un sistema de tiempo tan exacto, por períodos de cincuenta y dos años, divididos en ciclos de trece, con días *nemontecni* ó complementarios, en los bisiestos, para evitar el atraso. Esto nos indica la herencia de observaciones anteriores, transmitidas, sin duda, por los colegios sacerdotales y gráficamente notadas por signos en forma de animales, como también lo hacen los japoneses.

Pero donde se hace más patente las analogías de las reli-

giones americanas con las asiáticas es en sus ritos. A tres principales podemos reducir los asiáticos, y de todos ellos encontraremos el reflejo en la América: el rito védico-brahmánico, el búdhico y el mágico ó del sol.

**El rito védico.**—Este rito, el más antiguo de la India, cuyas ceremonias nos constan con toda su complicadísima liturgia por los himnos del Rig-Veda y los *brahmanas* y *sutras* á ellos correspondientes, lo encontramos repetido con admirable pureza entre los pueblos más recónditos del continente americano. Correspondientes en su principio á una religión puramente naturalista, adoradora de las fuerzas físicas, á las que imploran para que se muestren propicias, favoreciendo principalmente las faenas del campo, todos aquellos ritos, todos aquellos himnos no tienen otro objeto sino obtener abundantes productos de la tierra, según la estación, el mes, la faz de la luna y hasta el día correspondiente.

El sacrificio védico, el *zutra*, es solemne y complicadísimo: precedido de purificaciones y abstinencias, comienza por el emplazamiento y perfecta orientación, conforme á los puntos cardinales, del altar del sacrificio; siguense las ceremonias especiales del mismo, acompañadas de la recitación de los himnos propios á cada momento: el *hotar* ó sacerdote que recita, acompañado de sus ayudantes, se dirige á los puntos cardinales, invoca á los cielos, á la tierra, á los vientos, y si desea la lluvia fecundante, á las aguas y al dios Indra, dios del rayo, para que esgrima éste, é hiriendo al dragón Vritra, que esconde las nubes, sobrevenga la lluvia beneficiosa..... Parece estarse leyendo la instalación entre los yopis del altar del conjuro de la nube y la celebración en las *estufas* de sus ceremonias, implorando la lluvia para sus campos. Las ceremonias, fiestas, cómputos y ritos védicos ofrecen tal semejanza con los encontrados por los emisarios de la Sra. Emenway entre los pueblos del Arizona (1), que bien podemos decir que los unos completan á los otros, auxiliándose mutuamente para su total

(1) V. *O Journal of American ethnology and archeology*, por Mr. J. Walter Fewkes, y su artículo en *El Centenario*, t. IV, pág. 148.

comprensión. Nada varía en ellos; iguales trámites van presentando en su proceso, sin faltar en ambos la embriaguez como final obligado; entre los vedas, con el divino *soma*, cuyo alcohol hace renacer las fuerzas de la vida, como si el espíritu de Indra penetrase en nuestro organismo, y en América con el *pulque*, de más grados y de efectos más desastrosos para la embriaguez. Del culto perpetuo de *Agni*, ó sea el fuego, también encontramos frecuentes huellas en la historia americana, principalmente en el Anahuac, y aquí también hallamos llevado al último abuso los sacrificios humanos, cometidos por todas estas religiones primitivas.

Los sacrificios humanos entre los antiguos indos son tan ciertos como brutales; los libros sanscritos los mencionan con harta frecuencia, consistiendo, no sólo en víctimas de mayor edad, si no en tiernos niños, calcinados al estilo de los ofrecidos al fenicio Moloc.

Más tarde fueron substituidas estas víctimas por caballos, toros, ciervos y aves, y he aquí cómo encontramos en América las humanas, en honor de las divinidades cuyo cometido era la guerra ó la muerte, como acontecía con el azteca Huistzilopuchtli, ó la sombría divinidad de los antros de Mitla, á quien tan grato era el suicidio, sin dejar de verlas de todas clases entre sus demás pueblos de superior cultura.

La evolución del rito védico produce el brahmánico, y de éste salen los nuevos dioses y las nuevas ceremonias, reglamentadas en sus más mínimas partes. Con el triunfo de los brahmanes introdúcese en la India una religión metafísico-antropológica, llena de dogmas abstrusos que constituye el fundamento de la preponderancia de la casta sacerdotal; entonces aparecen las trimurtis, los triples dioses con sus correspondientes diosas, los dioses auxiliares, los dioses elementales, toda una mitología, en suma, perfectamente determinada, con formas humanas, que concluye con todas las vaguedades védicas, aunque á éstas deba muchos de sus mitos. Brahma, Vixnu y Çiva, el dios creador, el conservador y el destructor; Maya, soberano de los muertos; Agni, del fuego; Ganesa, el de las ciencias, y muchos otros, forman el panteón indio, del

que tantos recuerdos pudiéramos encontrar en los pueblos del Anahuac. Los ritos de estas divinidades son muy complicados: su celebración constituye gran parte de la ciencia brahmánica. Por ellos se trata de obtener la protección de aquellas divinidades, ofreciéndoles los sacrificios más de su agrado conforme á su naturaleza, siendo cruentos y abominables los de Çiva y Maya principalmente, á los que se consagró aún el *narmedha* ó sacrificio del hombre, en forma parecidísima al de los crueles aztecas.

**Rito búdhico.**—A concluir con aquel orden de cosas implantado por los brahmanes, tan inhumano y tiránico, vino el Sakia-muni, el Buddha, proclamando la igualdad de los hombres y proscribiendo la crueldad de aquellos ritos que, gracias á él, se modificaron mucho. La liberación de las castas por la vida en comunidad religiosa, y la liberación del alma por el ejercicio de la virtud, fueron las bases de la reforma búdhica, que de tal modo se oponía á la sociedad brahmánica. Inminente fué la lucha; grande el triunfo al principio con la conversión del gran Rey Açoka y las dinastías posteriores; pero la reacción brahmánica, suavizando sus mitos, introduciendo en su panteón divinidades tan dulces y humanas como Krixna, concluyó por arrojar al budhismo de su cuna para que se dilatara, sin embargo, por todo el Asia oriental, dando origen á poderosos Imperios, tales como los de Campa, Cambodje y otros destruidos antes por la invasión china.

Todo lo más selecto, lo más humano y superior en las creencias encontradas en América, se relaciona íntimamente con el dogma y las prácticas búdhicas. Entre los mayas se conservaron las más puras; el paso de Quezalcohalt, su predicación y sus fundaciones son puramente búdhicas, modificadas más ó menos según los tiempos y lugares. A él se debe la implantación de la vida monástica y de la beneficencia entre los toltecas; el dogma de los tezcucanos; y con él se relacionan todas las prácticas más morales y humanitarias de aquel mundo, notándose singularmente en sus sacrificios.

Nunca los mayas ofrecieron los humanos, excepción alcan-

zada sólo por ellos; si en el Yucatán se verificaron últimamente, fué entre las tribus bajadas de México: el valor de las ofrendas consistía principalmente en su intención y frecuencia; flores, leche y perfumes eran las más gratas á los dioses, purificándose el cuerpo con asiduas abluciones, y el alma con la confesión de los pecados.

La práctica constante de quemar perfumes ante las imágenes de su adoración, es de marcada observancia búdhica, práctica extendidísima y ejercida con extraordinaria repetición, de la que nos quedan tantos ejemplares arqueológicos del útil de que se servían para tal objeto (1). A ella se debe la aparición en la China de aquellos riquísimos pebeteros, en los que tantas maravillas realizaron sus artistas.

**El rito caldeo.**—En la nebulosa historia de la India, región por donde ha tenido que pasar todo cuanto constituye la civilización de los pueblos del Oriente asiático, aunque sin cronología exacta, se dibujan ciertos hechos que van formando la red del pasado en tales pueblos.

Aparecen estas revelaciones con frecuencia desde que el espíritu europeo se ha aplicado á su estudio, y al gran indianista Weber debemos una de aquellas noticias más valiosas sobre la religión y los cultos asiáticos en sus regiones más meridionales: el texto de la *Magavyakti* nos da cuenta de la raza sacerdotal de los magys, llegada á la India, procedentes de Zakadvipa y llamada por un hijo de Krixna, Zamba, para servir en un templo dedicado al sol, al borde del Chandrabhaga. Estos sacerdotes traen el *aivanhana*; imploran á Dios cinco veces al día y ofrecen el sacrificio del Boresma observando el Baj. Tales sacerdotes se funden más tarde con los del culto indio de Aditya, ó sea el sol, pero permanecen distintos hasta el siglo VII de J. C. He aquí, pues, el culto caldeo implantado

(1) Numerosísimas son las especies de braseros, incensarios y perfumadores que se encuentran en toda la América pertenecientes á sus antiguos cultos, no siendo otra cosa los millares de cilindros huecos de barro cocido, generalmente terminados en la cabeza de un chacal ó puma, que el asidero de la escudilla para quemar los perfumes, de las que al fin se han hallado algunas completas.

en el Oriente desde remotos tiempos, y he aquí cómo también reaparece en la antigua América, sembrado de su recuerdo todo el camino de las razas invasoras y yendo á destellar con su mayor esplendor en el Imperio incásico en su gran templo, en el Coricancha del Cuzco, con todos sus caracteres y ritual, servido por los colegios sacerdotales de las vírgenes *nustas*, hijas del sol, siendo además el Perú el país clásico de los oráculos, á alguno de los cuales se ofrecieron sacrificios humanos.

Estas cardinales coincidencias nos hacen suponer cuánto la mitología comparada puede descubrir entre extremos tan distantes, y los motivos aún muy ocultos de sus manifestaciones: consignemos, por lo pronto, que apenas comenzado el esclarecimiento del extremo Oriente asiático, al punto notamos sus reflejos en la americana precolombina.

**Necrología.**—La manera de honrar á los muertos indica la cultura y creencias profesadas por el pueblo que las practica. Los americanos nos presentan en esto ejemplares variados y curiosos, pudiendo reconstituir por sus muertos gran parte de la vida que llevaron aquellos seres. Las variadísimas formas en que colocaron sus cadáveres, pudiera constituir muy extenso capítulo de necrología americana; pero limitándonos á lo más esencial y característico, comenzaremos por apuntar los usos de aquellos más salvajes, entre los que hasta sus propios convecinos eran á veces víctimas del canibalismo de las otras rancherías, cuando no arrojados á sus propios *kjokkemoddingos* y basureros, como cualquier otro resto de inútil aplicación para la vida; en los sambaquis del Brasil y los paraderos del Plata se encuentran envueltos con los residuos de la alimentación de aquellos hombres sus propios esqueletos, demostrando una inhumanidad sin límite y una carencia de creencias sobre el más allá de la vida, que los asimila á los brutos.

Pero pronto se hallan muestras de mayor respeto á sus antepasados; pues ya los charruas enterraban generalmente á sus muertos abriendo una fosa, en la que ponían el cadáver rodeado de sus armas y utensilios, guardándole, además, cierto luto por algunos días, durante los que se mutilaban y herían

como expresando su dolor. La más sencilla inhumación por este sistema se ve empleada por otras muchas tribus; pero también la hacían, ya levantando *tumulus* sobre uno ó varios sepulcros de piedra, á la manera de nuestros dólmenes, como los habitantes indígenas de los Estados Unidos (1), ya poniendo á los cadáveres en la copa de los más altos árboles, formando así de algunos bosques verdaderas necrópolis, correspondiendo á los más adelantados el uso de las *huacas*, que tenían por principal objeto la momificación en varias formas, quedando la cremación como privativa de los aztecas y algunas otras contadas gentes.

El sistema de huacas parece indicarnos, desde luego, el uso particular y propio de una de las ramas principales que forman la emigración más culta del Nuevo Mundo; ya decíamos anteriormente que todos aquellos pueblos que florecieron en la América, pertenecientes á la rama más *semita*, tuvieron por práctica funeraria para sus cadáveres la del enterramiento en huacas; y en efecto, en la pasada Exposición Histórico-Americana de Madrid veíanse curiosísimos ejemplares de ellas, empezando por encontrarse las momias en el territorio de los Eleutianos del Sur de Alaska, que, según el Catálogo oficial, «tenían el mismo sistema de enterramientos que en el Perú», habiendo sido descubierto un gran número de estas momias en la isla de Amakuak. También los presentaba, en el mejor estado de conservación, Gustavo Nordenskiöld de las halladas en el fondo de las *Cliff-Dewlers*, con restos cerámicos parecidísimos á los peruanos; noticias de ellas tenemos en abundancia en el Anahuac, muchas aún no exploradas y que sin duda han de proporcionar los más preciosos datos para la etnografía histórica de aquella región; revelánse des-

(1) Todo el tomo del *Annual report of the Bureau of Ethnology*, publicado en el año de 1894, está consagrado al estudio de los *mound* sobre el suelo de los Estados Unidos, demostrando su empleo funerario y las diversas épocas en que fueron levantados; muchos pertenecen á la precolombina. En el magnífico mapa que los acompaña se nota al punto la preferencia para ellos de las riberas de los grandes ríos y otras particulares muy dignas de estudio.

pués en Nicaragua y otros puntos cercanos al istmo; hallánse también en Colombia y Quito, y, por último, adquieren la mayor fama por su número y riqueza de objetos que encierra en todo el territorio del Imperio Incásico.

La sequedad de las costas del Pacífico en esta región, la pureza de los aires y otras condiciones del terreno, hicieron del país de los Incas la región de las momias más abundante que existe: bastaba á veces dejar en los sitios altos de las casas á los cadáveres, rociados con ciertos perfumes, para que la momificación se realizara, siendo también motivo de notación histórica y de raza la mayor ó menor envoltura de la momia y la disposición del lugar que ocupa. Llegaron á reunir los peruanos á sus Reyes en espléndido panteón, sentados en sus sillas como si experimentaran un estado hipnótico, y en otras regiones se descubren las más interesantes necrópolis, como en la gran Chimú, en Trujillo, costas de Ancón, aprovechando las cuevas para formar verdaderas asambleas de cadáveres, en las que las momias esperaban una resurrección, creída por aquellos hombres como consoladora doctrina para el más allá de la existencia.

También en el Anahuac morían con la esperanza de otra vida, con la creencia de que después de ésta su personalidad persistía en otra forma ó sería objeto de nueva existencia. Allí encontramos también la noción de una justicia de ultratumba, marchando cada uno á distintas regiones de bienandanza ó de castigo, según los méritos ó pecados cometidos en este mundo, mediante un juicio muy semejante al que empezando en el Egipto lo vemos después correr por todo el Asia hasta llegar al Anahuac.

Los Tlascallas creían, sin embargo, que la jerarquía social persistía en la otra vida: otros aceptaban la metempsicosis brahmánica, transformándose los humanos en animales más ó menos estimados, según sus obras ó estado social, y los mayas poseyeron las más altas concepciones en este sentido sobre la justicia eterna y la inmortalidad del espíritu, consistiendo para ellos el mayor premio en la otra vida, el reposar en eterna holganza y quietud á la sombra del árbol Yaxche, especie de

nirvana búdhico, libre de las miserias y molestias de la existencia.

Los aztecas heredaron las más altas concepciones de sus predecesores en el Anahuac, aunque imprimiéndoles su acento guerrero y cruel: los muertos en la guerra eran los que lograban mayor dicha en la otra vida, pasando directamente á la mansión del sol, sin detenerse en lugares de purgatorio, inexcusables para las demás gentes que morían de otro modo: la cremación fué su procedimiento de sepelio más extendido, después de exponer á los cadáveres, revestidos de sus mayores galas durante algunos días, al duelo de sus deudos y amigos, siendo digno de notar que allí donde hemos encontrado más analogías con los ritos brahmánicos, entre los nahuas, veamos también la costumbre indiana de la cremación, y el sacrificio de los deudos ante la pira del cadáver, cuyos restos son guardados después en las urnas cinerarias.

Pero entre los miztecas y demás pueblos limítrofes de Oajaca, los cadáveres se llevaban á los bosques funerarios ó á las profundidades de las cuevas, como las encontradas en Durango, donde la momificación es perfecta. He aquí, pues, cómo los hábitos funerarios de estos pueblos nos pueden servir de datos por el estado de cultura que representan y las formas que toman, según las creencias de ultratumba á que corresponden, así como para deducir también del parentesco y marcha de las distintas tribus en su establecimiento sobre aquel suelo.



III

Instituciones.—Familia.—  
Costumbres.



GRANDES diferencias se observan por estos conceptos entre las distintas razas pobladoras del Nuevo Mundo, al igual que hemos visto en otras manifestaciones de su pasado precolombino.

Descúbrese á las más primitivas llevando una vida anormal y fuera de todos los principios legales, errantes y movedizas, sin llegar á constituir tribu las más veces, cayendo entonces bajo el poder tiránico del más fuerte, como ocurre entre los charruas y guenonas.

Mal podían desarrollarse instituciones, formas de Gobierno y relaciones sociales entre gentes sometidas al más absoluto caciquismo y agrupadas sólo al amparo del brazo que más temían. En tal forma aparecen constituidas las grandes masas indígenas encontradas por los conquistadores, obteniendo de

nirvana búdhico, libre de las miserias y molestias de la existencia.

Los aztecas heredaron las más altas concepciones de sus predecesores en el Anahuac, aunque imprimiéndoles su acento guerrero y cruel: los muertos en la guerra eran los que lograban mayor dicha en la otra vida, pasando directamente á la mansión del sol, sin detenerse en lugares de purgatorio, inexcusables para las demás gentes que morían de otro modo: la cremación fué su procedimiento de sepelio más extendido, después de exponer á los cadáveres, revestidos de sus mayores galas durante algunos días, al duelo de sus deudos y amigos, siendo digno de notar que allí donde hemos encontrado más analogías con los ritos brahmánicos, entre los nahuas, veamos también la costumbre indiana de la cremación, y el sacrificio de los deudos ante la pira del cadáver, cuyos restos son guardados después en las urnas cinerarias.

Pero entre los miztecas y demás pueblos limítrofes de Oajaca, los cadáveres se llevaban á los bosques funerarios ó á las profundidades de las cuevas, como las encontradas en Durango, donde la momificación es perfecta. He aquí, pues, cómo los hábitos funerarios de estos pueblos nos pueden servir de datos por el estado de cultura que representan y las formas que toman, según las creencias de ultratumba á que corresponden, así como para deducir también del parentesco y marcha de las distintas tribus en su establecimiento sobre aquel suelo.



III

Instituciones.—Familia.—  
Costumbres.



RANDES diferencias se observan por estos conceptos entre las distintas razas pobladoras del Nuevo Mundo, al igual que hemos visto en otras manifestaciones de su pasado precolombino.

Descúbrese á las más primitivas llevando una vida anormal y fuera de todos los principios legales, errantes y movedizas, sin llegar á constituir tribu las más veces, cayendo entonces bajo el poder tiránico del más fuerte, como ocurre entre los charruas y guenonas.

Mal podían desarrollarse instituciones, formas de Gobierno y relaciones sociales entre gentes sometidas al más absoluto caciquismo y agrupadas sólo al amparo del brazo que más temían. En tal forma aparecen constituidas las grandes masas indígenas encontradas por los conquistadores, obteniendo de

ellas ciega obediencia aquel que por su valor personal se hacía más temible.

Desde los *mound-builders* hasta los *guaranies*, desde los habitantes de los *pueblos* hasta los de la isla Española, ninguno de ellos había avanzado más allá en su régimen político. El absolutismo de algunos caciques era tal, que llegaban á distribuir diariamente el trabajo entre sus sometidos, como sucedía á los *otomacos* del Orinoco. No gozaban de más independencia los *natches*, y sólo alguna vez se ven asambleas de varios caciques ante un común peligro, como ocurría á los *aramanos*, manifestándose la federación entre los *iroqueses* del río San Lorenzo. Este absolutismo, esta carencia de toda otra institución que limite el poder supremo, que reparta la soberanía, nos indica desde luego la gran simplicidad de unas gentes que quedaron sin tomar forma social alguna; el poder fué en ellos puramente personal, sin tendencias á hacerse hereditario, entre otros motivos, por la constitución especial que la familia obtuvo en muchos pueblos aborígenes americanos. Fiados sólo en la certeza de la maternidad, adquiere la preferencia la línea materna ó de las hembras, como sucedía á los *natches*, entre los que heredaba al Rey su hermana, ó la más próxima parienta.

Porque el sistema comunista, espontáneamente allí establecido, determina muchos de los fenómenos característicos de su vida. Poco individualistas, todo se hace entre todos y para todos; la propiedad adquiere escasa extensión; lo mío y lo tuyo apenas llega más allá de las armas ó útiles del oficio de cada cual; el hogar, que no pasa de la choza, no regido por la mujer propia, pronto se abandona, y así le es tan fácil al más fuerte ejercer el supremo señorío: ya hemos visto á los *otomacos* trabajar según el reparto hecho por el cacique cada mañana; ya veremos á los Incas ser los amos más poderosos de país alguno, privando á todos sus súbditos de la propiedad de las tierras.

Entre los aztecas no existía la propiedad individual de los campos; cada *calpulli*, ó reunión de parientes, ocupaba sus terrenos inalienables, que en ciertas épocas eran distribuidos para su cultivo entre las familias que lo componían. Otras

tierras (*tlamilli*) eran dadas sólo en usufructo á los jefes, que si no las aprovechaban, devolvían al dominio público; otras eran de realengo (*tlatocatlalli*) por los que percibía un canon el Rey de Méjico.

El comunismo territorial, bien libre ó regulado por la tiranía, prevalece como general concepto en casi toda la extensión del Continente americano, aceptándolo sus tribus, aun las más adelantadas; lo mismo que del mar, de la tierra nadie se creyó con derecho para someterla á su propiedad particular, si no es aquellos Incas ó caciques que se dijera hijos directos de los dioses, señores de todo lo creado, y aun éstos dejaron siempre como libre la mayor parte de su territorio. Entre los mayas, según el Padre Landa, las tierras eran del común, poseyéndolas sólo para su cultivo el primero que las ocupaba, reuniéndose para ello en cuadrillas que se repartían luego sus productos; en la misma forma verificaban la caza y la pesca. El principio comunista, aplicado á la familia, produjo entre muchos los efectos que á seguida veremos.

Pero las formas de Gobierno van dibujándose conforme obtienen aquellos pueblos mayor cultura. Muy adelantadas nos las presentan ya los aztecas. Aunque se muestren en todo como un pueblo bárbaro invasor, que adquiere algo de la cultura de aquellos á quienes somete, llega á ofrecernos, quizá por esto, el ejemplo de una monarquía electiva, debida á los distintos brazos sociales, que dejaban al lado del Rey cuatro Inspectores, autorizados hasta para su deposición, si no cumplía con los deberes impuestos á su cargo.

Instituciones más democráticas, más lejanas del poder personal absoluto, encontramos también en el suelo americano.

Las asambleas eran frecuentes entre algunos, nombrándose en ellas jefes militares ó civiles, pero tan sólo en casos de guerra ó de justicia, como entre los algonquianos, terminando sus poderes al cesar la causa por que les fueron conferidos.

Funciones muy democráticas ejercíanse también, y aun se ejercen, entre los pescadores de Alaska, algunos pueblos del Canadá, y otros al Norte, en lo que podemos llamar la Siberia americana, y ejemplo también de constitución federal nos

presentan los partidarios de este sistema, como modelo notable, la de los iroqueses, llevada en ella al último extremo la autonomía de cada cantón; pero todas estas formas sólo las hallamos entre los pueblos más septentrionales, sin bajar nunca á ciertas latitudes más templadas ó meridionales y como propias de las gentes que venimos excluyendo del cuadro de las genuínas americanas precolombinas.

Muy contrarios caracteres ofrecen los Gobiernos de aquellos otros pueblos de la región occidental, escasos comparativamente de población, y dueños de muy estrecho territorio al lado de las grandes extensiones americanas; pero ellos son los que fundan imperios y realizan conquistas, armonizando bajo sólidos principios las relaciones entre sus miembros, que sentían la idea de la nacionalidad.

El Imperio de los toltecas, el primero en constituirse bajo el sistema de nación, descrito por los autores indígenas como nunca hubieran podido imaginar sin antecedentes ciertos para la redacción de tan características historias, fué completamente un Imperio á la asiática, con jefes hereditarios, aunque obligados á dejar el reinado á los cincuenta años de ejercerlo; especie de jubilación previsorá que forma un singular ejemplo en la historia de las instituciones. Tan celosos eran del prestigio de la Autoridad Real, que no le permitían tampoco el concubinato ni aun en caso de viudez, quedando en este estado el soberano, sin poder celebrar segundas nupcias.

La Autoridad Real aparece allí revestida de todos sus emblemas y espléndidas formas exteriores. La Corte sedentaria construye los más suntuosos palacios y se rodea de las jerarquías religiosas y militares que la defiendan y sustenten. El Rey y el pueblo están sometidos á las leyes, y todo acusa una constitución imperial, que vive hasta que los bárbaros chichimecas aniquilan su grandeza. Aún más organizados se nos ofrecen otros Imperios constituidos en el Anahuac, como los de Colhuacan, Tenayacan y Azcapotzalco, y últimamente los de Texcoco y Tlacopan, el primero de ellos con su gran Rey, el político, legislador y poeta Nezahualcoyotl, la figura más notable de la América Precolombina, confederados con los

Aztecas, y por éstos al fin absorbidos; más abajo, en la región central, vemos á la Monarquía de los mayas, disputándose su vinculación las ramas de los Cocomes, Xivies y Cheles; los Quichés en Guatemala; los Güetares en Costa-Rica; luego, en el Continente meridional, á los Xiris y Duchicelas, los Quimbayas y otros que reviven á la historia; pero los que nos ofrecen más curiosos caracteres son los Incas peruanos, institutores de una dinastía rigurosamente hereditaria en el varón primogénito habido de la Coya, ó reina.

El Imperio de los Incas, más que una organización política (y esto lo hemos dicho ya en ocasión distinta) (1), es una forma fuertemente reglamentada de casa comercial ó explotadora de las riquezas de un territorio. Allí no hay más que un amo que establece corresponsales en las provincias á medida que las va sometiendo; la guerra y la conquista, periódica y hasta cierto límite, no se hace con otro objeto.

Abrense en seguida vías de comunicación esmeradamente conservadas y con surtidos paradores; la contabilidad más escrupulosa rige la producción; el trabajo se ejecuta por todos, reglamentado hasta el último detalle, para su mayor eficacia, sin cansar los brazos del obrero, á fin de que no se inutilice. Todos trabajan para el Inca, y el Inca previsor, á todos sustenta, y para justificar su privilegiada suerte, se declara hijo de la divinidad, señora y dueña de todo lo creado, haciendo de las consultas á los oráculos, pagadas en oro, uno de sus mejores rendimientos. Jamás á la alta banca judaica pudo ocurrir un sueño más dorado.

En las restantes razas meridionales sólo vemos la más primitiva é incivil carencia de todo organismo social ó político.

La familia corre parejas con las instituciones sociales, según las gentes de que forma parte. Entre las más atrasadas y nómadas la suerte de la mujer era tristísima, sufriendo toda clase de vejaciones y martirios; la mujer del charrua, polígamo, abandonaba á su marido cuando otro hombre le prometía con ella la monogamia; en su vida errante ella llevaba

(1) *El Centenario*, tomo IV, pág. 475.

la carga, siendo el hombre portador sólo de las armas; entre algunas tribus las madres mataban al nacer á sus hijas para privarlas de tantas desdichas.

Así como el cacique es el déspota en la tribu, el hombre es el déspota en la familia, no siendo la situación de los hijos más lisonjera que la de la madre. Los cuadros más inhumanos se contemplan al estudiar en este punto á las gentes que formaban la gran masa de la población americana primitiva, que los colocan al nivel de las más inferiores y abyectas de la humanidad, y entre las de segundo orden, aún la familia ofrece especialísimos caracteres.

Los arraigados sentimientos comunistas producen en la familia los fenómenos más característicos; al uso comunal de la tierra corresponde el uso colectivo de la mujer, que determina el matriarcado con todas sus consecuencias; por esto el hombre pertenece á la tribu más que á la familia, no experimentando la autoridad del padre, casi siempre inseguro; innumerables ejemplos encontramos entre las gentes aborígenes americanas del comunismo en la mujer, ejemplos que las relacionan con muchas de la Oceanía y hasta del primitivo Oriente asiático, de cuyo comunismo femenino hallamos aún vivo recuerdo en los grandes poemas sanscritos.

El fundamento de la familia azteca era la madre; ellas disponían y determinaban entre sí las ascendencias y descendencias y el enlace con las distintas familias; hasta más tarde no se admitió la descendencia paterna, durando tanto el recuerdo del matriarcado primitivo, que nunca llevaron los niños mejicanos nombre patronímico; la madre les ponía al nacer, y cuando salían de la infancia, *el hombre de la medicina* lo substituía por el que habían de usar en adelante. Comenzada su educación, recibíanla en común con los demás niños del *calpulli*, ó reunión de familias; varios *calpulli* formaban la tribu, y la reunión de tribus el estado. Entre los hopis, tiene aún la familia por centro á la hembra más anciana; el marido pasa al hogar de la mujer, cuya dueña es, llegando en algunos casos hasta á despedirlo y tomar otro, y entre los Pieleros todo se regula por la progenie materna: á la mujer per-

tenecen, entre ellos, todos los derechos, los hijos, los bienes, la choza, de la que hace heredera á la hija mayor ó á la más próxima parienta, pues el padre apenas es sino un huésped, admitido para engendrar los hijos y defenderlos en sus frecuentes guerras; en una madre común se fundamenta el *clan*, compuesto de todos sus descendientes, de mujer á mujer, no llevando los hijos más nombre que el de la madre.

Cada clan tenía una divisa, el *totem*, que usaban todos los congéneres, impresa en su cuerpo, en el pecho, por el tatuaje, ó representada en sus vestidos y armas, consistente por lo regular en un animal simbólico. El clan venía á ser como la *gens* romana, si no fundado en la filiación materna, al contrario de la latina, en que el *pater familias* era el origen de toda progenie, y he aquí una diferencia etnográfica esencialísima, característica en la familia, según se trate de los pueblos superiores ó los de segunda clase que se han desarrollado sobre la faz de la tierra.

Así el matriarcado va desapareciendo conforme las razas adquieren mayor altura; entre los aztecas llegó á establecerse el matrimonio, no pudiendo tomar mujer el hombre, aunque polígamo, sino mediante esta institución, que vemos fortalecerse entre aquellos otros de marcada filiación asiática, llegando á obtener toda estimación la monogamia entre los toltecas y mayas. Estos se presentan ya por muchos conceptos dentro por completo del cuadro de las razas superiores, á cuyos miembros tanto repugna el ser hijos de padre desconocido.

Los toltecas eran tan monógamos, que ya hemos visto privar á sus Reyes de las segundas nupcias y del concubinato; los matrimonios entre los mejicanos se fundan en tradiciones venerandas que les prestan solemnidad extraordinaria: si bien podían celebrarlo con varias mujeres, aun viviendo las primeras, los recién casados entregábanse, durante los tres primeros días, á las mayores penitencias, durmiendo tales noches en el suelo, y absteniéndose con gran rigor de todo contacto carnal, al tenor de lo que prescriben taxativamente los *sutras* sanscritos.

Entre los mayas el elemento femenino pierde su prioridad,

416

prevaleciendo el masculino. Los nombres de los padres duraban siempre en los hijos, en las hijas no (1), para que así no se extinguieran los linajes, de los que eran muy celosos, llevando sobre ellos los Sacerdotes escrupulosos registros ó partidas. Cuando moría el señor y no estaban los hijos en condiciones de mayor edad, el hermano mayor del padre quedaba como tutor de los menores y encargado de su instrucción. Estimaban la virginidad en las mujeres, y aunque les fuera permitido el repudio, les exigían la fidelidad, habiendo muchos que no vivieron sino con una. «Nunca los yucatanenses tomaron más de una, como se ha hallado en otras partes tener muchas juntas», dice Landa, siéndoles permitido castigar el adulterio con la muerte del amante, aunque otorgaban el perdón á la adúltera, pero quedando repudiada é infamada por ello para siempre.

Entre los Incas, polígamos, la familia obtiene todo el carácter semita, siendo la *coya*, ó mujer legal, la única adornada con todos los privilegios y distinciones.

La administración de justicia, la tributación, las instituciones militares y otros organismos políticos, no ofrecían interés marcado para nuestro especial objeto. La primera llega desde la venganza entre los más rudos hasta la constitución de tribunales unipersonales ó colectivos, como entre los aztecas; el derecho, más que nada penal, manifestado por duras leyes, alguna vez escritas, como las Ordenanzas de Nezahualcolli y su hijo, se funda principalmente en la tradición; ésta substituye, como en tantos otros casos, á la ley elaborada por el Poder; ella regula la mayor parte de los actos de la vida, y ella también impone prácticas, á veces las más extrañas y pintorescas.

Costumbre general de aquellas tribus más inferiores fué el antropofagismo, que se presenta entre ellas con una constancia aterradora. Apenas llegamos al Nuevo Mundo cuando ya conocimos de cuánto eran capaces aquellos hombres en cuanto á devorar á sus semejantes. Los caribes, los yucatecos de

(1) Landa, *Relación del Yucatán*.

origen azteca y otros varios, consideraron como un placer supremo el banquete hecho con los cuerpos de los recién llegados. De los aztecas todos sabemos qué grado alcanzaron en su voracidad; hacían la guerra, no tanto para la conquista, cuanto para proveerse de víctimas humanas que ofrecer primero á los dioses y aprovechar luego sus adoradores, y si el Rey se olvidaba de la guerra por las dulzuras de la paz, los Sacerdotes le recordaban tan sagrada obligación con cualquier motivo de adversidad real ó imaginaria.

Las tribus de Colombia eran antropófagas antes de la llegada de los quimbayas; en Quito aún quedaban bastantes restos cuando la conquista; en el Orinoco, Amazonas, Parana y Paraguay el canibalismo era constante; en el Brasil los *sambaquis* ó montes de huesos, partidos para extraerlos el tuétano, nos hielan el ánimo de asombro; en todas partes donde tienen su asiento estas primitivas gentes hallamos iguales inhumanas costumbres.

Quizá influyera en esto la pobreza de la fauna comestible en las comarcas americanas, observándose menos desarrollo allí donde la existencia de aves y cuadrúpedos permitían más su consumo; porque tanto entre los aztecas como entre otras razas, vemos constituir la alimentación ordinaria, la puramente vegetal, siéndolo principalmente el maíz en sus diversos productos, bien formando el *tladli* ó pan de maíz, el *atolli* ó poleadas con miel: bebían el *cacautl* en agua, ó sea el chocolate, el *octli*, y como equivalente al vino, el funesto *pulque*, sacado del zumo del maguei ó pita. Alimentación animal apenas si la lograban los más poderosos, haciendo los demás pastas repugnantes con insectos y reptiles.

Otro de los hábitos contraídos por los pueblos americanos, que llegó á extenderse hasta los más cultos, fué la extraña y anti-inhumana costumbre de la deformación craneana, obtenida en la más tierna edad por tan crueles medios como la opresión del cráneo entre dos tablas fuertemente ligadas. Esta enormidad, comprometedora de la existencia del niño y sin ninguna ventaja para su vida cuando hombre, era aplicada con la mayor saña por las madres para obtener tan

sólo un carácter externo de raza, incompatible con toda sana estética. Y sin embargo, es tan privativa de los pueblos más superiores occidentales, que sólo en contados casos se nota su ausencia entre ellos, conviniendo por esto con el concepto merecido entre muchas islas oceánicas más cercanas al Continente asiático, donde nunca fué permitida á los esclavos ni gente inferior, siendo como un privilegio de la nobleza.

Los quichés, tan artistas y adelantados, se apretaban el frontal de modo tan violento cual siempre se ve en sus excelentes relieves y esculturas; en algunos la deformación tendía á dar al cráneo un aspecto puntiagudo; en otros, la compresión era lateral, ó bien posterior, haciendo avanzar el frontal; de mil modos, en fin, pero ninguno racional ni conveniente, y cuenta que no estaban muy sobrados de cabeza, como hemos visto, los antiguos americanos.

Pero debió obtener tal arraigo esta costumbre por un respeto tradicional á su origen primitivo extranjero; ya se habla de ella, por nuestros autores clásicos, como Estrabon y otros, cual singularidad de los bárbaros de procedencia asiática, y en ningún lado se ve tan empleada como entre las islas más cercanas al extremo Oriental de aquella parte del mundo. La opinión de ser naturales tan extrañas formas del cráneo, es completamente gratuita, no habiendo necesidad de detenerse en la prueba de lo contrario.

Otra costumbre primitiva asiática, hoy refugiada en muchas islas oceánicas, y también extendidísima entre los americanos, fué la del tatuaje. De origen divino, é impuesto como gratísimo á los dioses, se ve muy aceptado por los semitas, siendo bastante afectas á él las mujeres árabes; conservado hoy principalmente entre los salvajes del Océano Pacífico, le vemos, por lo tanto, más unido con los usos orientales que con ningunos otros, siendo en América más del agrado de las tribus primitivas que de las más cultas, entre las que fué preferida la deformación craneana.

Otros mil usos y costumbres pudiéramos apuntar que nos llevan directamente al extremo Oriente asiático. La manera de sentarse con las piernas cruzadas, de que tan notable ejem-

plar es el Quetzalcohalt del Museo del Trocadero, y las figuras del altar de Copan, cuya primera de ellas creeríamos un Buddha indo-chino á no conocer su procedencia; el agujerarse las orejas en la ranura del antehelix, algunas veces con siete agujeros, lo mismo que entre los Indos, de que constituían notable muestra los dos bellísimos vasos en forma de cabeza humana, con todo el tipo asiático, presentados por los Estados Unidos en la Exposición de Madrid, pudiéndose notar igual particularidad en ciertas figuras del riquísimo tesoro de los quimbayas, regalado por Colombia; la forma prolongadísima de las orejas de los Incas, por lo que recibieron el nombre de *orejones*, tan idéntica á la que ostentan las cabezas de Buddha en todos sus templos; el uso de los zapatos, bien en un pie, bien en ambos, según el ritual de las ceremonias; la moda de limarse los dientes las doncellas é incrustarse en ellos piedras preciosas para realzar así su belleza; el modo de recogerse el pelo los militares sobre la coronilla, y tantos otros detalles elocuentísimos, nos llevan á afirmarnos cada vez más en la comunidad con las gentes asiáticas de distintas razas y variedades, allá en épocas más ó menos lejanas.

Tratándose de los hábitos característicos de los hombres de aquellos continentes, no debemos concluir sin citar el del uso del tabaco, que tanta aceptación tuvo después en el mundo entero. Fernández de Oviedo fué el primero que nos dió cuenta de él, aunque empleado en muy distinta forma y con muy diverso objeto; en la isla Española aspiraban los fumadores el humo de las hojas, mediante un tubillo de doble boca que aplicaban á la nariz, obteniendo por este medio la embriaguez hasta caer en tierra.

Entre ellos llamábase tabaco al aparato, no á la planta que producía el humo; otros lo ofrecían como sahumerio á los ídolos antes de pelear; los *boratios* ó adivinos de Venezuela perdían el sentido aspirando el humo del tabaco, que aquí llamaban así al vegetal, y el mismo Oviedo nos lo presenta en forma de cigarro puro, ofrecido por un cacique á los compañeros de Grijalva, como señal de paz y seguridad durante sus parlamentos.

Pero este primitivo autor no conoció el uso de las pipas, tan extendido en el centro del Continente Norte, y de las que tan curiosos ejemplares nos han proporcionado las exploraciones de los Mound Builders; la pipa resulta un aparato de origen genuinamente norte-americano. Los indígenas habitantes de aquellas llanuras se esmeraron en su labor, realizando en ellas cuanto su arte pudo alcanzar, haciéndolas de barro cocido, esteatita, piedra más dura y cobre; debieron tener un principio religioso, si hemos de tomar como dato el que aún hoy la pipa pasa de mano en mano entre los Sacerdotes de varias tribus, congregados para comenzar sus ceremonias; pero el mayor interés que nos ofrecen estos útiles salidos á la luz, de los montículos norte-americanos, es que en ellos vemos representados gran cantidad de animales, hoy sólo existentes en las regiones del Sur, habiendo desaparecido de su primitivo asiento, sin duda á causa de cambios climatológicos; pero los tipos humanos esculpidos en ellas corresponden al de los Pieles-Rojas y otros adjuntos, con indicaciones muy marcadas del tatuaje, al igual que aún hoy se ven entre los indígenas más fumadores americanos. La planta del tabaco fué desde un principio tan estimada, que se recibía entre ellos como precio de rescate; los aztecas, que tantos hábitos primitivos conservaron, fumaban el *yell*, ya en forma de *pocoyell* ó puro y *acayell* ó picado; pero digno de consignar es que nunca llegaron á fumar los pueblos más cultos precolombinos, pues ni los nahuas no indígenas, ni los mayas, ni los peruanos nos dejaron memorias de haber tenido tal vicio ó costumbre, tan aceptada hoy entre las naciones más civilizadas: y ya que de vicios de los antiguos americanos tratamos, no dejaremos de consignar su desenfrenado y general hábito de la embriaguez, origen entre ellos de las más repugnantes obscenidades, en las que superaron á todos los pueblos.



## IV

## Lingüística.



HASE dado gran importancia en nuestros días al estudio de las lenguas, para inquirir sobre los orígenes y relaciones de los pueblos, pretendiéndose obtener por ellas pruebas irrefutables acerca de su antigüedad y parentesco entre sí más ó menos lejano.

No deja de ser, sin embargo, este terreno muy inseguro, y por el que se ha ido algunas veces mucho más lejos de lo que la prudencia científica aconseja, ocurriendo últimamente ciertos conflictos entre la filología y la antropología; pero no hemos de concederle nosotros menor atención, ni ha de dejar de servirnos su análisis para obtener valiosas deducciones, pues aunque muchos fenómenos lingüísticos son casi inexplicables, siempre brota cierta luz del examen de su conjunto, y bien podremos lograr, mediante él, algunos datos de indudable importancia.

En el cuadro de las lenguas americanas, primeramente trazado por el español Hervas, existe tal variedad que parecen resistir á su clasificación en grupos ó épocas, razas ó

Pero este primitivo autor no conoció el uso de las pipas, tan extendido en el centro del Continente Norte, y de las que tan curiosos ejemplares nos han proporcionado las exploraciones de los Mound Builders; la pipa resulta un aparato de origen genuinamente norte-americano. Los indígenas habitantes de aquellas llanuras se esmeraron en su labor, realizando en ellas cuanto su arte pudo alcanzar, haciéndolas de barro cocido, esteatita, piedra más dura y cobre; debieron tener un principio religioso, si hemos de tomar como dato el que aún hoy la pipa pasa de mano en mano entre los Sacerdotes de varias tribus, congregados para comenzar sus ceremonias; pero el mayor interés que nos ofrecen estos útiles salidos á la luz, de los montículos norte-americanos, es que en ellos vemos representados gran cantidad de animales, hoy sólo existentes en las regiones del Sur, habiendo desaparecido de su primitivo asiento, sin duda á causa de cambios climatológicos; pero los tipos humanos esculpidos en ellas corresponden al de los Pieles-Rojas y otros adjuntos, con indicaciones muy marcadas del tatuaje, al igual que aún hoy se ven entre los indígenas más fumadores americanos. La planta del tabaco fué desde un principio tan estimada, que se recibía entre ellos como precio de rescate; los aztecas, que tantos hábitos primitivos conservaron, fumaban el *yell*, ya en forma de *pocoyell* ó puro y *acayell* ó picado; pero digno de consignar es que nunca llegaron á fumar los pueblos más cultos precolombinos, pues ni los nahuas no indígenas, ni los mayas, ni los peruanos nos dejaron memorias de haber tenido tal vicio ó costumbre, tan aceptada hoy entre las naciones más civilizadas: y ya que de vicios de los antiguos americanos tratamos, no dejaremos de consignar su desenfrenado y general hábito de la embriaguez, origen entre ellos de las más repugnantes obscenidades, en las que superaron á todos los pueblos.



## IV

## Lingüística.



HASE dado gran importancia en nuestros días al estudio de las lenguas, para inquirir sobre los orígenes y relaciones de los pueblos, pretendiéndose obtener por ellas pruebas irrefutables acerca de su antigüedad y parentesco entre sí más ó menos lejano.

No deja de ser, sin embargo, este terreno muy inseguro, y por el que se ha ido algunas veces mucho más lejos de lo que la prudencia científica aconseja, ocurriendo últimamente ciertos conflictos entre la filología y la antropología; pero no hemos de concederle nosotros menor atención, ni ha de dejar de servirnos su análisis para obtener valiosas deducciones, pues aunque muchos fenómenos lingüísticos son casi inexplicables, siempre brota cierta luz del examen de su conjunto, y bien podremos lograr, mediante él, algunos datos de indudable importancia.

En el cuadro de las lenguas americanas, primeramente trazado por el español Hervas, existe tal variedad que parecen resistir á su clasificación en grupos ó épocas, razas ó

naciones. Privadas, por otra parte, de originalidad y carácter definido, tanto en sus voces como en su contextura gramatical, vienen á presentar á cada paso semejanzas y analogías con casi todas las conocidas, hasta con las más clásicas, pues apenas existirá alguna de las del Antiguo Mundo que no se vea reflejada en su vocabulario, aunque obedezcan las americanas por su artificio gramatical á más reducidos patrones. Parece como si todas hubieran concurrido á darles raíces para ser usadas después por razas inferiores que las amoldaron á su sistema gramatical conglomerante; pero no se pierda de vista, para explicar este fenómeno, que venimos considerando á los pueblos americanos como ramificaciones del gran árbol humano, cuya savia proviene de lejano tronco común, siendo esto una prueba más de su lejano origen, por lo que, á pesar de tan grande confusión, vamos á pretender generalizar algo sobre tan complicada materia.

Dificilísimo es seguir los pasos de cada voz y de cada raíz para indagar el camino que ha recorrido desde su origen y las modificaciones que en tal viaje ha experimentado, hasta adquirir la forma en que la encontramos; asunto que si de tan difícil solución es entre las lenguas más conocidas, dando lugar por ello á veces á las más alambicadas y caprichosas etimologías, aún más lo ha de ser entre las americanas, apenas antes comparadas y de tan obscura historia. Por esto, si logramos definir en tal cuadro algunos lineamientos, harto habremos obtenido, y más si recaen en apoyo de la tesis general que venimos sosteniendo.

No debemos ya admitir que una lengua sea más ó menos antigua por la especialidad de su contextura gramatical, ni que para llegar á la flexión de las más perfectas, sea preciso el trabajo de varios pueblos, que empezando por el monosilabismo primitivo pasen por la aglutinación para llegar á la flexión; esto es hoy completamente inadmisibile, pues el empleo de uno ú otro sistema por cada gente, es caso puramente étnico, que en nada indica mayor ó menor antigüedad. Sólo en la escasez ó riqueza de voces y matices gramaticales, sólo en el estado más ó menos artístico ó de descompo-

sición en que se halle una lengua, podemos basarnos para deducir acerca de su edad, teniendo siempre en cuenta la capacidad intelectual y condiciones de raza del pueblo que la emplea.

Para esta especie de cronología filológica, para esta extracción del lenguaje americano, debemos empezar por el estudio de los idiomas del Sur y remontarnos hacia el Norte, si hemos de proceder de lo simple á lo complejo, de lo más antiguo á lo más moderno, pues seguramente en ambos extremos encontraremos los de su cronología.

Arrolladas las razas más primitivas é inferiores á los confines meridionales por el empuje de las emigraciones de otras de relativa superior cultura, nos encontramos entre las tribus que manifiestan el mayor atraso con las lenguas más pobres y poco pulimentadas. Allí hallamos á los habitantes de la Tierra del Fuego, que, según eminentes americanistas (1) en su lengua más culta, el *yahgan* es quizá donde se ve más extremado el aglutinamiento general á todas las precolombinas, siendo su declinación pobrísima, distinguiendo sólo el caso directo, ó sea el acusativo, á cambio de una conjugación con cuatro números y otras particularidades que la alejan grandemente del cuadro general de estos idiomas, manifestando su salvaje organismo.

También entre las lenguas de los pampas las tenemos de una rudeza extraordinaria; del *charrua*, dice Azara que era todo nasal y gutural, diferente de los demás de tal suerte, que nuestro alfabeto no podía expresar el sonido de sus sílabas casi inarticuladas, asimilándolo D'Orbigny al de los puelches y tobas.

Entre las lenguas del Gran Chaco, como el *guaycuru* y otras más rudimentarias, aparecen casi todas careciendo de numerales, fenómeno rarísimo y que indica el estado de atraso y la rudeza de aquellos pueblos, apenas sabiendo contar por los dedos.

La enorme extensión del Continente Meridional muéstrase

(1) L. Adam y antes Ven Martius.

por lo demás dividido filológicamente en dos grandes grupos: uno atlántico, representado principalmente por el *goajiro*, *caribe* y sus dialectos, con los extendidos idiomas *tupi* ó *guarani*, y el *chiquito* de Bolivia, más pobre que los otros y que parece enlazarse con los primeros consignados, y otra gran rama andina, occidental, que se extiende desde el *Choco* hasta el *Araucano*, trasvasando algunas veces las montañas é invadiendo en cierta extensión las regiones orientales.

El primero de estos dos grupos merece, filológicamente estimado, la consideración del más genuino americano: el sinnúmero de lenguas de que consta, presenta, á más de su gran unidad en la formación, una pureza de raíces que sólo admiten parentesco con aquellas proto-asiáticas, polinésicas y africanas, pertenecientes á pueblos que tuvieron que abandonar el continente asiático á causa del empuje de otros invasores más poderosos.

El *goajiro-arawak*, el primer idioma que oyeron los españoles al pisar tierra americana, extendido entonces por todas las Antillas, y considerado por muchos como hermano del caribe, preséntase aglutinante en superior grado; nada de mociones para los géneros y casos; nada de terminaciones para los números; ellos dicen, traducido, *toro macho* y *toro hembra*; *hombre uno* y *hombre muchos*, con todos los demás caracteres que determinan el fondo rudo é inflexible de estos idiomas de tan somera morfología. Es, sin embargo, su vocabulario bastante rico; su numeración decimal; sus pronombres sustantivos y adjetivos y su conjugación con numerosos tiempos, pero todos perifrásticos y con adiciones personales é índices temporales, como no podía por menos de suceder dada la índole del idioma, proporcionando todo ello, como decimos, acabado ejemplar de idioma puramente americano.

Iguals interesantes particularidades se encuentran en las demás lenguas de esta gran región, que van perdiendo en riqueza y organismo gramatical cuanto más se acercan hacia el Sur, como acontece con el *tapuya* ó brasileño y el interesante *tupi* ó *guarani*, eminentemente polisintético é incorporativo, con numeración sólo quinaría, y mucho más pobre

en formas conjugables, de iguales posposiciones para ambos números en la declinación, y necesitando para distinguir los plurales, el empleo de la partícula *heta*.

El *chiquito*, el *omaya* y sus dialectos completan el somero cuadro de las lenguas en esta gran región, en cuyo estudio no podemos detenernos, consignando sólo que las semejanzas semíticas y hasta fenicias que algunos han querido encontrar en ellas son tan violentas, que nunca producen el convencimiento de su existencia.

Donde se ven éstas realmente más marcadas es en la gran rama andina, ó del Pacífico, empezando á aparecer en el *chipcha*, y definiéndose más claramente en el *quichua*, el idioma de los Incas, cuyas grandes analogías con el protomédico, recientemente estudiado por el gran orientalista Mr. Oppert, llegan á tanto que les hace perder mucho de la condición general polisintética de las lenguas americanas, empleando en su lugar procedimientos gramaticales reconocidamente semíticos.

Estos repetidos caracteres asimilativos de los peruanos con las razas semíticas del Asia, aumentan las pruebas, ó por lo menos las conjeturas de su origen y emigración, los que más adelante veremos patentizarse en sus bellas artes, y ya hemos observado algo en su constitución é instituciones. Hermandad grande con el *quichua* ofrece el *aimará*, idiomas ambos en los que vemos un organismo gramatical completo, con su declinación y conjugación ricas en formas, empleando la aglutinación de la más parca y simple manera, apareciendo por lo demás en la propia región el *yunca*, el *poquina* y el *atacameño* como restos lenguáticos de pueblos anteriores á la dominación incásica, de mayores semejanzas con los estudiados en la región atlántica, y, por tanto, más rudos y primitivos.

Los idiomas de la región central, entre los dos istmos, ofrecen la misma amalgama y compenetración entre sí que las tribus por allí pasadas al Sur y establecidas en aquellos territorios occidentales; pero destácase entre ellas el *quiché-maya*, que con el nahuatl, que encontraremos en Méjico, parecen ser los idiomas más cultivados y enriquecidos de toda la América,

correspondientes, sin duda, á las más adelantadas civilizaciones en el Nuevo Mundo.

La gente maya y quiché del Yucatán y Guatemala, á la que hay que concederles un origen tolteca, diferían mucho de los aztecas en su lengua, conservando desde luego el maya-quiché mayor pureza originaria que el amalgamado azteca, como más puras eran al principio sus creencias, ciencias é instituciones, viciadas también al cabo por las invasiones aztecas, que influyen grandemente para modificar su lenguaje.

Desde el 1560, que escribe y publica su *Arte del Idioma Maya* Fr. Francisco Gabriel de San Buenaventura, existe muy respetable serie de trabajos sobre esta lengua, entre ellos el *Gran Diccionario*, debido á Fr. Antonio de Ciudad Real, de principios del siglo XVII, con otros en la misma centuria, y hasta nuestros días, que demuestran la gran importancia dada desde el primer momento al lenguaje de las gentes más civilizadas del Nuevo Mundo, ofreciendo por su parte verdaderas bellezas en su sonido y mecanismo, bellezas que alcanzan á su conexo el quiché, con sus numerosos dialectos el *trotzil*, el *chol*, el *totomaco* y tantos otros.

Este gran grupo ofrece ya marcadisimas afinidades con las lenguas asiáticas jafélicas, hasta el punto de poderlas asimilar en ciertos momentos á los idiomas llamados indogermánicos, como el *chiapanec*, apenas aglutinante, y el *tarasco*, con un verbo casi greco-sanscrito, ó zendo, sin que por esto falten entre ellos dicciones semíticas y hasta vascas, adquiridas por contacto con las aborígenes, como haríamos patentes á poder entrar en su estudio detallado.

Parentesco muy palpable con este idioma ofrece el *otomí* y el *pamé*, más tantos otros que corresponden á los pueblos que tuvieron asiento en la parte más meridional del Continente Norte Americano, sobre los que dan mucha luz los antecedentes históricos que de ellos tenemos, que nos explican á su vez bastantes de los fenómenos lingüísticos encontrados por los filólogos en todas estas regiones.

Muy semejantes con estos idiomas debieron ser los hablados por varios pueblos primitivos al Norte de Méjico, como

por varios datos vienen á presumir autores tan respetables como Brinton y otros modernos, apareciendo también el *nahualt*, últimamente hablado por los aztecas, como una lengua extraña adoptada por ellos, á semejanza de lo que ocurrió entre nosotros con el latín clásico, usado por los invasores visigodos, aunque modificándolo más profundamente.

Queda, pues, en primer término, en el Continente Norte el nahualt, de que venimos hablando, que ha tenido, como todo lo mejicano, el privilegio de ocupar preferentemente la atención, desde que se estudian las cosas de la América. Apenas verificamos la conquista de aquel Imperio, procedióse con gran interés á su examen, adquiriéndolo hoy de nuevo por los trabajos encaminados á descubrir sus orígenes y elementos que lo constituyeron. Resultado esta lengua de muy larga formación en el Anahuac, hasta obtener la forma en que nosotros la encontramos, nótese en ella un cultivo que le proporciona más flexibilidad y riqueza que otra alguna americana, pero esto á costa de su pureza y casticidad, pues tanto en sus raíces como en su gramática, muestra al punto las más extrañas influencias, alternando las semíticas y turanio-eúskaras con gran cantidad de voces que recuerdan hasta al griego clásico y al noruego, presentando en su fonética la tendencia á la cerebralización, ó sea la preferencia del uso de las lingüales, propia de los dialectos asiático-orientales, que, como ella, terminan muchas palabras en *tl*.

No es extraña esta mezcla, resultado de todos los pueblos que van pasando por aquel territorio; introducida quizá por los toltecas, en cuya derivación el maya y chiapanec hemos observado tantos recuerdos jafélicos ó germanos, van sobreponiéndose á este originario idioma aquellas otras accesiones adquiridas por la invasión de las tribus bárbaras que se suceden en el país, siendo los aztecas los últimos que le imprimen su marcadísimo carácter incorporante, al extremo que ninguna otra lengua conocida ha llevado, llegando á formar palabras de tal extensión, que dejan muy atrás en su complejo significado á las más extensas vascas y sanscritas que podamos recordar. Bien se comprende así que después de

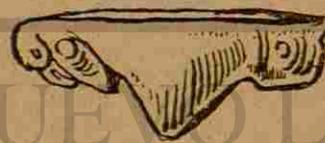
tantas modificaciones apenas pudieran entenderse cuando la conquista los mayas con las gentes del Anahuac.

Caracteres muy distintos convienen y presentan las lenguas americanas conforme avanzamos á las regiones del Norte. Las razas pobladoras de los territorios ocupados hoy por los Estados Unidos, cerca del centro sin duda de las emigraciones al Anahuac, vuelven á mostrar aquellas formas que calificábamos de más genuinamente americanas, cuando consignábamos las de la gran masa oriental del Continente Sur, llegando con esto á los idiomas de la región Norte, que ofrecen caracteres más modernos, similares con las lenguas nuevas del extremo oriente asiático.

Ya en el *pamé* y *otomí* empiezan á aparecer estos cambios en el espíritu de los idiomas, cambio que se presenta franco y con todas sus consecuencias en las lenguas de la parte más norte y occidental de América. Marcadisimos caracteres gramaticales y léxicos japoneses y mandarinos van mostrándose en ellas, tales como la *alaskana*, la de los algonquianos, de los natches y esquimales en general, orientales y occidentales. Entre estos últimos del río Makencie encontramos los plurales en *ke-t* (kiag, kieu y kiu de los chinos); los pronombres apositivos tan semejantes á los japoneses, chinos y mandarinos, con otras particularidades que alcanzan al algonquiano y al hinkit, en el que comienzan muchas palabras por k ó t, s, m, n, careciendo como el chino de la letra v, y otros dialectos que por su contextura gramatical y vocabulario parecen formar un grupo de transición entre la rama aglutinante y la monosilábica, entre el gran grupo polar y el chino con sus dialectos.

Larguísimo sería entrar en el estudio de cada una de estas lenguas y presentar ejemplos y comparaciones que fortalecierran nuestro aserto; pero señalado lo más culminante, basta con lo apuntado para ver en ello una estrictificación y geografía que, lejos de contradecir, conviene y afirma lo que venimos sosteniendo respecto á la etnografía é historia más probable de las gentes en el Nuevo Mundo. En el resbaladizo terreno de las comparaciones léxicas apenas vemos nada, sin

embargo, que proceda directamente de los idiomas europeos en su florecimiento clásico, por más que prevalezcan ciertas comunes radicales. Las lenguas humanas forman un gran árbol cuyas últimas ramas alcanzan, á veces, muy lejos de su origen, y cuyos frutos son las palabras, nutridas por la sávia que llega á ellas desde las más lejanas raíces. Su mayor examen nos va demostrando cuán semejantes son en sus elementos, aun dentro de su aparente variedad, quedando ahora por hacer el estudio del camino que aquella sávia sigue á través del complicado ramaje y los injertos que por contactos naturalmente se producen. En el Asia está el gran tronco común que extiende por uno y otro lado del mundo entero su espesa copa, vária en sus frutos según las gentes y las tierras á que alcanza, y por América vemos dilatarse una gran rama que presenta gran unidad en su aspecto; el carácter aglutinante llega á imponerse en su mayor superficie; originario de la población más densa y primitiva, concluye por influir sobre los pueblos superiores, con quienes experimenta tan íntimo contacto, y en ninguna otra parte hallamos sus congéneres más patentes que en aquellos idiomas proto-asiáticos, consignados por Tèrrier de Lacoupier en su citada obra de *Las lenguas de la China antes de los chinos*, que por este motivo volvemos á recomendar especialmente á nuestros lectores (1).



(1) Los aficionados á estos estudios encontrarán una buena guía para los idiomas americanos en las dos *Conferencias* dadas en el Ateneo de Madrid, con motivo del Centenario, por el Sr. D. Francisco Fernández y González, y pueden consultar también la *Bibliografía española de las lenguas indígenas de América*, por el Conde de la Viñaza, por igual fecha.